

El autor de EL JUEGO DE ENDER

ORSON SCOTT CARD

El Ladrón de
Puertas

Lectulandia

Ser el mago más poderoso de la Tierra y Westil no hace que el instituto sea más fácil para Danny North. Si no es capaz de dominar sus habilidades no podrá mantenerse oculto a ojos de las familias mágicas, que pretenden controlar su poder, o incluso matarle, en caso de no conseguirlo...

Lectulandia

Orson Scott Card

El ladrón de puertas

Mither Mages - 2

ePub r1.0

Edusav 23.02.14

Título original: *The Gate Thief*
Orson Scott Card, 2013
Traducción: José Elías Álamo Gómez
Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Rick Fenton y Gordon Lundrigan,
mis compañeros en la búsqueda espiritual,
moral y filosófica,
y mis ejemplos dentro de la comunidad.*

JÓVENES VOLADORES

Es posible que cierto atardecer de un buen día de noviembre fueras una de las personas que aparcaron su coche frente a la hamburguesería Kenny's en Buena Vista, Virginia; o quizás lo hicieras delante del restaurante italiano de Nick, o también cabe la posibilidad de que tu elección fuera Todd's Barbecue. En cualquier caso, si antes de pasar al interior del local echaste un vistazo a tu alrededor, seguro que miraste unos segundos hacia el Instituto Parry McCluer, situado en lo alto de la colina próxima. Podría haber sucedido así, ¿no?

En ese caso, tuviste que ver cómo *algo* despegaba desde el propio instituto y surcaba el cielo igual que un cohete. Un cohete con el tamaño y la forma de un estudiante. Un proyectil que a lo mejor agitaba los brazos y que, con toda certeza, pataleaba en busca de tierra firme. Sí, el proyectil tenía el aspecto de un ser humano.

Un ser humano que ascendía igual que una bala hasta alcanzar una altura de unos dos kilómetros sobre Buena Vista. Y, de pronto, el proyectil humano se quedaba inmóvil en el aire, apenas un instante, aunque el tiempo suficiente para contemplar el paisaje y que tú pudieras contemplarlo a él, si es que estabas mirando.

Y entonces, emprendía el descenso. Una caída a plomo a una velocidad endiablaba; una zambullida mortal.

Te costaría creer lo que estabas viendo, pero mantuviste la vista fija en ese punto del cielo y... ¡Atención! ¡Ahí va de nuevo! ¿Es el mismo chico de antes u otro diferente? Hay demasiada distancia para saberlo con certeza. Seguro que si estabas acompañado le diste un codazo a quien estaba contigo, señalando al cielo.

—¡Mira! ¿Es una persona? ¡Parece un chico!

—¿Dónde?

—¡En el cielo! Encima del instituto, mira. No, ahí no, arriba, en el cielo. ¿Lo ves? Y el chico emprende de nuevo su zambullida mortal hacia el instituto.

—Se ha matado —comentas—. Nadie sobrevive a una caída así.

Y en cuanto lo has dicho, ahí va de nuevo. ¡Surcando el cielo a una velocidad de vértigo!

—¡Menuda cama elástica! —comenta alguien que intenta encontrar una explicación lógica al suceso.

Si fuiste uno de los que observó el fenómeno desde el principio, contemplaste hasta treinta ascensiones y sus correspondientes descensos, antes de que el espectáculo concluyera.

«¿Crees que alguno de esos chicos ha conseguido sobrevivir? Diría que no, no

hay ser humano que pueda superar una caída así sin quedar hecho trizas. ¿Subimos para comprobarlo? Yo creo que no eran chicos, es probable que fueran maniqués, algún tipo de peleles. Imagínate ir hasta allí y preguntar si están catapultando alumnos hacia las nubes para que se estrellen contra el suelo. Pareceríamos tontos. Seguro que existe una explicación lógica. Ya verás como lo aclaran en las noticias de esta noche».

Tres espectadores lo grabaron en sus móviles; dos de ellos consiguieron filmar a los últimos cinco o seis voladores y el tercero logró grabar a quince. La calidad de las grabaciones distaba de ser óptima, pero fue eso lo que les otorgó mayor verosimilitud. Los tres enviaron los vídeos por correo electrónico a sus contactos y, al final, los tres acabaron en YouTube.

Muchos de los comentarios en YouTube afirmaron que eran un montaje. Se preguntaban por qué la gente perdía el tiempo con estupideces así, el contraste de los supuestos estudiantes voladores con el fondo de la imagen delataba el fraude. Algunos hicieron gala de su sentido del humor y comentaron que los GI Joe voladores molaban mucho, una idea divertida para pasar el rato.

No hay emisoras locales de noticias en Buena Vista. Las que cubren la región están situadas en poblaciones cercanas como Lynchburg, Roanoke y Stanton. Y les importa una mierda lo que ocurre en Buena Vista, una ciudad moribunda que jamás tuvo mucho que contar, ni siquiera en sus mejores tiempos. Y, además, las imágenes son absurdas, las figuras voladoras son tan diminutas que podrían ser cualquier cosa. Y vuelan a una altura en la que no hay puntos de referencia, ni siquiera las montañas. Sólo son puntos que se desplazan por el cielo, entre las nubes. Pájaros. Son pájaros. Toda la noticia es absurda, sentencian los que mandan en las emisoras, y el fenómeno nunca llega a los noticiarios.

Sin embargo, en el mundo hay un puñado de miles de personas que conoce la verdad sobre los chicos voladores. Esas personas también conocen el motivo de que no haya noticias sobre estudiantes muertos en el instituto de Buena Vista, a pesar de las descensos en caída libre. Sí, saben de sobra lo que ha ocurrido: ha sido un acto divino, la intervención de un dios. No, de Dios no. De un dios.

Así los llamaban en otros tiempos. Las gentes los consideraban dioses. En los lugares donde se hablaban las lenguas indoeuropeas, sus divinidades recibían los nombres de Mercurio, Thor, Vishnu, Borvo, Mitra y Pekelnik.

Nadie los considera dioses ya, pero eso no significa que no sigan entre nosotros. Son más débiles que en sus tiempos de gloria porque ya no pueden utilizar las Grandes Puertas, como en el pasado, para viajar a Westil, reponer sus poderes y luego retornar a la Tierra para seguir actuando como dioses.

Sólo existe un ser capaz de abrir una puerta entre Westil y la Tierra y transportar a alguien de un planeta al otro de forma instantánea: un mago teleportador.

Sin embargo, el último mago teleportador conocido data del año 620 de nuestra era. Fue Loki, dios nórdico. Loki destruyó todas las puertas de la Tierra y luego escapó a Westil a través de una Gran Puerta que cerró tras él.

A escasos kilómetros de distancia de Buena Vista, en el territorio de la Familia North, uno de sus miembros más jóvenes vio el vídeo en YouTube a las pocas horas de que lo colgaran en la red. Apenas transcurrieron veinte minutos antes de que los magos más poderosos de la Familia North se metieran en una furgoneta y se dirigieran al instituto. Conocían muy bien la identidad del responsable de los vuelos: Danny North; Danny, el hijo de Odín y Gerd, a quien todos creían un drekka, alguien sin talento ni poder alguno, hasta el día en el que desapareció.

Ahora acababan de averiguar que no se había marchado tan lejos como pensaban. Y también que no era un drekka, sino un mago teleportador. Uno muy poderoso. Las imágenes en YouTube lo delataban, en ellas los voladores no aparecían de repente en el cielo, que es como suelen funcionar las puertas; no, se podía observar con claridad cómo las figuras ascendían. Se desplazaban con rapidez, pero el recorrido de ascenso y descenso era visible para cualquier observador. La conclusión lógica fue que no era una puerta cualquiera la que recorrían los estudiantes voladores. Era una Gran Puerta: la fusión de varias puertas que forman una más grande y poderosa que surge imponente desde el suelo. Y aunque su altura sólo fuera de dos kilómetros escasos, era mucho más de lo que se había alcanzado en los últimos catorce siglos.

Algunos de los dioses que viajaban en la furgoneta acudían al instituto con el firme propósito de encontrar a Danny y matarlo. Porque ése era el destino de los magos teleportadores, que en el pasado sólo habían acarreado problemas a la Familia North. Por no mencionar que si las otras Familias se enteraban de la existencia de un mago teleportador entre los North y que no habían hecho nada para solucionarlo, formarían una alianza que les declararía la guerra y, en esta ocasión, la paz sólo llegaría tras el exterminio de los North.

Los North tenían que cazar y mostrar el cadáver de Danny al resto de Familias; era su única esperanza de mantener la paz.

Sin embargo, no todos los dioses North acudían con la misma idea. Los padres de Danny siempre habían sabido que su hijo era un mago teleportador, porque ése había sido el objetivo de Gerd y Alf cuando se casaron, justo antes de que nombraran a Alf cabeza de familia y tomara el nombre de Odín. El matrimonio significó la unión de los dos magos más poderosos de los últimos siglos: Gerd, la lumimaga, que controlaba la luz y la electricidad; y Alf, el tecnomago, que contaba con el extraño y novedoso talento de dominar el mecanismo de cualquier tipo de maquinaria. Todos esperaban que el fruto de ese matrimonio contara con poderes extraordinarios.

Gerd y Alf habían estudiado a fondo los árboles genealógicos de los dioses y llegaron a la conclusión de que los magos teleportadores, cuyos nacimientos eran

escasos, eran el fruto de parejas con empatías dispares. Eran matrimonios entre magos con empatía hacia la roca y la luz, o el agua y el fuego; sólo los animagos no habían formado parte de esos matrimonios. Y con el propósito de engendrar un mago teleportador contrajeron matrimonio Gerd y Alf. Al principio, Danny no demostró talento alguno, ni siquiera era capaz de crear una efigie en la que proyectar su esencia, que es uno de las habilidades más simples de la magia, pero eso no desanimó a sus padres; al contrario, les infundió más esperanzas. Cabía la posibilidad de que Danny fuera un drekka, alguien sin poderes, pero también de que fuera un mago teleportador. Los teleportadores no pueden crear efigies porque su esencia está repartida entre todas las puertas potenciales que albergan en su interior y no pueden proyectarla, requisito imprescindible para crear una efigie.

Hacia un año que Danny había escapado del territorio familiar. El día en que se marchó, se encontró con la efigie de Thor, que confirmó que Danny estaba abriendo puertas y que el chico sabía muy bien que era un mago teleportador.

Los dioses que viajaban en la furgoneta se repartían en dos facciones: una quería asesinar a Danny antes de que consiguiera escapar a través de una de sus puertas y la otra quería que el chico volviera con la Familia y pusiera su poder a su servicio.

Pero cuando llegaron al instituto, ya era tarde. Danny había abierto una Gran Puerta y el Ladrón de Puertas no la había devorado, como había ocurrido durante los últimos catorce siglos.

Danny tenía amigos, los Huérfanos, que no pertenecían a ninguna de las Familias de los antiguos dioses, y algunos habían cruzado la Gran Puerta y vuelto a la Tierra. Sus poderes habían aumentado de forma prodigiosa y cuando se presentaron los North, los derrotaron sin paliativos.

Sin embargo, no murió nadie. Danny y sus amigos controlaron sus poderes y no causaron heridas graves a ninguno de los miembros de la Familia North. Gracias a eso, existían esperanzas de que se pudiera alcanzar un acuerdo y que la facción que deseaba la muerte de Danny se atuviera a razones: «¡Los tiempos han cambiado, tío Zog! ¡No podemos matar a nuestro mago teleportador, abuelo Gyish! ¡Hay que conseguir que Danny nos permita cruzar la Gran Puerta! Ya habéis visto lo poderosos que se han vuelto sus amigos. Zog, no olvides que una de esas amigas, una simple Garra, una Bovina con empatía hacia las vacas, ha sido capaz de romper tu enlace con el águila cuando les atacaste. ¡Un simple Mineral fue capaz de abrir una fosa que se tragó nuestra furgoneta! Imaginad lo que sería capaz de hacer Odín con su poder sobre el metal y las máquinas o Gerd con la electricidad. Tenemos que conseguir que crucen la Gran Puerta. Y hay más, imaginad lo que nos harán las Familias si convencen a Danny para que les permita cruzar antes que a nosotros. No, no estoy proponiendo que le matemos por ese motivo. Además, ¿cómo lo haríamos? Estará alerta; si atacamos, sólo tiene que abrir una de sus puertas y huir antes de que

podamos tocarle. Recordad las viejas leyendas: los pies alados de Mercurio, las botas de siete leguas. Los magos teleportadores pueden desaparecer antes de que nadie llegue a tocarles o teleportarse a tu espalda y matarte sin que puedas defenderte. Cuando asumen el control de su poder, nada puede vencerlos. Si hieres a un mago teleportador, lo único que tiene que hacer es cruzar una de sus puertas y quedará curado. Las puertas son sanadoras. No, no hay nada que podamos hacer contra un mago teleportador. Lo necesitamos vivo y que sea nuestro aliado. Tenemos que hablar con Danny, convencerle de que debe lealtad a su Familia. Y si no sois capaces de entender esto y seguís con la idea de matarle, os llevaremos a la colina de Hammernip, donde seréis ejecutados. Por el bien de la Familia. Espero que lo comprendáis; vosotros haríais lo mismo en nuestro lugar. Hay un mago teleportador en el mundo, uno que ha creado una Gran Puerta que el Ladrón de Puertas no ha podido devorar. Ese mago es nuestro Danny. Nos conoce, se crió con nosotros. Es uno de los nuestros. Eso es lo que tenemos que decirle, convencerle para que vuelva con nosotros. Pero fracasaremos si nos empeñamos en asesinarle, ¿comprendéis? ¿Vais a dejarle en paz? ¿Protegerle, si fuera necesario? ¿Seréis sus amigos? Decís que sí, claro. Pero ¿por qué habríamos de confiar en vosotros? Mejor será que os hagáis a un lado; dejad que Alf y Gerd hablen con él. O que lo haga Thor, o Mook y Lummy. Gente que se ganó la confianza de Danny en el pasado y que le cae bien. Que no os vean. Es mejor que no recuerde lo mal que os portasteis con él cuando era un crío».

La Familia North no fue la única que vio las imágenes en YouTube, aunque sí era la que vivía más cerca del instituto. La Familia Griega, por ejemplo, estaba al corriente desde hacía tiempo de que entre los North había un mago teleportador. Y los vigilaban desde entonces.

La desaparición de Hermia, su buscadora, aumentó sus sospechas. Al principio, pensaron que el teleportador de los North la había matado teleportándola al fondo del mar o al espacio exterior. Sin embargo, una efigie de los griegos la localizó tiempo después y, aparte de estar vivita y coleando, comprobó que la chica estaba usando las puertas.

Ahora que las grabaciones de YouTube confirmaban que los North contaban con un mago teleportador muy poderoso, un Gran Mago Teleportador capaz de abrir una Gran Puerta él sólo, o con la ayuda de Hermia, era el momento de que Hermia volviera con los suyos y se pusiera a su servicio. La Familia Griega, los Argyros, pensaban que, con Hermia entre ellos, existían muchas posibilidades de convencer al mago teleportador de los North para que se pusiera de su lado. Así, los magos griegos podrían viajar a Westil y de vuelta a la Tierra. Y con sus poderes restaurados, ¿quién se resisitiría su dominio? Durante los últimos catorce siglos, los mortales habían dominado la Tierra y las consecuencias habían sido desastrosas. Era hora de que los dioses volvieran a tomar el mando.

LA MAÑANA SIGUIENTE

Era temprano y el entrenador Lieder aún estaba en casa cuando llegó Danny corriendo desde la casita donde vivía solo. Podría haberse teleportado hasta allí, pero la noche anterior, tras el enfrentamiento con su familia, se había prometido no volver a abrir puertas dentro del instituto. Era cierto que la casa de Lieder no se encontraba dentro del recinto escolar, pero eso sonaba a excusa y, a fin de cuentas, la decisión de Danny era personal, por lo que decidió respetarla.

Además, apenas había dormido la noche anterior; el fresco aire matinal, más bien frío, le ayudaría a despejarse. Era mejor que tomar café, para estar atento y no alterado.

Llamó a la puerta con los nudillos, no quiso usar el timbre por si alguien todavía estaba durmiendo dentro de la casa. Aguardó unos segundos antes de volver a llamar. La puerta se abrió.

El entrenador Lidtler, perdón, Lieder, apareció en el umbral a medio vestir. Danny dedujo que debía de dormir con los calzoncillos y la vieja camiseta que lucía en esos instantes; dudaba que alguien se vistiera así para salir a la calle. La mirada del entrenador oscilaba entre la preocupación y la crispación. A Danny le sorprendió el aspecto de Lidtler, pues en el instituto sólo mostraba dos emociones: desprecio y cólera. Ahora ofrecía una imagen más vulnerable, como si algo le hubiese herido o amenazara con hacerlo, como si le hubieran ofendido o esperara que lo hicieran.

—Tú —escupió el entrenador Lieder con su desprecio habitual.

Danny esperaba que Lieder comentara algo sobre el incidente del día anterior con la cuerda del gimnasio, pero se limitó a mirarle sin decir nada más.

—Señor, sé que es muy temprano.

—¿Qué quieres?

Si el entrenador iba a comportarse como si ayer no hubiera pasado nada, Danny le seguiría la corriente. El problema era que tendría que justificar su presencia en casa de Lieder. Ya que no iba a tener que dar explicaciones por el desastre que había provocado cuando exhibió sus poderes cuasi divinos en el gimnasio, tendría que inventar algo que sonara convincente.

—Me gustaría que me cronometrara, si le viene bien.

Lieder se mostró sorprendido, suspicaz. Durante el curso, Danny no había permitido que el entrenador le cronometrara una carrera y el inesperado ofrecimiento de esa mañana le hizo temer algún tipo de treta.

—Estoy harto de hacer el tonto —declaró Danny—. Estoy en el instituto y quiero

participar en las actividades. —Y aunque lo había dicho sin pensar, supo que era cierto, que podía ser divertido convertirse en atleta, aunque Lieder fuera un auténtico capullo.

—¿Actividades como despertar a los profesores? —preguntó Lieder con desprecio.

Danny se preguntó si había despertado al entrenador; era temprano, pero no tanto para alguien que comenzaba los entrenamientos a las siete de la mañana.

—He calculado una distancia de cien metros hasta aquí —comentó Danny.

Contaba con un talento natural para calcular distancias, era capaz de determinar a ojo una distancia de cien metros con un error de medio metro, o de un metro con un error de apenas un centímetro.

—¿Tiene reloj?

Lieder le mostró la muñeca izquierda.

—Soy entrenador, siempre llevo un cronómetro.

Danny trotó hacia el punto que había marcado como la salida.

—¿Listo? —gritó.

Lieder le hizo un gesto irritado para que se callara. A continuación llevó la mano derecha al reloj, miró a Danny y asintió con la cabeza.

Danny echó a correr. Cien metros es una distancia corta y corrió a tope desde el principio. Se esforzó al máximo, todo lo que era capaz de esforzarse a las seis y media de la mañana tras una noche en vela.

Cuando alcanzó la meta imaginaria frente a la casa de Lieder, Danny se lanzó hacia adelante como si atravesara la cinta de llegada y dio unos pasos más antes de detenerse. Luego se volvió hacia el entrenador, expectante.

—¿Puedes repetirlo?

—¿Quiere que corra un par de kilómetros?

—Bastará con los cien metros.

Danny volvió al punto de partida, esperó a que el entrenador le diera la salida y volvió a correr. Cruzó la meta imaginaria y siguió hasta el porche de la casa de Lieder.

—¿Me incluirá en el equipo?

—Estarás a prueba.

—¿Por qué? ¿No soy lo bastante rápido? ¿O quiere hacerme sufrir por comportarme como un gilipollas durante todo el curso?

—Todos los recién llegados tienen que superar un período de prueba; tengo que estar seguro de que se someten a la disciplina del equipo.

—O sea que no soy tan rápido como creía.

—Hasta los más rápidos pueden mejorar —respondió Lieder—. El trabajo que les dedico suele recibir su recompensa.

—Dígame si tengo cualidades.

—Serás uno de los nuestros —dijo Lieder a modo de respuesta—. Ahora, si no te importa, me gustaría seguir con mi desayuno.

—Que aproveche —sonrió Danny.

Lieder cerró la puerta y Danny se dio la vuelta para marcharse. La puerta volvió a abrirse a sus espaldas.

—¿Has desayunado?

—Nunca desayuno —dijo Danny.

—A partir de ahora, lo harás —sentenció Lieder—. Mis atletas se alimentan como es debido.

—No soy un atleta, soy un corredor.

Lieder le observó, parecía enfadado, aunque también vacilante.

—Es mejor no pesar mucho si quiero ser rápido de verdad —añadió Danny.

—O estás en el equipo o no lo estás —sentenció Lieder.

Se volvió hacia el interior de la casa y de nuevo hacia Danny. Había adoptado una actitud beligerante y el chico notó que le habría encantado pegarle un par de gritos, pero algo o alguien en el interior de la casa le hacía contenerse. Alguien a quien no quería despertar, o que le oyerá chillar a un estudiante.

—Escuche, Sr. Lieder —dijo Danny—, quiero participar en el equipo, aportar lo que pueda; pero no le pertenezco. Acaba de cronometrarme. Si considera que soy lo bastante rápido para competir, lo haré; competiré para usted. Seguiré sus consejos e intentaré hacerlo cada vez mejor. Me esforzaré por ser más fuerte y competitivo. Haré todo lo que sea necesario para mejorar como atleta. Pero no pienso permitir que controle lo que como, y tampoco voy a dejarle que controle mis horarios. Vendré a entrenar cuando pueda, pero cuando no pueda, no vendré, y no pienso dar más explicaciones.

—En ese caso, olvídate del equipo —replicó Lieder—. No me hace ninguna falta un capullo engreído como tú.

—Usted decide —dijo Danny—. Yo he querido apuntarme pero usted me rechaza. El director Massey no podrá reprocharme que no lo haya intentado.

—Y una mierda —susurró Lieder dando un paso hacia Danny—. Para entrar en el equipo tienes que respetar las normas, lo mismo que los demás.

Danny se dio cuenta de que Lieder seguía queriendo incluirle en el equipo, eso quería decir que su tiempo había sido excepcional.

—Comprendo que no puede admitir a alguien que exige un trato especial —concedió Danny—. El problema es que no puede someterme a las normas como al resto y no lo hago por capricho. A veces tengo cosas que hacer y me tengo que ausentar. No depende de mí y no me apetece aguantar rollos sobre si me he saltado un entrenamiento, ni nada por el estilo.

—Vale. Lárgate. Y gracias por despertarme, capullo.

—Genial —respondió Danny y se volvió para marcharse.

—Esto no quedará así —le dijo Lieder.

Danny volvió sobre sus pasos, acercándose a Lieder.

—Sí que se quedará así —sentenció.

—Eres un alumno, o tus padres envían un justificante cada vez que te ausentes o nada de desaparecer cuando te dé la gana.

—Voy al instituto todos los días —adujo Danny—. No faltó a ninguna clase. Pero antes y después de las clases tengo obligaciones. Le he ofrecido parte de mi tiempo para el equipo de atletismo en el que participaré siempre que me sea posible. Sin embargo, eso no le basta. Le he dicho que lo comprendo, que estoy de acuerdo con usted: si no sigo las normas, no puedo formar parte del equipo. Y ya está, no quiero que me dé más el coñazo. Le he permitido que me cronometre, está claro que no doy la talla y por eso no acepta mis condiciones.

—¿Quién te crees que eres? —saltó Lieder; su natural agresividad le hizo levantar la voz—. ¿Una estrella mundial que está negociando un contrato profesional? Eres un menor y alumno del instituto, y las leyes dicen que tienes que someterte a las normas escolares. Y las normas escolares dicen que yo soy un profesor y que tengo autoridad sobre ti.

—¿Qué ocurre? —la voz surgió a espaldas de Lieder; una débil voz femenina. Apenas un susurro que podría haber pasado inadvertido si Lieder no se hubiera girado a toda prisa descubriendo a una anciana menuda en el umbral.

«Una mujer indefensa», pensó Danny. «La víctima ideal para alguien como Lieder».

Sin embargo, ése no era el caso. De hecho, Lieder se había esforzado para no molestarla. Danny observó a la mujer y se dio cuenta de que no era tan mayor como creyó a primera vista; su aspecto era enfermizo, abatido, pero no era la madre del entrenador, que fue lo primero que pensó al verla. Tampoco era tan pequeña; tenía una estatura media y, considerando que Lieder tampoco era un gigante, hacían buena pareja. Pero ella se estaba consumiendo. Le ocurría algo grave. La bata que vestía le quedaba tan holgada que parecía una niña jugando con la ropa de su madre.

«Cáncer», pensó Danny. «La esposa de Lieder tiene cáncer, se está muriendo y él se desahoga tomándola con nosotros».

Ayer, cuando Lieder comenzó a meterse con Hal, el amigo flaco y desgarbado de Danny, éste le había ayudado a trepar por la cuerda del gimnasio creando una serie de puertas desde el suelo hasta el techo del gimnasio. Ése fue el inicio de la Gran Puerta que crearía más tarde.

Pero pensar que Lieder era un tirano a causa de la enfermedad de su esposa era simplificar demasiado las cosas. Lieder era como era: un abusón; lo que le ocurría a

su mujer sólo agravaba el maltrato que daba a los demás.

—No pasa nada, Nicki —dijo Lieder.

—¿Por qué no lo invitas a pasar? —preguntó ella mirando a Danny—. Hace frío aquí fuera.

—Estoy bien —respondió Danny.

—Está bien —repitió Lieder.

—Pasa, te serviré un chocolate caliente —insistió Nicki.

—Tiene que ir a clase —intervino Lieder—. Y yo también.

Danny estaba a punto de rechazar la invitación, pero la insistencia de la mujer y la posibilidad de fastidiar a Lieder le hicieron cambiar de opinión. Además, era cierto que hacía frío y estaba cansado.

—No tengo clase hasta las ocho y media —dijo—. No pertenezco a uno de esos equipos que entrena antes de clase.

—El chocolate no es bueno para mis atletas —arguyó Lieder.

—Yo lo veo como una bebida energética —dijo Danny—. Y no me vendría mal para calentarme un poco por dentro.

—Decidido entonces —intervino Nicki—. Pasa.

Al llegar a la altura de Lieder, éste le cogió del hombro y le susurró con rabia:

—No vas a entrar en mi casa.

—¿Qué? —preguntó Danny en voz alta—. No le he oído.

Lieder le agarró con más fuerza.

—Sí que me has oído —susurró de nuevo.

Danny se teleportó a un centímetro de distancia. Ayer por la mañana no habría sido capaz de hacer algo así: abrir una puerta tan ajustada que le trasladara a él y su ropa y, sin embargo, dejara atrás la mano de Lieder.

Las puertas que había arrebatado al Ladrón de Puertas habían pertenecido a cientos de magos teleportadores hasta que el Ladrón se las quitó. Cada uno de esos magos había contado con más talento del que tenía Danny. Ahora esas puertas estaban almacenadas en su interior y accedía a ellas siempre que quería. Y estaba asimilando, poco a poco, los conocimientos, la experiencia, los reflejos y habilidades de esos magos.

El aprendizaje debía de ser inconsciente, porque Danny acababa de actuar sin pensar; necesitaba apartarse y lo había hecho.

«Ojalá hubiera podido hacer lo mismo cuando teleporté a Eric desde la casa de empeños con el cerdo que quería matarnos agarrado a él».

Pero la acción de Danny tuvo una consecuencia imprevista: al teleportarse un centímetro dejando atrás la mano de Lieder, desplazó su cuerpo dentro del espacio que ocupaban los dedos del profesor y éstos fueron expulsados a tal velocidad que los huesos no sólo se quebraron, quedaron pulverizados.

Danny oyó gemir a Lieder y observó la mano repentinamente flácida, yerta. En seguida se dio cuenta de lo ocurrido y, antes de que Lieder pudiera chillar de dolor, Danny hizo que una puerta lo cubriera de pies a cabeza y el entrenador se curó al instante.

Lieder ya no sentía dolor, pero lo recordaba.

—No vuelva a tocarme así —le advirtió Danny.

—Vamos, papá —llamó Nicki desde el interior de la casa. Al parecer, era uno de esos matrimonios que siguen llamándose «papá» y «mamá» aun después de que los hijos hayan dejado el hogar—. Tienes tiempo para comer algo. Y si tardas un poco, seguro que tus atletas empiezan a calentar hasta que llegues.

Danny sabía que eso no sucedería, los chicos se sentarían a charlar o a dormir hasta que llegara Lieder, pero no quiso desengañar a Nicki, así que no dijo nada. Además, tenía que lidiar con Lieder, cuya expresión seguía reflejando el horror y la confusión por lo que acababa de ocurrir.

—Más vale que se entere —susurró Danny— si le digo que voy a hacer algo, mejor será que se aparte, le guste o no.

—Estás en mi casa —replicó Lieder, también en voz baja.

—Y era mi hombro lo que estaba agarrando —respondió Danny—. Eso es un espacio personal, entrenador Lieder.

Danny entró en la casa.

Lieder se rezagó unos segundos. Intentaba comprender lo que había sucedido, lo que le había hecho Danny. Había sufrido un instante de pura agonía, aunque jamás sabría que sus huesos habían quedado reducidos a astillas. No comprendía cómo se había zafado Danny de él cuando lo agarró por el hombro; la explicación más lógica era que el chico tenía una fuerza sorprendente, ¿cómo iba a pensar que se había teleportado?

Danny entró en la casa y fue hacia la cocina con rapidez. El chocolate ya estaba preparado y Nicki llenaba tres tazas con el contenido de una jarra. Se movía con lentitud. Sujetaba el recipiente con las dos manos, pero aún así temblaba, las manos que lo sujetaban temblaban. Danny temió que el chocolate acabara en el suelo. Comprendió por qué Lieder no quería que su mujer tuviera invitados.

Lo que vino a continuación no lo hizo a propósito, fue un acto reflejo. El mismo tipo de reacción que habría tenido si ella hubiese dejado caer la jarra y él hubiese intentado cogerla. Sólo que ni el recipiente se cayó, ni él se movió. Lo que hizo fue crear una puerta que pasó por encima de Nicki; ella apenas se desplazó a una distancia equivalente al grosor de un cabello. Nicki encogió los hombros como si hubiera tenido un escalofrío.

—Alguien acaba de pisar mi tumba —comentó con una pequeña carcajada y se encogió como si el hecho de reírse fuera a provocarle un acceso de tos.

Pero no ocurrió nada. Porque al pasar por la puerta, se había curado. Porque las puertas tienen esa virtud, la de sanar a quien pasa por ellas. No importaba el mal que aquejara a la persona en cuestión, siempre que no estuviera muerta o le faltaran órganos vitales, cuando cruzaba una puerta, recuperaba la salud.

El efecto sobre Nicki no fue inmediato. Su aspecto seguía siendo el de antes. Pero las manos ya no le temblaban, sus mejillas habían recobrado algo del color perdido y parecía recuperar las fuerzas conforme pasaban los segundos. Siguió sirviendo el chocolate con mano firme.

—Es curioso —comentó—. Acabo de sentir un escalofrío y, sin embargo, tengo calor. Hacía mucho que no tenía calor...

—Es por el radiador —dijo Danny—. Si está cerca, tiene calor; si se aleja, volverá a tener frío. Además, lleva una jarra de chocolate en las manos.

—Claro —dijo ella—. Lo raro es que no esté sudando.

—Gracias por el chocolate, es usted muy amable —dijo Danny—. No suelo desayunar, pero hoy hace frío y, aunque he estado corriendo, no he conseguido entrar en calor.

Nicki rió mientras dejaba la jarra sobre la mesa. Las tazas estaban llenas. La mujer se llevó una mano a la boca.

—No sé de qué me río. No has dicho nada gracioso. A lo mejor es porque me tratas de usted.

—O a lo mejor porque lo dije con gracia.

—Todo lo que dices suena gracioso —replicó ella.

—Viví en Ohio hace tiempo, quizá conserve el acento.

—No, no tiene nada que ver tu acento. Es como si acabaras de contar un chiste que nadie más comprendiera, pero que yo sí he entendido. Ya sé que suena extraño, pero es así.

Danny sonrió y, al observarla con más atención, la forma en que se había llevado la mano a la boca, el modo en que desviaba la mirada hacia las tazas en lugar de mirarlo a él, se dio cuenta de que la mujer era tímida. No, tímida no era la palabra; era más bien como si le avergonzara que alguien se fijase en ella. Danny había visto reacciones así en el instituto: cuando una chica hablaba con un chico, uno que le gustaba un poco, o mucho, y no podía creer que él le estuviera prestando atención.

«No es la mujer del entrenador Lieder», pensó Danny. «Es su hija. Por eso le llama papá, es su padre de verdad. Ahora me explico que le hiciera gracia que la tratara de usted».

—¿Puedo preguntarte qué edad tienes? —dijo Danny.

—¿Qué edad crees que tengo? —preguntó ella. Su expresión delataba que el tema no era de su agrado.

—Yo diría que unos dieciséis, o quizá dieciocho.

—¿Qué pasa con los diecisiete? —preguntó ella. Su tono era de alivio, hacía mucho que nadie se aproximaba a su edad real, algo comprensible desde que cayó enferma.

—Los diecisiete no sirven para nada —explicó Danny—. A los dieciséis puedes sacarte el carné de conducir y a los dieciocho puedes votar.

—A los diecisiete puedes ver películas para mayores de edad en el cine sin necesidad de que te acompañe un adulto —dijo Nicki—. Claro que no es que yo salga mucho.

—Tampoco hay cines que valgan la pena por aquí —dijo Danny.

—En Buena Vista, no. Pero hay uno en Lexington. El problema es que no... ya te lo he dicho, no salgo mucho. Tampoco veo películas en la tele. Nunca aguanto hasta el final, me duermo antes. No tiene mucho sentido alquilar una película si no la vas a ver entera.

—Has estado enferma.

—Me estoy muriendo —aclaró ella—. Tengo días mejores y días peores. Hoy creo que va a ser un buen día, uno muy bueno. Pero supongo que eso tiene que ver con la compañía.

—El chocolate está muy bueno.

—Papá me compra siempre lo mejor. No puede hacer mucho por mi enfermedad, pero sí que puede comprarme el mejor chocolate. Sé que es arisco con la gente, pero a mí me trata muy bien. Me gusta pensar que soy la única que le conoce de verdad. —Le miró por encima del borde de la taza de la que acababa de tomar un sorbo—. Sé que estaba cabreado contigo, por eso salí a la puerta.

—Gracias por salvarme —dijo Danny—. Me temo que a tu padre no le gusta nada mi falta de espíritu de equipo.

—Papá se preocupa mucho por los equipos que dirige —dijo Nicki—. Quiere que todo el mundo se esfuerce al máximo, pero los alumnos del Instituto Parry McCluer sólo destacan por su esfuerzo en no esforzarse. —Se llevó la mano a la boca de nuevo—. ¿Qué te parece? Llevaba años sin ser sarcástica.

—Entonces llevas un buen retraso —comentó Danny—. Todo el mundo debería usar el sarcasmo al menos una vez a la semana. En mi caso, voy muy adelantado.

—Tienes razón, llevo un buen retraso —dijo Nicki—. Pero se está haciendo tarde, no quiero que te llamen al despacho del subdirector por mi culpa.

—Le tengo más miedo al entrenador Lieder que al subdirector. Además, cuando me meto en problemas, suelo acabar hablando con el director Massey.

—Vaya, sólo lo mejor para ti.

—O sólo lo peor para él —dijo Danny.

Nicki rió y él se unió a ella. Luego se levantó y llevó las dos tazas al fregadero. La taza del entrenador Lieder permanecía en la mesa sin tocar.

—Lamento que sólo conozcas el lado gruñón de mi padre.

—Y yo me alegro de saber que tiene otros lados. Doy por sentado que has conocido ese lado bueno y que no hablas de oídas.

—Eso sería de cotillas —respondió ella con una risita. Titubéo unos instantes—. ¿Volveré a verte?

—Lo dudo —respondió Danny—. Creo que a tu padre no le ha hecho ninguna gracia que aceptara tu invitación a tomar chocolate.

—¿Pero si te invito de nuevo, vendrás?

—¿Tu padre tiene un arma en casa?

—Sí, pero no sabe cómo utilizarla. Creo que la compró por una cuestión de principios.

«O para defenderse de algún alumno que quiera cargárselo una noche de éstas», pensó Danny.

—Gracias por el chocolate —dijo en voz alta—. Me siento mucho mejor.

—Y yo —dijo ella.

Llegó a la puerta sin ver al entrenador, pero al salir a calle lo encontró esperándole al lado de su coche. Supuso que seguiría cabreado y que le echaría otra bronca. Pero no lo hizo.

—Entra en el coche, te llevo a clase.

Danny intentó adivinar cuáles eran las intenciones de Lieder. ¿Estaba siendo amable porque Nicki podía oírle? «Bueno», concluyó, «si la cosa se pone fea, me teleporto a otro sitio y ya está». En seguida se recriminó el pensar en abrir una puerta. Apenas había salido el sol y ya estaba creando puertas, justo al día siguiente de prometerse que no abriría más en Buena Vista. Las únicas excepciones a su promesa eran dos: la puerta que conducía a la granja de Marion y Leslie en Yellow Springs y la que utilizaba Vivi para trasladarse desde su casa en Nápoles, Florida, a la casa de Danny en Buena Vista. Ésas las había vuelto a crear cuando recuperó las que le había arrebatado el Ladrón de Puertas.

Durante el trayecto, Lieder mantuvo un extraño silencio al principio; sin embargo, cuando habló, empleó el acostumbrado tono amenazante.

—¿Cuales son tus intenciones con mi hija?

A Danny le entraron ganas de responder que, aparte de curarla de la enfermedad que la estaba matando, todavía no lo había pensado.

—No tengo intención de nada. Me invitó a tomar un chocolate y acepté. Me tomé el chocolate y hablamos. Nada más.

—Le gustas —apuntó Lieder.

—Y a mí me gusta ella —respondió Danny—. Pero no se preocupe, no lo digo en ese sentido. Me gusta porque creo que es agradable y me ha gustado charlar con ella.

Lieder se quedó callado durante un buen rato. No volvió a hablar hasta que

comenzaron a subir por la colina donde estaba el instituto.

—Nunca la había oído hablar con alguien tan a gusto como contigo.

—Supongo que tenía un buen día —dijo Danny.

El silencio volvió al coche hasta que llegaron a la plaza de aparcamiento reservada para el entrenador. Danny pensó que no hacía falta ser un entrenador de éxito para conseguir un estacionamiento personal.

—No me has preguntado qué le ocurre —comentó Lieder cuando Danny abrió la puerta para bajar del coche.

—No le ocurre nada —respondió Danny, simulando extrañeza.

—Es evidente que está enferma —dijo Lieder, irritado.

—A mí no me ha resultado tan evidente —mintió Danny.

Sabía que esa tarde, cuando el entrenador llegara a casa, la encontraría mucho mejor; en una semana su recuperación sería un hecho y Danny quería que el entrenador pensara que la mejoría de Nicki había comenzado antes de su encuentro de esa mañana con Danny.

—Eres idiota —dijo Lieder.

—Seguro que lo soy —rió Danny—. Gracias por traerme. —Y se bajó del coche.

Mientras iba hacia clase, imaginó al entrenador planteándose que a su hija le vendría bien disfrutar de la compañía de Danny durante sus últimas semanas de vida. Sería divertido ver a Lieder esforzándose por ser amable con él, pero, por otra parte, no sería justo para Nicki. A fin de cuentas, la chica no iba a morir. Al menos no a causa de la enfermedad que la aquejaba antes de su encuentro con el mago. Cuando a Lieder le confirmaran los médicos que su hija se había curado, el hombre no tardaría en deshacerse de Danny; así que lo mejor era mantenerse apartado de la chica, le ahorraría disgustos a todo el mundo.

Ahora tenía que enfrentarse a los compañeros de la clase de gimnasia del día anterior; estaba seguro de que habían contado a todo el mundo que estuvieron subiendo por una cuerda mágica que los había elevado dos kilómetros por encima del instituto, desde donde habían visto todo el valle del río Maury.

Era curioso que Lieder no hubiera sacado el tema a colación, y más cuando el día de antes había culpado a Danny de lo ocurrido.

«Esto parece un puñetero circo. Sé que ha sido cosa tuya».

Sin embargo, durante su encuentro matinal, no lo había mencionado.

Mientras se dirigía al aula de su primera clase, Danny no observó nada fuera de lo normal; los estudiantes se comportaban como siempre y no oyó a nadie hablar sobre la cuerda mágica. A Danny le molestó la ausencia de comentarios; no entendía que sus compañeros no mencionaran un suceso tan extraordinario. A pesar de ello, decidió que no sería él quién sacara el tema.

Pero cuando se encontró con Hal en la segunda clase del día, Danny no se pudo

contener y le preguntó qué ocurría.

—¿Estás de coña? —le soltó Hal—. Nadie quiere hablar del tema porque nos tomarían por locos. Dirían que hemos sufrido una alucinación o algo por el estilo.

—Pero tú sabes que no fue una alucinación, que ocurrió de verdad.

—Lo sé ahora que me lo has preguntado —confesó Hal—. Si tú también lo recuerdas, debe ser cierto que pasó. ¿Pero qué fue eso, tío? ¿Qué nos pasó?

«La gente es rara», pensó Danny, «se pasa la vida hablando sobre supuestos fenómenos extraños, milagrosos, que no son más que una sarta de mentiras. Sin embargo, cuando el suceso es auténtico, como el del día anterior, nadie quiere decir nada». Llegó a la conclusión de que era la autenticidad del suceso lo que asustaba a sus compañeros y que ese miedo les impedía hablar.

—No tengo ni idea, sé lo mismo que tú —respondió Danny.

Todos los magos teleportadores eran excelentes embusteros y eso los convertía en mentirosos de primera. A fin de cuentas, si quieres engatusar a la gente, tienes que ser capaz de engañarles.

Hal le miró con frialdad.

—Pareces sincero, pero fuiste tú el que me dijo que agarrara la cuerda y me pusiera a dar vueltas; lo siguiente que recuerdo es que salí disparado hacia arriba. El entrenador Lidtler te ordenó que me hicieras subir por la cuerda y lo hiciste; no sé cómo, pero fuiste tú el que me hizo subir.

—¿Y qué si lo hice? —repuso Danny—. ¿A quién se lo vas a contar? ¿Quién va a creerte?

—No pienso irle con el cuento a nadie, tío —dijo Hal—. Me salvaste el culo ayer, ¿crees que haría algo que te pudiera perjudicar? Pero ayer te largaste, saliste del gimnasio en cuanto la cuerda dejó de funcionar. Fui detrás de ti, pero habías desaparecido. ¿Qué eres, tío? ¿Un alien o algo así?

—Un dios nórdico —confesó Danny.

—¿Qué? ¿Cómo Thor? —rió Hal.

—Me parezco más a Loki —dijo Danny.

—¿Y ya está? —preguntó Hal—. ¿Esperas que me crea algo así?

—No espero nada —respondió Danny—. Va a empezar la clase. —Fue hacia el aula con Hal detrás de él.

Hermia estaba sentada en una mesa de la zona de descanso de Applebee's en la autovía Lee. Desde la ventana veía a los coches que entraban y salían de la gasolinera BP que había al lado. Su madre se sentó frente a ella.

—¿Has pedido? —le preguntó.

Hermia sintió pánico, un escalofrío que le recorrió la espalda. La puerta más próxima estaba demasiado lejos para que pudiera teleportarse lejos del alcance de su

madre. Madre era una maga arenisca y en un lugar tan húmedo como el oeste de Virginia su poder era poco menos que inútil; sin embargo, como solía comentar Madre, su auténtica empatía era con cualquier forma granulada o en polvo, como la nieve, la arena, los perdigones de un cartucho, la sal, la pimienta, el azúcar... La mesa estaba repleta de armas que Madre podía utilizar contra ella.

Además, si Madre estaba presente, Padre debía estar cerca, y él era un mago acuático, en concreto un mago dique, con la capacidad de hacer que Hermia se ahogara con su propia saliva. Si querían matar a Hermia, castigarla por haberse escapado y no contarles lo del mago teleportador al que había descubierto, sus posibilidades de sobrevivir eran nulas.

Al parecer, no querían matarla. Todavía no.

—He pedido una hamburguesa —dijo Hermia—. No hay nada malo en una hamburguesa, ¿verdad?

—No, salvo que la dejen en la barra olvidada hasta que se enfríe y se llene de bacterias —dijo Madre—. Y aun así, te la traigan sin ofrecerte una disculpa ni nada, porque den por sentado que eres una mosquita muerta sin valor para presentar una reclamación.

—No soy una mosquita muerta.

—Eso es algo que ellos no saben —dijo Madre—. Y tienes aspecto mediterráneo; saben que no eres una de los suyos. La gente aquí desciende de inmigrantes escoceses e irlandeses.

—¿Te has dedicado a estudiar la demografía y genealogía americana?

—Yo estudio de todo —replicó Madre—. Las personas son como granos de arena: de lejos parecen todos iguales, pero cuando te detienes en cada individuo, te das cuenta de que son distintos.

El camarero acudió a su mesa y Madre pidió una ensalada. Antes de que se retirara, Madre le preguntó:

—¿Qué opinión le merece una hija que desaparece sin decirles nada a sus padres, ni a dónde va, ni con quién? ¿Cómo calificaría a una chica así?

—De normal —contestó de inmediato el camarero, que antes había tonteado con Hermia cuando anotó su pedido.

Madre rió, una carcajada áspera, como el ladrido de una foca.

—La esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad, muchacho? Pero no te hagas ilusiones, no eres su tipo.

El camarero murmuró algo sobre el pedido de Madre y se alejó con una expresión entre confusa y abatida.

—Te encanta jugar con ellos —dijo Hermia.

—Jugar no, observarlos —corrigió Madre—. Comprobar cómo reaccionan a estímulos poco habituales. En el fondo, soy una científica.

«Lo que eres en el fondo es un cruce entre Clitemnestra y Medea», pensó Hermia, pero se guardó mucho de decirlo en voz alta.

—Así que me habéis encontrado —comentó.

—Oh, sabíamos muy bien dónde estabas todo el tiempo —dijo Madre.

Hermia no dijo nada.

—Sé lo que estás pensando: crees que es imposible que te pudiéramos localizar al teleportarte tantas veces, pero te equivocas. Cuando nos dimos cuenta de que poseías habilidades relacionadas con la teleportación, hicimos que te implantaran un chip justo debajo de la mandíbula. Te hemos estado siguiendo vía satélite. La presciencia de los griegos, nuestra capacidad para anticipar el futuro, es en verdad divina, ¿no te parece?

Hermia jamás había considerado la posibilidad de llevar un dispositivo localizador. Tembló al pensar que cada vez que había utilizado una de las puertas de Danny había delatado al mago teleportador.

O quizá no. Cuando se teleportaba a través de una de las puertas de Danny, tenían que volver a determinar su posición. Además, saber dónde estaba no era lo mismo que saber lo que hacía o con quién se encontraba.

Pero tras los acontecimientos de la noche anterior, habían tenido tiempo de sobra para llegar al Instituto Parry McCluer.

—¿Habéis pasado la noche aquí? —preguntó Hermia.

—En el Holiday Inn Express —asintió Madre—. Es un sitio agradable, parece europeo.

—¿Lo dices porque las habitaciones son diminutas y no hay sitio para guardar el equipaje?

—No quisimos dejarnos ver durante los sucesos de anoche. Pero presenciamos cómo varios miembros de la Familia North os desafiaban y también cómo dos simples huérfanos abatían al águila de Zog. Por no hablar de que hicieron que la tierra se abriera para tragarse su furgoneta.

—Se la devolvieron más tarde. ¿No te acuerdas o es que te quedaste dormida antes del final?

—Al analizar los eventos observados, dedujimos, aplicando el método aristotélico, que alguien había creado una Gran Puerta. No creo que fueras tú la que abrió esa puerta, porque, de poseer ese talento, habrías desaparecido en cuanto me senté aquí.

—No, no puedo crear puertas. Eso ya lo sabías.

—Lo que sabía es que siempre has negado poder hacerlo. Ahora te creo... o casi.

—No pienso decirte quién fue el que...

—Danny North. Él es el mago teleportador —la interrumpió Madre.

—No te atrevas a hacerle daño —amenazó Hermia.

—¿Ni unos polvos de talco en los ojos? —preguntó Madre—. Eres una aguafiestas.

—No es un simple mago teleportador, es nada menos que un Gran Mago Teleportador —dijo Hermia—. No ha habido un mago como él en la historia del mundo.

—La historia del mundo es muy larga y, si vamos a eso, habría que hablar de dos mundos, no de uno.

—Derrotó al Ladrón de Puertas —señaló Hermia.

—Mira qué bien.

—¿Qué quieres, Madre?

—Que mi hija me diga que me quiere, aunque sea mentira, y que parezca que se alegra de verme.

—No tengo que rendirte cuentas, Madre. Eso se acabó.

—Ni falta que hace, querida. Ya te lo dije antes —replicó Madre.

—Danny, yo y el otro mago teleportador...

—Admites que eres una maga teleportadora y no una simple buscadora.

—Soy una pestillo —dijo Hermia.

—¿Y qué hay de la otra teleportadora? Esa Victoria Von Roth.

—Una ganzúa.

—Encantador. Es como si fueráis gemelas, con treinta años de diferencia.

—Cuando Danny vuelva a crear otra Gran Puerta, vamos a permitir que todas las Familias y los Huérfanos puedan utilizarla por igual.

—¿También los mortales?

—No vamos a consentir que una Familia obtenga ventaja sobre las otras.

—Ya lo habéis hecho, niñata —saltó Madre—. La vaca esa, Leslie, ha conseguido tanto poder que es capaz de romper el vínculo de un mago de las bestias con el animal con que empatiza. Y Marion puede abrir la tierra con tanta precisión que el temblor apenas alcanza un grado tres en la escala Richter. Ellos dos solos cuentan con el poder suficiente para acabar con todas las Familias.

—Y no lo han hecho —arguyó Hermia—. ¿Eso no te dice nada?

—¿Y a ti no te dice nada que no hayamos acabado con vosotros?

—Sí, claro que sí. Me dice que vuestra esperanza de usar la Gran Puerta es mayor que el deseo de impedir que los demás puedan acceder a ella.

—Error. Nuestro objetivo es jugar limpio —dijo Madre—. Vamos a permitir que tú, tu novio Danny y su amante madura Vivi pongáis las reglas y nos someteremos a ellas.

—Seguro, hasta que podáis haceros con el mando —dijo Hermia.

—¿No crees que es un gesto de buena voluntad que esté aquí contándotelo todo? Algunos de los nuestros querían matarte y luego negociar con Danny North. Le

haríamos creer que no sabíamos nada de ti. En la Familia están muy enfadados a causa de tu traición.

—No le he contado nada a Danny sobre la Familia —dijo Hermia.

—No nos has contado nada a nosotros y ése es el problema —enfaticó Madre—. Pero no pasa nada, agua pasada no derriba molinos... ¿Se dice así, no?

—Te licenciaste en Física en Stanford, Madre. Sabes muy bien cómo se dice.

—Vamos a enviar un observador al instituto —siguió Madre, ignorando el comentario—. Queremos que te mudes allí.

—Soy demasiado mayor para ir al instituto —dijo Hermia.

—No te preocupes por eso; eres tan poca cosa que nadie dudará de que eres una estudiante de secundaria.

—No hace falta que me matricule en el instituto. Puedo teleportarme siempre que quiera hablar con Danny.

—Siempre y cuando él te permita que utilices sus puertas —dijo Madre—. No, te queremos ahí dentro, así os podremos vigilar a ambos.

—Y también amenazar con hacerme daño para que Danny haga lo que le pidáis.

—¿Crees que eso daría resultado? —preguntó Madre.

—Lo dudo —contestó Hermia—. Aunque nunca se sabe con Danny. No está enamorado de mí, ni siquiera creo que le guste demasiado. Pero tiene buen corazón. Si queréis que haga algo, bastaría con que le enviárais la foto de un cachorrito amenazando con volarle la cabeza de un tiro.

—No vamos a volarle la cabeza a nadie; ni a ti, ni a un cachorrito. Algunos pensamos que volverás a ser leal a la Familia, sobre todo al averiguar que siempre hemos sabido dónde te encontrabas y no hemos hecho nada.

—¿Y tú eres una de los que piensan así? —preguntó Hermia.

—Sólo soy una más —dijo Madre—. Pero me complace que quieras contar con mi apoyo.

—Sabes muy bien que si Danny se siente amenazado, le basta con teleportarse.

—Oh, espero que no lo haga —dijo Madre—. O nos veremos obligados a pegarle el tiro al cachorrito.

Cedric Bird se encontraba en el interior de un círculo de grandes piedras situado en la cima de una colina. Un rebaño de ovejas pacía en ladera, pero Ced echó en falta al pastor que debía estar a su cuidado.

Su intención inicial había sido seguir los pasos de los demás: atravesar la Gran Puerta, llegar a Westil y retornar de inmediato a la Tierra con sus poderes incrementados al máximo.

Pero cuando pisó Westil, donde era de día en contraste con la noche que había dejado atrás en Buena Vista, sintió la brisa en su rostro. Ced era un mago eólico y la

tentación de disfrutar de ese viento fue demasiado fuerte. Sintió cómo el sol templaba el aire y la brisa peinaba la hierba.

Se entretuvo un par de segundos, nada más. Pudo ver por el rabillo del ojo a los otros aparecer y desaparecer por la Gran Puerta. Cuando decidió seguirles, la Gran Puerta ya no estaba. Y de pronto, Ced fue consciente de que había decidido quedarse en Westil.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Las historias que le contaba su madre sobre el lejano mundo del que procedían sus antepasados. La morada de los dioses. Un lugar aterrador en el que un arenisca podía conjurar tormentas monstruosas; donde un Gran Mago Pétreo podía crear clones de sí mismo a partir de la misma roca. Donde un lago podía ser absorbido por la piedra o una isla barrida por las olas impulsadas por un Gran Mago Marino.

Pero podía sentir el roce de la brisa.

Siempre había tenido afinidad con los vientos. Incluso en sueños podía percibirlo y despertaba para oír su aullido contra las ventanas que temblaban ante el empuje del aire. Y cuando eso ocurría, se levantaba para salir al exterior y disfrutar de la ventolera. A veces, Madre le oía y le buscaba para que entrara en casa. «El viento es algo terrible, Cedric, arrastra a las aves y derriba sus nidos de los árboles». Cedric siempre le contestaba que el viento jamás le haría daño. Que él adoraba el viento.

Sin embargo, hasta su llegada a Westil, no había percibido el viento con tanta intensidad como en esa colina cubierta de hierba. Lo sentía a su alrededor, la forma en que se deslizaba entre las grandes piedras que lo rodeaban. Cómo agitaba la lana de las ovejas que pacían y peinaba la hierba a sus pies. La sensación era embriagadora.

«La diferencia no está en la brisa de Westil», pensó Cedric, «está en mí. He cruzado la Gran Puerta y ahora mi afinidad con los vientos supera todos mis sueños. Soy el mago que siempre he querido ser».

No pudo resistir la tentación; no le bastaba con sentir el viento. Tenía que moldearlo, ser su amo. Había estudiado bajo la tutela de Norm Galliatti, un galerna, en Medford, Oregón. Con él pasó de crear pequeños remolinos de aire y suaves brisas en días serenos a manipular el viento moldeándolo como si fuera un dardo, a apagar una vela a una distancia de cien metros o desviar la trayectoria de un balón en pleno aire.

Sin embargo, en Westil bastaba con pensar en hacer algo para que ocurriera. Un súbito remolino lo rodeó, recorrió el interior del círculo pétreo como una exhalación y le alborotó el pelo y la ropa. Era más poderoso, más grande que nada de lo que había creado en la Tierra. Rió en voz alta, eufórico. «¿Puedes verme, Madre? Mi amada Calliope, mi querida Colibrí, ¿ves de lo que soy capaz?».

El torbellino cobró tal fuerza que lo alzó en volandas, pero no corría peligro

alguno. No era un tornado salvaje de los que arrasan con todo, destrozando y esparciendo los restos de su devastación. No, el aire que le rodeaba sabía quién era Cedric, lo cuidaba. El torbellino y él eran uno solo. «Aquí estás», susurraba el viento. «Éramos ovejas sin pastor que se preocupara por nosotros, ganado al que nadie ordeñaba, hasta que tú has llegado».

«Llévame contigo», pensó Cedric. «Llévame a conocer este mundo».

El torbellino le alzó hasta que pudo ver por encima de las copas de los árboles cercanos. Vio un río y más allá divisó una cabaña de la que salía un pastor. El hombre contempló el vuelo de Ced a lo largo del curso del río. Fue río abajo, porque ése era el deseo de Cedric, aunque en el fondo le daba igual adónde le hubiera llevado.

«Comprendo que la gente nos considerara dioses cuando los magos primigenios éramos capaces de viajar entre la Tierra y Westil y conseguir estos poderes. Cuando pintaron a Hermes con alas en sus pies debió de ser un mago eólico como yo quien les inspiró».

Ced sólo tuvo que dirigir su pensamiento hacia una formación rocosa para que el torbellino le depositara en la cima con suavidad. Antes, cualquier intento de dirigir el viento suponía un esfuerzo considerable y ahora ese esfuerzo era menos que nada, un simple deseo, y gobernaba el viento sin dificultades. Así es como volaban las alfombras mágicas de las leyendas. El carro volador que vio Ezequiel.

Una vez sobre el suelo, Ced extendió los brazos y convocó más vientos al interior del vórtice. A continuación, lo apartó de donde se encontraba e hizo que girara con velocidad creciente. La parte superior del torbellino se izó hacia el cielo y la base comenzó a recoger tierra, polvo, hierba, hojas caídas de los árboles e insectos que merodeaban por el suelo. El torbellino se oscureció, se hizo más sólido, adquiriendo la consistencia de una columna. Le recordó a las imágenes de los tornados que salían por la tele. La diferencia era que éste lo tenía delante y estaba bajo su control.

«Eres un auténtico dios», le dijo el viento.

«No», replicó él en su mente. «Vos sois el dios, torbellino, yo sólo os he despertado».

Al ser consciente de que podía hablar con el viento, que estaba vivo, Ced fue un paso más allá. Dejó que su esencia marchara con el torbellino y se convirtió en su efigie. Cabalgó el viento igual que hiciera su madre con los colibríes; se fundió en él, lo dirigió y se dejó llevar a la vez. Fue pasajero y piloto.

En ningún momento abandonó su cuerpo, contemplaba el tornado desde su atalaya. Y, sin embargo, también era el tornado. No veía a través de él, los vientos carecen de ojos, su percepción la conseguía a través de la kinestesia de su cuerpo. Igual que una persona no necesita abrir los ojos para saber dónde tiene las manos o los movimientos que ejecutan sus dedos, él percibía la situación, el tamaño, la velocidad y la fuerza del tornado con la misma facilidad con la que era capaz de

atarse los cordones de los zapatos a oscuras.

Cabalgó el viento más de cien kilómetros hasta saturarse. «Basta. Basta. Basta». Se desligó del tornado y notó como amainaba de inmediato, aunque conservaba la euforia que había compartido con Ced.

La esencia de Ced volvió a él. Se quedó inmóvil, sintiéndose completo de nuevo con el retorno de su esencia, pero también huérfano al comprobar que el poderoso tornado había sido sustituido por la brisa suave del principio. Había sido un gigante, ahora volvía a ser un simple hombre.

Descendió de la cima rocosa. No resultó sencillo, un mago eólico puede alcanzar lugares inaccesibles para una cabra, pero dio con un sendero que le permitió alcanzar la orilla del río sin demasiadas dificultades.

Siguió el curso del agua en busca de gente. No encontró a nadie.

Lo que sí halló fue una aldea destruida. Las casas habían sido arrasadas hasta los cimientos.

Tuvo que crear un pequeño viento para sobrevolar un bosque asolado; los árboles se apilaban unos sobre otros y tenían las raíces al aire.

Más adelante, llegó a una ciudad donde la gente atrapada entre las ruinas, gritaba solicitando auxilio; donde hombres y mujeres lamentaban las muertes de sus seres queridos y muchos niños deambulaban, perdidos y aterrorizados.

No entendía la lengua de esas gentes, aunque le pareció reconocer en ella la misma que su madre hablaba en ocasiones; la misma que empleaba para dirigirse a los pájaros que la rodeaban mientras los alimentaba o cuando les cantaba en el jardín de casa.

Nadie prestó demasiada atención al recién llegado. La desolación, el miedo y el afán por rescatar a las víctimas enterradas bajo los escombros exigían toda su atención. Ced se unió a ellos. Les ayudó a retirar los restos bajo los que gritaban los heridos y los llevó para que fueran atendidos.

«Necesito que cures a esta gente, Danny North. No debería estar aquí yo solo. No soy de fiar. Demasiado poder. Fíjate lo que he hecho sin darme cuenta. Destruí esta ciudad y fue como aplastar las hojas secas de un roble. Pero no eran hojas caídas, eran los hogares de estas pobres gentes. Ni siquiera les oí gritar, porque el viento también puede bramar y cantar, pero carece de oídos y nunca escucha».

«Yo sí tengo oídos. Y ojos. Sin embargo, me encontraba lejos, sobre las rocas; disfrutando de mi poder. Es como una droga».

«Sólo soy un dios desde hace un par de horas y mira lo que he hecho».

Sin embargo, a la vez que auxiliaba a las víctimas de su tornado, un sentimiento oscuro y poderoso de orgullo nació en su interior. Por una parte, sentía ganas de llorar e implorar perdón a las gentes por lo que había hecho. Quería asumir la responsabilidad y las consecuencias de sus actos. Deseaba decirles: «Yo he sido el

autor de esta destrucción. Os compensaré hasta donde me sea posible».

Pero el otro sentimiento era más poderoso, primitivo y cargado de soberbia. Ese decía: «Yo he sido el autor de esta destrucción. ¡Ved cuán grande es mi poder!».

INTERVENCIÓN

Danny creyó que esa noche acudía a casa de Laurette a una fiesta de cumpleaños. Algo sencillo, nada de macrofiestas juveniles que destrozan la paz del vecindario y acaba con la llegada de la policía. Era una reunión en casa de Laurette en honor de Xena, amiga de Laurette y de Danny, desde que éste había llegado al Instituto Parry McCluer.

Pero cuando llegó a la casa y le abrieron la puerta, Danny supo que se la habían jugado. Todos sus amigos estaban allí: las chicas, Laurette, Sin, Pat y Xena; y los chicos, Hal y Wheeler. Y la pancarta que cubría la pared visible desde la entrada no decía nada sobre Xena ni su cumpleaños.

En su lugar, Danny leyó la palabra «Intervención» y estaba convencido de que se refería a él.

—¿A qué se supone que estoy enganchado? —preguntó.

—No ha pillado la referencia a la serie *Cómo conocí a vuestra madre* —comentó Sin.

—No ve la tele —dijo Hal.

—¡Wow! Tendríamos que haber preparado una intervención para arreglar eso —dijo Xena.

—¿Y por qué no arregláis lo de Laurette? Siempre va enseñando tanto escote que los pobres profesores tienen miedo de caerse dentro y perderse.

—De eso nada. Nos atenemos al plan —dijo Laurette.

—No es mi plan —dijo Danny.

—No te vas a librar de ésta —dijo Sin.

—Todavía no sé de qué va esto de la intervención —se quejó Danny—. A lo mejor podemos resolverlo rápido y empezar la fiesta.

—Queremos que dejes de ocultarnos tu auténtica identidad —dijo Hal de sopetón.

—Soy el hijo de secreto de Obama y una camarera de Chicago —respondió Danny—. En realidad, soy negro, pero me porto como un blanco y nadie se da cuenta.

—Sabemos que tienes poderes —dijo Sin.

—Eres un hada —intervino Xena—. Como las de Tolkien.

—Creo que la palabra es elfo —corrigió Pat.

—No, hada. Suena mejor —dijo Xena.

—Ni soy un elfo ni un hada —negó Danny—. Me acabo de apuntar al equipo de atletismo. Conseguiré convertirme en un atleta y seré demasiado guay como para

dejarme ver con vosotros.

—Sabemos que nos curaste —dijo Pat—. Mi acné desapareció y las heridas de los piercings de Sin ya no están infectadas.

—Pero no resolviste mi problema de peso —intervino Xena—. Podrías haber sido más amable.

—A lo mejor le gustas así —dijo Wheeler.

—Estoy dándole vueltas a eso de mis poderes mágicos —dijo Danny, con ironía.

—Punto uno: todo empezó cuando llegaste al instituto y eso es un hecho —afirmó Xena.

—*Post hoc ergo propter hoc* —soltó Danny.

—De la asignatura de Lógica —aclaró Hal—. Ojalá la Sra. Schrader no nos hubiera hablado de las falacias.

—Punto dos: el lugar donde tropezaba todo el mundo —prosiguió Xena.

—Vale. Resumiendo: curo a la gente de sus males y les hago tropezar —dijo Danny—. Algo contradictorio, ¿no crees?

—Y también volar con la cuerda del gimnasio —añadió Hal—. Eso fue cosa tuya. Me dijiste que moviera las manos como si estuviera trepando. Sabías que llegaría arriba sin tener que esforzarme.

—¿Eso es lo que crees que pasó? —preguntó Danny.

—Tomad nota: no lo ha negado —señaló Hal.

—No puedo negarlo porque no tengo ni idea de qué va esto. ¿Cuál es la acusación? —Danny acababa de caer en la cuenta de que si vas a mentir, lo mejor es hacerlo sin más rodeos y no intentar colar medias verdades.

—Si te soy sincero, yo no quería que esto fuera una intervención —intervino Hal; parecía irritado—. Yo lo habría llamado ultimátum.

—¿A qué te refieres? —dijo Danny—. ¿O admito que todas esas tonterías son ciertas o asumo las consecuencias?

—Eso es a lo que yo llamo un ultimátum —afirmó Hal.

—¿Y cuáles son las consecuencias? —quiso saber Danny.

—No podremos considerarte nuestro amigo.

Danny reconoció que tenían razón, pero también que no la tenían. No eran conscientes del alcance de esa verdad que querían que les confesara. Una cosa es pensar que tu amigo tiene algún tipo de poder misterioso y otra muy distinta es saberlo. No le creerían si se lo contaba, o le obligarían a que hiciera algo para probarlo, y no pensaba romper su promesa de no abrir más puertas en el Parry McCluer.

—Si fueráis mis amigos de verdad, no estaríais juzgándome; aguardando una respuesta con amenazas de lo que ocurrirá si no oís lo que esperáis.

—Danos la respuesta —insistió Sin—. No se lo contaremos a nadie.

—Supongamos que admito que soy una especie de hada y vosotros prometéis no contárselo a nadie. Pero el caso es que ya pensáis que soy un hada y habéis prometido que no lo vais a decir por ahí. ¿Para qué queréis mi confesión?

—No confías en nosotros —dijo Wheeler.

—¿Y qué si tengo poderes mágicos? No le hecho daño a nadie, ¿verdad?

—Que yo sepa, el entrenador Lidtler se cayó un par de veces de culo por tu culpa —dijo Hal.

—¿Y no habéis pensado que si os oculto la existencia de mis poderes es por vuestra seguridad?

—«Hay cosas que la humanidad no debe conocer» —canturreó Laurette.

—«Si te lo cuento, tendré que matarte» —citó Xena.

—Vamos a hablar claro —dijo Danny—. Si sois tan buenos amigos míos, ¿por qué me amenazáis con dejar de serlo si no os cuento algo que, de ser cierto, prefiero guardar en secreto?

—No lo pillo —dijo Sin—. Parece una adivinanza.

Danny sabía que era inútil. Que la cosa no iba a terminar bien. Si les contaba lo de sus poderes, le exigirían que se los mostrara; y cuando lo hiciera, le temerían. La historia de su familia estaba llena de sucesos parecidos; los mortales o evitaban a quienes detentaban el poder, o querían convertirse en sus siervos.

Danny no quería saber qué opción elegirían sus amigos. Nunca había tenido amigos de verdad y ahora, hiciera lo que hiciera, iba a perderlos. Se sintió apesadumbrado.

Pero puestos a perderlos, mejor hacerlo sin que conocieran la verdad.

—De acuerdo, acepto vuestras condiciones —les dijo.

Todos se inclinaron hacia él, anhelantes.

—No pienso confesar nada, así que dejamos de ser amigos. —Danny se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

—¡Espera! —llamó Laurette.

—¡No queríamos esto! —añadió Xena.

—Yo sí —intervino Hal—. Nos hizo subir a las nubes y ahora lo niega. Que le den.

Danny abrió la puerta de la casa y salió a la calle. Oyó que le seguían. Lo último que quería era una discusión en plena calle. Abrió una puerta y se teleportó a su casa y cerró la puerta tras de sí. Al hacerlo, se preguntó si también había cerrado la puerta de la casa de Laurette. Si no lo había hecho, le habrían visto desaparecer a plena luz del día.

Pero estaba cabreado con ellos. ¿Qué clase de amigos te obligan a contar algo que tú no quieres contar? No eran sus amigos. Apenas los conocía. ¿Entonces, por qué se sentía culpable?

—¿Desde dónde te has teleportado?

Hermia estaba sentada en la salita de su casa.

—¿Cómo has conseguido entrar? —preguntó a su vez Danny.

—A través de la puerta de Vivi —respondió Hermia—. Fui a verla y luego se me ocurrió venir a verte a ti. Como no estabas, decidí esperar a que llegaras.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Danny, observándola con atención.

—He visto a mi familia —explicó Hermia—. Mis auténticos padres. Todo un honor.

—¿Un encuentro feliz? —preguntó con sorna, Danny.

Se sentó frente a ella en la otra silla que había en la salita.

—Hablamos sobre ti —dijo Hermia—. Quieren que confíes en ellos. Aseguran que su intención no es manipularte, no quieren una guerra. Pero creen que necesitas ayuda, que alguien te instruya.

—No voy a permitir que un westiliano se acerque a mí.

—Se lo diré —dijo Hermia.

—¿Estás con ellos? ¿Te controlan de alguna manera?

—¿Quieres decir si puedes confiar en mí? Sí y no. Puedes confiar en mí, te doy mi palabra. Pero me implantaron un dispositivo localizador hace tiempo, saben en cada momento dónde estoy.

—Entonces, te han visto teleportarte —comentó Danny, tras reflexionar unos instantes.

—Sí.

—Al usar la puerta de Vivi para teleportarte hasta aquí, les has desvelado la existencia de esa puerta.

—Sí.

—Cada vez que cruzas una puerta, ellos la localizan.

—Sí —repitió Hermia, por tercera vez—. Pero he venido a contártelo en cuanto me he enterado. No querrás que me encierre como si fuera un criminal y no vaya a ningún sitio.

—Así que saben dónde estoy ahora mismo.

—Lo que saben es dónde me encuentro yo —explicó Hermia—. No tienen forma de saber que tú también estás aquí... Aunque imagino que sí, que acabarán averiguándolo.

—Mierda —dijo Danny, pero tuvo que reconocer que Hermia tampoco tenía muchas opciones.

—Al final, tendremos que ponernos en contacto con todas las Familias —dijo Hermia—. Incluida la mía, si es que sigues con la intención de abrir una Gran Puerta y compartirla con todos.

Tres coches llegaron a casa de Danny; uno de ellos se detuvo con un chirrido de

ruedas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Es que tu familia te sigue con un helicóptero o un globo?

Hermia apartó la cortina y se asomó al exterior.

—No son ellos. Y tampoco son de los tuyos.

Danny se reunió con ella en la ventana. Eran sus amigos los que salían de los coches.

—Maldita sea —murmuró.

—Lárgate —dijo Hermia—. O telepórtalos a ellos.

—Nunca les he dicho dónde vivo —dijo Danny.

Hermia se dirigió hacia la puerta. Danny intentó detenerla, pero llegó tarde, la chica la había abierto de par en par.

—¿Está aquí! —oyó gritar a alguien. Era la voz de Laurette.

—Hemos seguido tres rutas distintas y no ha venido por ninguna de ellas —dijo Sin, triunfante.

—Y no hay forma de que haya llegado corriendo —añadió Pat—. Nadie corre tan rápido.

Ya habían alcanzado la puerta y entraban a trompicones en la casa. Danny no aparecía por ningún lado. Se había teleportado a la parte trasera de la casa, espiando lo que ocurría en la salita a través de una puerta diminuta, su mirilla personal, que había creado delante de uno de sus ojos. Podía oír lo que hablaban los recién llegados.

—¿A quién buscáis? —preguntó Hermia.

—Tiene novia —comentó Xena; había decepción en su voz.

—Danny North —respondió Wheeler—. Vive aquí.

—Qué interesante —dijo Hermia—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Sus amigos —dijo Laurette.

—A mí me parece que le estáis acosando —dijo Hermia.

—Aún no nos has dicho quién eres —dijo Xena.

—Yo sí soy su amiga —declaró Hermia.

—Pareces británica —apuntó Xena.

—Un bonito acento inglés —comentó Pat, disgustada—. Los chicos son tan previsibles...

—Pero casi no tiene tetas —intervino Laurette.

—Sigues siendo la reina en eso, Laurette —dijo Sin.

—¿Cómo llegó aquí tan rápido? —insistió Hal.

Desde su escondrijo, Danny pensó que Hal jamás permitía que nada le distrajera cuando se marcaba una meta. Era probable que el entrenador Lidtler la hubiera tomado con él por eso, porque Hal tenía más posibilidades de triunfar en la vida de

las que había tenido él. La envidia llevaba al entrenador a humillarle siempre que tenía ocasión.

—Es un mago teleportador —dijo Hermia.

Un escalofrío sacudió a Danny. Hermia le había pedido que los teleportara lejos de allí y ahora les desvelaba su secreto.

Nadie preguntó qué era un mago teleportador.

—Abre caminos en el espacio-tiempo —siguió Hermia—. Conecta dos puntos en el espacio, a cualquier distancia, y los sitúa uno al lado del otro.

—¿Ya está? —dijo Pat—. ¿Ésa es la explicación que nos vas a dar?

—Lo he explicado igual que haría con la gravedad —aclaró Hermia—. Sé cuáles son los resultados del proceso, pero no tengo ni idea de cómo funciona. Newton hizo lo mismo, a fin de cuentas.

—¿Danny es capaz de conectar unos lugares con otros? —preguntó Hal.

—Es posible que sea el Gran Mago Teleportador más poderoso de la historia —dijo Hermia—. Aunque hasta ahora se ha limitado a abrir puertas pequeñas en el instituto.

—¿Y qué tienen que ver las puertas con curar a la gente? —quiso saber Pat.

—Danny no puede curar, eso lo hacen las puertas —explicó Hermia—. Si cruzas una puerta y estás vivo, cualquier herida o enfermedad desaparece.

—Acné incluido —dijo Pat.

—Y heridas de *piercings* infectadas —añadió Sin.

—No entiendo por qué negaba que era él quien lo hacía —dijo Xena—. Lo que hace es una pasada.

—Porque es demasiado bueno —dijo Hermia—. Mucha gente quiere matarle por ese motivo. Cuando abrió las puertas en el instituto, se arriesgó a que lo descubrieran. ¿Os acordáis de la cuerda del gimnasio? Las consecuencias fueron terribles: su propia familia vino para matarle.

Silencio.

Entonces, en voz baja, Laurette preguntó:

—¿Su propia familia?

—Creía que sus padres habían muerto —intervino Hal.

—No —dijo Hermia—. Sus padres son, en realidad, magos muy poderosos. Para ser sincera, no fueron ellos los que intentaron matarle, fueron su abuelo y su tío.

—Repugnante —dijo Wheeler.

—Hay muchas cosas que ignoráis sobre la historia del mundo —dijo Hermia—. Y la gente como vosotros no se creería la mayor parte.

—¿Qué quiere decir con «gente como nosotros»? —preguntó Pat.

—Gente normal —aclaró Hermia.

—¿Habéis oído eso? —se rió Wheeler—. Nos ha llamado normales.

—A ver si consigo que lo entendáis —dijo Hermia—. El padre de Danny se llama Odín. Al nacer, le pusieron el nombre de Alf, pero cuando se convirtió en el cabeza de la Familia North, tomó el nombre de Odín.

—¡Vaya! —exclamó Wheeler—. Hablas como si fueran dioses.

—Lo que os digo es que los dioses de las mitologías son reales. Los nombres que conocéis han ido pasando de generación en generación. No somos inmortales, nuestros nombres sí lo son.

—¿Y quién es Danny? —preguntó Hal—. ¿Es un dios él también?

—Si su familia abandona la idea de matarle y le acepta como un miembro más, el nombre que le darán es el de Loki.

—El hermano malvado de Thor en *Los Vengadores* —señaló Wheeler.

—No existe el martillo mágico de Thor —dijo Hermia—. Pero sí, hay un Thor en la familia, aunque no vale mucho. Ninguno de ellos ha valido mucho.

Y entonces Hermia les explicó lo que hacían las Grandes Puertas. Danny seguía escuchando desde su escondite. Hermia era buena explicando. Claro que eso era parte de su talento. Los magos teleportadores tienen el don de la palabra.

Le aterrizzaba que ella estuviera contándoles la verdad a sus amigos; por otra parte, reconoció que él había deseado hacerlo desde el principio. Por eso no se había teleportado lejos de ellos ni abandonado el instituto Parry McCluer. Tampoco había tomado precauciones cuando volvió a casa desde la de Laurette. Quería que lo supieran, ser sincero con ellos. Sin embargo, había sido incapaz de responder a sus preguntas y, por eso, había permitido que lo hiciera Hermia por él.

Cuando terminó su explicación, Hermia les preguntó si se creían lo que acababa de contarles.

—Sí —respondieron al unísono Pat, Wheeler, Sin y Hal.

—¿Por qué? —preguntó Hermia.

—Porque yo subí por la cuerda —contestó Hal.

—Porque curó las heridas que me hicieron los piercings —añadió Sin.

—Acabó con mi acné —señaló Pat.

—Porque mola —dijo Wheeler.

—¿Y los demás?

—Me cuesta creer algo así —dijo Laurette—. ¿Cómo sabes tanto sobre el tema? Nunca te había visto por aquí.

—Soy una maga teleportadora —respondió Hermia—. Una de menor categoría. No puedo crear puertas, pero las percibo y soy capaz de cerrarlas. Y estoy aquí para ayudar a Danny. Ahora es el momento de que toméis una decisión.

Aguardaron en silencio.

—¿Estáis con Danny o contra él? —preguntó Hermia—. Y quiero añadir que el motivo de que Danny no os lo quisiera contar es ése: sabía que tendríais que elegir.

—¿Qué es eso de estar con Danny? —preguntó Hal—. Tiene un poder increíble. ¿Qué podemos aportar nosotros?

—Lo que los dioses siempre han necesitado: podéis ser sus siervos.

Costernación. Cólera.

—¡Creía que éramos sus amigos! —exclamó Laurette.

—¿Sois sus iguales? —preguntó Hermia—. ¿Lo sois? Cuando vengan a matarle los otros dioses, ¿podréis protegerle? Cuando la madre de Danny os electrocute, o su padre haga que se detenga vuestro coche, cuando comprobéis que cualquier arma que intentéis utilizar contra ellos no funciona y un halcón intente arrancaros los ojos a picotazos, ¿seréis capaces de hacerles frente?

—¡Uf! —exclamó Laurette.

—No hay nada que podamos hacer —dijo Hal—. ¿Para qué nos quiere a su lado?

—No he dicho que necesite soldados o aliados. Necesita siervos. Gente que pueda transmitir sus mensajes. Criados que estén atentos a lo que ocurre y le informen de cualquier anomalía.

—Espías —dijo Pat.

—Y mensajeros —añadió Hermia—. Las Familias saben que carecéis de poderes. Con suerte, no se tomarán la molestia de mataros. Pero cuidado, podrían hacerlo. Si se cabrean con vosotros, lo harán. ¿Está claro? No tenéis poderes, pero podéis ayudar a Danny a conseguir un tratado de paz entre las Familias y a que comparta su poder con ellas.

—¿Y por qué tendríamos que querer algo así? —preguntó Xena—. Si estos dioses de verdad existen, ¿por qué vamos a querer que Danny les permita conseguir más poder del que tienen?

—Porque si no lo hace, le matarán —dijo Hermia—. Es sólo una cuestión de tiempo. ¿Sois sus amigos o no? Queríais la verdad y os la he contado. Ahora tenéis que tomar una decisión. Con Danny o contra él.

—Con él —dijo Hal.

—Espera —intervino Pat—. No podemos hacer esto sin pensarlo bien.

Hermia lo había hecho bien, había cumplido con lo que Danny esperaba de ella. Había llegado el momento de que Danny se reuniera con sus amigos. Se sintió un cobarde por haber dejado a Hermia sola.

Se teleportó al interior de la casa.

Apareció en el centro de la habitación. Los demás le miraron atemorizados.

—Es todo verdad —susurró Laurette.

—Mola —dijo Wheeler.

—Esto no es un comic, Wheeler —advirtió Danny—. No son viñetas en las que el bueno acaba triunfando. En el mundo real, los tipos buenos pierden casi siempre. Lo que triunfa es el poder. Yo tengo un gran poder, pero no os puedo proteger todo el

tiempo. Mi consejo es que os larguéis. Que hagáis como si nunca me hubierais conocido. Con un poco de suerte, las Familias no habrán reparado en vosotros y os tratarán como al resto del mundo.

—Aclara eso —exigió Pat.

—Si creo una Gran Puerta y las Familias envían a su gente a través de ella, volverán a ser dioses en lugar de elfos y brujos, como son ahora. Entonces, su única relación con vosotros será para dar órdenes. Sólo habrá dos opciones: obedecer o morir. Nuestros parientes no son gente agradable. Os llaman mortales. Os ven como vosotros veis a vuestros automóviles: útiles mientras os prestan un servicio, pero prescindibles cuando dejan de hacerlo. Entonces lo divertido es quemarlos o hacer que choquen unos contra otros.

Las caras de sus amigos reflejaban miedo y ansiedad. Danny supo que su mensaje estaba calando hondo.

—Creo que ahora comprendéis por qué no os lo quería contar —terminó Danny.

—Yo creo que intentas meternos miedo —repuso Xena, desafiante.

—¿Lo estoy consiguiendo? —preguntó Danny.

—Sí —dijo Laurette.

—Me alegro —afirmó Danny—. Cuando vine aquí, lo hice con la intención de llevar una vida normal. Pensaba estudiar dos años en el instituto. Pero la fastidié con el asunto de la cuerda. Cuando Hermia la vio, me reveló que estaba creando una Gran Puerta. Acabé por adquirir los conocimientos necesarios para utilizar un poder inmenso.

—Pero lo que nos cuentas suena horrible —dijo Sin—. ¿Por qué vas a permitir que usen la Gran Puerta?

—Porque si no lo hago, si no permito que todas las Familias puedan acceder a ella, entonces una de ellas raptará a alguien a quien quiero y amenazará con matar a esa persona. A cambio de esa vida, querrán la Gran Puerta para su familia en exclusiva.

—¿Y a quién van a raptar? —quiso saber Hal.

—A Hermia. O a la mujer que se hace pasar por mi tía. O a ti, Hal. Depende lo que hayan conseguido averiguar sobre mí y la gente con la que me relaciono.

—Y si secuestran a Hal —dijo Laurette—, ¿qué harías?

—Dejaría que le mataran —respondió Hermia, adelantándose a Danny—. Y a mí, si fuera el caso. Porque si permite que una sola Familia cruce la Gran Puerta, eso significa que será la más violenta y malvada, y gobernará el mundo mediante el terror. Pero si todas las Familias acceden a la Gran Puerta, es muy posible que se alcance un equilibrio. Evitaríamos una guerra y los mortales no sufriríais daños.

—¿Es cierto lo que dice? —preguntó Hal, dirigiéndose a Danny.

—Espero que lo sea —replicó Danny—. Aunque la parte en que dejo que maten a

alguien para impedir que usen la Gran Puerta no la tengo tan clara. No permitiría que asesinaran a alguien a quien quiero. Hasta hace poco, era mi vida la que estaba en peligro, pero desde que creé la Gran Puerta, he puesto en peligro a todo el mundo.

—Pero con tu poder puedes ayudar al mundo —dijo Hal—. Imagina lo que habrías podido hacer cuando los aviones atacaron las Torres Gemelas en el 11S, o...

—No, nada de eso —negó Danny—. Me habría enterado de la tragedia igual que el resto del mundo: a través de la tele. Tengo poder, pero no soy un dios. Al menos, no como pensáis vosotros: omnipotente y omnipresente. Soy capaz de hacer unas cuantas cosas, lo admito, pero tampoco tantas; y mis conocimientos no son gran cosa.

—¿Y de qué sirve todo esto, entonces? —preguntó Pat.

—De poco —admitió Danny—. Lo único que puedo hacer es minimizar los daños.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Hermia—. Mi familia está de camino y llegará pronto. Si no vais a estar del lado de Danny, os tiene que sacar de aquí lo antes posible. Coged vuestros coches y largaos. Olvidad que habéis conocido a Danny. Actuad como si no supierais quién es o las Familias os utilizarán para chantajearlo. ¿Está claro?

—¡Mierda! —dijo Sin—. Eso es... aterrador.

—Exacto —convino Hermia.

—¿Se puede saber para qué creaste una Gran Puerta, tío? —preguntó Hal.

—Porque soy un siervo del espacio-tiempo —contestó Danny—. Porque he nacido para eso. Porque me enfrenté a un enemigo muy poderoso y le vencí. Porque soy estúpido.

—Existe una ínfima posibilidad de que todo salga bien —dijo Hermia—. Si los padres de Danny cruzan la Gran Puerta y vuelven con sus poderes incrementados, pueden usarlos para destruir todo el armamento nuclear que hay en el mundo.

—¿Podrían hacer algo así? —preguntó Hal.

—La pregunta es si lo harían —matizó Hermia—. Las Familias jamás han buscado el bienestar de los mortales en toda su historia.

—Los mortales somos nosotros —musitó Xena.

—Dicho así, suena fatal, despectivo —dijo Pat.

—Ese es el sentido que le dan la mayor parte de las Familias —convino Danny—. Pero algunos de nosotros queremos utilizar nuestro poder para proteger a los mortales.

—No permitas que usen la Gran Puerta, tío —dijo Hal.

—Ya os he dicho lo que harían si se niega —le recordó Hermia.

—Suicídate —dijo Hal—. Acaba contigo antes de que te pillen. Yo lo haría.

Las palabras quedaron en el aire.

—Quizá tú lo harías —dijo Danny—. Pero no soy esa clase de héroe; de hecho,

no soy un héroe en absoluto.

—«Un gran poder conlleva una gran responsabilidad» —entonó Wheeler.

—El problema es que un gran poder conlleva un gran sufrimiento para aquellos que carecen de poder —dijo Danny.

—No iba de coña —insistió Hal—. No deberías existir. Si no existieras, la historia seguiría su curso como ha hecho desde el 632.

—El espacio-tiempo crearía a otro como yo —dijo Danny—. Y es posible que fuera alguien peor que yo.

—Es verdad que Danny ha usado su poder para ayudarnos —admitió Laurette.

—También hizo que el entrenador Lidtler cayera de culo —advirtió Hal.

—Sí, lo hice. Y también que se le cayera el cronómetro.

—¿Eso fue para protegerme? —inquirió Hal.

—Y porque pensé que sería gracioso.

—Fue gracioso —dijo Hal.

—¿Vas a destruir el mundo, Danny? —preguntó Sin.

—Espero que no —dijo Danny—. Lo que espero es que las Familias formen una alianza y empleen su poder para detener las guerras, a los terroristas y que acaben con toda la mierda que hay en el planeta.

—¿Han hecho algo parecido en el pasado, antes de que se cerraran las puertas?

—No.

—¿Por qué habrían de hacerlo ahora? —preguntó Hal.

—Por la presencia de Danny —dijo Hermia—. Si uno de la Familia comienza a comportarse como si fuera Stalin, Pol Pot o Idi Amin, Danny tiene el poder para teleportarlo al fondo del Atlántico y ellos lo saben. Mientras Danny siga con vida, existe una posibilidad de controlar a las Familias.

—Danny sería el dios de los dioses, ¿no es eso? —apuntó Hal.

—Sí —aceptó Danny, sentándose.

—Y capaz de conseguir el graduado escolar a la vez —bromeó Hal.

—Eso es más complicado —dijo Danny.

—¿Qué te hizo pensar que conseguirías terminar los estudios? —preguntó Pat—. Con todo lo que llevas encima.

—Porque cuando vine, no tenía ni idea de que podía abrir una Gran Puerta —explicó Danny—. Sólo quería llevar una vida normal, como la de cualquier chico de mi edad.

Hal alzó las manos a modo de una balanza.

—Por un lado quieres ser normal, por el otro un dios supremo. Una elección difícil... —De pronto tendió una de sus manos hacia Danny—. Estoy contigo.

—¿Conmigo?

—Eso es. Estaré a tu lado aunque acabemos en un pozo de mierda. Seré tu

mensajero, tu siervo o lo que sea. Creo que eres un buen tipo. Si alguien tiene que tener un poder como el tuyo, prefiero que seas tú. No se me ocurre nadie mejor, con la excepción de Winston Churchill, pero está muerto.

Danny estrechó la mano de Hal con solemnidad.

—De acuerdo, Hal se acaba de convertir en tu mano derecha —dijo Wheeler—. Normal, fue el primero que quiso hablar contigo cuando llegaste a Parry McCluer.

—No, el motivo es que es mi amigo y también que se acaba de presentar voluntario —dijo Danny.

—En ese caso, cuenta conmigo —se ofreció Wheeler.

Los demás sólo tardaron unos instantes en ponerse del lado de Danny.

—Vale. A los coches y fuera de aquí —ordenó Danny.

—Creía que sólo nos iríamos si no nos poníamos de tu parte —se extrañó Laurette.

—No quiero que los parientes de Hermia sepan quiénes sois. Todavía no. Marchaos. Sois mis amigos. Vuestra pequeña encerrona ha funcionado. Ya lo sabéis todo sobre mí. Y es la cruda verdad, sin adornos. Y a pesar de ello, os quedais conmigo. Pero que quede clara una cosa: si yo digo fuera de aquí, significa fuera de aquí sin rechistar. Ahora sois los rehenes que ellos querrían tener en caso de necesitarlos.

Todos asintieron.

—No actuéis como los mortales —les reprochó Hermia—. ¡No quiere que estéis de acuerdo, quiere que os larguéis y que lo hagáis ya!

Danny los teleportó a sus coches sin más.

Tras unos instantes de confusión, se metieron todos en los vehículos y se marcharon.

—¿Era lo que querías? —preguntó Hermia—. Querías que se lo contara todo, ¿verdad?

—No lo supe hasta que lo hiciste —confesó Danny—. Ellos querían saber la verdad. Ya no son críos, son adultos. Tienen derecho a conocer la verdad para poder decidir.

—Su decisión ha sido estúpida —dijo Hermia.

—Cierto —asintió Danny—. Pero cualquier decisión habría sido estúpida. Mis propias decisiones han sido estúpidas y también las tuyas.

—Cuando no quedan opciones inteligentes —sonrió Hermia—, hagas lo que hagas, será una estupidez. La cuestión es elegir cuál te gusta más.

—¿Es verdad que tu familia viene hacia aquí? —preguntó Danny.

—Seguro que sí.

—Hora de marcharse, entonces —dijo Danny.

—Sí, hora de marcharse, pero por separado —dijo Hermia—. No volveremos a

vernos hasta la reunión de la que hemos hablado. Mi familia sabe siempre dónde estoy y no queremos que también conozcan tu paradero.

Danny teleportó a Hermia a un sitio que ella conocía en París. A continuación, escribió una nota para los Griegos y la dejó a la vista, sobre la mesa que tenía en su casa de Buena Vista.

«Permitiré que dos miembros de vuestra familia crucen la Gran Puerta», decía la nota. «Quiero que os marchéis a casa y esperéis a que envíe un mensajero. A partir de hoy, enviaré a la Luna a cualquier miembro las Familias que venga a Buena Vista. Marchaos».

Danny dejó abierta la puerta de la casa para que no tuvieran que forzarla.

Cuando acabó con sus preparativos, Danny se teleportó a Washington D. C.; desde ahí se fue a Staunton, luego a Lexington y, por último, a Nápoles, en Florida, donde recogió todas las puertas que había creado para que no pudieran localizarlo, en el caso de que contaran con un husmeador entre sus filas del que Hermia no hubiera oído hablar.

Vivi detectó la llegada de Danny a su casa de inmediato. Se teleportó desde la playa a través de la puerta que Danny había creado para ella.

—Justo a tiempo para ver el último capítulo de la temporada de *La buena esposa* —comentó a modo de saludo.

—¿Es una serie de televisión? —preguntó Danny.

—Pura fantasía —respondió ella—. No existen las buenas esposas.

—¿Ni buenos esposos?

—Cuando seas mayor podré contestarte a eso. ¿Quieres un bocadillo?

—Ya me lo preparo yo —dijo él—. Acabo de contarle a mis amigos lo que soy en realidad.

—Una decisión egoísta y estúpida.

—Insistieron para que se lo contara.

—Algo estúpido por su parte, pero no sabían en lo que se estaban metiendo. Tú sí lo sabías, no tienes perdón.

—Ya lo sé —admitió Danny—. Pero habrá más gente involucrada en esta historia, queramos o no. Creo que es buena idea engrosar nuestras filas con personas en la que confiamos y que sean ellas las que tomen la decisión.

Vivi se encogió de hombros y acabó riendo.

—Va a resultar divertido ver en qué acaba esto. Si es que antes no vuela todo por los aires.

—Somos dioses —sentenció Danny—. ¿Qué puede salir mal?

CAUTIVO

Pan era tan viejo que las garras de la cólera y el dolor no podían apresarle durante mucho tiempo. El ser que había morado en el interior de un árbol durante catorce siglos, atento tan sólo a que alguien abriera una puerta entre mundos, no era un ser humano por completo todavía y quizá no volviera a serlo nunca.

Pan era, sobre todo, un observador. Sí, había sido el amante de una reina. Sí, había querido a su hijo e intentó protegerlo, pero su amante, su enemiga, la reina Bexoi, había sido más astuta que él. Su hijo murió. Sí, también es cierto que había encarcelado a una mujer inocente y a sus hijos, aunque más tarde los dejó libres. Esos actos eran muy humanos, propios de alguien que vivía con intensidad.

Pero Pan seguía vigilante. No sólo observaba lo que ocurría a su alrededor, tal y como había hecho cuando merodeaba por el castillo de Kamesham, también estaba atento a lo que ocurría en su interior, donde residía su sentido de la teleportación.

En su vida anterior, cuando era conocido con el nombre de Loki, y durante los siglos que transcurrieron después, cuando pasó a ser conocido como el Ladrón de Puertas, Pan había capturado y guardado las puertas de otros magos, pero nadie le había arrebatado a él una puerta de su propiedad. Por lo tanto, no conseguía comprender las consecuencias de la pérdida de su aura y que ahora estuviera presa en el interior de otro mago, en su yacimiento primordial.

Sí que conocía las consecuencias de tales actos para otros magos: quedaban postrados, inertes, aguardando a que su aura errante retornara. Pero esos magos no eran teleportadores. Sus auras solían ser indivisibles. Sólo los magos más poderosos podían controlar varias efigies a la vez o empatizar con más de una bestia; sin embargo, el esfuerzo era considerable incluso para ellos.

Los magos teleportadores contaban con auras divisibles por naturaleza. Podían dejar porciones de sus auras en forma de puertas al servicio de otros. Y siempre sabían dónde estaban esas puertas, sin necesidad de prestar especial atención a su localización.

Ése es el motivo de que cuando Pan robaba las puertas de otros magos, los cuerpos despojados no quedaran vacíos e indefensos. Podían seguir con sus vidas con toda normalidad, o casi. Por eso Pan no creía que les hubiera causado daño alguno. Seguían siendo ellos mismos, vivos y con total control sobre sus cuerpos.

No había sido capaz de comprender lo que ocurría de verdad.

Cuando el nuevo Gran Mago Teleportador de Midgard le arrebató la mayor parte de las puertas que guardaba en su yacimiento, incluídas las que había robado a lo

largo de los últimos siglos, sólo fue capaz de concentrarse en el puñado de puertas que conservaba bajo su control. Había empleado esas puertas para salvar a Anonoei, la concubina del rey Prayard, y sus dos hijos: Eluik y Enopp. Pensó que conservaba algo de poder; seguía siendo un mago.

Pero ahora, una vez recobrada la calma, entendió lo que nunca había comprendido: en las puertas de un mago teleportador reside una parte de su esencia mucho más grande de lo que Pan creía. Seguía siendo consciente de la existencia de las puertas que le habían arrebatado. Conocía su localización con toda exactitud. Podía sentir las. Lo malo es que no podía hacer nada con ellas.

Sin embargo, al igual que ocurre con el aura de un mago de las bestias, cuando cabalga la bestia con la que empatiza, o como la efigie creada a partir de palos, piedras, arena, agua o fuego, las puertas robadas estaban alerta, conscientes de lo que el nuevo dueño de las puertas hacía, veía y oía.

Y cuanto más se concentraba Pan en las puertas robadas, más averiguaba sobre el otro mago teleportador: sus deseos, planes, necesidades, ambiciones. No captaba los pensamientos del otro en forma de palabras, eso estaba fuera de su alcance. Si el ladrón, el Gran Mago Teleportador, ése al que llamaban Danny North, hablaba en voz alta, Pan podía oírle; de lo contrario, Pan no percibía nada. Pero, al igual que un mago de las bestias, Pan podía sentir los deseos más íntimos del hombre o, mejor dicho, el chico.

No podía cambiar nada, influir en él de ninguna forma: Danny North estaba al mando y Pan no podía usar las puertas que le había robado éste para intentar luchar contra él. La esencia vital de un mago teleportador no residía en sus auras. Por ese motivo, los magos teleportadores no podían crear efigies. Sin embargo, las puertas seguían siendo una parte de Pan y, por lo tanto, él ahora era una parte de Danny North.

Pan meditó sobre las puertas que había robado a lo largo de los siglos; los magos despojados debían de haber sufrido las mismas sensaciones que él. Ciertamente que esos magos no eran tan poderosos como Pan, así que su percepción de su esencia no era la misma que él tenía con respecto a Danny North. Sin embargo, debían de haber sido conscientes de su presencia.

Como Pan había vivido durante tanto tiempo en el interior de un árbol, las puertas capturadas no se habían desvanecido tras las muertes de los magos. Seguían todas vivas. Pan las había silenciado. Pero habían permanecido vigilantes. Conocían a Pan como ningún ser humano llegaría a conocer a otro, salvo que los magos mentales contaran con tal poder de comprensión.

Las puertas sólo habían estado unos días en el interior de Danny North y Pan ya lo conocía a fondo. Sabía el tipo de persona que era, sus afinidades, miedos, esperanzas y odios. ¿Cuánto sabrían de Pan aquellos magos teleportadores cuyas

puertas había cobijado en su yacimiento durante tanto tiempo?

Y ahora ese conocimiento sobre el Ladrón de Puertas estaba a disposición de Danny North.

Pan podía percibir las a ellas también, a las puertas cautivas de este joven Gran Mago Teleportador. Ahora era consciente de que las conocía a todas, que incluso cuando acallaba sus gemidos, su furia y desesperación, sus voluntades, había acabado por intimar con ellas. Habían formado parte de su esencia y, ahora que ya no estaban, echaba en falta ese nexo íntimo. Se encontraban lejos, a una distancia incalculable, presas en el yacimiento de otro hombre que habitaba un mundo distinto al suyo; las echaba de menos.

El problema era que lo odiaban. Las puertas robadas por Pan procuraban mantener las distancias con las puertas propias del Ladrón de Puertas incluso dentro del yacimiento de Danny North, donde se hallaban todas. Porque Pan seguía siendo poderoso allí dentro; sus puertas eran muchas comparadas con las de los otros magos, aunque todas juntas no eran más que una mota de polvo en comparación con la inmensidad de las de Danny North.

Las otras puertas, los restos de los magos ya fallecidos, temían y odiaban a Pan.

Y amaban a Danny North.

Pan se sintió asombrado cuando fue consciente de ese amor. Las puertas seguían siendo cautivas, tanto como lo habían sido con Pan. Danny North no las había dejado en libertad. Y, sin embargo, su reacción hacia él había sido la de quien se siente liberado. Odiaban a Pan tanto como amaban al chico.

Y Pan quería entenderlo. «Yo era un buen hombre», pensó Pan. «Cuando caminaba entre los dos mundos con el nombre de Loki, advertí el gran peligro al que se enfrentaban ambos: la amenaza que suponían los magos mentales procedentes del mundo de Bel, los conquistadores de los cuerpos y las almas de los hombres. Y lo sacrificué todo para salvar al mundo de los dragones de Bel. ¿Acaso no me convierte ese sacrificio en el mejor de los hombres? Mas nadie llegó a comprender la nobleza y grandiosidad de mis actos. Estas puertas han pasado siglos en mi yacimiento y jamás han dejado de odiarme».

Y las puertas robadas por Pan que estaban en el yacimiento de Danny North parecían florecer, como si iniciaran una nueva vida. Apenas la sombra de una vida, una existencia patética, pero vida al fin y al cabo. Seguían alerta, vigilantes, pero la angustia que habían mostrado cuando estaban en Pan había dado paso a la calma.

Les gustaba Danny North. Les gustaba vivir dentro de él. Les gustaba ver el mundo a través de sus ojos. Habían hallado la paz.

Y no se marchitaban.

«Tampoco las puertas que eran mías se marchitan», pensó Pan. «Es más, florecen como el resto. Yo también he hallado la paz en el interior de Danny North, mucha

más de la que albergaba en mi interior».

Ése fue el gran descubrimiento de Pan: el motivo por el que era capaz de soportar el dolor causado por la muerte de su hijo, la traición de la reina Bexoi, el sentimiento de culpa por lo que le había hecho a Anonoei y sus hijos, y el pánico provocado por la pérdida de la mayor parte de su poder era que Danny North poseía un corazón puro y en paz.

Danny North era bueno.

E indisciplinado, confuso, asustado, ignorante... joven.

«Y a pesar de ello, su carácter estaba formado, como ocurre con la mayoría de las personas cuando alcanzan la edad en la que son capaces de razonar e incluso es posible que antes, desde el momento mismo de la concepción. Y Danny North mostraba un carácter de una honestidad insuperable, y eso lo percibían todas las puertas que se hallaban presas dentro de su corazón.

»¿Acaso no soy yo honesto? ¿Por qué morar en mi yacimiento era un tormento y en el de Danny North hallan la paz, la curación y la calma?

»Es posible que la diferencia estribe en la actitud. Lo primero que intenté, cuando comprendí que seguía alerta y consciente en el interior de Danny North, fue tratar de imponer mi voluntad.

»Mi reacción fue ejercer mi dominio.

»Pero Danny North no quiere mandar a nadie.

»Pobre crío, tanto poder y no tiene ni idea de cómo ha de utilizarlo.

»No devoró mis puertas pensando que yo era un rival que debía derrotar; lo hizo por instinto de supervivencia. Él no quiere gobernar los mundos. Ni siquiera desea ser el héroe que los salve. ¿Qué es lo que quiere? ¿Quién es este chico?

»¿Y por qué razón, siendo como es, tan distinto a mí, me complace tanto su compañía?».

Danny North ocupó la mente de Pan de tal manera que tardó días en ser consciente de que sabía algo de gran importancia sobre los últimos acontecimientos acaecidos en Westil.

Había un mago nuevo en el mundo. Un mago que había cruzado la Gran Puerta. Poseía los poderes que ésta le otorgó y cada paso que daba hacía vibrar al mundo, y esas vibraciones alcanzaban la percepción de Pan. A pesar de que la Gran Puerta era obra de otro mago, sus consecuencias en el espacio-tiempo no pasaban inadvertidas para un Gran Mago Teleportador como Pan.

¿Qué clase de mago era el recién llegado? ¿Cuál era la magia de este intruso? El mundo estaba reaccionando ante el ejercicio de esta nueva magia. Nadie había mostrado tal poder desde que se cerraran las Grandes Puertas, catorce siglos atrás. Danny North estaba en Midgard y sus asuntos estaban fuera del alcance de Pan, pero este mago se hallaba en Westil y sí estaba en su jurisdicción.

Y Pan, que no era tan decente y sencillo como Danny North, comenzó a pensar en cómo podría someter el poder de este nuevo mago y utilizarlo para vengarse de su enemiga, la reina Bexoi, y hacerla sufrir tanto como ella lo había hecho padecer a él.

ASESINOS

Cuando Danny llegó a la granja en Yellow Springs, Marion ya había colgado una cuerda en la viga central del establo.

—¿Has usado una escalera de mano para subir hasta allí? —preguntó Danny.

—Soy un mineral —dijo Marion—. No puedo volar, y tampoco mis efigies.

—¿Y por qué no me esperaste? Te habría teleportado hasta la viga.

—Sé que es difícil de creer, Danny, pero antes de que tú llegaras a la granja, ya era capaz de limpiarme el trasero yo solito.

Danny sonrió ante el comentario.

—¿Eso es una indirecta para que abra una puerta en tu ano? De salida sólo, por supuesto.

Marion amenazó a Danny con la mano abierta, aunque jamás le había pegado, ni pensaba hacerlo. Se detuvo en seco y preguntó:

—¿Podrías hacer una cosa así? No me refiero a abrir una puerta en mi trasero, me refiero a anexionar una puerta a una persona y no a un lugar.

—Podemos preguntárselo a Hermia cuando llegue —respondió Danny.

—Hermia y Vivi sólo saben lo que han estudiado en los libros.

—Y yo sólo cuento con mi experiencia —repuso Danny—. He estado años intentando averiguar cómo podía bloquear mis puertas y que volvieran a mi interior, y hasta que vi cómo se hacía, no fui capaz de hacerlo por mí mismo.

—Alguien tuvo que ser el primero en llevarlo a cabo —asintió Marion—. Y si crees que puedes confiar en una griega como Hermia...

—Los Griegos sólo me inspiran desconfianza cuando traen regalos —bromeó Danny—. Y ella es una Pelasga, para ser más exactos.

—Hermia cree que eres el mago teleportador con más talento de la historia. Eso significa que hay cosas que vas a tener que descubrir por tu cuenta.

—Los padres siempre creen que sus hijos tienen más potencial del que tienen en realidad —arguyó Danny.

—¿Qué me dices de la posibilidad de aplicar la teleportación a la cirugía? —sugirió Marion—. Es posible que pudieras extraer el dispositivo de localización que le implantaron a Hermia.

—En mi mente cuento con una mapa de todas las puertas que he creado —respondió Danny—. Pero soy incapaz de trazar un mapa del interior de un cuerpo humano. Cuando alguien cruza una puerta, todas sus heridas y enfermedades quedan eliminadas, pero si comenzara a crear puertas para extraer partes del cuerpo de

Hermia sin conocer el terreno, dependería de la suerte para dar con el dispositivo rastreador.

—Ahora sé por qué querías teleportar la cuerda hasta la viga: prefieres el camino fácil; no te gusta el riesgo.

—Y tú ¿qué? ¿Es que te gusta jugarte la piel? —dijo Danny, algo molesto por el comentario de Marion.

—No —admitió Marion—, me gusta ir sobre seguro. Una cosa, si cogieras la cuerda por un extremo y te teleportaras hasta la viga, ¿la cuerda te seguiría hasta arriba o se cortaría en la boca de la puerta?

—No se cortaría, pero lo parecería —explicó Danny—. En realidad, seguiría entera. Entraría por la boca de la puerta aquí abajo y saldría a la altura de la viga.

—A los minerales como yo esos saltos en el espacio-tiempo no nos gustan. Nos gustan las cosas que se pueden tocar —dijo Marion, negando con la cabeza.

—¿Dónde está Mamá? —preguntó Danny.

—Haciendo guardia, vigilando que no haya efigies ni bestias de algún mago espiando afuera. Vas a crear otra Gran Puerta, algo que ansían todas las Familias, por no mencionar los Huérfanos cuya existencia ignoramos.

—Me cuesta creer que después de cruzar la Gran Puerta Leslie sea capaz de detectar el aura de un mago a más de dos kilómetros —dijo Danny.

—Y yo ¿qué? Puedo detectar todas las variaciones que se producen en cualquier roca, inclusive las fluctuaciones pétreas, en un radio de casi doscientos kilómetros. Eso explica por qué los mortales consideraban dioses a los magos que cruzaban una Gran Puerta.

—¿Entonces Mamá y tú sois dioses? —preguntó Danny.

—Si hubiera sido un Gran Mago Pétreo cuando pasé por la Gran Puerta, seguro que mis proezas harían que los mortales me considerasen un dios. Pero era un simple mineral; ahora soy capaz de entregarme a la piedra con mayor empatía y ella responde con igual fuerza. Nada más.

Danny no dijo nada; se quedó meditando. Recordó que Marion había hecho que el suelo se abriera en el instituto Parry McCluer para tragarse la furgoneta de su familia. ¿Qué ocurriría cuando el propio Danny cruzara una Gran Puerta? ¿Y Vivi y Hermia? ¿Qué efecto tiene la Gran Puerta sobre un mago teleportador?

Era uno de los motivos por los que quería crear la Gran Puerta. Con la desaparición del Ladrón de Puertas y contando con Marion y Leslie para impedir que las Familias pudieran atacarles, Danny podía experimentar un poco. Iría hasta Westil y permanecería allí durante un par de minutos. Tiempo suficiente para echar un vistazo al lugar donde Marion y Leslie habían estado durante una fracción de segundo.

—Parpadeamos y habíamos vuelto a la Tierra —les había relatado Marion—. Era

de día y vi algunas rocas y hierba. Nada más.

—Y lo de la hierba lo sabe porque se lo dije yo —había comentado Leslie—. A los magos pétreos la hierba les trae sin cuidado, pero a las bovinas como yo, nos encanta.

Danny tiró con suavidad de la cuerda que había colgado Marion. Tenía tantas ganas de crear una Gran Puerta que apenas podía esperar a que llegaran los demás.

No, no era él. Danny no era quien ansiaba la Gran Puerta. Quienes lo deseaban con fuerza eran las auras atrapadas en su interior. Los antiguos prisioneros del Ladrón de Puertas, el Ladrón en sí no lo deseaba, sus puertas sólo habían servido para bloquear Grandes Puertas, para robarlas.

Danny se preguntó si podría emplear alguna de las auras cautivas para crear una Gran Puerta. Hermia le había contado que en la antigüedad los caminantes cedían algunas de sus puertas a los Grandes Magos Teleportadores para aportar masa crítica a la elaboración de una Gran Puerta. ¿Y si él utilizaba las puertas de sus cautivos con el mismo fin?

Danny probó a crear una puerta a partir de una las que mantenía en su yacimiento. Es decir, puso en marcha el proceso interno con el que creaba sus puertas, pero empleando una de las cautivas. La consecuencia fue un dolor agudo, casi físico; sintió cómo le repelían con fuerza.

«¡No!».

El grito surgió desde su interior. La negativa fue una sensación más que una voz, pero captó su significado: el rechazo absoluto.

Tenía sentido. Danny no podía forzar la puerta de otro mago. Cuando Hermia le habló sobre la colaboración de los caminantes con los magos teleportadores, recordó que ésta había sido voluntaria. Las puertas que Danny albergaba en su interior habían sido robadas a magos teleportadores que no querían que su captor empleara sus auras perdidas para crear puertas.

Le habría gustado crear una Gran Puerta con la participación de varios magos, pero si se negaban a cederle sus auras, tendría que acatar su decisión. El Ladrón de Puertas no había arrebatado esas puertas con la idea de utilizarlas; al contrario, su idea era que nadie pudiera hacerlo.

Volvió a cuestionarse los motivos del Ladrón de Puertas. Era algo relacionado con los dioses semíticos. Con Bel, la antigua deidad cartaginense.

«Gané una batalla cuando vencí al Ladrón de Puertas, pero sigo sin saber en qué guerra me he metido. ¿Y si me he metido en una especie de guerra de independencia americana y me he puesto del lado de los británicos? No tengo ni idea de quiénes son los buenos. Tengo muchos enemigos, pero quizá mis enemigos tengan buenas razones para matarme. ¿Y si al derrotar al Ladrón de Puertas he cometido el peor error de la historia?».

—Deja de comerte el coco, Danny. Pareces un amargado —dijo Vivi.

Acababa de teleportarse a la granja desde Nápoles, Florida. Temblaba a causa de la emoción. La Gran Puerta que iban a crear era sobre todo para ella. Tras tantos años sin saber si era una maga teleportadora, cuando consiguió localizar las puertas de Danny y abrirlas, fue la mujer más feliz del mundo. Más tarde se sintió frustrada al comprobar que sólo era capaz de abrir puertas. Bueno, también tenía muchos conocimientos sobre teleportación que podía enseñarle a Danny. Había dedicado su vida a estudiar el tema y Danny tenía mucho que aprender.

Ahora, Vivi había recuperado la esperanza de ser algo más. Confiaba en que sus poderes se vieran incrementados si cruzaba la Gran Puerta. Era su tema de conversación favorito y lo sacaba a colación siempre que podía. Danny sabía que estaba obsesionada con la idea de teleportarse a Westil. No es que le presionara, pero Danny se sentía atosigado por el deseo de Vivi.

De todas formas, Danny también sentía curiosidad por lo que sucedería cuando Vivi cruzara la Gran Puerta. Tampoco olvidaba a Hermia, cuya única habilidad era la de cerrar las puertas que Danny dejaba abiertas, cosa que ocurría cada vez con menor frecuencia. Pero la presencia de Hermia era peligrosa; cuando se reunía con Danny, corrían el riesgo de que apareciera la Familia Griega. Por ese motivo, Danny y Hermia no tenían ninguna prisa por crear la Gran Puerta.

Danny, por su parte, tenía miedo. Sí, había derrotado al Ladrón de Puertas, pero ¿quién le decía que no había sido por pura casualidad? ¿Y si volvían a enfrentarse de nuevo y el Ladrón de Puertas le aguardaba bien preparado para la batalla? Quizá estuviera armado. Bastaría con una simple espada. Danny aparece en Westil, el Ladrón de Puertas blande su espada y... ¡Zas! La cabeza de Danny rueda por el suelo. Aunque alguien le hiciera cruzar la Gran Puerta, aunque antes le colocaran la cabeza sobre el cuello y la mantuvieran allí durante la teleportación, Danny estaba casi seguro de que seguiría estando muerto.

Pero la posibilidad de un contacto físico con el Ladrón de Puertas era ínfima. Era imposible que supiera dónde iba a desembocar la Gran Puerta en Westil; ni siquiera Danny lo sabía.

—Se parece demasiado a una horca —comentó Vivi, examinando la cuerda que descendía desde la viga—. ¿Qué ha hecho Marion, un nudo corredizo?

—No, es un simple lazo —respondió Danny—. Me lo pasaré por debajo de las axilas y no tendré que agarrarme; me concentraré mejor.

—¿Por qué no das vueltas sobre ti mismo en el suelo, como los derviches^[1]? —sugirió Vivi.

—La otra vez creé la puerta al final de una cuerda —respondió Danny—. Quiero repetir el proceso hasta que aprenda más sobre cómo funciona. La fortaleza y duración de la puerta pueden estar relacionadas con mi velocidad al girar.

—También puede que no haya ninguna relación.

—Ya experimentaremos cuando hayamos cruzado la puerta.

—Y volvamos de nuevo —añadió Vivi.

Danny supo en quién pensaba al hacer el comentario.

—No sabemos si Ced se quedó allí voluntariamente o no. Si vaciló una fracción de segundo, ya no habría podido volver. El Ladrón de Puertas me atacó casi de inmediato. Marion o Leslie podrían haberse quedado allí también.

Stone se teleportó en ese momento desde su casa en Washington D. C.

—Hola, Vivi —saludó.

—¿Vivi? —exclamó ella, indignada—. ¿Nada más? ¿Nada de «cariño» o «amor mío»?

—¡Oh, tú, gloriosa maga teleportadora! —declamó Stone—. ¡La más admirable de las mujeres! ¡Esposa amada...!

—Ahí estamos —dijo Vivi, con una sonrisa satisfecha—. A veces necesitas un empujoncito, pero sabes cómo hacer que una chica se sienta bien.

—Tengo curiosidad por saber en qué se convierte un herbolario cuando cruza la Gran Puerta. A veces sueño con que hago crecer el césped de todos los jardines de América hasta que la hierba cubre las casas y nadie puede encontrarlas.

—Y los búfalos volverán a campar a sus anchas por todo el país consumiendo la hierba, que volverá a crecer cada vez más alta —rió Vivi.

—La hierba surgirá de cada grieta en las aceras y reducirá el asfalto a pedazos —siguió Stone—. En mi jungla, los vehículos serán inútiles, hasta los helicópteros, porque la hierba cubrirá las aspas, inmovilizándolas.

—Y trescientos millones de personas morirán de hambre —dijo Danny.

—Entonces la enorme extensión de césped se convertiría en un cementerio encantador —apuntó Vivi.

—No te preocupes, Danny. Aunque pudiera hacer algo así, no lo haría —dijo Stone—. El césped es la parte de la flora menos interesante del mundo. Es uniforme y monótono. Una auténtica pradera cuenta con más de cien especies distintas de hierbas, con miles de flores silvestres y bulbos y helechos y musgos...

—Y lirios —añadió Vivi—. Me encantan los lirios.

—Los lirios son los caniches del mundo de las plantas —comentó Stone con desprecio.

—Son preciosos —dijo Vivi—. En solitario o cubriendo praderas enteras. No me dejes sin lirios, querido.

Stone miró a Danny y levantó los ojos al cielo.

—Te he visto, Peter —dijo Vivi—. Eso no ha sido nada agradable.

—Agradable no, pero sí necesario —replicó Stone—. A veces, te conviene que sea grosero contigo. Crea esa puerta lo antes posible, Danny, o acabaré por meterme

en un lío.

—Le diré a Hermia que estamos listos —dijo Danny.

Gracias a su capacidad para detectar todas sus puertas, Danny sabía dónde se encontraba la puerta que había abierto para Hermia en Río, su último destino. La idea de la griega era que si tenía que teleportarse de un lado para otro para despistar a su familia, al menos que fuera a sitios cálidos e interesantes. Danny abrió una puerta hasta el hotel de Hermia y se teleportó allí.

No estaba en su habitación. Eso sorprendió a Danny. Hermia sabía que los preparativos para crear la Gran Puerta estaban a punto, tendría que estar allí, esperándole.

Danny abrió una puerta para volver a la granja justo en el momento en que le dispararon. Sintió los perdigones atravesar su cuerpo y... El dolor no llegó a surgir porque ya había vuelto a través de la puerta al establo. Jadeó a causa de la impresión y los otros le observaron expectantes.

—Tienen a Hermia —dijo Danny—. No estaba en el punto de encuentro y me habían tendido una emboscada.

—¿Estás herido? —preguntó Vivi, tanteando su camisa perforada.

—Me dispararon —admitió Danny—, pero el paso por la puerta me ha curado. Tengo que encontrar a Hermia.

—No puede haber sido su gente —dijo Stone—. Los Griegos son capaces de lo peor, pero no intentarían acabar con el único mago teleportador del mundo.

—Pues son los únicos que podían localizarla —dijo Danny.

—Es posible que alguien esté siguiendo a los Griegos —sugirió Marion.

—O quizá cuenten con su propio husmeador, sean quienes sean —dijo Stone—. Los Griegos tienen medios para localizar a Hermia, pero un husmeador sólo tiene que encontrar tu puerta y sentarse a esperar.

—¿Hablas de un grupo de fanáticos que cree que nadie debe volver a Westil? —preguntó Vivi.

—O secuaces del Ladrón de Puertas —dijo Marion.

—Voy a echar un vistazo —dijo Danny, y creó una mirilla. En realidad abrió una puerta diminuta, suficiente para espiar la habitación del hotel.

Vio a dos hombres, uno llevaba una escopeta.

—Estoy seguro de que le di antes de que desapareciera —dijo el que iba armado.

Danny creó una puerta y la deslizó por encima de los dos hombres. Fueron a parar a un punto a veinte metros sobre el Atlántico, lejos de tierra. Danny abrió una nueva mirilla y los vio caer al agua. La escopeta se hundió de inmediato; los hombres gritaron socorro mientras intentaban no seguir el camino de la escopeta.

No les iba muy bien. De hecho, uno de ellos estaba aterrorizado porque apenas conseguía mantenerse a flote.

No eran Griegos. La familia de Hermia estaba muy orgullosa de su herencia talasocrática y una de las cosas que aprendían de niños era a nadar.

Danny necesitaba un lugar en donde mantenerlos encerrados, en el que no pudieran hacer daño a nadie, pero donde tampoco corrieran peligro.

Decidió utilizar la gravedad para construir un encierro perfecto. Creó una puerta que los sacó del agua y los elevó a una altura de veinte metros; entonces, desplazó la boca de la puerta justo debajo de ellos para que cayeran en ella. La puerta los elevaba un centímetro y los dejaba caer otro centímetro en un movimiento sin fin. La sensación era la de una caída constante, pero podían respirar y también oírle.

Danny se dirigió a ellos a través de la mirilla.

—Si os hubiera teleportado a quinientos metros de profundidad, la presión os habría aplastado.

El que llevaba la escopeta sollozaba sin control, pero el otro parecía más entero y escuchaba a Danny.

—¿Dónde está la mujer que ocupaba la habitación del hotel? —exigió Danny.

—¿Qué mujer? —preguntó el hombre.

Danny movió la boca de la puerta de manera que el descenso y ascenso de los hombres pasó de un centímetro a veinte metros. Los mantuvo así durante un minuto y luego volvió a situar la boca para que la caída fuera de un centímetro.

—Inténtalo de nuevo —les dijo.

—Ella ir a la playa —dijo el hombre—. Nosotros entrar en su habitación. Ella aún no volver.

Danny observó a los hombres con detenimiento.

—¿Persas? —preguntó—. ¿O hindúes?

El asesino le dedicó una mirada cargada de desprecio a pesar de su situación.

—Dime a qué Familia pertenecéis.

—Jamás —respondió el hombre.

Danny pensó que ya contaba con un dato: eran miembros de una Familia. De haber sido Huérfanos, lo habría declarado con orgullo. Y era una familia por la que estos hombres estaban dispuestos a morir antes de revelar su identidad. Cualquiera de las Familias conocidas podía estar detrás del intento de asesinato, pero ninguno de sus miembros estaría dispuesto a morir para mantener su identidad a salvo. A fin de cuentas, matar magos teleportadores era algo que todas las Familias habían jurado hacer.

Danny se planteó si se trataría de una familia que todos creían extinta.

Repasó la lista de las Familias desaparecidas. A partir de la apariencia física de los hombres, pensó en Oriente Medio. Todas las Familias conocidas eran Indoeuropeas, excepto una.

—¿Sois hititas? —preguntó.

—¡No! —gritó el hombre.

Eran hititas. Interesante. Incluso emocionante. ¿Cómo había conseguido mantener su existencia en secreto la Familia Hitita? Habían sido exterminados antes de que Pompeyo llegara a Siria, aunque algunos historiadores de las Familias especularon en su momento que podían haber adoptado a los armenios para establecerse como sus deidades.

Sin embargo, el aspecto histórico tendría que esperar.

—Si Hermia ha muerto, os garantizo que vosotros también lo haréis.

—¡Vive! —chilló el hombre—. Nosotros no tocarla.

—¡No Grandes Puertas! —gritó el otro hombre, el que sollozaba—. ¡Venir Bel! ¡Bel acudirá a Yllwee!

Eran aliados del Ladrón de Puertas. O compartían sus miedos. Yllwee era el nombre con el que se conocía a Westil en la antigüedad. Danny recordó las runas de la inscripción que había leído en la Biblioteca del Congreso: «Nos hemos enfrentado a Bel y ha gobernado los corazones de muchos».

Magos mentales procedentes de otro mundo, uno distinto a la Tierra y a Westil. «Loki halló la puerta oscura de Bel a través de la cual el terror inundaba el mundo». ¿Qué importancia tenía que Danny creara una Gran Puerta si Bel era capaz de abrir sus propias puertas?

Los hititas sabían algo que Danny ignoraba; tenía que averiguar qué era.

Danny desplazó al establo la cola de la puerta que los mantenía suspendidos. Cayeron enredados sobre la paja al lado de uno de los cajones donde ordeñaban las vacas. Danny trajo de inmediato la boca de la puerta al establo y suspendió a los dos hombres a cuatro metros sobre el suelo.

—¿Qué pasa aquí, Danny? —inquirió Marion—. ¿Cómo se te ocurre traer extraños a la...?

—Son hititas —le interrumpió Danny—. Me han disparado y saben algo sobre Bel.

Todos estaban al corriente del contenido de las runas que Danny había leído en la Biblioteca del Congreso, la mención de Bel los puso en alerta.

—Necesito que los interrogues mientras estoy fuera —le pidió Danny a Marion.

—No soy esa clase de persona —dijo Marion.

—No te he pedido que los tortures. Sólo tienes que hacerles preguntas.

—Tú los estás torturando —dijo Marion—. ¡Están aterrorizados! ¡No paran de caer!

—La gente paga dinero para subirse a un avión y lanzarse en caída libre antes de abrir el paracaídas —dijo Danny—. No los estoy torturando, lo hago para tenerlos controlados.

—Como quieras, pero no lo hagas aquí —dijo Marion.

—De acuerdo, los devolveré al Atlántico y se quedarán allí hasta que encuentre a Hermia.

—¡No! —gritó Leslie desde la puerta—. ¡Suéltalos ahora mismo!

—¡Han intentado matarme! —vociferó Danny—. ¡Son unos asesinos!

—Y también son hititas —añadió Vivi—. Son malvados y también interesantes.

—Las buenas personas no actúan así, Danny.

Danny sabía que Leslie tenía razón. El miedo y la rabia le habían impulsado a actuar sin pensar. Sin embargo, no había perdido el control del todo.

—Podía haberlos matado y no lo hice —se defendió.

—Están empapados —dijo Leslie.

—No saben nadar, pero yo no lo sabía. Les saqué del agua en cuanto me di cuenta.

—Sácalos de mi establo —exigió Leslie—. Ahora mismo.

«De vuelta al Atlántico», pensó Danny. Desplazó primero la cola de la puerta, lo que les devolvió al agua, donde comenzaron a chillar y a bracear aterrorizados. Los alzó de inmediato en el aire, donde volvieron a una constante caída libre de un centímetro. Mucho mejor que ahogarse, en cualquier caso.

Danny fue tras ellos y quedó suspendido en el aire. No cayó al agua como ellos, su habilidad para desplazarse por el espacio era suficiente para evitar tales percances.

—Voy a ver dónde está mi amiga —les comentó Danny—. Si está herida o muerta, le haré lo mismo a uno de vosotros y obligaré al otro a mirar.

—¡Nosotros no tocarla! ¡Nosotros no hablar con ella! —insistió el menos alterado de los dos.

Danny se teleportó de vuelta a la habitación del hotel en Río. No encontró a nadie en esa ocasión, ninguna escopeta para darle la bienvenida. No habían forzado la puerta, Danny dedujo que habrían sobornado a algún empleado del hotel para colarse. Danny fue al balcón y examinó la playa desde allí. Había mucha gente tumbada al sol o paseando por la arena. Pero tras unos minutos, distinguió a alguien que se parecía a Hermia. Creó una puerta desde la habitación hasta la chica. Si era Hermia, la vería y la utilizaría; si no era ella, no vería nada.

Era ella. Se teleportó.

—¿Es la hora? —preguntó en cuanto llegó a la habitación.

—Vine a buscarte antes —dijo Danny—. Me recibieron a tiros.

Hermia advirtió las huellas de los perdigones en la pared y la ropa agujereada de Danny.

—Mi Familia jamás habría... —comenzó con suavidad.

—No han sido los tuyos —interrumpió Danny.

—¿Dispararon a matar? ¿Sin previo aviso?

—Ni una palabra. Me dispararon sin más.

—¿Quién ha sido?

—Hititas —sonrió Danny—, estoy casi seguro.

—Dioses extintos armados con escopetas —suspiró Hermia.

—Extintos durante dos mil años, nada menos. No han admitido ser hititas, pero negaron serlo con tanto énfasis que creo que lo son. Los tengo suspendidos sobre el Atlántico.

—Quiero hablar con ellos.

—Quieres cerrar la puerta con la que los mantengo en el aire, para que caigan al agua y se ahoguen —adivinó Danny.

—Sí —asintió Hermia—. Eres un blando, Danny. La gente que dispara sin previo aviso no merece vivir.

—Esa gente mencionó a Bel, quiero oír más sobre el tema —dijo Danny—. Y la verdad es que sigo entero.

—Cosa que no puedes decir de tu ropa. Aunque puedes crear una nueva moda: ropa perforada. Estilo fusilado de Calvin Klein.

—Quiero abrir la Gran Puerta antes de que surjan más contratiempos —anunció Danny—. Esos desgraciados no van a ir a ninguna parte. Habrá tiempo de sobra para interrogarles más tarde.

—Si es que conseguimos volver —advirtió Hermia.

—En ese caso, algún día, alguien encontrará un montón de huesos y harapos suspendido en el aire sobre el Atlántico. Será la portada del *Enquirer*.

—No hagas como que no te importa, sé que no es así —dijo Hermia.

Danny suspiró. Leslie pensaba lo peor de él y Hermia lo mejor, y las dos tenían su parte de razón. Danny teleportó a los dos hombres a una celda individual de la cárcel del condado de Lexington, Virginia.

—Ahora están a salvo en tierra firme —le dijo—. Vamos a crear esa Gran Puerta antes de que alguien advierta la presencia de esos dos y los suelte.

—¿Dónde están? —quiso saber ella.

—En la cárcel —respondió Danny.

Abrió una mirilla a la celda y le invitó a que lo comprobara. Hermia les habló.

—No hagáis ruido —les advirtió—. Si intentáis salir o hablar con alguien, volveréis al océano.

A continuación pronunció unas palabras en una lengua desconocida para Danny.

—Me han entendido —le dijo a Danny—. La teoría hitito-armenia parece sostenerse.

—¿Hablas armenio? —preguntó Danny.

—Surgió de pronto —respondió Hermia—. Soy una maga teleportadora, es una lengua. Se nos dan bien los idiomas, ¿recuerdas?

Danny le tendió la mano a Hermia y se teleportaron al establo.

PUERTA SALVAJE

—¿Qué les has hecho? —espetó Leslie nada más verle.

—Están sanos y salvos —contestó Hermia.

Leslie dirigió una mirada suspicaz a Danny.

—Quiero que sea él quien responda.

—¿Por qué? ¿Crees que sabrás si te estoy mintiendo? —preguntó Danny.

—Damos por sentado que estás mintiendo —dijo Stone—. Porque en el fondo todos queremos que los hayas liquidado.

—¡Yo no deseo nada por el estilo! —se quejó Leslie.

—No podemos controlar a un mago teleportador —le dijo Marion a Leslie—. Habrá hecho lo que haya querido y hará lo que le venga en gana.

—Puedo hacer que se sienta culpable —dijo Leslie.

—Eso es jugar sucio —intervino Vivi—. Danny se siente culpable por existir.

—Crea la Gran Puerta —dijo Hermia—. Si los hititas van a por nosotros, entonces todo el mundo sabe ya que los magos teleportadores han vuelto al mundo. No habrá nadie que no esté buscando una Gran Puerta.

—Un excelente argumento para no crear una Gran Puerta —dijo Stone.

—Es un argumento a favor de crearla *ahora mismo* —dijo Hermia—. Y vamos a pasar todos, excepto Marion y Leslie, que ya han estado y se quedarán para vigilar que no nos ataquen.

—Volverás, ¿verdad? —preguntó Leslie a Danny.

—Sí, salvo que el Ladrón de Puertas me atrape —dijo Danny.

—¿Crees que tiene poder para hacerlo? —inquirió Vivi.

—Está muy debilitado —respondió Danny—, pero sus conocimientos son muy superiores a los míos.

Danny fue hasta la cuerda y abrió el lazo.

—Odio ese lazo —se quejó Vivi—. Tiene un aspecto siniestro.

Danny no respondió. Tomó el lazo, se lo pasó por encima de la cabeza y los hombros hasta colocarlo bajo sus axilas, donde lo ajustó. Así podría girar sin agarrarse con las manos.

Comenzó a dar vueltas y la cuerda se fue trenzando hasta que Danny se tuvo que poner de puntillas.

—¿Le damos más vueltas? —preguntó Hermia, señalando a la cuerda.

—Nos hemos pasado la tarde dándole vueltas —rió Danny—. Así está bien.

—Muy gracioso —comentó Vivi.

—Aún no sé si debo cruzar la puerta —dijo Stone.

—Hazlo —le animó Vivi—. Acompáñame.

—Conseguirás el poder suficiente para hacer crecer las plantas y que lo dominen todo.

—Eso es lo que hace el kuzu^[2] —replicó Stone—. Se las apaña muy bien sin ayuda.

Vivi le tomó de la mano.

—«Ven conmigo en busca de la tierra por la que clama mi corazón» —cantó.

—¿Es una canción de verdad? —preguntó Stone.

—Una muy antigua —explicó Vivi. Volvió a cantar—: «Recorreré las avenidas de la gloria por la mañana del gran día».

—Calla, tengo que concentrarme —dijo Danny—. Y que vosotros estéis atentos cuando llegue el momento de cruzar.

Una sonriente Vivi ignoró a Danny.

—«Los cánticos surgirán en esa tierra, las voces vibrarán con las melodías. La libertad reinará en esa tierra a la que pertenece mi corazón».

—Los magos teleportadores no suelen ser muy obedientes —rió Stone.

—Te está bien empleado, Danny —dijo Leslie.

Danny se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Comenzó a girar. Iba a enlazar veinte puertas.

Pero no estaba solo como la primera vez; en su interior se alojaban las puertas de los otros magos y muchas de ellas, la mayoría, clamaban y exigían que las utilizara para crear la Gran Puerta.

Tomó las puertas que se ofrecían hasta que las suyas giraban al unísono con ellas. Danny no sabía si esas puertas fortalecían la Gran Puerta al añadir más energía a la conexión o, al contrario, la debilitaban al no encajar con las suyas. Fue consciente de que actuaba a ciegas. Pero le pareció que incluir las puertas de esos magos muertos hacía tiempo era lo correcto. A fin de cuentas, fueron arrebatadas justo cuando intentaban crear una Gran Puerta.

«Fuisteis despojadas de vuestro poder al intentar esto mismo. ¿Vuestro destino es ser mis prisioneras u os devuelvo vuestra libertad y permito que vuestro poder resurja?».

«Libertad, libertad, libertad», clamaron las puertas de su interior.

«Yo, yo, yo», exigieron las puertas que aún no había usado.

«Ya basta», pensó Danny. «Veinte puertas mías y veinte de las vuestras».

Giraba con rapidez, no tanta como en el gimnasio, pero bastaría. En esta ocasión percibía el poder del proceso, comprendió que, más que la velocidad, lo que importaba era cómo se entrelazaban las puertas. Y era igual que trenzar una cuerda, una gruesa que tenía cuatro hebras con diez puertas en cada hebra.

Contaba con la experiencia de la primera Gran Puerta, con la que descubrió muchos detalles del proceso, y esta vez lo controlaba todo mejor.

Dos de las hebras estaban formadas por las puertas de Danny y las otras dos por las puertas de los otros magos. Tejió las suyas para crear la puerta de retorno, cuya cola desembocaría en el establo, y las otras sirvieron para tejer la puerta con la que irían a Westil. Las puertas se enlazaron entre sí formando tornados que giraban al unísono.

Entonces las impulsó hacia lo alto, hacia el exterior, con toda la fuerza de su esencia. Percibió la alegría de las puertas de los otros magos conforme surcaban el espacio.

Llegaron al otro mundo. La Gran Puerta estaba abierta.

—Ahora —dijo Vivi.

—Desatadme —dijo Danny, que seguía girando.

Le detuvieron y aflojaron el lazo. Danny seguía con los ojos cerrados. No los necesitaba para ver. Contaba con otro sentido para contemplar la Gran Puerta. Era distinta a la de la primera vez. La anterior era monocromática, todas las hebras tenían el mismo origen; ésta era multicolor. Un arcoiris cuyos colores se mezclaban una y otra vez. «¿Qué consecuencias tendrá una puerta de tantos colores?», se preguntó Danny.

Notó como Vivi y Hermia lo cogían de las manos. La boca de la puerta estaba abierta. Danny traspasó el umbral. Unidas a él, ellas no tuvieron que avanzar; pasaron del establo a un mundo iluminado por el sol.

Danny abrió los ojos. La luz era cegadora en comparación a la umbría del establo. A pesar de ello, distinguió las grandes piedras que los rodeaban dispuestas a lo largo de la ladera de una colina recubierta de hierba.

—Stonehenge —dijo Danny.

—Una trampa para puertas —dijo Stone.

—Necio —dijo otra voz. La voz de un extraño. Masculina.

Danny se volvió hacia la voz. Pero no necesitaba ver quién era, le bastó con captar su esencia. Las puertas que tenía del otro en su yacimiento le delataron.

—Ladrón de Puertas —dijo Danny—. ¿Qué haces aquí?

—Necio —repitió el Ladrón de Puertas—. ¿Cómo se te ocurre emplear esas puertas salvajes?

—Ellas querían partici...

—Tras siglos de encierro se han vuelto imprevisibles, han enloquecido.

El Ladrón de Puertas hablaba el westiliano con un extraño acento, pero Danny le entendía sin problemas.

—Querían formar parte de la Gran Puerta —explicó Danny—. ¿Vas a luchar contra mí otra vez?

—Quiere cruzar la puerta —dijo Vivi.

—Está aquí para matarte —dijo Hermia.

—Sois unos ignorantes —espetó el Ladrón de Puertas—. Alguien tiene que instruirte.

—Cierra la puerta cuando nos marchemos, Hermia —ordenó Danny.

—¿Nos tenemos que marchar ya? —preguntó Vivi—. Estamos en Westil y el sol brilla tanto que apenas he visto nada.

—No quiero que nos siga —dijo Danny.

—Volverás muy pronto —advirtió el Ladrón de Puertas—. Me suplicarás que te enseñe a enmendar el terrible error que has cometido.

—¿Por qué devorabas las puertas? —preguntó Danny. Su curiosidad pudo con el instinto que le gritaba que se marcharan de inmediato.

—Lo sabes muy bien —respondió el Ladrón de Puertas—. Las puertas que me arrebataste te lo han contado.

—Pronuncian el nombre de Bel.

—Bel, el mago teleportador de otro mundo —confirmó el Ladrón de Puertas—. El mundo de los que cosechan almas ajenas. El mundo de los magos mentales. Necio.

—Vámonos ya —les urgió Hermia—. Nos está distrayendo con algún oscuro propósito.

Mientras hablaban, Stone se había arrodillado sobre la hierba. Sus manos se hundieron en la tierra.

—Tanta vida —susurró, admirado.

—Eres tú el que rebosa vida —le corrigió el Ladrón de Puertas—. Cruzar la Gran Puerta os ha hecho poderosos, tanto que no debéis temerme.

—Eso es lo que quiere que creamos —advirtió Hermia.

—Los magos teleportadores son unos embaucadores —dijo Vivi.

A Danny le pareció detectar una nota de orgullo en su voz.

—¿Cómo he de llamarte? —preguntó Danny—. ¿Loki?

—Pan —dijo el Ladrón de Puertas—. Es el nombre que me dieron después de abandonar el árbol.

Danny no comprendió las palabras del otro.

—No pienso devolverte tus puertas —dijo Danny.

—No me hacen falta —replicó Pan.

—¿Sabes qué ha pasado con Ced? —preguntó Stone—. Llegó a través de la primera puerta y se quedó aquí.

—Es un mago eólico —dijo Pan—. Sé dónde está.

—¿Está a salvo? —preguntó Stone.

—La pregunta es si Westil está a salvo con él aquí —rió Pan—. El mago más poderoso de este mundo. ¡Hay que ver los aires que se da!

—¿Ha causado daños? —preguntó Vivi con cautela.

—Es incapaz de no hacer daño —dijo Pan—. Al igual que ocurrirá con vosotros. No hay nadie para pararle los pies en Westil, nadie que pueda enseñarle. Eso es lo que habéis hecho: soltar monstruos en Westil.

—Entonces nosotros también nos convertiremos en monstruos —dijo Danny.

—Todos somos monstruos —afirmó Pan.

—Volvamos —insistió Hermia.

Danny consiguió al fin distinguir a Pan. Estaba de pie entre dos de las grandes piedras. Un hombre de aspecto normal, parecido a Danny. De estatura y compleción media. Su rostro era atemporal; los ojos del color de las aguas profundas, grises como una tormenta, contemplaban a Danny con ira, pero también con comprensión y tristeza.

—No le mires —advirtió Hermia—. Es demasiado fuerte para nosotros.

—Soy débil —repuso Pan—. La mayor parte de mi aura está en tu interior ahora. ¿Cómo he de llamarte?

—De ninguna manera —respondió Danny.

Recogió la boca de la Gran Puerta sobre sí mismo y retornaron al establo.

La luz del sol desapareció. Las piedras. La hierba.

Stone se arrodilló, apretó los dedos contra el suelo. Comenzó a llorar.

—Este lugar es un páramo comparado con Westil —balbuceó.

—Hemos conocido al Ladrón de Puertas —le contó Vivi a Marion—. Es casi tan atractivo como Danny y tan viejo como las estrellas.

—No puedo cerrar la otra puerta —anunció Hermia—. La de ida a Westil que creaste con las puertas de los otros magos.

Danny advirtió que había cerrado la puerta de retorno, pero que seguía luchando para cerrar la otra.

—No puedes porque hay veinte magos en ella —dijo Danny—. Tienes que cerrarlos uno por uno. —Y comenzó a hacerlo él mismo.

Sin embargo, al llegar a la tercera puerta, la primera había vuelto a abrirse.

—No permanecen cerradas —comentó.

—Me he fijado en cómo lo haces —dijo Hermia. Y se unió a él para cerrar las puertas una por una—. Lo veo todo con mayor claridad que nunca. Soy mucho más fuerte. Creo que podré cerrarlas.

Pero no pudo. Danny comprobó que las puertas seguían abiertas.

La Gran Puerta de retorno, la que Danny creó a partir de sus propias puertas, estaba bien cerrada, pero las de los otros magos se resistían a obedecer. Su deseo era permanecer abiertas y a pesar de los esfuerzos de Danny y Hermia, no se cerraban.

—La Gran Puerta está abierta a quien quiera usarla —dijo Vivi—. Veo lo que estáis haciendo, pero no se quedan cerradas. No quieren que las cerréis.

—Puertas salvajes —dijo Danny—. Así las llamó él: puertas salvajes.

—Pero su cólera está dirigida a él, no a nosotros —dijo Vivi.

—Yo también las he mantenido encerradas —dijo Danny—. Y tampoco tiene mucha importancia con quién están enfadadas. No son personas, sólo el recuerdo de los magos que las crearon. Pero son poderosas.

—Cruzar la Gran Puerta nos ha fortalecido —dijo Vivi—. Pero ellas son una Gran Puerta. ¿Qué poder les da eso?

—Dejadlas abiertas —dijo Danny—. No vamos a poder cerrarlas, por mucho que lo intentemos.

—¿No puedes cerrar la Gran Puerta? —preguntó Marion, alarmado.

—He cerrado la que viene desde Westil —dijo Hermia—. Pero no la que va desde la Tierra hasta allí.

—¿Me estás diciendo que mi establo es una Gran Puerta abierta? —se exasperó Leslie.

—¿Cómo se te ocurrió utilizar esas puertas? —dijo Hermia.

—Lo deseaban —respondió Danny—. Me pareció justo concederles su deseo, después de tanto tiempo aprisionadas.

—Pero no sabes qué clase de personas eran —arguyó Hermia—. Una puerta conserva el carácter de su creador. ¿Quién te dice que esos magos no eran malvados?

—Sí, ahora yo también lo he pensado —afirmó Danny—. Elegí a las que más insistían. Las más egoístas. Pero jamás pensé que iban a escapar a mi control.

—Nunca te habías enfrentado a puertas creadas por otros —dijo Marion—. Es la primera vez que manejas puertas que no puedes controlar.

—Pero él creó la Gran Puerta —dijo Vivi.

—Lo que hice fue enlazarlas y lanzarlas al espacio-tiempo —aclaró Danny—. Marion tiene razón: no son mis puertas.

—En ese caso, quiero que las saques de mi establo —exigió Leslie.

Danny lo intentó. Quiso desplazar la puerta. No pudo. Sólo se movió cuando dejó de intentarlo, pero lo hizo en dirección contraria y su boca se hizo más grande.

—Intenta devorarnos —dijo Hermia, asustada.

Y así era. La boca de la Gran Puerta les acechaba.

—¡Captúralas, Danny! —gritó Vivi—. ¡Estaban cautivas antes, puedes volver a atraparlas!

Danny intentó deshacer la puerta igual que había hecho con la suya, pero estas puertas no le pertenecían y lo evitaron. Las atacó una por una, pero eran fuertes y se resistieron. No querían volver a su encierro.

—Creía que cruzar la puerta me convertiría en un ser todopoderoso —dijo Danny.

—Ellas también son más fuertes —dijo Vivi—. Es posible que sus creadores estén muertos, pero formar parte de una Gran Puerta las ha hecho muy poderosas.

—Pan fue capaz de doblegarlas —dijo Danny—. Mejor dicho, Loki.

—No estaban enlazadas como éstas —dijo Hermia—. Y Loki posee más conocimientos que tú.

De pronto, Danny comprendió lo que le había querido decir Pan: «Volverás muy pronto y me suplicarás que te enseñe a enmendar el terrible error que has cometido». Danny quiso volver de inmediato para exigir a Pan que le diera respuestas.

—¡No! —gritó Hermia.

—¿No?

—No entres en esa puerta —chilló—. ¿Es que no ves que no es tu puerta? ¿Qué les impide teleportarte al fondo del mar?

—¿Qué hemos hecho? —se lamentó Vivi.

—Eres incapaz de controlarla —acusó Leslie. Ya no estaba enfadada, sólo tenía miedo.

—¿Crees que puede salir en busca de las otras Familias que la quieren usar? —preguntó Marion.

—No tengo ni idea de lo que puede hacer —musitó Danny—. Pan tenía razón, soy un necio.

—Por lo menos la puerta de retorno está cerrada —suspiró Hermia—. Si las Familias van a Westil, no podrán volver.

—Pero eso es terrible —dijo Danny—. ¿Qué derecho tenemos a dejar que las Familias invadan ese mundo? Voy a reabrir la otra puerta. Lo haré de manera que no haya espacio entre las dos puertas. Si cruzas una, la otra te trae de vuelta de inmediato. Nadie podrá quedarse a disfrutar de las vistas.

Danny lo hizo conforme hablaba. Pero en cuanto intentó colocar la boca de la puerta de retorno sobre la puerta salvaje que iba a Westil, ésta desplazó su cola. Pero no consiguió alejarse demasiado, las dos Grandes Puertas se habían enlazado con tanta fuerza que la separación entre la cola de la puerta salvaje y la boca de la puerta de retorno de Danny era de escasos metros.

—Al menos no puede separarse de mi puerta —dijo Danny con alivio—. Mientras la mía esté anclada, la otra no puede marcharse.

Danny fijó la boca de su Gran Puerta a las paredes del establo. Fue igual que amarrar a un caballo. Las puertas salvajes podían mover la boca de las puertas enlazadas, pero sólo unos cuantos metros.

—Ésta es la peor de mis pesadillas —gimió Leslie—. Una puerta que no puedes controlar en mi propio establo. ¿Tienes idea de lo que harán las Familias ahora?

—Cualquier cosa con tal de llegar a esta puerta —respondió Hermia.

—No saben que se ha vuelto salvaje —dijo Vivi—. Y yo no pienso contárselo. ¿Y vosotros?

—La puerta está hambrienta —dijo Danny—. Quiere ser utilizada. Hallará la

forma de que lleguen a ella.

—Podemos alimentarla —dijo Hermia—. Negociemos con las Familias, que envíen a un par de magos cada una, tal y como planeamos al principio. No tienen por qué saber que no podemos cerrar la puerta o desplazarla. Puedes teleportar hasta aquí a los que vayan a ir, de dos en dos, y les dejamos que crucen. No sabrán que no puedes controlar la Gran Puerta igual que cualquiera de las puertas que has creado en Midgard.

—O crea otra Gran Puerta. Una que controles —sugirió Vivi—. Dejaremos que ésta muera de hambre.

—No sé qué hacer —admitió Danny—. Pan estaba en lo cierto. Tengo que ir a hablar con él. Que me explique qué hacer.

—Pésima idea —dijo Stone.

—Si has de volver, hazlo a través de otra Gran Puerta —dijo Hermia—. Ni se te ocurra usar ésta.

—Tiene razón —dijo Vivi—. Ésta es una puerta salvaje, ¿no fue así como la llamó Pan?

—¿Quién es Pan? —preguntó Marion.

—Loki —respondió Danny.

—El Ladrón de Puertas —añadió Hermia.

—Es peligroso —dijo Stone—. Ha conseguido que crea en el diablo.

—Lo estoy fastidiando todo —gruñó Danny.

—¿Y qué esperabas? —dijo Stone, que se había sentado en el suelo—. Nadie había hecho algo así desde hace catorce siglos. Y no es culpa tuya que el Ladrón de Puertas tuviera tantos prisioneros. Es culpa suya, no tuya. Lo único que hiciste fue impedir que te capturara a ti.

—Y ése fue mi primer error —repuso Danny.

—No —negó Leslie—. No fue un error.

—Lo arreglaremos —dijo Marion—. Encontraremos la forma de controlar la situación.

—De acuerdo, pero antes vamos a sacar a todas mis vacas de aquí —puntualizó Leslie.

AMULETOS

Cuando Danny llegó al instituto Parry McCluer, lo hizo con la idea de hacer realidad parte de sus sueños. Y lo había conseguido. Ahora tenía amigos. Había aprendido a emplear su poder y lo había utilizado para hacer el bien. Ciertamente que también había cometido alguna que otra travesura, pero nunca para ganar una carrera o hacerle daño a alguien, salvo la humillación del entrenador Lidtler, pero eso no contaba.

Sin embargo, ahora que regresaba derrotado tras errar en su prueba más decisiva, nadie iba a saber de ese fracaso, porque nadie estaba al tanto de su vida real, excepto sus amigos, y ellos no le creyeron cuando se lo contó.

Se habían reunido en la zona donde los alumnos solían esconderse para fumar y que los profesores vigilaban por ese motivo. Pero Danny y sus amigos sólo hablaban, ninguno fumaba, así que no tenían nada que temer.

—¿Podemos usar la puerta? —preguntó Pat.

—Ya os lo he dicho, nadie puede usarla.

—Nos has dicho que es una puerta salvaje —dijo Wheeler—. Cualquiera puede usarla.

—No vamos a permitir que nadie se acerque a ella —dijo Danny.

—¿Qué pasa, pues? —preguntó Hal—. ¿Ya no puedes crear más puertas?

—No, puedo crear todas las que quiera.

—¿Entonces, nos puedes llevar a ese otro mundo? —preguntó Laurette.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó Danny—. No sois magos, no obtendríais ningún beneficio. Y existe el riesgo de que os quedéis atrapados allí para siempre. No es un lugar seguro.

—Tienes razón —dijo Pat con sarcasmo—. Aquí sólo te puede atropellar un coche, pillar alguna asquerosa enfermedad degenerativa o volar por los aires en clase de química.

—Yo no he hecho volar por los aires a nadie —se quejó Hal.

—Pero lo intentaste.

—Sólo quería que suspendieran las clases el resto del día —se disculpó Hal.

—¿Y si dejamos el tema de tus meteduras de pata, Hal? —dijo Xena.

—Sí, mejor volvamos a hablar sobre mis meteduras de pata —dijo Danny.

—Tú no has metido la pata, Danny —soltó de pronto Xena, mientras le agarraba con fuerza del brazo. Se acercó tanto a él que pudo sentir su aliento en su rostro—. Tú eres un dios.

—El dios de las cagadas —respondió Danny.

—Tus cagadas son mejores que los triunfos del resto de la gente —sentenció Xena, y le besó en la mejilla.

—Has ido al otro mundo, a Westil —intervino Laurette—. Se suponía que eso te iba a hacer más poderoso.

—Me siento igual que siempre —dijo Danny.

—¿Puedes hacer cosas nuevas?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó Laurette.

—No hay un manual sobre el tema —dijo Danny—. Matan a los magos que son como yo; no esperes que alguien haya escrito un libro de instrucciones.

—Al diablo con las instrucciones —dijo Laurette—. ¿Has intentado hacer algo nuevo?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar —confesó Danny—. He creado puertas antes de ir a Westil y sigo haciéndolo ahora. Eso es todo. —Se encogió de hombros.

—¿Nos puedes llevar a Disney World? —preguntó Sin.

Era lo último que esperaba Danny: la gótica de los piercings infectados quería ir a Disney World.

—¿Hablas en serio? —preguntó Danny.

—Preferiría ir a París, pero no hablo francés —dijo Sin—. Venga, hazlo. Nunca he estado allí.

—Yo tampoco —dijo Xena.

—Yo paso de ir —dijo Pat.

—No me gusta usar las puertas para robar a nadie —dijo Danny.

—¿Quién ha dicho que vayamos a robar? —dijo Sin—. Sólo tienes que meternos en el parque.

—Y evitarnos las esperas y colarnos en las atracciones sin pagar —añadió Laurette—. ¿Es mucho pedir?

—A mí me pillan fijo —dijo Wheeler—. Tengo cara de culpable.

—¿Y si vamos a Cabo Cañaveral? —sugirió Hal.

—Consigue los pases de seguridad y yo os llevo —dijo Danny.

—Esto no tiene gracia —dijo Pat.

—¿Qué pasa con la gente que te quería matar? —preguntó Xena—. ¿Ya no corres peligro?

—No lo sé —admitió Danny.

—¿Y por qué no nos dices cómo podemos ayudarte? —dijo Hal—. ¿O las cosas han cambiando ahora que la has cagado con la puerta ésa?

—No os puedo pedir que me ayudéis. Si la vuelvo a cagar, podríais morir.

—¡Uf, sí que estamos pesimistas! —exclamó Laurette.

—Necesita que le animen —dijo Xena.

Volvió a besarle en la mejilla. No fue un beso casto, de amiga. Fue... especial. Hizo que le temblaran las piernas y sintió un hormigueo en el trasero. No sabía que esas sensaciones podían producirse en lugares tan extraños.

—No sigas por ahí, Xena —dijo Hal.

—Aunque seas una princesa guerrera —añadió Wheeler.

—¿Celos? —preguntó Xena.

—Sí —respondió Wheeler.

Todos le miraron con asombro.

—Es el Danny de siempre y de pronto empiezas a darle besitos y todo eso —dijo Wheeler.

—Claro —dijo Laurette—. Sólo es un dios, ¿por qué querría alguien besarle?

—Cierto —dijo Xena, agarrándose a Danny con más fuerza—. Quiero tener un hijo suyo.

Danny se apartó de Xena tras el último comentario. No le importaba bromear, pero la cosa había ido demasiado lejos.

—Tengo que pensar —dijo.

—Algo que no puede hacer su cerebro si se concentra la sangre en otro sitio —se rió Laurette.

—Sólo intento averiguar cómo puedo conseguir que estéis a salvo —respondió Danny.

—Estaríamos a salvo en Disney World —dijo Sin—. Es el lugar más seguro de la Tierra.

Danny reflexionó sobre qué podía pedirle a sus amigos. A lo mejor era buena idea teleportarlos como emisarios a las Familias para que expusieran sus condiciones si querían utilizar la Gran Puerta. Danny no podía acudir en persona, ni enviar a Hermia o a Vivi. Las Familias les harían prisioneros. Pero dudaba que hicieran lo mismo con sus amigos, ¿para qué querrían apresar a unos simples mortales?

Sin embargo, ése era el problema: para las Familias, los mortales carecían de valor y, si las condiciones de Danny despertaban su ira, matarían sin más a los emisarios.

De hecho, en cuanto supieran que Danny tenía amigos, los usarían para chantajearlo. Los amenazarían, perseguirían, secuestrarían y, si fuera necesario, matarían a cualquiera de ellos. Y lo harían antes de que Danny pudiera ponerlos a salvo.

No podía estar pendiente de todos a la vez. No podía garantizar su seguridad.

—¿Qué os he hecho, tíos? —gimió Danny.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Laurette.

Danny les contó lo que acababa de pensar.

—Guay —silbó Wheeler—. Es como estar dentro de un cómic.

—Salvo que nosotros somos los daños colaterales —dijo Hal.

—Somos los prescindibles —añadió Pat.

Danny creó una puerta, una muy pequeña, la colocó justo encima de una piedra que había en el suelo.

—¿Hal, puedes coger la piedra? —señalando hacia ella.

Hal ni siquiera miró a qué piedra se refería Danny y se precipitó hacia donde le indicaba con el dedo. En cuanto entró en contacto con la puerta, se desplazó diez metros más allá.

—Me siento desorientado —se quejó.

—No era mi intención —dijo Danny—. Quiero averiguar si puedo atar una puerta a un objeto y no a un lugar. Que alguien mueva la piedra. Tú, Laurette, tiende la mano, despacio, yo te diré sobre qué piedra tienes que detenerte.

La chica avanzó con cautela, aunque Danny no dejó de advertir que se había inclinado hacia él ofreciéndole una excelente vista de su amplio escote. Danny no supo si la postura era casual o porque ella pensaba, al igual que Xena, que los poderes mágicos le convertían en alguien muy apetecible.

—Ésa —indicó Danny.

Laurette cogió la piedra.

La puerta permaneció en el aire, justo sobre el espacio donde había estado la piedra.

—Maldita sea —se quejó Danny.

—¿Has salido mal? —preguntó Laurette.

—Sí. Tenía la esperanza de que saliera bien después de ir a Westil. Que mis poderes hubieran aumentado.

—¡Vaya mierda! —soltó Hal, que había vuelto con el grupo.

—¿Qué más da? —dijo Sin—. Es sólo un pedrusco.

—Danny quiere crear puertas portátiles —dijo Pat—. Que podamos llevarlas encima y si hay peligro, usarlas para escapar.

En ocasiones, Pat conseguía sorprenderle. A pesar de su carácter amargado, la chica tenía cabeza. A lo mejor, cuando no te importaba lo que pensaban los demás sobre ti, tenías más tiempo para pensar en cosas de mayor relevancia.

—No veo por qué no puedes hacerlo —comentó Hal—. Da igual que hayas cruzado la Gran Puerta o no.

—¿Qué sabrás tú de magia? —soltó Xena.

—Nada, pero tengo conocimientos de física —dijo Hal—. Física elemental, que cualquier imbécil patético debería saber.

—Xena se dedicó a dormir durante las clases de física de octavo —dijo Laurette.

—Danny siempre ha unido sus puertas a objetos pequeños en movimiento —explicó Hal.

Danny observó la puerta que acababa de crear, la boca y la cola, pero no entendía a qué se refería Hal.

—La Tierra gira sobre sí misma una vez al día, movimiento de rotación —dijo Hal—. Eso significa que la velocidad en el ecuador es de mil seiscientos kilómetros por hora. Donde estamos nosotros, la velocidad se reduce a unos mil trescientos kilómetros por hora. Además, la Tierra se desplaza alrededor del Sol, movimiento de traslación, a una velocidad de ciento siete mil kilómetros por hora. Por lo tanto, aunque creamos que las puertas de Danny permanecen inmóviles, en realidad se están moviendo a una velocidad increíble porque están unidas a un objeto que se desplaza rapidísimo.

—Has dicho que eran objetos pequeños —dijo Laurette.

—Comparada con el Sol, la Tierra es un objeto pequeño en movimiento —explicó Hal—. Y si la comparamos con la galaxia, la Tierra es una mota de polvo. Nos parece grande porque nosotros somos más pequeños todavía.

—Gracias por la información, sabihondo —dijo Xena.

—Como ha dicho Hal, todo el mundo sabe eso —dijo Wheeler.

—¿En serio? —dijo Pat—. ¿Estabas al tanto de esos ciento siete mil kilómetros por hora?

—No, pero sí que sé que la Tierra gira sobre sí misma una vez al día y que tarda un año en hacerlo alrededor del Sol. Eso significa que corre que te cagas, tío —recitó Wheeler con satisfacción.

—Ya que eres tan listo, dime a qué velocidad se desplaza el sistema solar alrededor del centro de la galaxia —le espetó Pat a Hal.

—A setecientos setenta y cinco mil kilómetros por hora —respondió el aludido.

—¿Y la velocidad a la que viaja la Vía Láctea hacia Andrómeda?

—No hay forma de conocer ese dato —respondió Hal con aplomo—. Se aproximan la una a la otra y carecemos de un punto de referencia estacionario para calcular la velocidad.

—La galaxia viaja a dos millones cien mil kilómetros por hora tomando como referencia la RCF —soltó Pat con aire triunfal.

—¿Qué es la RCF? —preguntó Sin.

—La radiación cósmica de fondo —respondió Hal—. Y ésa no era tu pregunta, Pat. Tú querías saber la velocidad a la que se aproxima la Vía Láctea hacia Andrómeda.

—Qué patético —dijo Sin—. Mientras el resto de chicos memorizaban las estadísticas de los jugadores de fútbol, Hal se dedicaba a memorizar datos astronómicos.

—A lo mejor la Tierra llega a la final este año —se rió Laurette.

—Pues las tías os sabéis de memoria lo que desayuna George Clooney todos los

días —dijo Wheeler.

—¿Ese carca? —espetó Xena.

—Vale, pero seguro que conocéis con pelos y señales la vida de los chicos de *Crepúsculo*.

Ninguna de las chicas le contradijo.

Todos sabían que Hal era listo. Y entre las chicas, la más inteligente era Pat. Danny, por su parte, conocía todos esos datos, recordaba todo lo que había leído. La diferencia era que Hal había sido capaz de aplicar ese conocimiento a efectos prácticos.

—Ya entiendo —dijo Danny—. Si ya estoy atando mis puertas a la superficie de un objeto con movimiento de rotación y traslación, no hay motivo por el que no pueda atarlas a una piedra, excepto que la piedra es más pequeña.

Danny examinó la piedra, intentando hallar la forma de unirla a una puerta.

Mientras, Sin planteó un pregunta:

—¿Cómo sabéis los magos que nosotros no tenemos poderes?

—No le interrumpas, está creando puertas —dijo Laurette.

—No sabemos si tenéis magia o no —respondió Danny—. Nuestra sangre se ha mezclado con la vuestra a lo largo de miles de años, es probable que compartamos genes de poder primigenio.

Intentó retener la imagen de la piedra en su mente y crear una puerta unida a esa imagen, sin dejarse distraer por el resto del entorno.

—Envíanos a Westil —saltó Sin—. Es posible que volvamos con superpoderes.

—Eso es —dijo Hal.

—Mola —dijo Wheeler.

Danny perdió la concentración. En realidad, su impaciencia era consigo mismo, pero a los demás les pareció que se enfadaba con ellos.

—Perdona —se disculpó Laurette.

—¡Dejad de distraerle! —intervino Xena en plan protector.

—¿Por qué no la coges con la mano y te centras en ella? —preguntó Pat—. Rompe su lazo con el suelo.

Laurette le alcanzó la piedra. Danny la cogió, se inclinó sobre ella, la observó con toda su atención y creó una puerta.

Movió la piedra un poco a la izquierda.

La boca de la puerta siguió a la piedra.

Así de fácil. Separa la piedra de su entorno, concéntrate un poco y consigues una piedra encantada.

—Pareces contento —observó Xena—. ¿Estás imaginándome sin ropa?

—No, boba, ha conseguido atar la puerta a la piedra —dijo Pat—. Y nadie quiere imaginarte sin ropa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hal—. ¿Vas a darnos una piedra a cada uno para que podamos escapar en caso de peligro?

—Una piedra es cutre —dijo Laurette.

—¿Por qué? —preguntó Danny. De hecho, a él lo de la piedra le parecía una buena idea.

—En primer lugar, ¿qué pasa si se nos cae la piedra? —expuso Laurette—. ¿Cómo sabremos cuál es la nuestra, excepto pasando la mano por encima, con lo que nos teleportaríamos, como le ha pasado a Hal? Y no la recuperaríamos, pero nuestros perseguidores sí, y la usarían para seguirnos.

—No dejes caer la piedra —apuntó Wheeler.

—Claro, como si fuera tan sencillo. A todos se nos caen cosas —dijo Pat.

—En segundo lugar —prosiguió Laurette—, imaginad que nos atan de pies y manos y luego nos registran. ¿Qué creéis que pensarán si encuentran un pedrusco? No es algo que la gente suela llevar encima.

—De acuerdo —dijo Danny—. Nada de piedras. Sólo la cogí porque hay un montón y me servía para practicar.

—Un anillo —sugirió Sin.

—Un *piercing* nasal —dijo Xena—. Cada vez que estornudes, apareces en otro sitio.

—O te sueñas y apareces en la Luna —dijo Wheeler.

—«Un anillo para gobernarlos a todos. Un anillo para encontrarlos» —citó Hal—. «Un anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas».

—¿Sugieres que estamos del lado de Sauron? —preguntó Wheeler, algo irritado.

—Sauron no está del lado de nadie —dijo Danny—. No olvidéis que los miembros de las Familias son los dioses, las hadas, los elfos, los espectros, los hombres lobo, los fenómenos paranormales y todo lo que se os ocurra relacionado con la magia y lo desconocido. Y las Familias ocupan ambos lados, tanto el bien como el mal. Pero no se rigen por esos conceptos, para ellos no existe el bien o el mal; sólo hacen lo que les apetece y cuentan con el poder para hacerlo.

—A mí me parece una excelente definición de lo que es la maldad —comentó Pat.

—Fíjate en lo que yo acabo de hacer —arguyó Danny—. Quería atar mi puerta a la piedra y gracias a la sugerencia de Pat para que me concentrara en ella, lo he conseguido. ¿Qué maldad hay en eso?

—Podrías tirarle la piedra al capitán del equipo de otro instituto, desplazarlo diez metros y luego dejarlo caer de culo —dijo Pat.

—Eso no es maldad, es una simple travesura —dijo Wheeler—. ¿Puedes hacer algo así?

—No necesitaría la piedra —señaló Hal—. Puede hacerlo sin más.

—Y sí que hay maldad en algo así —dijo Pat—. Herir a alguien por diversión es perverso.

—Fue lo que le hice al entrenador Lidtler —dijo Danny—. Entonces, hice algo malo, ¿no?

—Un poco, supongo —vaciló Pat.

—Pero sobre todo, fue divertido —dijo Hal.

—Y se lo tenía merecido —remató Wheeler.

Danny recordó a los dos hombres que aterrorizó sobre el Atlántico y luego metió en un calabozo. Eran asesinos, o lo intentaron, al menos. Merecían un castigo peor del que él les había impuesto. Pero haberlos torturado de esa manera no hizo que se sintiera mejor. Y lo peor era que no había vacilado un instante, ejecutó la idea en cuanto le vino a la cabeza.

—Usaremos algo que llevéis encima —dijo Danny—. Y ataré la puerta de forma que no la uséis sin querer. No me deis vuestras carteras, no sirven si las vais a estar abriendo y cerrando.

—Que Wheeler te dé el condón que lleva en ella —dijo Hal—. Jamás va a usarlo.

—Me lo dieron en quinto —se revolvió el aludido—. Es como una pata de conejo, mi amuleto. Y no voy a usarlo porque tiene más años que mi polla.

—¡Ag! —exclamó Laurette—. Me has hecho pensar en tu pito.

—Y eso lo dice la chica del escote permanente —dijo Wheeler.

—Por favor, basta —intervino Danny—. Servirá cualquier cosa que llevéis encima, pero que no sea de uso habitual. Algo fácil de coger en caso de emergencia.

Pat sacó un tampón de su bolso.

—Nuestro turno de decir «¡Ag!» —dijo Hal.

—Cualquier chica los lleva y nadie va a pensar nada raro —dijo Pat.

—Yo no llevo —dijo Sin.

—Siempre llevo más de uno —dijo Laurette y sacó dos tampones de su bolso.

—Vale. Yo voy a utilizar mi condón —dijo Wheeler, metiendo la mano en el bolsillo.

—Yo nunca llevo bolso —dijo Sin—. ¿Qué hago, me lo pongo en la oreja? —le devolvió el tampón a Laurette.

—¿Nunca llevas uno por si acaso? —preguntó Laurette.

—Nunca se me adelanta la regla y, además, la sangre no me da miedo —respondió Sin.

—¿Y el vómito? ¿Te da miedo? —preguntó Hal—. Porque estoy a punto de echar la pota.

—Bienvenido a nuestro mundo —dijo Pat—. Y no te preocupes, como nunca tendrás novia y menos aún esposa, no tendrás motivos para vomitar.

—¿Qué ocurrirá si busco algo en el bolso y toco el tampón sin querer? —

preguntó Xena, con gesto preocupado—. ¿Tengo que desenvolverlo?

Danny cogió el tampón que sostenía Xena.

—¡Lo está tocando! —exclamó Hal.

—Chupsangres para chicas —dijo Wheeler, torciendo el gesto.

Danny examinó el tampón. Lo apretó. Empujó el extremo.

—Un segundo —dijo.

Creó una puerta diminuta en el interior del extremo del tampón. Luego lo manoseó a conciencia. No pasó nada. Pero cuando introdujo el dedo en el extremo, cruzó por la puerta que le desplazó sólo unos centímetros, aunque estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Toma, una puerta de dos centímetros! —se burló Pat—. Justo lo que necesitamos. Mejor que no se pasen con nosotros o nos alejaremos dos centímetros.

—Es sólo una prueba —repuso Danny con paciencia—. Tienes que introducir un dedo por el extremo para que funcione.

—¿Y qué ocurrirá si te olvidas de cuál es el que lleva la puerta y lo usas? —preguntó Hal.

—Pensaba que no te gustaba hablar sobre las cosas asquerosas de las chicas —dijo Laurette.

—No puedo evitarlo, hay cosas que surgen sin pensar —replicó Hal.

—Espero que nunca te surja mi imagen usando un tampón —dijo Pat.

—Genial, ha sido decirlo y lo estoy viendo. Gracias.

—Todo lo que llevo encima es duro y brillante —comentó Sin.

—¿Y el brillo labial? —sugirió Pat.

Sin sacó una cajita metálica del bolsillo.

—Duro y brillante, ya te lo dije.

—El contenido es negro y blando —dijo Pat.

—Puedo crear la puerta en el fondo del frasco —ofreció Danny.

—Entonces me quedo sin brillo y mis labios se volverán de color rosa —dijo Sin.

—Mira, esto es negro y blandengue —le señaló Laurette, sacando un trozo de regaliz de su bolso.

Sin cogió el trozo de regaliz y lo examinó.

—¿Cuántos años tiene esto?

—Es viejo, negro y asqueroso —dijo Laurette—. A nadie le sorprenderá que esté en tu bolsillo. ¿Tu madre te lava los vaqueros?

—Lavar la ropa es tan burgués —dijo Sin con gesto despectivo.

Diez minutos más tarde, todos tenían un objeto flexible en el que Danny había introducido la boca de una diminuta puerta. Tres tampones, un trozo de regaliz, un condón sin abrir y una goma de borrar con forma de león que Hal llevaba en el bolsillo.

—¿Un león? —se sorprendió Sin.

—Me lo dio un dentista hace años —explicó Hal, encogiéndose de hombros.

—¿Y aún lo llevas encima? —preguntó Sin.

—Perdí un diente, gané un león.

—Es Aslan —dijo Wheeler.

Hal se revolvió enfadado.

—Ya basta —les cortó Danny—. Un poco de buen rollo, Wheeler.

—Él contó lo de mi condón —replicó Wheeler.

—Genial, ahora vamos a llevar la cuenta de las ofensas que nos hacen —dijo Pat.

—Hagamos un trato: si alguien del grupo nos confía un secreto, no lo contaremos; y dejaremos de burlarnos los unos de los otros —propuso Laurette.

—¿Eso quiere decir que ya no podré mencionar tu escote? —dijo Danny.

—Nada de burlas —insistió Laurette—. Además, si te metes con mi escote es porque te gusta.

—De acuerdo —dijo Danny, ignorando el último comentario de Laurette—, me gusta el trato.

—¿El trato o las tetas de Laurette? —preguntó Xena.

—Insisto, no nos burlamos de un compañero y no desvelamos secretos —dijo Danny.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Vuestras puertas os traerán a todos a este lugar. Por si acaso las Familias consiguen seguiros hasta aquí, habrá otra puerta de emergencia justo en este árbol —Danny señaló a cuál se refería—. Aquí, debajo de esta rama. Probad a ver si llegáis bien.

Lo hicieron y todos, hasta Xena, que no era muy alta, alcanzaron la rama sin dificultad.

—¿Adónde nos llevará esa puerta? —preguntó Pat.

—A un lugar bien lejos de aquí. Un lugar donde dejaré dinero y un arma. Espero que no tengáis que usarlo nunca, pero estará allí por si alguien os persiguiera a través de la puerta.

—¿Todavía no sabes adónde nos llevará? —preguntó Pat.

—¿Qué os parece Disney World? —propuso Danny.

—¿Vas a meter un arma en el Reino de la Fantasía? —dijo Sin—. No me gusta la idea.

—Buscaré un lugar seguro donde pueda ocultar el dinero y el arma —repuso Danny—. Por el momento, os llevará a Washington D. C. Allí crearé otra puerta que os traerá de vuelta a Buena Vista, pero a un sitio distinto a éste.

—¿Podemos probar? Abre la puerta y vayamos a Washington D.C. —propuso Wheeler.

Todos miraron a Danny.

—Podéis cruzar una vez —cedió Danny—. Sólo para comprobar que sabéis cómo se hace. Pero en adelante ni se os ocurra utilizarla salvo que sea una emergencia. Si alguien os ve, se acabó el secreto. Y si queréis ir a Washington, os abro una puerta ahora.

—Esto va en serio —dijo Wheeler con una risita nerviosa.

—Creía que eso estaba claro —dijo Danny—. Si sois mis amigos, si vais a ayudarme, el peligro es real. Y las puertas de emergencia os pueden salvar la vida. Pero el que quiera dejarlo, que lo haga ahora. No se hable más. Puedo dejar el instituto en cualquier momento. Sin mi presencia, estaréis a salvo. No habéis hecho nada que os comprometa todavía.

—No quiero abandonar —se apresuró Xena.

—Seremos buenos —aseguró Hal.

Wheeler fue el único que guardó silencio.

Todos esperaron su respuesta.

—Tengo la sensación de que la he cagado, que no vais a confiar en mí —musitó Wheeler.

—Yo me fío de ti hasta que me demuestres lo contrario —dijo Danny.

—Pero soy un idiota.

—¿Ves cómo sí que lo sabe? —le dijo Sin a Pat.

—Quiero decir que se me olvidan las cosas, y la mayor parte de las veces, hablo sin pensar.

—Vale, pues deja de hacerlo —sentenció Danny—. Y punto.

Wheeler asintió, cabizbajo. De pronto desapareció y reapareció al lado del árbol. Tocó la rama donde Danny iba a abrir la siguiente puerta.

—Wheeler —le riñó Danny—. ¿Estás intentando huir? Cada puerta forma parte de mí. Sé a dónde van y puedo ver quién la usa. Y además, todavía no he creado la puerta del árbol.

—No quería escapar; sólo quería comprobar que no me habías quitado mi puerta —confesó Wheeler.

—Si lo hago, te lo diré antes. O me quedaré con el condón sin más.

En cuanto lo pensó, creó una puerta pequeña que absorbió el condón a pesar de que Wheeler lo tenía en la mano. Danny lo dejó caer en el suelo, en medio del grupo.

—¡Vaya! —exclamó Wheeler—. ¿Me lo puedes quitar de la mano?

—No fue él, fui yo —bromeó Xena.

—¿En serio? —preguntó Wheeler.

—Es un completo idiota —dijo Pat.

—Wheeler, confío en ti —declaró Danny—. Ahora confía tú en mí.

Sin embargo, en su interior, Danny tuvo que reconocer que jamás confiaría

plenamente en él. Nunca le nombraría su emisario y, como mucho, le pediría que fuera a por pizzas o refrescos. Wheeler la había fastidiado al usar la puerta para poner a prueba a Danny. No lo veía preparado para el trabajo que tenían por delante.

«Son todos muy jóvenes. Es posible que ninguno esté preparado para esto». Pero estaba en el instituto y éstos eran sus amigos.

Y era genial saber que podía atar una puerta a un objeto.

«He creado amuletos», pensó. «Aunque sean tampones, un trozo de regaliz, un condón y una goma de borrar infantil». No tenían una inscripción mágica, sólo una puerta diminuta incrustada. Se sentía astuto y poderoso.

La mano de Xena volvió a posarse sobre su brazo. Le gustó. No retiró el brazo.

Entonces recordó que nunca se había sentido atraído por Xena. Pero eso era antes de que ella se sintiera atraída por él. Ahora ella le gustaba.

«Soy el típico adolescente», se dijo Danny. Recordó a Lana, la mujer de Ced, a la que conoció cuando estuvo en Washington D. C. Lo que ella le había hecho sentir. Xena era más agradable y mucho más equilibrada. ¿Y si se echaba novia? Pero no una que lesedujera y luego se burlara de él por caer en sus brazos. No quería un súcubo. Quería una novia de verdad.

Entonces recordó las historias sobre Zeus en las que violaba gente por toda Grecia. Y Hermes. ¿Cuántas leyendas mitológicas lo describían como un seductor insaciable? No existía cerradura que le impidiera la entrada a un dormitorio.

Xena me está diciendo que puedo estar con ella cuando quiera. Puedo ir a su dormitorio esta noche y acostarme con ella; sus padres no me verían entrar ni salir, y ella me dejaría. Piensa que sería genial.

Y cuando lo hubiéramos hecho, daría por sentado que estamos juntos. Y lo estaríamos. ¿Y si se quedaba embarazada? ¿Y si se sintiera superior a las otras chicas del grupo por estar conmigo? Eso rompería el grupo.

«Mantén la bragueta cerrada», se dijo Danny, «y deja de imaginarte con Xena en su dormitorio».

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

Danny se volvió hacia la chica. Ella puso su mano sobre el pecho de él. Él tomó la mano de ella entre las suyas.

—Somos amigos, Xena. Y soldados en el mismo bando. Y pronto estaremos en guerra. Cuando acabe la guerra, hablaremos.

Xena apartó la mano y se colocó al lado de Pat.

—Te dije que era gay —se rió.

Como si hubiera estado bromeando todo el rato. Y quizá fuera así. O no.

«No tengo derecho a liderar este grupo. Debería retirar todas las puertas y marcharme ahora mismo. Y no volver nunca. Todo el mundo saldría ganando.

»Todo el mundo excepto yo».

Había estado solo toda su vida. Era la primera vez que tenía amigos. Y no estaba preparado para abandonarlos. No quería abandonarlos. Y como la decisión era suya, se iba a quedar con ellos. Creían que él era guay. Le admiraban porque era poderoso. No intentarían matarle. Y además, ya les caía bien antes de que supieran lo que era capaz de hacer con las puertas.

Y tendría fantasías sobre Xena, aunque ella no le gustara de verdad. Ninguna de las chicas le gustaba. Pero tenía dieciséis años y cualquier gesto provocativo despertaba su interés. Era consciente de que las hormonas eran la causa de su comportamiento, pero eso no cambiaba nada. «Lo pasaré lo mejor posible», se dijo. «Siempre y cuando no ceda a la provocación».

Esa noche, Danny fue a Washington D. C. y Stone accedió a que colocara la cola de la puerta de emergencia en su desván.

—Pero ni hablar de armas —le advirtió.

—¿Y si les están persiguiendo? —preguntó Danny.

—Hay otras opciones. Piensa —le dijo Stone.

Y Danny pensó. Cogió un montón de monedas y ató puertas a ambas caras de las mismas. Mientras las cogieras por el canto, no ocurría nada; pero si tocabas una de las caras, te desplazabas a algún sitio público y de interés turístico. La entrada de la Casa Blanca. La rotonda del Capitolio. Al regazo de la estatua de Lincoln. A la nariz del gigante en la escultura del Despertar.

La idea era que si alguno de sus amigos llegaba al desván y le seguían, sólo tenía que coger una moneda y tirársela a su perseguidor.

—Dinero armado —se rió Stone—. Pero te advierto de que como uno de tus amigos use la puerta para divertirse, seré yo el que les tire una moneda.

—Son buenos chicos —dijo Danny—. No quiero que nadie los maltrate por ser mortales.

—Sabes muy bien que yo no haría eso —replicó Stone—. Les maltrataré porque son adolescentes.

Cuando Danny informó a Vivi y a Hermia sobre las puertas móviles, exigieron que creara una para ellas.

Vivi tenía una pulsera de la que colgó varios aros. Cada uno era una puerta que llevaba a un lugar conocido: su casa en la playa, la granja de los Silverman, la casa de Danny, el instituto de Danny, el dormitorio de Stone...

—Soy la mujer de Stone, no tengo porque ir a su desván —dijo.

—¿Y si alguien te roba la pulsera? —dijo Danny—. Hermia podría cerrar las puertas y cuando necesites alguna, sólo tienes que abrirla y...

—Mientras jugabas con tus amiguitos —le interrumpió Hermia—, nosotras estábamos trabajando.

—Seguimos sin poder crear puertas —dijo Vivi—, pero ahora yo puedo cerrarlas

y abrirlas; y Hermia también.

—Y estamos trabajando para intentar desplazar las puertas —dijo Hermia—. Creo que conseguí mover una. Sólo la cola.

—Pero no ha sido capaz de repetirlo —dijo Vivi.

—Vale. Puedo atar las puertas que queráis a cualquier objeto —dijo Danny—. Y con vuestros nuevos poderes, podéis usarlas sin problemas.

Hermia le dio una moneda de un euro.

—Ata una docena de puertas aquí —le indicó—. Abriré los que necesite, cuando los necesite.

La lista de destinos que le indicó Hermia era más larga que la de Vivi, pero la griega tenía que estar siempre un paso por delante de su familia.

Al principio, Danny intentó establecer un orden en las puertas que le pidió Hermia, pero la mujer se rió de él.

—Danny, puedo ver todas las puertas, sé dónde va cada una y puedo mantenerlas cerradas hasta que tenga que usarlas. Venga, tú amontónalas ahí.

Danny creo puertas que conducían a París, Nueva York, Dubai, Singapur, Katmandú, Accra, Brisbane, Sao Paulo y una docena más de destinos, entre los que se encontraban el bloque de oficinas de la Familia Griega en Atenas, el territorio de la familia North en Virginia y la Biblioteca del Congreso.

—Chica, puedes dar la vuelta al mundo —se admiró Vivi.

—Puedo añadir más puertas a tu pulsera, Vivi —ofreció Danny.

—No, era sólo un comentario, ya sé que puedes darme todas las puertas que quiera. Pero hay algo que me preocupa, no has creado una puerta que me lleve a tu lado.

Hermia se mostró de acuerdo con Vivi.

—Tenemos todas estas puertas pero ninguna nos lleva contigo, Danny.

—No quiero que aparezcáis de pronto en mi bolsillo —bromeó Danny.

—Tengo una idea —dijo Vivi—, coloca la cola de una nuestras puertas en el interior de una lámpara de aceite antigua; podemos ser tus genios de la lámpara.

—Suena divertido —admitió Danny—, pero no me seduce nada la idea de que decidas aparecer cuando esté en el baño.

—¿Y si necesitas nuestra ayuda? —preguntó Hermia.

—Conozco la situación de todas mis puertas. Si necesito algo, sólo tengo que desplazar una cola de vuestras puertas a mi posición.

—Salvo que estés inconsciente —dijo Vivi.

—Lo pensaré —cedió Danny.

—Puedes llevar la cola de la puerta encima y cerrarla —sugirió Hermia—. Y cuando nos necesites, la abres; así no invadiremos tu intimidad.

—Nosotras sólo la abriremos en caso de peligro —dijo Vivi.

—Y echaríamos un vistazo primero, para estar seguras de que estás visible.

Danny odiaba la idea. Una cosa era darles los amuletos para que pudieran ir a donde quisieran y otra muy distinta permitirles que tuvieran acceso a él sin restricciones. No, no iba a hacerlo. No le bastaba su promesa de usar la puerta sólo en caso de necesidad.

—No creo que Danny vea mucha diferencia entre que echas un vistazo a través de la puerta y que la cruces del todo —señaló Vivi—. No quiere que le espiemos.

—Tienes que confiar en nosotras —dijo Hermia.

—Ya he dicho que lo pensaré —dijo Danny.

—Eso quiere decir que la respuesta es no —dijo Vivi.

—Es injusto —se quejó Hermia—. Tú puedes teleportarte a nuestro lado, sin importar lo que estemos haciendo. Vamos, que no nos podemos esconder de ti, pero tú no confías en nosotras. ¿Crees que vamos a espiarte o aparecer sin previo aviso cuando estés besando a una chica?

—No sacaríamos fotos si ocurriera —dijo Vivi sonriendo—. O al menos no se las enseñaríamos a nadie.

—He dicho que... —se impacientó Danny.

—Se está poniendo nervioso —dijo Vivi.

—No os espío —dijo Danny— y sé que vosotras no lo haríais conmigo. Pero el poder es así; cuando lo tienes, no quieres que otros lo usen contigo. Eso sólo pasa cuando el otro tiene un poder mayor que el tuyo.

—Y eso es lo que nos ocurre a nosotras contigo —puntualizó Hermia.

—Odio hablar como las Familias —se disculpó Danny—, pero... os tendréis que conformar. Es lo que hay. Es posible que algún día me arrepienta de no haber creado puertas que me sigan como cachorritos para que me tengáis siempre localizado. Pero ahora mismo, no sé cómo hacer algo así y tampoco quiero hacerlo. No lo haré. Lo siento.

—Tipo duro —comentó Vivi.

—No tan duro —dijo Hermia—. Se ha disculpado; los auténticos capullos no se molestan en decir que lo sienten.

—Cierto —dijo Vivi—. Tiene buen carácter, no se le da bien actuar como un capullo todavía.

—Gracias —dijo Danny—, supongo.

—Hora de irse —anunció Hermia—, o la Familia me pillaré aquí.

—Tienes que extraerle ese chip localizador —dijo Vivi.

Tenía razón.

Danny examinó a Hermia y le pasó una puerta por encima, una que la dejó en el mismo sitio donde se encontraba.

—¿Para qué has hecho eso? —preguntó Hermia.

—No sé qué he obtenido yendo a Westil —comentó Danny—. Es posible que la capacidad para atar puertas a objetos móviles la haya tenido siempre. ¿Y quién dice que la Gran Puerta tiene algún efecto sobre su creador? Pero sí, quizás haya algo distinto. Algo de lo que no era capaz antes. Cuando cruzaste la puerta que acabo de crear, noté algo en ti. Lugares en tu cuerpo que la puerta intentaba sondear para curar posibles heridas y a los que no pudo acceder. Cinco sitios distintos. Varios rastreadores, no uno solo.

—Deberías enviarla a un escáner de aeropuerto —dijo Vivi—. Localizarías los rastreadores.

—Buena idea —rió Danny—. Sólo necesito que vengas y distraigas a los guardas, Vivi.

Fueron al aeropuerto Roanoke. Vivi se puso en la cola y comenzó a chillar:

—¿Y mi billete? ¡Estaba aquí hace un momento!

El jaleo atrajo a la atención de todo el mundo y Danny aprovechó para teleportar a Hermia al principio de la cola. A continuación, abrió una mirilla al lado del guarda que supervisaba la pantalla.

Cuando Vivi vio que Hermia estaba delante del escáner, se marchó gritando que iba a buscar el billete. El guarda le indicó a Hermia que avanzara hasta situarse delante del escáner.

Danny comprobó que había acertado, Cinco localizadores situados en los puntos donde la puerta no pudo actuar. El viaje a Westil le había dado más poder. Su percepción había aumentado.

Desplazó la mirilla al lado del oído de Hermia.

—Telepórtate a mi casa en Buena Vista —le ordenó. A continuación, le pidió lo mismo a Vivi.

—Ya sé dónde están los cinco rastreadores —anunció Danny, cuando los tres llegaron a su casa—. Creo que los puedo teleportar fuera de tu cuerpo.

—¿Crees? —dijo Hermia—. Oye, estamos hablando de mi cuerpo.

—Abriré una hermosa puerta para que la cruces en cuanto extraiga los cacharros esos. Te curarás enseguida. Todo va a salir bien.

—Dijo antes de cagarla —remató Vivi.

—Hazlo —dijo Hermia tras pensarlo.

—¿Segura? —dijo Danny.

—Hazlo, chico de las puertas —le animó Vivi—. ¿Todavía no sabes cuándo una mujer dice «sí» de verdad? ¡Qué joven eres!

Danny tardó diez segundos en hacerlo. Cuando terminó, cinco chips resposaban sobre la mesa y Danny había pasado una puerta encima de Hermia. Fue todo muy rápido.

—Ha dolido —dijo Hermia—. Las operaciones siempre duelen.

—Lo siento —se disculpó Danny.

—Era un comentario, Danny —dijo Hermia—. Sólo quería que lo supieras; no me estaba quejando. —Cogió uno de los chips—. Mis padres creyeron que era una buena idea implantar estos chismes en su bebé.

—La pregunta es qué hacemos con ellos —intervino Vivi—. Yo los teleportaría a una incineradora.

—O se los implantamos a alguien —sugirió Hermia.

—Eso estaría mal —dijo Vivi.

—Pensaba en alguien como el presidente. O el príncipe Carlos —dijo Hermia—. O a uno de esos dictadores. Que mi Familia les persiga a ellos y no a mí.

—O podíamos implantarlos en cinco personas diferentes —dijo Vivi—. Se volverían locos intentando averiguar cuál de ellas eres tú.

Al final, Danny implantó un dispositivo bajo la piel de los asesinos hitito-armenios y envió los otros tres al fondo del Atlántico. A continuación, teleportó a los asesinos a las oficinas de la familia Griega en Atenas.

—Que los míos se apañen con ellos —dijo Hermia.

—¿No vas a contarle a tu familia lo que quisieron hacerte esos cabrones? —dijo Vivi.

—No —respondió Hermia—. Que se apañen entre ellos. Sabrán que implantamos los chips en esos dos payasos por un buen motivo. Pero si les digo lo que intentaron hacer, mi gente los matará. Por muy enfadados que estén conmigo, jamás consentirán que otra Familia intente acabar conmigo.

—¿Y esos dos no confesarán? —preguntó Danny.

—Los míos no los colgarán en el aire sobre el Atlántico —dijo Hermia—. O es posible que sí lo hagan, pero no tienen tu habilidad.

—Somos auténticos magos teleportadores, ¿verdad? —dijo Vivi con satisfacción—. Resulta divertido despistar a los malos.

Fueron a la heladería favorita de Vivi, Angelato, en la calle Arizona de Santa Mónica, y se comieron los helados en el paseo de Third Street. Cuando terminaron, se despidieron teleportándose cada uno al lugar donde iba a pasar la noche.

—Me siento tan poderosa —se rió Vivi, tomando uno de los anillos—. Igual que cuando me dieron las llaves del coche familiar por primera vez.

Solo en su casa de Buena Vista, Danny repasó los acontecimientos del día y le asombró la cantidad de cosas que había hecho. Había ido a Westil y conocido al Ladrón de Puertas. Creado puertas móviles para sus amigos. Librado a Hermia de los chips rastreadores. Y había terminado comiendo helado en California antes de volver a casa para acostarse.

Y la había cagado con una Gran Puerta.

Quiso pensar en Xena cuando se acostó. Sin embargo, su mente volvía una y otra

vez a la puerta salvaje que se ocultaba en el establo de Leslie y Marion. ¡Qué estúpido había sido!

De repente se acordó de Nicki, la hija del entrenador Lieder. ¿Cómo se encontraría? ¿Sabrían ya que se había curado del cáncer?

«Mira, ahí no la cagué», pensó Danny.

BÚSQUEDA

Pan tendría que haber encontrado con facilidad al mago eólico al que Danny North llamaba Ced. El rastro de destrucción que le seguía a lo largo de Hetterwee le delataba, por no hablar de su condición de extranjero. Aunque consiguiera ropa local, su lengua le delataría en cuanto abriera la boca.

Hetterwee era una extensa planicie sobre la que nevaba de forma copiosa en invierno, pero apenas llovía en verano. El pasto crecía con rapidez y el suelo era fértil, pero al llegar el verano todo se mustiaba y, entonces, el ganado pastaba cerca de alguno de los arroyos que fluían desde las Montañas Altas, en Mitherkame.

Mitherkame estaba situado a gran altitud y contaba con grandes bosques; era un lugar donde los magos pétreos y marinos, los árboles y las águilas prosperaban. El viento ululaba y corría por cañones y pasos angostos entre las montañas.

Por el contrario, Hetterwee era una tierra llana que se extendía sin obstáculos hasta el horizonte, donde el viento bailaba en los prados.

Entre la hierba, abundaban los insectos que se alimentaban de semillas. También acudían pájaros y pequeños roedores al reclamo de las simientes y, una vez allí, aprovechaban para devorar a los insectos. Además había manadas de rumiantes que acudían al reclamo del pasto y tras ellas llegaban los predadores: los lobos y los grandes felinos. Cazaban a los animales enfermos y heridos y, si las madres se descuidaban, a las crías indefensas. Los magos de los rumiantes y los magos de los predadores hallaban su hogar en las llanuras.

Un viajero que recorriera Hetterwee podría caminar durante muchos días con la sensación de que no se aproxima a su destino.

Sin embargo, en esta llanura de pasto seco surgen aldeas de mortales que construyen sus hogares con ladrillos cocidos de la tierra que les rodea y que arañan esa misma tierra para sostener sus modestas granjas. Con esfuerzo, han conseguido mantenerse generación tras generación. No cazan a los rumiantes por temor a que estuvieran protegidos por un mago de las bestias; tampoco se aventuran en la llanura a solas por miedo a que alguna bestia guiada por un mago predador les diera caza por pura diversión. Cuidan de los suyos y vigilan los cambios de tiempo del que depende su precario sustento. Estar siempre alertas es lo que los mantiene con vida.

Pan se teleportó de aldea en aldea: era un forastero, pero conocía el idioma de todos los lugares que visitaba, pues Pan hablaba todas las lenguas y dialectos que se hablaban en Westil; nunca había topado con uno que no fuera capaz de dominar en pocos minutos. Vestía los ropajes típicos de un viajero en busca de trabajo. Su llegada

debía inspirar más confianza que la de Ced, pero Pan advirtió que las gentes mentían para proteger al mago eólico procedente de Midgard.

—Mi amigo debió de llegar poco antes o poco después de la tormenta que arrasó vuestros campos y hogares —decía en cada aldea a la que llegaba—. He de encontrarlo porque su esposa está enferma y tiene que volver a casa para ocuparse de sus hijos.

Pero no obtenía respuestas más allá de un gesto de indiferencia. Si insistía, la respuesta se volvía más agresiva y llegaban a amenazarle para que dejara de interrogarles.

Por lo visto, aunque las galernas habían arrancado los tejados de las casas y el granizo destrozaba las cosechas, las gentes no relacionaban estos desastres con Ced, al que tomaban por uno de los suyos.

Pero por mucho que le ayudaran los mortales, Ced no se podía ocultar de un Gran Mago Teleportador para siempre. Ya que los aldeanos se negaban a hablar, Pan abrió una puerta diminuta en sus hogares y espió sus conversaciones. Así averiguó lo que necesitaba saber y aun más. Los aldeanos sí sabían que Ced era el mago eólico que tantos daños estaba provocando; también que procedía de otro mundo. El propio Ced se lo había contado. Él era un dios del viento que acudía en persona para pedir perdón por los desastres que causaban sus huracanes y para paliar en la medida de lo posible las consecuencias de sus actos.

Al final, una de las mirillas de Pan le desveló a Ced durmiendo en el lugar privilegiado del hogar de unos aldeanos, junto al fuego de la chimenea, que distinguía a la casa como la más rica de la aldea.

Pan teleportó a Ced con tanta suavidad que no se despertó. Fue el frío lo que lo despertó, media hora más tarde; el aire helado y enrarecido de la cima de un monte en Mitherkame.

Ced se despertó temblando de frío y supo enseguida que había sido apresado por un mago teleportador, porque nadie más podría haberle llevado hasta allí con tanto sigilo desde la calidez del hogar donde dormía. El viento le desveló que estaba en el exterior y el aire enrarecido que se encontraba a gran altura. Cuando abrió los ojos, comprobó a la luz de las estrellas que reposaba en una extensión de terreno en la que no podía dar más de diez pasos sin caer por un precipicio.

—Discúlpame por haberte apartado del fuego —le dijo el joven que le observaba.

Ced lo reconoció de inmediato: era el mago que había acudido al encuentro de Danny en la cola de la Gran Puerta. El Ladrón de Puertas. El enemigo.

—No soy el mago que buscas —advirtió Ced—. Ése volvió a la Tierra.

—Sé muy bien dónde se encuentra Danny North —dijo el Ladrón de Puertas—. Es el dueño de la mayor parte de mi aura. ¿Cómo no voy a ser consciente del

emplazamiento de mi prisión?

—¿Es una prisión dónde me encuentro yo? —quiso saber Ced.

—Sólo es un lugar donde podemos hablar en privado —dijo el Ladrón de Puertas—. Nadie nos interrumpirá. No podría mantener preso a un mago tan poderoso. Puedes marcharte cuando lo desees.

—Un mago tan poderoso como yo —repitió Ced con desprecio—. Mi poder perjudica a todo el mundo y no ayuda a nadie.

—Y, sin embargo, sigues usándolo —dijo el Ladrón de Puertas.

—El viento me reclama —susurró Ced—. Lo hace a todas horas, me canta sin cesar. Alborota el vello de mis brazos y mis piernas. Me alerta y puedo percibir todos los vientos del mundo. Las galernas lejanas, las brisas que corren cerca de mí, la agitación causada por un ciervo que corre y por las alas de una mariposa que emprende el vuelo. Este lugar me sobrepasa.

—No es este sitio el que te afecta —dijo el Ladrón de Puertas—. Eres tú. El paso por la Gran Puerta despertó tu poder. El viento siempre te ha llamado, tanto en Midgard como aquí, en Mitherkame.

—No conozco esos lugares, señor.

—Midgard es el nombre que damos a la Tierra. Y esto es Mitherkame —explicó el Ladrón de Puertas—. Estas montañas son la espina dorsal del mundo llamado Westil por los magos de Midgard, aunque el westil es sólo una de las lenguas de este mundo, además del antiguo, casi olvidado, nombre de un reino que en tiempos abarcó Hetterwold y los bosques del norte.

—Soy un forastero en este mundo —dijo Ced—. Si el viento no me hubiera llamado con tanta insistencia, habría vuelto a la Tierra con los demás. ¿Puedes tú enviarme a casa?

—Sabes que no puedo —dijo el Ladrón de Puertas—. Sabes que Danny North me arrebató casi todas mis puertas; las que conservo son insuficientes para crear una Gran Puerta, aunque ése fuera mi propósito. Y no lo es. Si es perjudicial tenerte aquí, sería mucho peor para Midgard si regresaras.

—Entonces estoy atrapado, solo y sin amigos —declaró Ced.

El Ladrón de Puertas le observó con perplejidad.

—¿Sin amigos? ¿Cómo hablas así cuando te reciben en todos los hogares y te ceden el sitio de honor al lado del fuego?

—Son gentes amables y dispuestas a perdonar, pero no saben quién soy. Sólo conocen el poder del viento y me temen por ello.

—Si te tratan bien y no intentan matarte ni controlarte, entonces son tus amigos. No exijas tanto de la amistad, Ced, o será cierto que no tendrás amigos.

—¿Y tú eres mi amigo, también? —preguntó Ced—. Me has traído aquí sin preguntarme. Oigo a los vientos gemir a los pies de este risco y suenan lejanos. Si

diera un paso más allá del borde, caería a una muerte segura. Soy un prisionero, aunque lo niegues.

—¿Crees que los vientos que oyes te dejarían caer? Te sostendrían para llevarte allá donde tú quisieras.

—¿Quieres decir que puedo volar? —preguntó Ced, emocionado.

—Lo que quiero decir es que el viento al que sirves con tanta diligencia y gobiernas con tan poco criterio no desea que mueras.

—Supongo que si tú desearas acabar conmigo, me habrías dejado caer en pleno mar.

—También hay vientos en el mar, y te habrían buscado en seguida para salvarte. Crearían una burbuja de aire a tu alrededor, te elevarían por encima del agua y te secarían. Y entonces, volarías adonde quisieras.

—Entonces me habrías teleportado al corazón de una montaña... Puedes matarme, si es tu deseo.

—Lo has adivinado —admitió el Ladrón de Puertas—. No deseo asesinarte. Me gustaría ser tu amigo.

—¿Y cómo sería nuestra amistad? —preguntó Ced—. En una ocasión, tuve un amigo que me dio un hogar y comida, y permitió que cometiera errores para que aprendiera de ellos.

—Yo sería la clase de amigo que intenta que no cometas errores que causan muertes, ya sea a causa de las tormentas que provocas o las hambrunas que ocasionan las cosechas devastadas.

Ced tendió la mano y tomó la del otro, apretándola.

—Ése es mi más ferviente deseo —declaró.

—Pareces sincero —afirmó el Ladrón de Puertas, y pareció aliviado al decirlo.

—Lo soy —respondió Ced—. No soy una persona violenta. No me gusta destrozar las cosas. Sin embargo, cuando el viento me reclama...

—Cobra vida propia —dijo el Ladrón de Puertas, completando la frase—. Crece, se hace más grande, más poderoso, gira y baila a tu alrededor. ¿Tengo razón?

—¡Sí! —exclamó Ced.

—Y te sientes exultante, todopoderoso.Quieres gritar de felicidad. ¿No es cierto?

Ced asintió y agachó la cabeza, avergonzado. El Ladrón de Puertas acababa de pronunciar en voz alta lo que Ced se había negado a reconocer a sí mismo.

—Es una droga. Es heroína, cocaína, éxtasis y metanfentamina a la vez. Es más poderosa que la marihuana, que es la única droga que he probado en mi vida. Una vez empieza, no quiero que se detenga. Aunque sé muy bien lo que ocurrirá. Puedo oír como todo se rompe y se destroza, pero no soy capaz de detenerme.

—Decides no detenerte —dijo el Ladrón de Puertas.

Y Ced tuvo que reconocer que, de nuevo, tenía razón. Se sintió avergonzado y le

pesó la culpa hasta que rompió a llorar ante el poderoso extraño que le acompañaba.

—Debiste matarme mientras dormía —dijo—. Mis manos están manchadas de sangre. No como las de un soldado en la guerra; es la sangre de los niños que mueren aplastados por los tejados de sus casas y la de aquellos que el viento arrebató a sus padres para estrellarlos contra los árboles y las rocas. Es la sangre de los padres que mueren buscando a sus hijos o, más tarde, sus cadáveres cuando la certeza de la muerte de sus pequeños es ineludible. Debería ser yo el difunto. Cien muertes he causado ya.

—De hecho, son veinte —le corrigió el Ladrón de Puertas—. Tu vergüenza te hace exagerar.

—Veinte —repitió Ced, y comenzó a llorar de nuevo.

—Doy por cierto que has intentado parar —dijo el Ladrón de Puertas, poniendo una mano sobre el hombro de Ced.

—Las voces del viento no me dejan nunca en paz. ¿Cómo puedo hacer que se detengan cuando ni siquiera puedo pensar?

—No tienes que detenerlas —dijo el Ladrón de Puertas—. Canta con ellas hasta que su voz sea la tuya, que sus movimientos sigan el dictado de tu aliento. Lo que sientes, cuando percibes todos los vientos del mundo, es tu aura que se extiende hasta límites inimaginables. Como eres el único mago eólico que ha cruzado una Gran Puerta, no hay quien pueda competir contigo. Los vientos son tuyos. Si los amas, Ced, los vientos serán tú mismo.

—¿Cómo es posible que un mago teleportador sepa tanto de la magia de los vientos?

—Porque todas las magias del mundo al final son una sola —declaró Pan—. Y porque en una ocasión, amé a una maga eólica.

—¿Tu esposa? Yo tuve esposa. —Ced pensó en la pobre Lana y en la mezcla de dolor y alivio que sintió cuando ella le abandonó.

—Mi madre —dijo Pan.

«Tuvo madre. Fue un niño. Es un ser humano. Como yo. Y un monstruo, como yo».

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Ced.

—Quiero enseñarte a controlar tu poder y que protejas este mundo —dijo el Ladrón de Puertas.

—¿Protegerlo?

—De los monstruos. De los dioses.

—¿Qué dioses?

—En la Tierra los llamáis las Familias. Pronto estarán aquí y serán tan poderosos y tan incapaces de gobernar ese poder como tú. Pero, al contrario que tú, no sentirán remordimientos por el mal que puedan causar sus actos.

—Mis remordimientos no devuelven la vida a los difuntos —dijo Ced.

—Pero si aprendes a controlar tu poder, serás mucho más fuerte que ellos, aunque sólo sea al principio, y podrás proteger a la gente de este mundo. Evitarás que el horror caiga sobre nosotros. ¿No te gustaría hacer algo así?

—Ni siquiera soy capaz de proteger a la gente de mí mismo.

—Los proteges a diario, cada vez que no levantas un viento. Los proteges cuando te acercas a ellos y no les amenazas con tus tormentas si no te obedecen; al contrario, intentas ayudarles a paliar el daño que has causado. ¿Por qué crees que te aman? Porque no te consideras un dios, o porque crees que los dioses deberían ser piadosos.

—¿Me aman?

—Este mundo ha estado gobernado por dioses durante largo tiempo. Cuando cerré las Grandes Puertas, debilité a los dioses y conforme morían los antiguos magos, los nuevos que ocupaban su lugar, sólo poseían una fracción del antiguo poder; la vida mejoró en este mundo. Ahora, los magos más poderosos apenas son una sombra de lo que eran antes. Pero los magos de Midgard llegarán aquí revestidos de un poder que no se ha conocido en catorce siglos. Y con ellos traerán sus guerras y enemistades, y aniquilarán a los magos de este mundo cuando intenten hacerles frente. Sólo tú posees el poder para enfrentarte a ellos de igual a igual. Serás incluso superior, si te preparas para la guerra.

Ced recordó una cita de una película antigua: «Soy un amante, no un guerrero». Le parecía recordar que la frase la había dicho el actor cómico Rodney Dangerfield. El hombre que no se hizo respetar por nadie.

—Si amas algo, ya tienes un motivo por el que luchar. Y yo creo que quieres a la gente de este mundo.

Ced no estaba tan seguro. El sentimiento de culpa no era lo mismo que el amor. Pero podía equipararse.

—Pero esta guerra es distinta —siguió el Ladrón de Puertas—. El amante ha de permanecer vivo dentro del guerrero, porque no quiero que destruyas a las Familias, Ced. Quiero que impongas tu voluntad sobre ellos y que luego las convenzas para que se unan a nosotros.

—¿A nosotros? —repitió Ced. ¿Cuándo se habían convertido en aliados?—. Si los magos de las Familias se unen a nosotros, ¿quién sería nuestro enemigo?

—Alguien peor que ellos.

—Los miembros de las Familias son abominables —dijo Ced—. Crían a sus hijos para que sean monstruos y no soy capaz de imaginar algo peor.

—Yo sí.

—¿Quién?

—Mitherkame y Midgard no son los únicos mundos habitados por magos que actúan como monstruos.

—No estoy preparado para esto. —Ced se sentía abrumado.

—Ya lo sé —dijo el Ladrón de Puertas—. Tú sólo querías cruzar una Gran Puerta para averiguar lo que ocurriría con tu poder.

—Y me he convertido en un tirano.

—Te has convertido en un gran mago. Tu falta de experiencia y de autocontrol han ocasionado los desastres. Pero puedes aprender a controlar tu poder. Puedes ayudar a las Familias a controlar sus poderes cuando vengan. Sólo entonces podremos luchar contra los Devoradores de Almas.

Ced recordó las palabras de Danny y Hermia sobre el Ladrón de Puertas. Era el enemigo legendario, el minotauro, el monstruo terrible al que se tenían que enfrentar.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Pan.

—Hablas de los Devoradores de Almas igual que nosotros hablábamos sobre el Ladrón de Puertas.

—Sé que yo era lo que más temía Danny North —asintió el Ladrón de Puertas.

—Destruiste a todos los magos teleportadores nacidos durante los últimos mil años.

—No es cierto —se defendió el Ladrón de Puertas—. Jamás atacé a un mago teleportador hasta que trataba de crear una Gran Puerta. Lo único que pedía era que no lo intentaran, que crearan sus puertas para teleportarse dentro de su mundo. ¿No bastaba con eso? ¿No podían conformarse con teleportarse de un lugar a otro y sanar a todos los que cruzaran sus puertas? ¿No les bastaba con un poder tan maravilloso?

—El poder es adictivo, cuanto más tienes, más quieres —dijo Ced, recordando lo que le había ocurrido a él.

—Igual que los monos en un árbol, que siempre ansían la fruta que está fuera de su alcance.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ced—. Pienso en ti como el Ladrón de Puertas, pero sólo describe lo que haces.

—En el último sitio donde viví, me llamaban Pan.

—¿Y cómo te llamó tu madre?

—Me llamaba Loki, pero ese nombre también era para describir lo que hacía. Es el nombre que dan al mago teleportador más poderoso de la Familia North. La última vez que conocí la esperanza fue con el nombre de Pan. Es el nombre con el que me conocen mis amigos.

—Háblame del ser que es peor que los magos de las Familias —pidió Ced—; del Devorador de Almas, para así decidir si voy a llamarte Pan.

—Ignoro si es un solo ser o existen muchos. Es posible que sea el mismo que vuelve una y otra vez, porque si es lo que yo creo, es inmortal y muy difícil de destruir.

—Pero ¿qué es?

—Un mago mental —respondió Pan—. Pero no la clase de magos que procede de Dapnu Dap, que en un tiempo sedujeron a los hombres y mujeres de Mitherkame y acabaron gobernándolos como un mago de bestias gobierna a sus animales.

—Esos magos ya parecen bastante malos. Lo que hicieron fue horrible.

—Sin embargo, eran vulnerables. Podías buscar sus cuerpos, indefensos mientras sus auras cabalgaban sobre las gentes que poseían. Podías matarlos. Pero el dios Bel no actúa así. Es algo que averigüé antes de cerrar las puertas. Domina el cuerpo del hombre y no es su aura la que lo controla, es su esencia.

—¿Y no queda nada en su cuerpo? —preguntó Ced, que intentaba comprender lo que le contaba Pan.

—No sé si los magos bel tienen cuerpo. No sé cómo es la vida en su mundo. Pero se teleportaron a nuestro mundo, nunca en grandes cantidades y, como ya te he dicho, es posible que sólo haya ocurrido una vez y que sólo exista un Bel. Porque cuando muere un cuerpo, la esencia de Bel no muere con él. Se limita a saltar a otra persona, expulsando la esencia de ese cuerpo y sustituyéndola por la suya. Se convierte en esa persona.

Ced empezaba a comprender el alcance de la amenaza que suponía Bel.

—Si se apodera del cuerpo de un gran mago...

—Tendrá el poder de ese mago. Así actúan los magos bel y hasta que lo comprendimos, no pudimos luchar contra ellos. Veíamos a uno de nuestros grandes magos sufrir un cambio repentino, se hacía más poderoso y despiadado. Era malvado. Pero cuando luchábamos contra el mago que se había transformado, siempre ganábamos. En ocasiones, lo matábamos. Pero si conseguíamos capturarlo para hablar con él, no recordaba nada. Ocurría igual que con las bestias que no recuerdan nada cuando los magos las cabalgan. El mago no recordaba la posesión. Sólo estaba... ausente. Desligado de su cuerpo. Dormido, por decirlo de alguna manera. Uno declaró que había estado vagando, pero fue incapaz de decirnos dónde había estado o lo que le había pasado.

—Entonces el mago capturado no era el autor de las cosas terribles que provocaban tanta destrucción.

—Algo tomaba el control de su cuerpo, pero, cuando se veía prisionero y desvalido, abandonaba el cuerpo. Fueron los egipcios quienes descubrieron el peligro de Bel. Por eso extraían los órganos de los grandes magos cuando fallecían y los colocaban en recipientes. Impedían que un mago bel utilizara sus cuerpos cuando la esencia del mago fallecido desaparecía.

—¿Cómo se puede luchar contra un ser así? —preguntó Ced.

—Hubo un Loki que se enfrentó a él y venció. Teleportó el cuerpo poseído por el mago bel al sol de Midgard. Siempre creímos que el mago bel había muerto con el cuerpo, porque no había ningún ser vivo próximo al que pudiera poseer y salvarse.

Sin embargo, ahora creo que el mago bel estuvo vagando por el espacio, perdido. Eso confirmaría que sólo existe uno de ellos: Bel. En cualquier caso, cuando retornó, había aprendido la lección; no íbamos a poder engañarle de nuevo. Cuando me enfrenté a él, no pude repetir la artimaña que empleó el otro Loki. Fue entonces cuando decidí devorar todas las Grandes Puertas del mundo, Bel no encontraría un cuerpo lo bastante fuerte para ir de un mundo a otro.

—Si yo volviera a...

—Todos los que vinieron con Danny North a Mitherwee, a Westil, son más poderosos que cualquier otro mago de Midgard. El mago bel lo sabrá. Ansiará ese poder. Todos corren un peligro terrible. El que más, el propio Danny North. Si el mago bel consigue poseer a tu amigo, podrá crear todas las Grandes Puertas que quiera. Y si en lugar de uno, fueran muchos los magos bel, acudirán a este mundo, donde reside el corazón de la magia, para conseguir el poder necesario con el que dominar el universo.

—Desplazando al resto de dioses —dijo Ced, comprendiendo lo que le contaba Pan—. Convirtiéndose en dioses inmortales, invencibles y eternos.

—Y lo serán, si no conseguimos detenerlos.

—¿Y si el mago bel posee a Danny North? ¿Qué haríamos en ese caso?

—Matar a Danny —replicó el Ladrón de Puertas—. No nos quedaría más remedio.

—¿Por qué no lo has matado ya? Estabas con él cuando cruzó la Gran Puerta.

—Porque Danny North no ha hecho nada que le haga merecedor de la muerte.

—Creó una Gran Puerta.

—Cuando la gente creaba Grandes Puertas, yo les arrebatava su poder —dijo Pan—, pero no mataba a nadie. No soy el mago bel. No soy un monstruo.

—Yo tampoco deseo ser un monstruo —repuso Ced—, pero eso no quiere decir que no lo sea.

—Lo sé —sonrió Ced—. Puedo enseñarte a controlar tu poder. Que te conviertas en dueño y señor del viento, en lugar de que sea él quien te gobierne.

—Yo tengo la sensación de estar al mando, pero no puedo detenerme porque deseo todo lo que desea el viento.

—Eres como la mecha de una vela —explicó Pan—. La llama no puede arder sin la mecha, pero la mecha no gobierna a la vela. La llama acaba por consumir a la mecha.

—Yo no lo habría explicado así —dijo Ced, asintiendo—, pero es justo lo que me pasa.

—Me alegro de que lo reconozcas, has dado el primer paso hacia el conocimiento. Es la parte más difícil del aprendizaje de un mago.

—¿Y tú me instruirás, Pan? ¿Me enseñarás a controlar mi poder?

—¿Yo? —se rió Pan—. No puedo. Ésa es una lección que jamás llegué a asimilar. Al igual que tú eres una herramienta del viento, lo soy yo del espacio-tiempo. No, te llevaré a los mejores profesores. Los que pueden instruir a cualquier mago porque cuentan con la sabiduría y la paciencia necesaria, de lo contrario no habrían llegado a ser señores de su propia magia.

—¿Quiénes son?

—Los magos arbóreos. No todos, sólo unos cuantos. Los mejores profesores. Aquellos que comprenden que el árbol es en verdad sus raíces. Fue un mago arbóreo el que me salvó la vida hace catorce siglos para que pudiera cumplir con mi misión. Convenció a un árbol para que se abriera a mí. Me sumergí en su interior, creé una puerta diminuta que me teleportaba en el interior del árbol, pero sólo una fracción de centímetro diaria; una distancia tan pequeña que parecía que estaba inmóvil. Pero cruzaba esa puerta a diario y todos los males de mi cuerpo sanaban. Y hacía lo mismo con el árbol, sus ramas jamás caían sin que surgieran otras para ocupar su lugar. El árbol vivió catorce siglos en perfecto estado, igual que yo. Entonces percibí que algo sacudía la Totalidad. Sentí la llegada de Danny North al universo, sentí su poder. No lo comprendí en ese momento, sólo sabía que la hora de abandonar el árbol había llegado. Apenas sabía quién era. No podía hablar. Tuve que recordar lo que era un ser humano, yo que había sido un árbol durante tanto tiempo. Pero lo conseguí. Soy humano. Y Danny North está en el mundo. Me derrotó y ahora tiene mis puertas. No soy enemigo para el mago bel ni para las Familias de Midgard. Por eso necesito que domines tu poder, para que estés a mi lado cuando llegue el momento.

—No soy nada valiente —dijo Ced—. No sé cuál será mi comportamiento cuando se desate la guerra.

—Nadie lo sabe —dijo Pan—. Y la respuesta a esa pregunta cambia cada día de batalla. ¿Vendrás conmigo a conocer a los magos arbóreos de Gos en el Bosque Profundo? Veremos si uno de ellos acepta ser tu maestro.

—Estoy seguro de que ya has preguntado a uno de ellos y ha aceptado, sino no estarías aquí —dijo Ced.

—Es cierto que lo he preguntado —admitió Pan—, pero no aceptará hasta que te haya conocido. Y si vienes o te quedas, has de decidirlo tú.

—Iré contigo y aprenderé cuanto pueda. Y si lo que me has dicho es cierto, estaré a tu lado en la batalla.

—Si no fuera cierto —repuso Pan—, no será porque yo te haya mentado. La mitad de lo que te he relatado son conjeturas que he hecho sobre el mago bel y puedo estar equivocado. Espero estar equivocado. Y espero que podamos derrotarlo cuando llegue el momento.

VISITANTES

Danny redactó el mensaje y lo repasó con sus amigos hasta que éstos se lo aprendieron de memoria. No quería que lo leyeran. Quería que miraran a las Familias a los ojos. No que fueran desafiantes, pero sí que mostraran calma, aplomo. Eran los mensajeros del Gran Mago, tenían que demostrar que lo eran.

—Soy el enviado de Loki —rezaba el mensaje—. Ha creado una Gran Puerta. Ha luchado contra el Ladrón de Puertas y lo ha derrotado. Ha cruzado la Gran Puerta y ha vuelto. Permitirá que cada familia envíe a dos magos a Westil, de donde volverán de inmediato. Sin embargo, hay tres votos que todos, como individuos y como familias, tenéis que hacer antes de poder cruzar la Gran Puerta.

»Primero: no atacaréis ni haréis daño a otros magos o Familias.

»Segundo: prohibido atacar o someter a los mortales. Debéis respetar sus leyes y costumbres.

»Tercero: no mataréis a más magos teleportadores. En lugar de eso, los enviaréis al lado de Loki para que él pueda instruirlos en su poder. Los magos teleportadores no pertenecerán a ninguna Familia, pertenecerán a la estirpe de magos teleportadores. Volveré mañana para recoger vuestra respuesta.

Danny los envió de uno en uno y los vigiló a través de una mirilla por si alguien pretendía hacerles daño. También creó mirillas para que vigilaran Vivi y Hermia. Los mensajeros se aferraban en todo momento a sus amuletos mientras transmitían el mensaje. Danny había tomado todas las precauciones posibles para que no sufrieran daño alguno.

Hal y Xena tuvieron alguna dificultad al reproducir el mensaje, pero lo hicieron. Los demás no tuvieron problemas.

Los mensajeros aparecieron en las salas de reuniones de las Familias. Danny les había remitido un correo electrónico avisándolos de la llegada de los mensajeros y los representantes de cada Familia aguardaban a la hora convenida.

Danny hacía volver a cada mensajero en cuanto pronunciaba la última palabra. No era una conferencia de prensa. Era una oferta cerrada, un ultimátum. No era necesario aclarar que la Familia que no aceptara las condiciones expuestas, quedaría excluida del tratado de paz propuesto por Danny. Y eso quería decir que cuando los dos magos elegidos por cada Familia fueran y volvieran de Westil, tendrían libertad para declarar la guerra a las Familias que estuvieran al margen del tratado.

—Todas estarán de acuerdo —aseguró Stone—. La pregunta es si mantendrán su palabra.

—Ése es el motivo por el que nunca sabrán dónde me encuentro —dijo Danny—. Serán castigados sin saber de dónde he salido.

Hablaba de castigar sin haber decidido todavía lo que haría. Pensó que la sanción tendría que ir en función de la gravedad de la falta. Si alguien intentaba cruzar la Gran Puerta sin permiso, lo enviaría a un lugar poco agradable. Si maltrataban a un mortal o iniciaban una guerra, permitiría que el resto de Familias enviara más magos a Westil para que derrotaran a los trasgresores.

Si mataban a alguien, entonces...

¿Los enviaría a la colina de Hammernip?

No quería matar a nadie empleando su poder. Pero si alguien atacaba a sus amigos, haría lo necesario para que no se volviera a repetir. Sus mensajeros estaban bajo su protección y tenía que demostrar a todos que iba en muy en serio.

Danny sabía que las Familias daban por sentado que su respuesta a un agravio sería una venganza implacable y cruel. Justo lo que harían ellas en el lugar de Danny. Y por eso le temerían.

«Lo que quiere decir», reflexionó Danny, «que me he convertido en lo que intento evitar que sean ellos: un tirano ansioso de poder que doblegará a cualquiera que se enfrente a él.

»Pero si no los mantengo a raya hasta demostrarles que este nuevo orden que quiero establecer es mejor que el antiguo, entonces fracasaré. No habrá paz en el mundo. Por lo tanto, he de ser un tirano para que los mortales, los huérfanos y los miembros más débiles de las Familias estén a salvo.

»A salvo de las garras del Tío Zog y el Abuelo Gyish y todos los que son como ellos».

Tras el retorno de cada mensajero a casa de Danny, Hermia y Vivi espiaban a las Familias a través de sus mirillas para observar sus reacciones. La mayoría no esperaba que tras la marcha del mensajero hubiera alguien espiándoles. Sólo la familia de Hermia adoptó una actitud complaciente, con halagos y deseos de acatar lo que les había expuesto el mensajero.

—Sabén que les espíamos —dijo Hermia—. No dirán lo que piensan de verdad.

—Lo harán con el tiempo —dijo Danny—. Pero ya no hay motivos para seguir vigilando. Estarán de acuerdo porque no tienen elección y mantendrán su palabra porque temen las represalias.

—Danny, cariño —dijo Vivi—, no has enviado un mensajero a tu querida Familia.

Danny no se molestó en decir que ya no era su Familia. Quisiera o no, lo era. Él era un miembro de los North y los conocía a la perfección.

—Iré yo —dijo Xena, levantando la mano—. Quiero conocer a tus padres.

—Te equivocas, no quieres conocerlos.

—¿Crees que te avergonzaré?

Al parecer, creía que eran novios o algo por estilo, y que él se resistía a llevarla a casa para conocer a sus padres.

—Tengo que ser yo el que hable con ellos —dijo Danny.

—Pero no tienes un amuleto —dijo Sin.

—No lo necesita —dijo Hermia—. Puede teleportarse a cualquier lugar de la Tierra con mayor rapidez que usando un amuleto.

—Ya lo sé —dijo Sin.

—Sólo quiero que mi Danny no corra peligro —dijo Xena.

«Xena está haciendo el ridículo», pensó Danny. «¿Es que no se da cuenta?».

Pero se le ocurrió la idea de que las chicas formaban una tribu, una en la que no que no había problemas a la hora de declarar quién les gustaba y quién no. No se comportaban como Jane en *Orgullo y prejuicio*, donde nadie sabía muy bien quién le gustaba a quién. Xena había decidido enamorarse del chico que podía llevarla a cualquier lugar del mundo cuando ella lo deseara. Y al declararlo en público, marcaba el territorio ante el resto de las chicas.

—No tienes ni idea de cómo son los magos —le dijo Vivi a Xena con amabilidad exagerada—. Sólo has conocido a Danny y es comprensible que actúes así. Si te ofrecieras de una forma tan evidente a cualquier otro mago, saltaría sobre ti sin pensarlo dos veces y luego se marcharía dejándote embarazada de un bastardo.

—No ofrezco nada —dijo Xena—. Sólo me preocupo por él.

—Contrólate un poco, cariño —le dijo Vivi—. Estás asustando al chico.

—No es gay, ¿vale? —replicó Xena—. Dudo que me tenga miedo.

«Genial», pensó Danny. «Sabe que me gusta un poco. ¿Tan transparente soy?».

—Si alguna vez se acuesta contigo —dijo Vivi—, se sentirá obligado a casarse. ¿Qué crees que pasaría entonces? Estarías con un hombre que acabará odiándote, porque pertenece a una clase superior a la tuya. El pobre se verá obligado a cargar con una retrasada en lo que a la magia se refiere. ¿Ése es el futuro que buscas, querida?

—Acabo de pillarlo —intervino Pat—, cuando la llamas «querida» en realidad quieres decir «idiota».

—Me alegro de que alguien sea tan mala como yo —declaró Vivi—, odiaría ser la única.

—No lo soy —dijo Pat—, es algo que he aprendido en el instituto.

—Vamos, no seas modesta. Lo haces muy bien.

—No conocéis a mi madre —dijo Hermia—. Os daría clases a las dos.

—¿Discutís para averiguar quién es la más zorra de las dos? —preguntó Hal.

—No es una competición —dijo Laurette.

—Te crees la mejor porque tienes los melones más grandes —dijo Xena.

—¿La gente aún dice melones? —se sorprendió Laurette.

—Tienes que hablar con tu familia, Danny —dijo Hermia.

—Ya lo sé.

—Esta noche. Ahora. Se van a enterar de los mensajes que has enviado al resto de Familias y si no hablas con ellos pensarán que no vas a dejarles cruzar la Gran Puerta. Entonces sí que intentarán matarte.

—¿Qué crees que han estado haciendo hasta ahora? —preguntó Danny.

—Hasta ahora has tenido a buena parte de ellos protegiéndote —dijo Hermia—. Por lo menos a tus padres. Pero si piensan que les estás dando de lado...

—Ya lo sé —dijo Danny—. Ya lo sé.

—Hazlo —replicó Hermia.

—Más tarde.

—Ahora.

—No puedes darme órdenes —sonrió Danny.

—Yo sí que puedo —dijo Vivi—. Soy tu tutora legal. Ve y habla con tu familia.

—No les envié un correo electrónico citándoles como al resto —dijo Danny.

—Pero ya lo sabrán —dijo Hermia—. Se pondrán en lo peor.

Tenía razón. Siempre la tenía. Danny se teleportó a la biblioteca de la antigua casa en el territorio North.

Habían reconstruido los muros que destrozaron el día que buscaban a Danny cuando Hermia señaló la presencia de un espía. Las alfombras eran nuevas. Todo tenía un aspecto agradable y acogedor. Todos los tíos y las tías estaban sentados alrededor de la mesa. Baba y Mamá estaban en un extremo de la mesa. Gyish y Zog no habían acudido.

Danny los observó con detenimiento. Tía Lummy y Tío Mook, a los que conocía mejor que al resto y en quienes más confiaba. Su gesto era grave y parecían preocupados. La Tía Uck, La Tía Tweng, el Tío Poot y el Tío Thor estaban mucho más tranquilos, aunque Danny dedujo que era porque no les importaba lo que pudiera pasarle a su sobrino, o estaban tan furiosos que necesitaban esconder su ira tras una máscara de aparente calma.

Baba y Mamá sonreían. Y también estaban el hermanastro de Danny, Pipo, y la hermanastra, Leonora. No formaban parte del consejo, por lo que Danny supuso que estaban ahí para crear un clima familiar y distendido. Como si Danny hubiera conocido alguna vez lo que era eso entre los North.

—Si Zog y Gyish no están de acuerdo con las condiciones, no hay trato —soltó Danny.

—Hola a ti también, hijo —dijo Baba.

—No es su hijo el que ha venido a verles, señor —repuso Danny—. Tampoco estoy aquí como miembro de la Familia North. Estoy aquí como la única persona en

Midgard que puede crear puertas.

—¿De veras? —preguntó Mamá—. ¿Tus amigas pestillo y ganzúa no han adquirido ese talento?

—Volveré cuando estén Gyish y Zog presentes.

—Espera —pidió Baba—. Creíamos que no querías verlos. Están aquí fuera, no tienes que marcharte.

—Claro que quiere verlos —dijo Tía Tweng—. Quiere restregárselo en las narices.

—¿Y qué es lo que quiero restregarles, si se puede saber?

—Que eres un mago —respondió Tía Tweng—. Sabemos que no enviaste a uno de tus mensajeros mortales porque querías venir en persona para presumir.

—¿En serio? —preguntó Danny con sarcasmo.

Aunque en el fondo, era verdad. O lo era en parte. Había otro motivo. Le molestó que su familia creyera conocerle tan bien.

—¿De verdad me conocéis? Excepto el Tío Mook y la Tía Lummy, ninguno de vosotros se preocupó jamás por mí mientras estuve viviendo aquí.

—Justo el discurso que esperábamos —dijo Tío Poot— egoísta y arrogante.

—Sabemos cómo cambia el poder a una persona —dijo Thor.

—No lo creo —dijo Danny—. Ninguno de vosotros sabe lo que es el poder. No ha habido nadie con poder en las Familias en los últimos catorce siglos. Y en lo que a mí respecta, las cosas pueden seguir así.

Danny estuvo a punto de teleportarse y que sufrieran un poco con lo que les acababa de soltar. Pero no lo hizo, habría sido una reacción pueril; Vivi se burlaría de él y Hermia se enfadaría.

—¿No eres consciente de tu propia arrogancia? —preguntó Tía Tweng.

—Siempre ha sido arrogante —dijo Zog, que entraba en ese momento—. Un engreído cuando presentaba sus tareas escolares, un engreído en todo lo que hacía y sin talento que lo justificara.

—Cierra el pico, Zog —ordenó Baba.

—¿Aún crees que eres el cabeza de familia, Alf? —dijo Zog.

Hizo énfasis en el nombre original de Baba en lugar de llamarle Odín.

—Lo es —afirmó Mamá.

—No —negó Zog—. Ahora lo es él —dijo, y señaló a Danny.

—Imposible —dijo Danny con suavidad—. Para serlo, tendría que ser miembro de la Familia. No lo he sido nunca.

—Nuestra sangre corre por tus... —empezó a decir Mamá con vehemencia.

—Mucha de vuestra sangre está enterrada en la colina de Hammernip —interrumpió Danny—. No puedo modificar mis genes, pero para vosotros el vínculo de la sangre sólo tiene valor si os beneficia. Ahora mismo, la única manera de

impedir que estalle una guerra entre las Familias es anunciar a todos que no pertenezco a ninguna de ellas. Tampoco soy uno de los Huérfanos.

—Esos mortales —dijo el Abuelo Gyish—. Bastardos malnacidos.

Danny estuvo tentado de crear una pequeña puerta a sus pies que le hiciera tropezar; se contuvo.

—Procrear bastardos ha sido una de las aficiones favoritas de los westilianos —dijo Danny—. Pero los genes imponen su ley, los Huérfanos son tan poderosos como vosotros.

—¿Vas a permitir que los Huérfanos crucen la Gran Puerta al lado de las Familias? —preguntó Thor, alarmado.

—¿Todavía no lo habéis entendido? Enviaré a quien yo quiera a través de la Gran Puerta. En realidad, ya la han cruzado algunos Huérfanos.

—¿Ya existe? —preguntó Zog con ansia—. ¿Has creado la nueva puerta?

—Para ti, como si no existiera —dijo Danny.

—¿No me dejarás pasar aunque la Familia me elija a mí? —exigió saber Zog.

—Sólo dos de vosotros pueden cruzar —expuso Danny con frialdad—. Dudo que la Familia vaya a elegir a un garra como tú. Los elegidos serán Baba y Mamá por las mismas razones que Baba fue elegido Odín y se le permitió que se casara con Mamá: son los magos más poderosos de la Familia. Todas las Familias enviarán a sus magos más poderosos.

Danny hizo un gran esfuerzo para no señalarle a Zog la escasa importancia que tenía su poder.

La mirada de odio que le dedicó Zog fue suficiente.

—El crío está cabreado porque le hiciste pupa en el hombro —se burló el Abuelo Gyish.

—Me curé en cuanto crucé una puerta —dijo Danny—. Sé que a vosotros os mueven la ira, el rencor y el deseo de venganza, Abuelo Gyish, pero a mí no. Jamás contaste con poder suficiente para hacerme daño de verdad.

Danny centró su atención en Baba y Mamá. Los miró a los ojos.

—Vosotros sí que teníais ese poder. Sin embargo, eso es agua pasada. Voy a darle a la Familia North las mismas opciones que al resto de Familias. Cuando cree la Gran Puerta, dos miembros la podrán cruzar. Si sois vosotros dos los elegidos, mejor. Pero si son otros, tampoco me incumbe. La verdad es que no me importa.

—Serán ellos —dijo Tía Uck—. Ya está decidido. Lo hicimos en cuanto nos enteramos de las condiciones que habías presentado a las otras Familias.

Danny miró a Thor, el encargado de la red de espías de la Familia North.

—A mí no me mires —dijo—. ¿Crees que mis informadores mortales se pueden acercar a las Familias? Fueron ellas las que se pusieron en contacto con nosotros. Querían saber si contabas con nosotros y con las mismas condiciones que las demás.

—¿Qué habéis contestado?

—¡Nada de nada! —irrumpió Zog, con brusquedad.

—Entonces os habéis delatado —dijo Danny—. Ahora sabrán que no había hablado con vosotros.

—Lo sabemos —dijo Tío Mook—. También sabíamos que vendrías. Pero Zog y Gyish se equivocaban, no has venido a alardear. La auténtica razón es que no nos quieres muertos, por mucho que nos odies.

—Yo no contaría con eso —gruñó Zog—. Es un bastardo rencoroso.

—Si nos quisiera muertos —dijo Tía Lummy con suavidad—, esta reunión la celebraríamos en la colina de Hammernip. Puede teleportarnos adonde desee.

—¿Aceptáis las condiciones? —preguntó Danny—. Me refiero a los tres votos que he expuesto a todas las Familias.

—Sí —dijo Tío Mook—. Para algunos de nosotros, asumir esos votos será sencillo.

—Lo sé. Pero para otros no lo será. Y ése es el motivo de la presencia de Zog y Gyish. No sólo quiero oír cómo pronuncian los votos; además, tienen que convencerme de que los van a respetar.

—¿O qué? —le desafió Zog—. No permitirás que cruce la Gran Puerta, ¿qué más puedes hacerme?

Había llegado el momento de hacer una demostración de poder. Danny creó una puerta que tragó a Zog para hacerle caer desde el techo a continuación. Aterrizó sobre la mesa y el impacto lo dejó sin aliento. Los demás se quedaron boquiabiertos y muchos se echaron hacia atrás, alarmados. Thor se sobresaltó tanto que se cayó de la silla.

—¿Qué puedo hacerte si rompes tu juramento? —preguntó Danny con suavidad—. Puedo hacerte cualquier cosa que se me pase por la cabeza.

Danny se puso de pie. El resto se volvió a acomodar en las sillas, excepto Tweng y Uck, que ayudaron a Zog a bajar de la mesa y volver a su asiento.

—Tenéis hasta mañana para responder a mi propuesta, igual que el resto de Familias.

—¿A qué hora? —preguntó Thor.

—A la hora a la que decida volver.

—¿Y qué hora es ésa, si se puede saber? —exigió Gyish, que no parecía muy impresionado por la humillación de Zog.

Danny no se molestó en contestar. Se teleportó de vuelta a la salita de su casa, donde le aguardaban los otros.

—Ha ido bien —dijo Hermia.

Danny tardó un momento en ser consciente de que Hermia le había estado espiando, pero él no había creado mirillas ni para ella ni para Vivi en esta ocasión.

—¿No irás a cabrearte, verdad? —dijo Hermia—. He estado practicando para hacer más cosas, aparte de cerrar tus puertas.

—¿Has creado una puerta? —preguntó Danny con entusiasmo.

—Ya me gustaría —dijo Hermia—. No. Sólo he desplazado la última mirilla que creaste para mí.

—¿La desplazaste hasta la biblioteca?

—No —dijo Hermia—. La até a ti y tú la llevaste hasta allí. Lo veía todo desde el botón del cuello de tu camisa.

Sin soltó una risita. Xena le dirigió una mirada asesina.

—¡Mola! —exclamó Wheeler.

Era una gran novedad, Hermia podía desplazar la cola de una puerta y atarla a un objeto.

—¿Puedes hacerlo tú también? —preguntó Danny a Vivi.

—No lo he intentado —respondió Vivi—. Ni siquiera me di cuenta de que Hermia te espiaba hasta que has vuelto, o me habría cabreado contigo por no hacerme una mirilla también. Ya sé que no soy tan joven y guapa como ella, pero yo te quiero más.

—¿Me enseñarás cómo lo has hecho? —preguntó Danny a Hermia.

—Claro —respondió ella—. Es la primera vez que me sale bien y sólo la he desplazado un par de metros. No sé a qué distancia puedo llegar, aunque temo que no sea mucho más.

—Ya se han entregado todos los mensajes —intervino Pat—. Por lo que comenta Hermia, todo ha ido bien con tu Familia.

—Me temo que Hermia estaba siendo sarcástica —dijo Danny.

—No es cierto —repuso Hermia—. Creo que fue bien de verdad. Le plantase cara a Zog y trataste al resto con respeto. No sé si yo habría sido capaz.

—¡Danny es tan guaaaay! —canturreó Wheeler.

—¡Sí que lo es! —se sumó Xena.

«Déjame en paz, Xena», deseó Danny en silencio. «No sé ni lo que quiero».

—Ya que has entregado todos los mensajes —comentó Pat—, ¿no va siendo hora de que crucemos la Gran Puerta?

—¿Vosotros? —preguntó Hermia, sorprendida—. ¿Para qué?

—Para comprobar qué nos hace —dijo Pat—. Hay sangre bastarda de los magos corriendo por todo el mundo, podríamos tener poderes latentes.

—No hacía falta que esos diosecillos se dedicaran a repartir su semilla —se rió Vivi—. Los mortales tenéis potencial mágico. Al menos, es la teoría de Danny, que piensa que los humanos tuvieron su origen aquí en Midgard y se convirtieron en magos cuando tropezaron con una Gran Puerta de origen natural que los llevó a Westil.

—Si las puertas se pudieran orginar de forma espontánea —dijo Hermia—, ¿no crees que alguna se habría abierto durante los catorce siglos en que Loki se dedicó a devorar todas las puertas creadas por magos?

—Loki devoraba todas las puertas. Además, no tengo ni idea de cómo se origina una puerta espontánea. Quizá los planetas tienen que estar alineados o algo por el estilo. O a lo mejor funciona por ciclos.

—O epiciclos —dijo Hal.

—Danny es virgo —señaló Xena—. No sé qué alineación planetaria es la idónea para él.

—Es sólo una teoría —aclaró Danny—. Y no tiene nada que ver con la astrología.

—Probemos —dijo Vivi—. Que estas criaturas encantadoras crucen la Gran Puerta a ver qué pasa.

—Si lo vamos a hacer —dijo Pat—, que sea antes de que vayan las Familias. En cuanto haya otros Grandes Magos en el mundo...

Danny pensó en su padre con su poder sobre el metal y las máquinas multiplicado por dos. O por diez. Y su madre, ¿de qué sería capaz ella? En el pasado hubo dioses que podían arrojar rayos. Una maga lumínica como Mamá podría fabricar rayos después de cruzar la Gran Puerta.

Pat tenía razón. Los magos de las Familias serían dioses y si, a la hora de la verdad, no respetaban los votos, Danny iba a estar muy ocupado. No tendría tiempo para dedicarle a sus mortales ni a sus potenciales poderes mágicos.

Tampoco le había dicho a las Familias cuándo crearía la Gran Puerta. No podía demorarlo demasiado porque ya había una Gran Puerta abierta, una que Danny no podía controlar, y las Familias acabarían por conocer su existencia.

Esa noche, mientras se desvestía para acostarse, Danny imaginó un escenario en el que las Familias perdían la paciencia y se unían para atacar a los Silverman, demostrándole a Danny que no estaban dispuestas a esperar más.

Marion y Leslie eran muy poderosos después de cruzar la Gran Puerta, pero no lo bastante para hacer frente a una alianza de las Familias. Incluso una sola Familia era capaz de ponerles en serias dificultades. Leslie podía aislar a los magos de las bestias de sus bestias y Marion podía abrir la tierra bajo sus pies. Sin embargo, existían amenazas imposibles de controlar. Serían impotentes contra las magias del viento y del agua. Y también contra la del fuego.

Y cuando la granja de Yellow Springs hubiera ardido hasta sus cimientos, ahí estaría la puerta salvaje aguardando a quien quisiera usarla. Y entonces, el espacio-tiempo, el eterno bromista, conseguiría que algún miembro de la familia atacante cruzara la puerta salvaje sin querer.

Danny decidió que no podía demorar la creación de la Gran Puerta. Si llevaba a sus amigos mortales hasta Westil, tendría tiempo para entrenarlos. A lo mejor, su

magia latente florecía de pronto. A lo mejor...

A lo mejor los cerdos pueden comer con cuchillo y tenedor. Hasta los magos más poderosos necesitaban años de entrenamiento para dominar su poder. ¿Cómo podía fantasear Danny con la posibilidad de que los mortales obtuvieran poderes iguales a los que su Familia había heredado?

«No soy todopoderoso. Es posible que sea el dueño de la magia más deseada, un poder con el que puedo cambiar el mundo. Es posible que la gente esté a mi merced. Sin embargo, no debo olvidar que he creado una Gran Puerta que ha escapado a mi control. Ignoraba las consecuencias de tejer mi puerta con las de otros magos, muertos hace tiempo y llenos de rabia y rencor. Pero la ignorancia no me exime de las consecuencias de mi torpeza.

»¿Cuántos errores he de cometer a causa de mi falta de preparación? No son mis amigos mortales lo que necesitan instrucción, soy yo. Pero la única persona que puede ayudarme es también mi peor enemigo: el Ladrón de Puertas.

»La mayor parte de sus puertas están en mi poder, pero no tengo ni idea de las artimañas que podría emplear contra mí. Tengo que pensar en el peligro que supone pedirle ayuda. Es un Gran Mago Teleportador, me engañaría con la misma naturalidad con la que respira. ¿Cómo creerle aunque prometa ayudarme?».

La imagen de la granja de los Silverman ardiendo volvía una y otra vez a su imaginación.

Alguien llamó a la puerta de su casa.

Sintió un escalofrío de pánico. Su corazón se aceleró con la repentina descarga de adrenalina. ¡Las Familias lo habían encontrado!

—Soy yo —dijo una voz desde el otro lado—. Tengo que hablar contigo.

Danny suspiró, aliviado. Con el corazón desbocado todavía, fue hacia la puerta sin recordar que estaba a medio vestir. Cuando abrió la puerta, Pat le miró de pies a cabeza.

—Veo que esperabas a otra persona —comentó.

Danny sólo llevaba puesta la ropa interior y los calcetines.

—Me estaba preparando para meterme en la cama —explicó Danny—. Y no esperaba a nadie.

—Haberme dicho que esperara mientras te ponías una bata —dijo ella.

Entró en la casa y Danny cerró la puerta.

—No tengo una bata —dijo.

Fue a su dormitorio a buscar sus vaqueros y volvió a la salita con Pat.

—No te molestes —dijo Pat—. No pienso estar mucho rato.

—¿No piensas sentarte?

Pat miró a su alrededor.

—¿Dónde?

Había sitio, pero tanto el desvencijado sofá como las maltrechas sillas de la cocina estaban ocupadas con libros y ropa. Danny recogió un poco el sofá.

—Qué ordenado —rió Pat.

Danny puso la mano en la espalda de ella para acompañarla al sofá.

—¿Qué haces? —preguntó ella, apartándose.

—Te ofrecía un asiento —dijo Danny, retirando la mano.

—Puedo ir muy bien yo sola sin que me toques —dijo con frialdad—. No soy Xena, no quiero que me sobes. Y, por si te interesa, ella no está lo que se dice enamorada de ti.

—Nunca pensé que lo estuviera.

—Ella cree que lo está —dijo Pat—. Pero no te quiere a ti, quiere ser la madre del hijo de un dios.

—No soy un dios. No existen los dioses. Son todos gente como yo.

—Exacto, coleguita —se revolvió Pat con fuego en la mirada—. La gente como tú demuestra que los dioses existen. Seres con poder y muy peligrosos que pueden hacerle cosas terribles a la gente que no les obedece.

—¿Qué cosas terribles te he hecho a ti?

—Oh, no es maravilloso, gentil amo —dijo Pat acariciándose la piel del rostro—. Has sanado mi cutis erosionado por el acné. ¡Ya soy digna de que tus manos acaricien mi cuerpo!

Danny se sintió perplejo. No había intentado nada al tocarle la espalda. Había sido un acto reflejo. No solía ir tocando a la gente. No supo qué responder al ataque de ella.

—Siéntate mientras me pongo los pantalones.

—Te he dicho que no pienso quedarme mucho rato —advirtió ella, aunque se sentó en el sofá y le observó mientras se vestía—. No sé por qué he venido.

—Bueno, podemos descartar que el motivo de tu visita sea el sexo —bromeó Danny.

—Perfecto, como no dejas que me toques, crees que soy una zorra frígida.

Su respuesta fue tan desproporcionada, que Danny pensó lo peor.

—Oye, no será que...

—No. Nadie abusó de mí cuando era una niña, si es lo que piensas. No tengo recuerdos de vivencias horripilantes reprimidos que me impiden llevar una vida sexual normal. Mi sexualidad no está reprimida. Sólo que no me gusta que me toquen.

Danny no dijo nada durante varios segundos.

—Te agradezco que hayas venido a contármelo —soltó al fin.

Pat le miró, sorprendida.

—No he venido aquí para eso. —Se ruborizó al decirlo—. No sé... No sé qué ha

pasado. No era mi intención reaccionar así. —Apartó el rostro, avergonzada.

Danny cogió una de las sillas de la cocina y se sentó frente a ella.

—Vamos a olvidar que te he tocado y que tú has reaccionado como lo has hecho. Te he invitado a pasar y sentarte, y aquí estamos. —Adoptó un aire jovial—. Pat, mi querida amiga, ¿qué te trae hasta mi hogar a estas horas de la noche, cuando lo que deseas no es acostarte conmigo ni tener mis hijos?

Pat no se rió.

—Mis padres me obligan a ir a un psiquiatra porque siempre quiero estar sola.

—Ah. Eso explica el comentario sobre la «sexualidad reprimida» que has soltado antes.

—Tiene una licenciatura y un doctorado, lo que demuestra que los títulos se los dan a cualquier ceporro que hinque los codos. La tía era una farsante, quiso hipnotizarme e implantar recuerdos falsos en mi cabeza. La muy cretina estaba convencida de que me había hipnotizado y empezó a sugerirme que mi padre me había hecho «cosas» cuando tenía tres años. Era hipnosis pornográfica en directo. Pornografía infantil. ¡Ugh! —Pat reprimió un escalofrío—. Mis padres me obligaron a ir hasta que le conté a mi padre lo que esa zorra estaba empeñada en hacerme «recordar» sobre él.

—Pero sigues empleando el vocabulario.

—Cuando la gente se acerca a mí o me toca de una manera que no me gusta, no puedo evitar acordarme de ella. Ser introvertida no es una patología.

—Ya lo sé —dijo Danny—. A mí tampoco me gusta que me toquen.

Entonces, recordó cuando Lana le había acosado en casa de Stone y tuvo que reconocer que no estaba siendo sincero. De entrada, no le había gustado que Lana le tocara porque no se lo esperaba y, además, ella se había mostrado dominante, cosa que le había desagradado. Pero a su cuerpo sí le había gustado que ella le tocara y aún recordaba el encuentro. Solía recrearse con ese recuerdo e imaginaba otros finales, distintos del que sucedió en realidad.

Pero era consciente de que todos esos impulsos eran su instinto de reproducción que tomaba el mando. De hecho, le ocurría lo mismo que a Pat: no le gustaba que la gente le tocara sin su permiso.

—Siento haberte tocado —dijo Danny—. Y también siento que tus padres no fueran más comprensivos y que la loquera fuera un fraude. ¿Por qué no me cuentas de una vez por todas para qué has venido?

Pat volvió a ruborizarse y se encogió sobre si misma en el sofá. Parecía tan vulnerable que Danny se reprochó a si mismo por ser tan brusco.

—En serio —dijo en un tono más suave—, dime a qué has venido, por favor.

—Estoy preocupada por ti —dijo al cabo de unos segundos. Seguía sin mirarle a la cara—. Eres tan... tan...

—¿Estúpido? —sugirió Danny.

—Sí. Pero no estúpido en el sentido de que no eres inteligente. Quiero decir que creo que eres muy listo y bastante majo y que no tienes maldad, aunque tu sentido del humor es un poco ácido.

—Sí, supongo que la acidez es marca de la casa —dijo Danny—. Pero capto la idea. Gracias por el consejo.

—¿Te das cuenta? Ahora estás bromeando, pero también te has burlado de mí por venir a estas horas a hablar contigo y me he hecho un lío hasta sentirme tan idiota que quería morirme. Sin embargo, estás siendo muy paciente conmigo, esperando a que reúna el valor para decirte lo que he venido a hacer. Eres majo, Danny, y por eso tengo miedo por ti, no tienes ni idea de lo mala que puede llegar a ser la gente.

Danny pensó que Pat no sabía lo que era vivir en una familia como la suya.

—Sé más de lo que crees, Pat.

—No hablo de tu familia —repuso Pat, como si adivinara lo que pensaba Danny—. Tú eres el experto en magos, dioses o lo que seáis la gente como tú. Me refiero a la gente en general. La gente normal. Hasta la gente bienintencionada. ¡Eres tan confiado! Cuando llegaste al Parry McCluer, decidiste que seríamos amigos. Aún me pregunto por qué. ¿Fue porque el director encargó a Laurette que te guiara por el instituto en tu primer día de clase? Recuerdo lo que hiciste rabiar a Laurette y, a pesar de ello, te sentaste con nosotros y, de pronto, nos elegiste como amigos. No lo entiendo, ¿por qué nosotros?

Danny no supo qué contestar. No había una razón concreta.

—Me dejé llevar, supongo. De todas formas, si no me hubierais caído bien, habría pasado de vosotros.

—Pero no te caemos bien —enfaticó Pat—. ¿Cómo íbamos a gustarte? Somos raros, repelentes y no hay uno que esté en su sano juicio.

—Laurette tiene un escote genial y mi heterosexualidad se conforma con eso —bromeó Danny—. Yo diría que es un buen motivo.

—Venga ya, no eres un baboso de esos —dijo Pat—. También es verdad que somos bastante buena gente, podrías haber elegido peor. De todas formas, a lo que voy es que sin saber cómo éramos de verdad, nos tomaste por tus mejores amigos y... Y...

—Y nos hicimos amigos —dijo Danny—. Y que yo sepa, los amigos se hacen así.

—¡No! ¡No es así! ¡Esas cosas llevan tiempo!

—Yo no tengo tiempo —dijo Danny—, sólo me quedan un par de años en el instituto. Además, ya te he contado cómo me criaron. No llegué a conocer a nadie fuera de la Familia. Cuando llegué a Washington, conocí a un puñado de personas. Una llegó a ser un buen amigo, otra se quiso aprovechar de mí. También hubo una chica que tenía los recuerdos que la loquera te quiso implantar, pero los suyos eran

reales; era una persona egoísta e impredecible. Y su marido, que nunca llegué a entender qué hacía con ella. También tuve un encuentro con el dueño de una tienda de empeños que intentó matarme a mí y a mi compañero de robos. Y el ayudante del dueño de la tienda, a quien convencí que lo mejor era que matara a su jefe; y... ¿Te estoy aburriendo?

Pat había enterrado el rostro entre las manos. Negó con la cabeza sin retirar las manos.

—Soy tan estúpida —gimió—. Me quiero morir.

—No lo hagas, por favor. La policía vendría a preguntarme por qué mis huellas dactilares están en tu espalda.

Pat no pudo evitar reírse.

—He venido para darte un consejo, y resulta que sabes más de la vida que yo.

—No, no sé nada de nada en realidad. Sólo te he dado una lista de la gente que conocí en Washington, para que vieras la clase de amigos que he tenido. Eso sin contar a los Silverman y a Vivi, aunque con ellos fue diferente. Y no puedo presumir de que acertara con toda esa gente, pero tenía que relacionarme. No sabía cómo era la vida fuera del territorio familiar; sin gente que me orientara, me habría perdido. Tenía que hacer amigos y averiguar más tarde si podía confiar en ellos de verdad. Mira a Hermia, al principio pensé que quería matarme y ya ves...

—A eso iba —dijo Pat, descubriéndose el rostro—. Esa chica no es tu amiga.

—No sabes nada de ella —dijo Danny, negando con la cabeza.

—No sé nada de ella, de acuerdo. Pero no es tu amiga.

—¿Por eso has venido? ¿Para advertirme sobre Hermia?

—He venido para pedirte que tengas cuidado; confías en gente que no lo merece.

—Confío en ti. Te dejé entrar en casa a pesar de la hora. Te he escuchado porque creo que eres mi amiga. ¿Por qué tengo que confiar en ti y no en Hermia?

—¿Qué daño puedo hacerte yo? —dijo Pat—. Pero ella sí que puede.

—No me estoy enamorando de ella, si te refieres a eso —dijo Danny—. Es más mayor que yo. Pero es como Vivi, una compañera teleportadora. Me enseñó a cerrar puertas. Corrió un riesgo enorme al seguirme y ahora nos enseñamos el uno al otro. Nos ayudamos.

—¿Lo ves? —apuntó Pat—. Se aprovecha de ti.

—Y yo de ella.

—No, ella se aprovecha de ti. Es calculadora, lo tiene...

—¿Y cómo lo sabes? —dijo Danny.

—¡Porque lo sé! Ahora te necesita, pero en cuanto crea que ganará más traicionándote...

—Eso se le puede aplicar a cualquiera.

—No.

—Sí —insistió Danny—. Somos seres humanos, también yo. Confías en la gente hasta que dejas de hacerlo. Son sinceros hasta que dejan de serlo.

—Ahí te equivocas —dijo Pat—. No todo el mundo es así. Hay gente en la que puedes confiar siempre, porque morirían antes de traicionarte.

Danny meditó sobre lo que acababa de decir Pat. Era un punto de vista extraño y nuevo para él.

—He leído muchos libros de historia —dijo—. Lo hacía para pasar el rato mientras los otros niños aprendían magia. Y no recuerdo a ningún personaje histórico que se portara como dices tú.

—Vuelve a la historia —dijo Pat—. Y lee sobre Juana de Arco, por poner un ejemplo.

—¿Qué pasa con ella?

—Fue leal a las voces que la guiaban. Jamás las traicionó.

—Pero sí que lo hizo —comentó Danny.

—La engañaron para que lo hiciera, pero cuando se dio cuenta, se retractó de lo dicho y murió por sus convicciones. Hay gente como ella en el mundo.

—¿Lunáticos?

—Deja las bromas, coleguita —advirtió Pat—. Estoy hablando en serio. La actitud cínica que mantienes con mucha gente está justificada, pero hay gente que es buena y puedes contar con ella.

—No soy cínico, soy realista. ¿No hay más ejemplos, aparte de la chica que oía voces?

—Y dirigió ejércitos e hizo de Francia una nación.

—Me disculpo con Juana de Arco por hablar de ella con tanta ligereza.

—Jesús.

—¿Qué pasa con él? —dijo Danny, aunque Pat acababa de sorprenderle.

—Un hombre de palabra. Un amigo auténtico.

—¿Amigo de quién?

—De todo el mundo —respondió Pat.

—Eres cristiana —afirmó Danny.

—¿Y qué si lo soy? Aunque tú no creas que murió por tus pecados, él sí que lo creyó. Y no se acorbadó, también fue leal a sus convicciones.

Danny no se molestó en explicarle a Pat que las Familias consideraban que Jesús, Mahoma, Moisés y Elías eran de procedencia semítica. Magos que no pertenecían a ninguna de las Familias ni procedían de Westil.

—Jesús y Juana de Arco. Una lista más bien corta.

—Ellos son los conocidos —dijo Pat—. Pero la lista es muy, muy larga. Hay millones de personas que mantienen su palabra, aun a costa de sus vidas o de padecer una agonía terrible. Soldados que se portaron con valor y murieron por ello. Hombres

de negocios que mantuvieron contratos que los llevaron a la ruina porque habían dado su palabra. ¡Hay gente así!

—De acuerdo —asintió Danny—. Te creo. ¿Soy una de esas personas? —preguntó.

—Creo que sí.

—Soy un embaucador, siempre estoy mintiendo y se me da bien. Estafé a la gente hasta que llegué a Washington. Pero también es cierto que mantengo mis promesas. Suena raro, lo sé. ¿Es posible que sea una persona honesta?

—No lo sé —dijo Pat—. Pero no estoy hablando de eso.

—Ya lo sé —dijo Danny—. No has venido para decirme que soy un buen tío; has venido para decirme que tú eres una buena amiga.

—Sí —dijo Pat, tras pensarlo—. Tienes razón.

—Quieres que sepa que no eres Xena, que sólo busca tener un hijo con el hombre más poderoso que ha conocido —dijo Danny—. Y tampoco eres como Hermia, que se aprovecha de mí y permite que yo me aproveche de ella porque los dos salimos beneficiados. Contigo no hay tratos ni intereses porque has venido por un motivo muy distinto.

—Sí —respondió ella.

Había comenzado a llorar. Danny se sentó a su lado, ella apoyó la cabeza sobre su hombro y él la abrazó.

—Has venido aquí para decirme que eres una amiga de verdad y que puedo contar contigo más que con nadie.

Ella asintió.

—Y has venido para decirme que estás enamorada de mí.

Ella se apartó, dejándose caer sobre el reposabrazos del sofá. Su llanto se intensificó.

—Soy una tonta —sollozó—. No era consciente de que venía para eso, no habría venido de saberlo.

Danny apoyó la mano en la espalda de ella. La acarició con suavidad. En esta ocasión, no se apartó.

—Has venido porque quieres que sepa que eres una amiga leal, honesta y alguien en quien puedo confiar. Que no crees que esto de la magia sea tan guay, que en realidad es peligroso. Te preocupas por mí, por el peligro que corro, y no quieres que me pase nada malo. No te atrae mi poder o lo que represento; soy yo el que te atrae. Me quieres a mí.

Pat volvió a asentir, había dejado de llorar. Él seguía acariciando su espalda y cuando ella se volvió hacia él, su cara enrojecida y los ojos llorosos, él la besó.

No sintió lo mismo que con Lana. Su cuerpo reaccionó de modo similar, pero no tenía miedo, como esa primera vez. Confiaba en Pat. Y de pronto, fue consciente de

que cuando hablaba con sus amigos, eran las palabras de Pat las que mayor interés despertaban en él; ella conseguía que le prestara atención porque siempre tenía algo que decir.

Tampoco era del todo cierto. Danny también respetaba a Hal y era un buen amigo, aunque no tenía la misma claridad de ideas que Pat. Hal siempre decía lo que pensaba, y Danny valoraba esa sinceridad, pero los conocimientos de Pat eran mayores, por lo que sus intervenciones aportaban más aspectos positivos.

Eso quiere decir que puedo aprovecharme de ella.

Danny se odió por pensarlo. Había una parte de él que era fría y calculadora. Apartó sus labios de los de Pat.

—Por favor —suplicó Pat e intentó seguir.

—No —dijo Danny.

Pat asintió y se echó hacia atrás, enfurruñada.

—Quiero besarte —dijo Danny—. Eres la única chica a la que me apetece besar, aunque no me había dado cuenta hasta ahora. Confío en ti, te respeto y te considero una amiga de verdad. Has venido a contarme lo que significo para ti y sé que es verdad. Pero hay algo que debes saber: yo no soy como tú. Utilizo a la gente. Sé que puedo contar contigo, pero ¿puedes tú contar conmigo?

—No puedo responder a esa pregunta —dijo Pat, encogiéndose de hombros—. Sólo puedo responder por mis actos.

—Y yo por los míos —dijo Danny—. Mi cuerpo te desea. Ahora mismo. ¿Comprendes? Y si no llego a interrumpir el beso, me habrías dejado llevarte a la cama, ¿verdad?

Ella se echó hacia adelante y se cubrió la cara de nuevo.

—Soy una mala cristiana —se quejó.

—No quiero ser esa clase de tío.

—¿Qué quieres decir?

—La clase de tío que se va a la cama con una chica porque puede. Algo que hacen todos los hombres de la Familia. Los dioses que preñaban a mortales en las mitologías. No soy tan bueno como tú, Pat, pero soy mejor que ellos. Enamorarte de mí sólo te va a acarrear tristeza.

Pat se levantó del sofá.

—Por favor —dijo Danny, intentando retenerla.

—Tengo que irme a casa —dijo Pat—. Mis padres estarán preocupados.

—Pensabas pasar la noche conmigo —comentó Danny.

—Y te habrías convertido en mi familia. Pero no ha sido así. Ellos siguen siendo mi familia. Me tengo que marchar.

—He sido sincero contigo; podría haberme callado.

Ella se detuvo en la puerta.

—Lo sé. Has sido honesto. Eres mejor de lo que creía. Te quiero más que antes. Tú me quieres más de los que ambos creíamos posible. Pero jamás nos acostaremos; no soy la mujer de tu vida. Sin embargo, nunca he sido más feliz que ahora. Ya ves qué cosas. —Dejó el comentario en el aire y se marchó.

«Soy el mayor imbécil del mundo», pensó Danny. «He dejado que se marche sin intentar retenerla».

Pero Danny sabía que había hecho lo correcto. Su deseo por Pat era mayor que el que había sentido por Xena. Claro que Xena no cesaba de provocarle. Se preguntó si el deseo por Pat tendría que ver con lo mismo. Era posible que fuera el tipo de chica que le gustaba de verdad; lista, tranquila, sincera, irónica y con buen corazón. Parecida a Leslie. Como Mamá. Sí, era ese tipo de mujeres de las que se enamoraría sin dificultad, y Pat había sido la primera que se cruzaba en su camino.

Estaba a punto de emprender la misión más peligrosa de su existencia, ya de por sí llena de peligros. No tenía claro si sólo se sentía atraído por Pat o estaba enamorado de ella, pero no era el momento de complicar las cosas iniciando una relación. Por no mencionar el hecho de que las Familias podían haber enviado espías para vigilarle. Si Pat llega a quedarse a pasar la noche, se arriesgaba a que la raptaran para chantajearle. La tortura, incluso la muerte, de un ser querido sería un medio para atacar al Gran Mago Teleportador que siempre estaría fuera del alcance de sus enemigos.

Había sido un acierto interrumpir el beso y ella había tomado la decisión correcta al marcharse.

¿Cómo había empezado todo? Cuando la tocó para indicarle que se sentara.

¿Había intuido el motivo de su visita? ¿Se había dejado llevar por un sentimiento hacia ella que él mismo desconocía?

No.

Había tocado a Pat porque es lo que hacía Marion cuando recibía alguna visita. La mano en la espalda, para guiar al invitado. Marion era el tipo de persona que tocaba a la gente. Danny no lo era. Pero sin darse cuenta, había imitado la costumbre de Marion de colocar la mano sobre la espalda de un invitado, a modo de acompañamiento.

Danny nunca había recibido invitados en casa y cuando apareció Pat, sola y sin previo aviso, Danny, nervioso ante la aparición de la chica, hizo lo que Marion Silverman hacía: ser amable.

Y punto.

Pero la situación había derivado en algo mucho más profundo. Pat era la más lista de sus amigos, la más madura. Su carácter sarcástico tenía su origen en su capacidad para observar a los demás, sin involucrarse de manera directa en las conversaciones. Danny también había adoptado esa actitud. Ella era la que más se parecía a Danny;

por lo menos, en lo referente a las relaciones sociales. Siempre al margen. Siempre cauta, analítica.

«Pero yo no soy cauto. Y mientras ella es callada, yo no paro de hablar. De hecho, Pat no se parece nada a mí, ni yo a ella. Aunque creo que si me pareciera más a ella, sería mejor persona.

»Por otra parte, ella sería más feliz si se comportara como yo, ¿no? Parece tan amargada».

«Déjalo ya», se dijo, mientras se desvestía de nuevo para meterse en la cama e intentar dormir. «No le des más vueltas».

Pero no pudo. Pat ocupó su mente mientras intentaba conciliar el sueño y aún cuando lo consiguió. Y su primer pensamiento fue de ella al despertar al día siguiente. Se maldijo por ser tan tonto, mientras se preparaba para ir a casa del entrenador Liedler. Lo último que necesitaba era una mujer que le distrajera.

CONFIDENCIAS

Pan se teleportó a la aldea rural situada en las tierras altas de Iceway. Apareció al lado del pozo comunitario para que su presencia no pasara inadvertida. Su llegada era una demostración de poder. Un aviso de que había un mago teleportador en el mundo. Fue desde el pozo a la casa que albergaba a la extraña mujer y a sus dos hijos aterrorizados desde hacía algunos días.

La casa a la que se dirigió Pan pertenecía a Roop y Levet. En su interior, encontró a Eko, la hija mayor, atendiendo a Anonoei, la que fuera concubina del rey Prayard, y a sus dos hijos: Eluik, de ocho años, y Enopp, de seis.

Los niños habían pasado los dos últimos años encerrados como animales, torturados por el aislamiento que habían sufrido. Para Enopp, el tiempo en prisión había durado la mitad de su vida, porque nadie recuerda nada de lo vivido antes de los tres años. Y al final su encierro se había teñido de terror y violencia, cuando unos soldados les atacaron con picas con la intención de matarlos. Pan los había teleportado a las tierras altas al cuidado de unos extraños. Sus heridas habían sanado y su madre se reunió con ellos y todo estaba...

No, nada estaba bien. Pan no esperaba que lo estuviera.

Los niños no pronunciaron palabra, aunque lo vieron entrar. No le temían. Si le juzgaban, sería como la persona que había curado sus heridas y les había procurado un techo bajo el que recibían comida y un lecho sobre el que dormir. Pensarían que era el gran mago que les había rescatado del infierno. Si fueran capaces de pensar.

Pan observaba a los niños, que le miraban a él. Anonoei miraba la mesa sobre la que estaba cortando una cebolla a conciencia.

Fue Eko, la hija mayor de la casa, quien habló primero.

—El hombre del árbol —anunció al verlo—. ¿He actuado bien con ellos? ¿Los ves fuertes y saludables?

—Sí —respondió Pan.

—Los niños no hablan, ni a mí ni a nadie, excepto a su madre y entre ellos. Bueno, el pequeño no les habla a ellos tampoco. La madre habla conmigo de vez en cuando. No los he presionado. Creo que han pasado por algo terrible.

—Sí, así es —confirmó Pan.

—Él nos salvó —musitó Anonoei.

—Sí, es cierto. Pero antes de abordar otros temas, quiero contar todo lo que hice y que comprendáis mis motivos. Sólo entonces será posible que lleguemos a un acuerdo para trabajar juntos e intentar paliar las consecuencias de mis crímenes.

—¿Tus crímenes? —preguntó Anonoei, mirándole.

—Sé que me recuerdas —dijo Pan—. Me viste espiándote entre las vigas del techo cuando eras la amante del rey Prayard; compartías su lecho en el mismo castillo donde moraba la reina.

—Eras tú —susurró.

—Me guiñaste un ojo —dijo Pan.

—Nos viste y no contaste nada; no lo entendí entonces y sigo sin entenderlo. Te guiñé el ojo para que supieras que te había visto y que yo tampoco diría nada sobre ti. Por eso te reconocí cuando nos liberaste de nuestras mazmorras, el día en el que los soldados intentaron matarnos. Al traernos a la nieve y verte mejor, estaba convencida de que te conocía, pero fui incapaz de recordar cuándo nos habíamos visto. Pensaba que eras un pinche de cocina muy raro. Pero en realidad eres un gran mago, un mago teleportador.

—Lo era, aunque en aquellos días apenas era consciente de mi poder —dijo Pan.

—Un mago teleportador —musitó Eko—. Que vivía en un árbol.

—Esa es otra historia —comentó Pan—, pero no es la que vengo a contar. Os contaré cómo la reina Bexoi sufrió un atentado contra su vida y yo decidí erigirme en su guardián y salvarle la vida. Le mostré qué clase de mago era y ella me mostró qué clase de maga era ella.

—¿Bexoi? —dijo Anonoei con desprecio—. Un maga de las bestias con escaso poder, apenas una pluma con poder sobre las aves más pequeñas.

—Eso hizo creer a todos. Es una maestra del fuego como poco; yo creo que es una señora del fuego. Y su poder le permitió crear una efigie tan perfecta que no sólo habló con su voz, también sangró cuando el asesino la apuñaló, y su sangre salpicó las sábanas del lecho sobre el que se hallaba.

Anonoei se cubrió la boca con la mano.

—Nadie lo sabía, excepto yo. Lo vi con mis propios ojos. Me sentía orgulloso porque ella confiaba en mí. Nos hicimos amantes. Tuvo un hijo mío e hizo creer a Prayard que era suyo.

—¿El niño era tuyo? —preguntó Anonoei—. Prayard no me mintió cuando me dijo que jamás entregó su semilla a su esposa.

—Te era fiel —dijo Pan—. Y tú te uniste a un grupo que conspiraba contra él y la reina.

—No, contra él, jamás —negó Anonoei—. Y no tomé parte en la conspiración. Sólo seguí sus instrucciones cuando me dijeron que preparara el equipaje para mí y mis hijos, porque nos marchábamos.

—Sabías lo que significaba.

Ella no le contradijo.

—Bexoi quería que me librara de vosotros. Yo la amaba y cumplí su deseo.

Aunque como tampoco me fiaba de ella, decidí no matarte ni a ti ni a tus hijos. Lo que hice fue peor. Os llevé a los tres a las entradas de unos túneles en la ladera del precipicio bajo el castillo y creé puertas que os recogían cada vez que caíais para retornar al punto de origen. Vivíais en tormento constante, y recurrir al suicidio para acabar con el sufrimiento era imposible gracias a mis puertas, que no os dejaban caer al encuentro de la muerte. Esa fue mi idea, mi plan. Así os mantuve con vida. También fue la manera en que os castigué a ti y tus inocentes hijos por ser una amenaza para la mujer que amaba, y también para mi hijo, que ella llevaba en su vientre.

—Es una justificación muy pobre —dijo Eko con osadía.

—No hay nada que justifique lo que hice —replicó Pan, volviéndose hacia la chica—. Cometí un crimen horrible. Lo planeé todo sin que nadie supiera nada y lo ejecuté. Robaba comida para ellos. Conforme pasaba el tiempo, la comida fue mejorando y su encierro fue algo menos horrible. Cuando la reina supo que seguían con vida y me ordenó que los matase, me negué. Es lo único que puedo alegar a mi favor.

Pan volvió a centrar su atención en Anonoei.

—Pero nada puede compensar el mal que cometí. Os torturé a los tres. Los terrores y pesadillas que pueblan sus mentes son fruto de mis actos.

Pan miró a los niños, un movimiento había captado su atención. Había sido Enopp, el más pequeño. Había dejado de observar a Pan y miraba a su madre y a su hermano. Su rostro cobró algo de vida por primera vez. Eluik, por su parte, seguía impassible, sus ojos clavados en Pan.

—Yo fui vuestro captor, carcelero, torturador; odiadme y culpádmelo por vuestra desdicha. No niego que sintiera desprecio hacia mi persona por mi comportamiento, pero eso no me detuvo.

»Pero permitidme que cuente el resto del relato, en el que quizás obtengáis consuelo. La reina Bexoi consiguió que el rey se acostara con ella. Él pensaba que tú te habías marchado con tus hijos. Y el rey se convenció de que mi hijo era suyo. Acabó por amar a la reina y deseó darle otro hijo. Y ella se quedó embarazada. Y mi hijo, el pequeño bastardo, dejó de serle útil.

»Mi hijo, al que ella llamaba Lealtad y yo Treta, se había convertido en una amenaza para el verdadero descendiente de Prayard. Mi hijo era la única persona a la que yo amaba de verdad, una vez comprendí que Bexoi me había utilizado y nunca me había amado. Entonces ella lo asesinó e intentó hacer lo mismo conmigo. El día en que os liberé de vuestro encierro, fue el día que murió mi hijo.

»Si hubiera alcanzado su propósito de acabar con mi vida, nadie os habría salvado y también estaríais muertos. Pero conseguí escapar y salvar vuestras vidas. Sin embargo, no vayáis a creer que me había arrepentido de mis crímenes contra

vosotros. Algún día os habría dejado libres; mientras tanto, mi intención era convertir vuestras celdas en un sitio más agradable, pero mi idea no era acabar con vuestro encierro. Fue el crimen monstruoso de Bexoi al asesinar a su propio hijo, nuestro hijo, y su intento de acabar con mi vida lo que me decidió a daros la libertad.

»No quiero justificar mis actos, como podéis ver. Bexoi es un monstruo, pero también lo soy yo. Si soy algo mejor que ella, es porque no os maté, como ella quería. ¿Eso me convierte en mejor persona? Si soy sincero, mi comportamiento fue como el de algunas arañas que aprisionan a sus presas y las guardan para devorarlas otro día. Erais un arma que utilizaría contra Bexoi cuando llegara el momento.

Pan se calló. Eko lo observaba con una expresión que oscilaba entre la fascinación y el horror. Pan dudaba que los niños hubieran comprendido lo que acababa de relatar, aunque el pequeño había mostrado cierto interés. Anonoei, por su parte, sí lo había entendido.

—El momento ha llegado —dijo Anonoei—. Seremos tus armas contra Bexoi.

—No. Estáis muy débiles, y yo también. Una vez fui el mago teleportador más grande que han conocido los mundos, pero ahora ha llegado otro más poderoso. Me arrebató casi todas mis puertas; no soy rival para Bexoi, y vosotros tampoco, desde luego. He venido a deciros que no me debéis nada y que conozcáis quiénes son vuestros enemigos. Que vuestro odio se dirija a quienes lo merecen. Prayard no tuvo nada que ver en lo que os ocurrió. Os buscó y su pena fue grande. Sin embargo, no sabía dónde buscar y cuando volvió al lado de Bexoi lo hizo convencido de que estabáis muertos.

Anonoei negó con la cabeza, riendo con amargura.

—Eres un joven necio —dijo—. ¿O eres más viejo de lo que aparentas? ¿Ignoras que Bexoi no era la única que ocultaba su magia? Al igual que tú, soy una maga, pero de una clase prohibida.

Pan reflexionó unos instantes sobre las palabras de la mujer. Si fuera una maga teleportadora, habría escapado de las mazmorras junto a sus hijos. La conclusión era evidente.

—Eres una maga mental.

—No soy una gran maga, ni mucho menos —dijo ella—. Pero sí, conocí mi poder cuando me hice mujer. Advertí cómo muchos me complacían cuando deseaba algo. Y una vez caían en mi poder, eran míos para siempre. Prayard era mío. ¿Comprendes? No se enamoró de mí. Decidí que tenía que ser mío y lo conseguí.

Pan acabó por reírse.

—No justifica lo que hice, pero consuela saber que soy un monstruo entre iguales. Estos niños son hijos de dos magos y no de uno solo, como pensaba.

—Imagino que desarrollarán algún talento cuando crezcan —asintió Anonoei—. Es posible que alguno sea un mago marino apreciado por las gentes. O un mago

teleportador.

—Seré yo —dijo el más pequeño, Enopp—. ¡Yo seré un mago teleportador!

—¡Ha hablado! —exclamó Eko, dando una palmada.

Anonoei corrió a abrazar a Enopp.

—Amor mío, no está en tu mano decidir, será el poder quien te escoja. Ya se aloja en tu interior y algún día se mostrará.

Pero Enopp seguía atento a Pan.

—Un mago teleportador —insistió—. Para ir a donde desee.

Esas palabras, pronunciadas en ese momento, desvelaron a Pan lo que tenía que hacer. Había acudido a la aldea con la única intención de contarles la verdad y llevarlos allá donde Anonoei quisiera ir. Pero las palabras ingenuas de Enopp hicieron brotar una idea con la que redimiría sus actos perversos. Y contaría con un medio para ayudar a Anonoei y también para destruir a Bexoi y su estirpe.

«Para ir a donde desee», había dicho el niño, aunque Pan sabía que eso estaba fuera de su alcance. No contaba con suficientes puertas en su yacimiento para crear una Gran Puerta e ir a Midgard... ¡No, no era cierto! Existía una Gran Puerta, una salvaje, que ningún mago controlaba. Danny North no podía cerrarla y cualquier mago que conociera su existencia podía usarla. Si Pan cruzaba la Puerta Salvaje para ir a Midgard y volver a Westil, el poder que le quedaba se multiplicaría. No conseguiría recuperar las puertas perdidas, éstas estaban en poder del gran mago, apresadas en un lugar a donde Pan tenía vedado el acceso, pero su talento volvería a ser el de otro tiempo, cuando era capaz de ver todas puertas del mundo, incluso las de los dioses semíticos, y las había devorado todas.

A diferencia de Danny North, a él nunca se le había ocurrido la locura de emplear esas puertas cautivas en su provecho, pero las había hallado y devorado sin piedad.

Y si iba a Midgard y de vuelta a Westil, Anonoei le acompañaría.

O a lo mejor no la llevaba. Pan era un mago teleportador con el conocimiento necesario para gobernar las auras perdidas rebeldes que tejían la Gran Puerta. Pero Anonoei no era capaz de resistirse a ellas. Como maga mental, reconocería su presencia, pero no sus artimañas. Podrían embaucarla y atraparla dentro de la Gran Puerta. Y al ser una maga mental, estarían aplicando la ley al despojarla de su poder.

Si Pan quería que el poder de Anonoei fuera rival para el de Bexoi, tendría que conseguir la ayuda de Danny North, que él mantuviera abierta la Gran Puerta para la maga mental. Pan le enseñaría a Danny lo que tenía que hacer. Al hacerlo, también conseguiría que el mago que le había derrotado fuera invencible y él nunca recuperaría sus puertas.

¿Cómo iba a darle más poder y sabiduría al mago que le había destruido?

«Porque merecía lo que me hizo», pensó Pan. «Danny North fue la herramienta que empleó el espacio-tiempo para infligirme mi castigo. Hice un mal uso de mi

poder y lo perdí todo, excepto una mínima parte. Y ahora he de acudir al nuevo Gran Mago Teleportador y suplicarle que me ayude a enfrentarme a Bexoi, a quien apoyé para que se hiciera con el poder en Iceway».

Esta reflexión la hizo Pan entre las palabras de Enopp y su respuesta a ellas.

—Observo que tu aura es divisible —dijo Pan.

Era cierto, el aura de un niño podía ser divisible, y la de quien estaba destinado a ser un mago teleportador, más todavía.

—Pero falta tiempo para que se muestre tu poder, nadie puede vaticinar el tipo de mago que serás.

—Desea ser como tú —le dijo Anonoei a Pan.

—Ve mi poder —respuso éste—. Pero es demasiado joven para advertir la perversidad que hay en mí.

—La perversidad es común a todos los magos —dijo Anonoei—. ¿Acaso no he buscado yo mi propia satisfacción?

—También has amado a tus hijos.

—Y los he puesto en peligro.

—Concebirlos ya fue peligroso, Anonoei. Todos los niños vienen a un mundo plagado de peligros, donde la muerte acecha en cada rincón.

—¿Cómo podéis hablar así? —intervino Eko.

Los dos la miraron, sorprendidos de que alguien tan callado y apocado se dirigiera en ese tono a unos magos.

—Competís para decidir quién es más monstruoso —siguió Eko.

«¿Competimos?», se preguntó Pan a sí mismo.

—No sé si soy un monstruo, pero sí que quiero venganza —afirmó Anonoei.

—He venido hasta aquí para que te vengues de las cosas que te hice —dijo Pan—. Puedes vengarte de mí, no me teleportaré.

—¿Y qué haré después? —preguntó Anonoei—. Sin tu ayuda, no tendré la más mínima posibilidad contra ella.

—De acuerdo, pero has de prometerte una cosa: no le harás daño a su bebé —dijo Pan.

—¿Y precisamente tú me pides eso? Tú que...

—No olvido lo que le hice a tus hijos —la atajó Pan—. Si le haces daño a su hijo, la culpa te atormentará el resto de tu vida. Hablo por experiencia. Por grande que sea tu ira contra ella, recuerda que su hijo no te ha hecho nada. Tus niños no merecían sufrir, aunque su mera existencia fuera una amenaza para mi propio hijo. Él no merecía morir, aunque su existencia fuera un amenaza para el recién nacido de Bexoi y Prayard. Y su bebé no merece morir.

—¿En eso se basa tu moralidad? —preguntó Anonoei—: «Haz lo quieras, siempre que no hagas daños a los niños».

—A falta de algo mejor, me conformo con eso. Dime si estás de acuerdo con esa condición o márame aquí y ahora, porque nunca te ayudaré a vengarte a través de un niño. Yo lo he hecho y no volveré a hacerlo jamás.

—Nada le dolería más —repuso Anonoei.

—¿Y qué venganza es ésa, que nos destruye a nosotros también?

—Escuchad los dos —intervino de nuevo Eko—. No puedo creer que con todo vuestro poder sólo penséis en venganzas.

Pan le dirigió una mirada cargada de tristeza.

—Hubo un tiempo en el que quise salvar el mundo, ignoraba para qué lo estaba salvando y, además, fracasé en mi empeño.

—Ellos son mi mundo —dijo Anonoei, abrazando a sus hijos.

—Si fuera cierto —dijo Eko—, no estarías haciendo planes para vengarte de la reina, una maga del fuego. Buscarías un lugar seguro para tus hijos.

—¿No estoy ya en ese lugar? —preguntó Anonoei.

—Estamos en Iceway y tu enemiga es la reina —dijo Eko—. Por cierto, Hombre del árbol, gracias por traer a la amante desaparecida del rey a nuestro hogar. Su presencia nos traerá suerte —añadió con ironía.

—No sabía adónde llevarlos —se disculpó Pan.

—Yo he hecho lo que pediste y no pienso echarla ahora de mi casa, aunque si sus enemigos llegan a saber quién es ella, matarán a mi familia, ¿no es cierto?

Pan se dejó caer al suelo.

—Y yo que creía que era el titiritero que manejaba este asunto a su antojo y resulta que es otro quien lo manipula todo.

—¿Quién? —preguntó Enopp.

—El destino —replicó Pan—. Las consecuencias imprevistas. El único y verdadero dios.

—¿Pero tienes un plan o no? —quiso saber Eko.

—Sí —dijo Pan—. Sí que lo tengo.

REUNIONES

Danny apenas había dormido unas horas, pero su reloj interno le despertó a tiempo; tenía que acudir a casa del entrenador Lieder para un entrenamiento especial. Le gustaba que el entrenador le cronometara, aunque lo que de verdad le hacía disfrutar era presumir de lo rápido que era por el simple hecho de serlo. La competición, el objetivo de Lieder, no le interesaba.

Danny era lo bastante humano para desear la admiración de los demás, y un aspecto positivo de Lieder era que respetaba y sabía motivar a los atletas que se esforzaban. Era una faceta del entrenador que no habría conocido si hubiera limitado sus relaciones sociales a los empollones y los raritos de la clase. No había abandonado a sus amigos, pero se alegraba de formar parte del equipo de atletismo del Parry McCluer. Aún faltaba tiempo para la competición y Danny sabía que para entonces podría haber muerto.

Le gustaba llegar a casa de Lieder antes del amanecer, prefería correr en la oscuridad. Cuando se reunía con el entrenador, se entrenaba recorriendo las distancias preparadas por Lieder mientras éste lo cronometraba.

Ahora que todos sus amigos formaban parte de sus planes para la Gran Puerta, su única conexión con la vida del instituto era el atletismo. Se había matriculado en el Parry McCluer con la intención de dejar atrás la magia y llevar una vida normal; sin embargo, la magia le había seguido y correr era el único vínculo que tenía con una vida como la de cualquier persona.

Esta mañana, el entrenador Lieder no estaba solo. Su hija, Nicki, lo acompañaba. La chica tenía aspecto somnoliento, pero ya no parecía consumida por la enfermedad como la última vez. Su paso por la puerta había eliminado el mal que la estaba matando. Lieder lo ignoraba, pero Danny le había compensado de sobra por las sesiones privadas de entrenamiento. Sin embargo, a Danny no le había costado nada curar a Nicki. Había sido el regalo de un dios. «¿Necesitas que te cure de tus males? Faltaría más; concedido».

Pero que a Danny no le hubiera supuesto esfuerzo alguno no cambiaba el hecho de que había salvado la vida de la hija de Lieder. Y el entrenador era otro. Un hombre capaz de motivarle en sus entrenamientos más de lo que había esperado Danny. A fin de cuentas, su sempiterna cólera y amargura ya no tenían razón de ser.

—¿Te importa si Nicki se queda a verte? —preguntó Lieder—. Ya estaba levantada, así que...

¿Creía que iba a tragarse esa mentira? Danny sabía que Nicki le había pedido que

la despertara a propósito. Y Lieder había querido complacer a su hija. O pensaba que Danny se esforzaría más con la chica observando. O quería que surgiera algo entre su hija y Danny; aunque a él no se le ocurrió ninguna razón para que el entrenador deseara algo así.

La iniciativa tenía que haber sido de Nicki. A la chica le gustaba Danny. Y Lieder, que la había visto al borde de la muerte, sólo querría satisfacer los deseos de su hija.

«¿Nicki, te has enamorado de Danny? Adelante, hija. No hay problema, voy a estar aquí controlando todo lo que hacéis».

Danny notó que la chica no le perdía de vista. Lieder le hizo correr distancias cortas, siempre cerca de la casa para que Nicki no perdiera detalle. Y si la idea era que Danny se esforzaría al máximo para impresionar a la muchacha, el entrenador había acertado. Consiguió batir algunas de sus mejores marcas, a pesar de haber ido corriendo hasta allí desde su casa y las escasas horas que había dormido la noche anterior.

«Anoche estuve a punto de declararle amor eterno a Pat y esta mañana estoy intentando impresionar a Nicki. Soy el típico adolescente. Lo que quiere decir que soy un capullo integral.

»Bueno, correr delante de una chica no es lo mismo que besarla. Más vale que no lo olvide».

A pesar del frío aire de la mañana otoñal, Danny sudaba con intensidad. Lo había dado todo y sabía que el sudor era atractivo cuando era producto del esfuerzo hecho por un tío con una constitución atlética. No era el mismo sudor perenne de los estudiantes obesos o los empollones. Danny había leído mucho sobre el tema en novelas románticas juveniles, cuando se preparaba para integrarse en la rutina estudiantil del instituto.

—Hola —saludó a Nicki cuando Lieder le indicó que se acercara al porche.

Ella le saludó con la mano y sonrió con timidez. Lieder ignoró el intercambio de saludos y comentó los tiempos con Danny.

—¿Has venido corriendo hasta aquí?

—Sí, señor —respondió Danny.

—La idea es que seas capaz de esprintar así al final de una carrera de fondo. Durante la carrera tienes que ir controlando sin necesidad de tomar la cabeza.

—Ya sabe que ganar o perder me da igual.

—Pero el equipo necesita tus victorias. Cada vez que ganes, sumarás puntos. No sólo para ti, sobre todo para el equipo. Si eres capaz de controlar durante la carrera, podrás esprintar como has hecho hoy.

—¿Y por qué no me hace correr distancias cortas? —preguntó Danny.

—Ya tengo velocistas. No son tan rápidos como tú, pero consiguen victorias. Necesito que corras fondo. Eres una baza a la que puedo recurrir una o dos veces en

cada competición, no voy a malgastarte en la velocidad.

—Quiere que sea su as en la manga, ¿verdad?

—Quiero que seas mi póquer en la manga, chico listo —enfaticó Lieder.

—Pero no te asustes, Danny —intervino Nicki—. Te diré que quiere un póquer, pero se conformará con un *full*.

Lieder enrojeció ante el comentario; si lo hubiera hecho otro, se habría enfadado. Pero era su hija y el rubor desapareció con rapidez.

—Cree que conoce a su viejo —dijo, con una sonrisa—. Pero quiero ese póquer, Danny, y que aspire a la escalera de color.

—Mejor voy a casa a ducharme —dijo Danny.

—Oh —dijo Nicki, decepcionada.

Al darse cuenta de que Danny la observaba, se dio la vuelta, avergonzada.

—Nicki vuelve a clase hoy. Le gustaría que vinieras con nosotros.

—No puedo ir así —dijo Danny, señalando su ropa sudada.

—Puedes ducharte aquí —dijo Nicki y se tapó la boca nada más decirlo.

—¿Y ponerme la misma ropa? —rió Danny.

—A ver —intervino Lieder—. Nicki tiene razón, estás agotado con tanta carrera. Si ahora vas corriendo a casa para ducharte, vas a llegar tarde a clase.

Era cierto. Se había hecho tarde.

—Dúchate y ponte algo mío. Te quedará enorme, eres un flacucho, pero servirá. Te llevamos a tu casa en cuanto estés listo y corres a cambiarte. Te esperaremos.

Danny lo meditó unos instantes. Era una oferta generosa, pero ¿podía permitirse aparecer en el instituto en el coche de Lieder?

—¿Por qué no me acerca a casa y me ducho allí? Llegaría con tiempo de sobra a clase.

—No voy a dejar que te metas todo sudado en mi coche —rió Lieder.

A Danny le extrañó tanta insistencia en que se duchara en su casa. Acabó por encogerse hombros y fue hacia el interior.

—Tendré que darme aire —dijo.

Nicki se adelantó para enseñarle dónde estaba el único cuarto de baño de la casa. Era viejo, como el resto de la casa, pero la bañera era moderna y contaba con una mampara de cristal en lugar de cortinas.

Abrió el agua, mientras Nicki cerraba la puerta. Se quitó las zapatillas y la ropa en cuanto ella se marchó y cuando se metió en la ducha ya había vapor en el ambiente. Oyó que la puerta se abría de nuevo cuando se enjabonaba el pelo.

—No miro, no miro —dijo Nicki.

Danny era el que no podía mirar, tenía los ojos llenos de jabón, así que tuvo que crearla.

Al salir, encontró una toalla limpia y un par de pantalones acompañados de una

camisa que ningún adolescente que valorara su imagen se pondría. No había ropa interior y su ropa había desaparecido.

Nicki la iba a lavar. Quería demostrarle su valía como ama de casa.

No, no era eso. Sólo quería ser amable. No podía juzgarla como a Xena, que deseaba tenerle. Xena lo quería porque era un dios nórdico, Nicki no conocía ese detalle.

Tenía que sujetarse los pantalones con una mano, para evitar que se le cayeran; con la otra, llevaba las zapatillas. Salió descalzo del baño.

—Me han robado la ropa —declaró—. Pero tendré que buscar al ladrón más tarde, cuando tenga unos pantalones con los que pueda correr.

—Creía que esa ropa no le podía sentar peor a nadie que a mí —rió Lieder.

—No le sienta tan mal —dijo Nicki. Y se ruborizó. Luego se rió.

—¿Puedo ir hasta el coche descalzo? ¿Hay gravilla o clavos por el camino? —bromeó. Había visto gravilla en sendero de la entrada, pero el garaje estaba detrás de la casa.

—Está asfaltado —dijo Lieder—. Sal por la puerta de atrás.

Danny siguió a Nicki hacia la puerta y la sujetó con el hombro porque tenía las manos ocupadas. De pronto, Nicki recordó que él venía detrás y se volvió para ayudarle, su mano impactó en el pecho de él.

—¡Ay! —exclamó ella—. Tu pecho está duro.

—Disculpa, se metió en medio —sonrió Danny—. Como dijo tu padre, soy todo huesos.

Fueron hacia el coche y, aunque el camino estaba asfaltado, había grava suelta, por lo que Danny tuvo que vigilar dónde pisaba. Entró al coche por la puerta trasera y Nicki corrió a la delantera. Lieder dio marcha atrás hasta la carretera.

Entonces, Danny cayó en la cuenta de que no sabían dónde vivía. Nadie lo sabía, excepto sus amigos. A no ser que hubieran consultado su expediente escolar. Algo que Lieder debía haber hecho, porque condujo directo a casa de Danny sin preguntarle.

Danny pensó que lo más seguro era que Lieder le hubiera visto volver a casa desde el instituto. No era razonable pensar que hubiera planeado todo hasta el punto de consultar su expediente.

—Gracias —dijo Danny—. Le devolveré la ropa en el instituto.

Pero no se marcharon. Bajaron del coche y le siguieron hasta la puerta, algo que molestó a Danny. No les había invitado a entrar. Es más, había dejado bien claro que no iba a hacerlo.

Al entrar, recogió la ropa que había tirada por la salita y se metió en su dormitorio para cambiarse.

Cuando salió, Nicki estaba fregando los platos que se apilaban en el fregadero.

—Si los pones en remojo, son más fáciles de fregar después.

—No me importa frotar —dijo Danny.

Danny miró a su alrededor, no vio a Lieder.

—Papá ha vuelto al coche, dice que con tanto desorden no hay donde sentarse.

—Ya. La verdad es que no esperaba visitas. —Tenía ese aspecto anoche, cuando Pat se presentó; otra visita inesperada—. Vámonos.

Pero ella no le hizo caso. Fue hacia él y colocó sus manos en la cintura de él. Lo hizo con timidez. ¿Cómo alguien tan tímido se atrevía a hacer algo así? Pero era timidez lo que expresaba su lenguaje corporal, aunque sus manos no se apartaron de la cintura de Danny. El tacto de ella era reconfortante, perfecto. Nicki miró a Danny a los ojos.

—Danny North, no sé cómo lo hiciste y no me he atrevido a contárselo a papá, él cree que ha sido un milagro, pero sé que fuiste tú. Me has curado. No tengo ni idea de cómo fue, pero comencé a sentirme mejor desde el día que te conocí. Cada hora, cada día que pasa, me encuentro mejor y más fuerte. Y sé que fuiste tú. Le pedí a papá que me llevara al médico y me dijeron que había desaparecido. El cáncer. Que no quedaba ni rastro. Nunca había visto una cosa igual en toda su carrera. Hasta me preguntó si había ido a ver a un curandero.

—¿Habías ido?

—No. El curandero vino a mí. No te pido una explicación. No quiero saber cómo lo hiciste. Pero sé que fuiste tú y quiero darte las gracias.

Cuando acabó de hablar, se puso de puntillas y besó a Danny. En la boca. No habían pasado doce horas desde que se besó con Pat y ya estaban besándole otra vez. Pero esta chica no sabía que era un mago. Aunque sí sabía que tenía alguna clase de poder, así que era lo mismo. Al parecer, en cuanto una chica se enteraba de que tenías poderes mágicos, le faltaba tiempo para juntar sus labios con los tuyos.

«¿Te estás quejando, idiota? ¿No te gusta?».

«Sí», se admitió a sí mismo. «Claro que me gusta».

Ella seguía besándole. Había pasado los brazos alrededor de su cintura y se apretaba contra él y...

Un claxon de coche les interrumpió. En una casa tan pequeña y próxima a la calle, sonó como si el vehículo estuviera dentro de la salita con ellos.

—Gracias —repitió ella.

Danny no supo si se refería a lo de su enfermedad o al beso en sí. Si era al beso, estuvo tentado de responderle como los tenderos a sus clientes: «Gracias a ti».

No dijo nada y la siguió hasta el coche.

¿De verdad era tímida? No fue la timidez lo que hizo que abandonara su asiento al lado de su padre y fuera detrás, con Danny.

—No está bien que vaya sentado solo —le dijo a su padre, por toda explicación.

—Pero que yo vaya solo sí te parece bien —bromeó el entrenador.

¿Acabo de hacerme novio de la hija de Liedert? Estoy atrapado en la trama de una novela romántica juvenil. Una novela para chicas, con lo que mi única preocupación serán los romances y no que alguien intente matarme.

«Con Xena y Pat ya tenía montado el triángulo. ¿Y ahora qué? ¿Con Nicki completo el cuadrado? No, aquí hablamos de algo más contundente, somos un tetraedro».

Sin embargo, cuando llegaron al instituto, ocurrió algo muy extraño: Nicki no intentó seguirle, se quedó al lado de su padre. Se limitó a decirle adiós con la mano.

—Tenemos que arreglar su papeleo —explicó Liedert.

Cuando Nicki apareció a mitad de su primera clase, Danny se preguntó si habría organizado su horario para coincidir con él. Pero la chica no hizo ningún gesto que delatara que ya se conocían.

—Vaya preciosidad —susurró uno de los chicos. Y al oír el comentario, Danny fue consciente de que Nicki era muy atractiva. Nunca pensó que fuera fea, pero de pronto la veía atractiva, no sólo agradable. Su figura era la de una estudiante de instituto, pero sus pechos eran evidentes, aunque, a diferencia de Laurette, no exhibía escote.

«¿Cómo es posible que no me diera cuenta? Cuando me besaba y se apretaba contra mí, no sentí ese pecho perfecto».

Nicki se volvió hacia el chico que la había piropeado y le dedicó una de sus sonrisas tímidas. ¡Vaya! Conocía esa sonrisa. Era una que empleaba a convenciencia. Una sonrisa que decía: «soy tímida, muy tímida» y que debía haber ensayado durante horas delante de un espejo.

«¿Ha estado jugando conmigo?».

El resto de la jornada no jugó con él en absoluto. A no ser que ignorarle formara parte del juego. Danny no se la quitó de la cabeza en todo el día. Por la mañana, vestida con un camisón y una bata, había estado en el porche observándolo mientras corría. Más tarde, había entrado en el baño mientras él se duchaba, para coger su ropa y lavarla. Y en su casa, había fregado los platos y culminado su visita con un beso apasionado y un abrazo apretado. ¿Y ahora pasaba de él en clase?

Vale, dos pueden jugar al mismo juego.

Sólo tardó un momento en darse cuenta de que no era cierto. Las chicas pueden jugar con los chicos, pero los chicos son incapaces.

«Yo, al menos, no puedo. La miro a ella y ella me ignora. Es como si me hubiera teletransportado y la estuviera espionando por una mirilla; entonces no me miraría porque sería invisible. ¿Por qué le doy tantas vueltas? Porque no puedo dejar de mirarla. Está jugando conmigo y funciona. Bailo al son de su música».

Se propuso el objetivo de ir a comer con sus amigos, pero eso le hizo sentirse

peor. Todos actuaban con normalidad —el acoso de Xena ya entraba dentro de lo normal— excepto Pat, que también había decidido jugar al mismo juego que Nicki: «si yo no te miro, tú no existes».

En este caso era diferente, Pat y él eran amigos, y la idea de besarse había sido más iniciativa suya que de ella.

¿O no? Todas las chicas tenían algo de magas mentales. Conseguían someter a los chicos y hacer con ellos lo que les apetecía.

Por primera vez en su vida, Danny envidió a los gais, que no tenían que vérselas con chicas incomprensibles. Pero nada más pensarlo, tuvo que reconocer que no era cierto, que en realidad todo el asunto era de lo más excitante. Complicado, también, e incluso peligroso. Y no olvidaba que cuando decidió matricularse en el instituto lo hizo para conocer chicas.

Esa tarde, antes de la clase de educación física, le trajeron un mensaje del director. «Ven ahora mismo», decía el escrito.

—¿Qué has hecho a nuestras espaldas? —preguntó Wheeler.

—Nada —respondió Danny—. Ya estoy en el equipo de Lieders. ¿Qué querrá el director ahora?

—¿Te acompaño? —se ofreció Hal.

—¿Buscas un pretexto para no ir a clase de gimnasia? —preguntó Danny.

—Yo siempre.

—No te preocupes. Lieders está de buen humor. Su hija ha recuperado la salud y ha vuelto a clase.

—No sabía que tuviera una hija —dijo Hal.

—Tampoco yo, y menos que estuviera enferma —comentó Wheeler.

—¿Alguien se acostó con Lieders? —dijo Hal, fingiendo asombro.

—Tiene un buen empleo —dijo Danny—. Hay mujeres que buscan hombres con trabajo.

—¿En serio? —preguntó Wheeler—. Es la primera vez que me ofrecen una razón de peso para terminar los estudios. Conseguiré un empleo para que las mujeres quieran estar conmigo.

—De eso nada, tío —dijo Hal—. A ti te tocará nadar contracorriente y desovar.

Danny los dejó conversando y se fue a ver al director.

Mamá y Baba estaban sentados en el despacho, frente al escritorio. En cuanto entró Danny, Baba se puso de pie.

—Danny, somos tus tíos Alf y Gerd. Sé que hace mucho que no nos vemos, pero en cuanto nos enteramos de que vivías aquí con la tía Vivi y que ella nunca está en casa, decidimos venir a verte.

—No sabíamos que su tutora estaba ausente —dijo el director.

—No lo está —dijo Danny—. Nos vemos casi a diario. Yo a estas personas no las

conozco. ¿Les ha pedido algún tipo de identificación?

—Sólo queremos hablar contigo, Danny —dijo Baba con una risita.

—No sabíamos cómo contactar contigo —dijo Mamá—. Nunca contestas al teléfono.

—No tengo teléfono —dijo Danny.

—¿Ves como es complicado? —dijo Baba—. El director Massey nos ha cedido su despacho para que podamos conversar.

—No —dijo Danny, y se dispuso a abandonar el despacho.

—¡Vuelve ahora mismo aquí, jovencito! —exigió Massey.

Mamá fue detrás de él.

—Por favor —susurró—. Por favor, te lo suplico. Quédate si significa algo para ti.

—Durante la mayor parte de mi vida, has sido importante —respondió Danny, también susurrando—. Y casi acabo en la colina de Hammernip. ¿Y si le digo al director que hable con el sheriff para que investigue un poco por la zona?

—Por favor —repitió ella.

El director Massey había salido tras ellos al pasillo.

—Danny North, eso ha sido lo más grosero que te he visto hacer desde que te conozco; y viniendo ti, es todo un logro.

—No recuerdo que esta gente haya tenido un solo gesto de cariño conmigo —dijo Danny—. Me he establecido aquí y no tengo ni idea de qué quieren. ¿No hay reglas que prohíben a extraños contactar con los alumnos en el instituto?

—Pero... —el director Massey abrió las manos en un gesto de impotencia—. No pensé que fueran extraños. Y no creo que lo sean. Existe un indudable parecido entre vosotros.

Danny no supo qué decir a eso. Jamás se le ocurrió que no podría negar el parentesco que le unía a sus padres. Se parecía a Baba. Y también a Mamá. Se parecía a los dos. Si el director Massey tenía una pizca de inteligencia, se estaría preguntando cómo era posible que Danny se pareciera a su tío y a su tía a la vez, cuando con uno de ellos no debía tener vínculos sanguíneos.

—Hablaremos en el aparcamiento —dijo Danny—. Hablaremos en un sitio del que me pueda marchar cuando me apetezca.

«Ahí nadie va a cogerme por sorpresa», añadió Danny para sí.

—Me parece bien —cedió Massey.

—De hecho, saldremos al aparcamiento de la calle, al que está fuera del recinto escolar. Así no tendrá problemas, director Massey.

—Muy considerado por su parte.

Lo dejaron atrás y caminaron en silencio. Silencio parcial, porque Mamá intentaba mantener una conversación hasta que Danny le pidió que se callara y

aceleró el paso. Cuando llegaron, Baba y Mamá jadeaban a causa del esfuerzo de mantener el ritmo de alguien más joven y que, además, era un atleta, y no pudieron pronunciar una sola palabra.

—Os dije cuáles eran las condiciones —dijo Danny—. Os dije que acudiría para conocer vuestra respuesta. Os dije que no me buscarais. Se acabó. No hay Gran Puerta para vosotros. De todas formas, habríais sido demasiado peligrosos. Los dos.

—La Familia no nos ha elegido a nosotros —dijo Baba, ya recuperado del esfuerzo—. Ya no soy Odín.

—¿Han vuelto a nombrar a Gyish? ¿O ha sido Zog?

—Mook —dijo Baba—. No podían seguir confiando en nosotros. Soy tu padre y saben que conspiramos para mantenerte con vida aun después de saber que eras un mago teleportador. Somos afortunados de no haber acabado en la colina de Hammernip; la Familia ha corrido un riesgo enorme por nuestra culpa.

Danny quería decirles que no se creía ni una sola palabra. Pero no era cierto, Baba le estaba diciendo la verdad. Mamá y él se habían arriesgado al no matarle en cuanto supieron que era un mago teleportador.

—Mook te dará nuestra respuesta. Nos han excluido del consejo.

—¿Y qué hacéis aquí? ¿Venís a por una invitación privada a la Gran Puerta? Todavía no la he creado y mantengo lo que dije, no haré favores a nadie.

—No tiene que ver con la Gran Puerta —dijo Baba, impaciente—. Es sobre nosotros. Venimos como padres. Queremos darte una explicación. Desde el principio, tuvimos la esperanza de que fueras un mago teleportador. No queríamos tener un bebé normal, te queríamos a ti. Un hijo embaucador, locuaz, con una extraordinaria facilidad para las lenguas y sin lealtad hacia nadie, porque así son los magos teleportadores. Queríamos que abrieras un camino a Westil, claro que sí. Antes de conocerte, nuestra intención era utilizarte. Ésa es la verdad.

—Y sigue siendo vuestra intención —dijo Danny.

—Sí, porque no hemos perdido el juicio —admitió Baba—. Existes. Todo el mundo quiere cruzar la Gran Puerta. ¿No esperarás que nosotros, de entre todos los westilianos en Midgard, sólo nos preocupemos de nuestro amado hijo, sin dedicar un pensamiento a las puertas por las que te concebimos?

—No espero nada de vosotros —dijo Danny—, y me alegro, porque «nada» es lo que he recibido siempre.

—Danny, te dimos todo lo que estuvo en nuestras manos —dijo Mamá. Se acercó a él—. Y no me refiero a que te diéramos la vida. Les pedimos a Mook y a Lummy que cuidaran de ti. Que te dieran de cenar cuando llegabas tarde a casa. Que te escucharan y respondieran a tus preguntas. Que te vigilaran para evitar que cometieras imprudencias que te pusieran en peligro. Y nos aseguramos de que Thor estuviera a cargo de la red de vigilancia por si tenías que huir que nadie te

persiguiera.

—La Familia nos habría retirado la confianza para decidir si te hubiéramos mantenido a nuestro lado, —dijo Baba—. Tuvimos que elegir entre protegerte o ser unos padres cariñosos.

Danny sabía que era cierto, siempre lo había sabido.

Mamá interpretó el silencio de Danny como un paso hacia la victoria y quiso aprovecharlo. Le cogió por el brazo con suavidad, fue un gesto cariñoso.

Pero a Danny le habían tocado varias mujeres en las últimas veinticuatro horas. Estaba cansado de tanto contacto físico. El gesto de afecto de su siempre distante madre desató una oleada de emociones en su interior; no iba a consentirlo. Apartó el brazo.

—Si vuelves a tocarme, me largo —avisó Danny.

Mamá ahogó un sollozo y dio un paso hacia atrás. Se sujetaba la mano con la que había tocado a Danny como si hubiera sufrido una herida mortal.

—Nos sentíamos orgullosos de ti —dijo Baba, ignorando a su mujer—. Eras brillante. Supiste sobrevivir a tu condición de drekka cuando aún no sabías que eras un mago teleportador. Tomaste precauciones y triunfaste. Te admiramos y respetamos por ello. Dudo que yo mismo hubiera sabido controlar mis reacciones con la habilidad que tú mostraste. Y cuando fuiste consciente del poder que tenías, maduraste dando los pasos necesarios para escapar y salvar tu vida.

—Qué fácil es admirar a alguien desde lejos —dijo Danny. Pero las alabanzas de su padre le habían puesto al borde de las lágrimas.

«Los seres humanos somos simples máquinas», pensó Danny. «Aprieta el botón correcto y desatas una emoción. Igual que un robot con mando a distancia».

—Danny —dijo Mamá—. Sé que nos odias y lo comprendo.

Pero Danny no sentía odio. Estaba enfadado y dolido, pero no les odiaba. En realidad, siempre había deseado el cariño de su madre y la aprobación de su padre. Y ahí estaban ellos, ofreciéndole justo eso. Pero había pasado tanto tiempo reprimiendo sus sentimientos que no quiso ceder.

—Lo que me pedís, no lo tengo. Y si lo tengo, no es para vosotros —sentenció Danny.

—Temía que fueras a decir eso —dijo Mamá.

—Ya le advertí de lo que iba a ocurrir —añadió Baba.

Al oír a Baba, Danny temió que el encuentro no fuera más que una trampa; que al fracasar en su intento de ganarse su confianza, ahora intentarían matarle.

Se teleportó a diez metros de distancia.

Su madre rompió a llorar.

—No vamos a traicionarte —dijo Baba, con frialdad—. Tampoco podríamos, aunque fuera nuestra intención.

—Vámonos, Alf —dijo Mamá.

—De acuerdo —dijo Baba y se dirigieron a la furgoneta.

Danny los observó marcharse. Vio a una pareja de mediana edad vencida por el dolor provocado por el rechazo de su hijo, cuando ellos habían hecho todo lo que se podía hacer. No eran los líderes de una Familia de magos despiadados los que se alejaban, eran sus padres.

Danny creó una puerta que pasó por encima de Baba y Mamá. Lo hizo con suavidad, con sumo cuidado. La pareja no se desplazó un sólo milímetro. Estaba convencido de que no habían notado nada. Pero el paso de los dos se hizo más ligero y vivo. Danny no quería castigarles. Ya no. Sólo quería que dejaran de buscar su cariño. No porque no quisiera dárselo, si no porque, aunque quería creer en su sinceridad, tenían tantos motivos para mentirle que no se podía permitir el lujo de confiar en ellos.

MIDGARD

Pan y Anonoei discutieron sobre qué hacer con los niños. Eluik y Enopp eran jóvenes y carecían de poderes, pero también eran su mejor baza. Sin los dos hijos del rey Prayard, potenciales herederos del trono, Anonoei no sería nadie en el reino. Sus poderes de maga mental debían permanecer en secreto si quería sobrevivir. Los niños eran lo único que importaba.

Anonoei quería mantenerlos a salvo a cualquier precio. Y en eso estaba de acuerdo con Pan. Sólo diferían en cómo garantizar esa seguridad.

—Admites que no eres el creador de la puerta, que no la controlas —dijo Anonoei.

—Nadie la controla ahora mismo —dijo Pan—, pero existe. Funciona. No hay peligro en la puerta. ¿Te mentiría sobre algo así? No olvides que yo también cruzaré la puerta con vosotros.

—Su sitio está aquí —dijo Anonoei—. ¿Quién conoce al rey Prayard en Midgard? ¿Qué protección puede ofrecerles su padre en ese mundo?

—Es que ésa es su protección —dijo Pan—. Su padre no es nadie en Midgard, nadie querrá hacerles daño por ese motivo. No existirán motivos para matar o apresar a tus hijos. Su falta de importancia será su mejor protección. Aquí tendrías que dejarlos a cargo de alguien que mereciera tu total confianza. ¿Existe tal persona?

Anonoei mencionó a varias personas del castillo en quien confiaba, pero Pan, que había recorrido cada rincón del hogar del rey y conocía los secretos que ocultaban todos sus habitantes, las fue descartando una por una. Anonoei descubrió la amarga realidad que escondían aquellos en quienes había confiado.

—Nunca he tenido amigos —se quejó con tristeza.

—Nadie tiene amigos —repuso Pan—. Yo fui un fiel amigo de Bexoi, pero te mantuve con vida cuando ella me pidió que te matara.

—Por motivos que te convenían —dijo Anonoei.

—No he dicho que mis razones fueran altruistas —dijo Pan—. Pero ahora quiero que tus hijos vivan y antes confiaré en alguien de Midgard que en cualquiera que habite las tierras de Iceway o cualquier otro reino de Westil.

—En ese caso, yo misma me quedaré con ellos. Aguardaremos juntos tu regreso.

Pan le comentó que la mágica llegada a la aldea de una mujer junto a sus hijos, obra de un mago teleportador, no había pasado inadvertida y que muy pronto la noticia se extendería por todo el Graybourn hasta alcanzar Kamesham, la capital del reino, y el castillo de Nassassa. Su aparición en las tierras altas justo cuando una

mujer y dos niños, amenazados de muerte por los soldados del rey, desaparecieron de las cuevas bajo el castillo iba a disparar las alarmas.

—Si os quedáis aquí, morirás —dijo Pan—. Tampoco pueden quedarse estas buenas gentes que os han alojado o sufrirán torturas para que confiesen lo que saben sobre vosotros.

—Cuando dije que me quedaba aquí no me refería a esta aldea —aclaró Anonoei—. Quería decir que nos quedaríamos en Westil, pero sin pasar por la puerta.

—Deja de malgastar mi tiempo con tus ridículos temores —saltó Pan—. Si de verdad tuvieras tanto miedo, habrías intentado emplear tus poderes mentales conmigo para que cediera a tus propósitos. No lo has hecho, así que no creo que tus miedos sean tan grandes.

—¿Funcionarían mis poderes contigo?

—Sí, hasta que me diera cuenta y me teleportara. Aprecio que no lo hayas intentado. Yo también puedo teleportarte a ti y a tus hijos a la Gran Puerta y obligaros a cruzarla, pero prefiero razonar contigo. Ya os he manipulado bastante en el pasado.

—Sé lo que ocurre con las puertas —dijo Anonoei.

—¿Qué sabes? ¿Qué puedes saber? No ha habido puertas en Westil desde hace catorce siglos, salvo las que yo he creado.

—Ha habido más puertas —insistió Anonoei—. Todo el mundo ha oído las historias que se cuentan sobre ellas. Los magos teleportadores las creaban e iban de un lugar a otro, hasta que el Ladrón de Puertas las arrebatava dejando al mago sin nada. ¿Qué pasará si él...?

—¿Acaso no has entendido nada, mujer? —rugió Pan—. Yo soy el Ladrón de Puertas. Yo. Por eso pude crear vuestras mazmorras con mis puertas y os mantuve encerrados durante años sin que nadie las robara.

—¿El Ladrón de Puertas? Sí, he entendido lo que decías desde el principio, pero no esperarás que me lo crea, ¿verdad? Si fuera cierto, tendrías más de mil años de edad y pareces sólo un crío.

—¿Por qué alguien habría de buscar la inmortalidad atrapado en un cuerpo envejecido? —preguntó Pan—. Pero no soy inmortal. Un mago arbóreo persuadió a un árbol para que me permitiera teleportarme a su interior, entre la corteza y la madera. Allí creé una puerta diminuta que me desplazaba hacia arriba con la lentitud con que crecía el propio árbol. Cruzar la puerta me regeneraba, sanando todos mis males y también los de árbol. Vivíamos sin envejecer ni enfermar. Y yo vigilaba. Percibía cualquier puerta que creaba un mago. Al principio, mis poderes eran inmensos, como lo serán los tuyos si cruzas la Gran Puerta, pero con el tiempo, ese efecto se diluye. Me tuve que esforzar más, concentrarme para captar las puertas. Mis auras recorrían el mundo, atentas, vigilantes. Durante los primeros quinientos años, no percibí nada en Midgard; y a lo largo de mil años, las puertas en Westil no fueron

más que un lejano recuerdo, un susurro sin importancia, excepto cuando un mago teleportador intentaba crear una Gran Puerta. Entonces era como si alguien diera un alarido. Las puertas se enlazaban entre ellas y volaban hacia lo alto, hacia el cielo, hasta que yo intervenía y las devoraba. Ése era el cometido del Ladrón de Puertas. No era más que la sombra de un hombre morando en el interior de un árbol; no veía, ni oía nada y sólo contaba con la compañía de las puertas robadas a magos muertos hacía largo tiempo.

—No eres tan joven como parece —comentó Anonoei bromeando.

—Al abandonar el árbol era igual que un adolescente sin familia. Ignoraba que yo era el Ladrón de Puertas, incluso ignoraba todo lo relacionado con la teleportación. Devoraba las puertas por instinto y creaba otras siguiendo el mismo impulso. Una buena mujer me acogió y acabé por considerarla mi madre, hasta que la asesinaron por negarse a participar en una conspiración contra la vida de la reina.

—¿Te refieres a Hull? —preguntó Anonoei.

—Por favor, no me digas que sabías de antemano que iban a matar a esa buena mujer —suplicó Pan—. Aunque prefiero conocer la verdad, si me mientes, no podremos ser amigos.

—¡Cuántas reglas! —exclamó Anonoei—. Yo miento siempre, a ti y a todo el mundo; y tú también. Somos humanos y mentimos porque es la única forma de convivir.

—Te equivocas —dijo Pan—. Podemos ser honestos el uno con el otro. Es posible que tomemos por cierto algo que no lo es, pero eso no afectará a nuestra honestidad. Hull siempre se comportó así conmigo y yo le correspondía.

—¿Sabía ella que eras el Ladrón de Puertas? —preguntó Anonoei. Sonrió ante el silencio de Pan—. Ya veo que no. Le contabas la verdad excepto cuando la verdad podía empañar la imagen que tenía de ti.

—¿Qué es lo que me quieres decir?

—Que creo que tienes razón: mis hijos estarán más seguros en Midgard. Si no estoy dispuesta a correr el riesgo de cruzar la Gran Puerta contigo, más vale que me resigne a perderlo todo. Tengo que confiar en ti, no tengo más opciones. Si me fío de ti y me traicionas, también me quedaré con nada. Por lo tanto, lo mejor es confiar en ti y esperar que las cosas salgan bien.

—Una apuesta inteligente.

—En una ocasión, confié en un rey —señaló Anonoei.

—Y nunca te falló.

—No es cierto, sí que me falló. Intentó encontrarme cuando desaparecí y fracasó en su empeño.

—Mi poder era demasiado grande —arguyó Pan—. ¿Qué podía hacer frente a un mago teleportador?

—La reina Bexoi se enfrentó a ti —replicó Anonoei.

—Asesinó a un bebé mientras yo estaba distraído. Una artimaña repugnante. — Pan hablaba con calma, sin reflejar la tristeza y la rabia que habían inundado su corazón y su mente ante la mención de Treta—. Y ella sabía que yo era un teleportador. Si Prayard hubiera sabido lo que era, habría sospechado de mí. Me habría torturado para averiguar dónde estabas.

—¿Torturarte a ti?

—Lo habría intentado.

—¿Llegó a preguntarte si sabías algo?

—Sí. Le dije que te había buscado en vano por todo el castillo. Y que tampoco había visto que nadie te sacara al exterior. Como verás, dije la verdad.

—Y también mentiste, lo mires como lo mires —dijo Anonoei—. Soy una estúpida al confiar en ti.

—Los dos nos tenemos el uno al otro y a nadie más.

—¿Y pretendes usarme contra Bexoi? —dijo Anonoei—. ¿Por qué no la teleortas al fondo del mar y ya está?

—No. Quiero verla vencida y que reconozca su derrota —dijo Pan—. Quiero que te vea ocupando su sitio y a tus hijos ocupando el que ambiciona para el suyo.

—Ahora confío en ti —rió Anonoei—. Ahora sé cómo eres.

Pero no lo sabía. No conocía nada de lo que sentía y pensaba Pan. Sí, era venganza lo que quería, y así se lo había hecho saber a Anonoei; sin embargo, hasta que la viera sentada al lado del rey y a sus hijos como legítimos herederos del trono, la culpa que lastraba su espíritu no desaparecería, y era una carga que soportaba con gran dificultad.

«¿Acaso pretendo sacrificar catorce siglos de esfuerzo por una simple venganza? Bexoi jamás respondería ante la justicia. La reina jugaba al mismo juego de todas las casas reales. ¿Era Bexoi un monstruo por hacerlo bien?».

No, Pan seguía empeñado en su propósito principal: impedir que Bel volviera a caminar por Westil. Si además podía redimir los crímenes que había cometido contra Anonoei y sus hijos, mejor. Pero no permitiría que interfiriese con su objetivo principal.

En cuanto reflexionó sobre ello, se dio cuenta de que intentaba engañarse a sí mismo y rió en voz alta.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Anonoei.

—De mí mismo —contestó con sinceridad.

Explicaron a los niños el motivo del viaje que iban a emprender. El más pequeño, Elopp, asintió. Sin embargo, Eluik, con la atención fija e impasible en los adultos, no dio muestras de entender nada.

Pan se dirigió a Roop y Levet.

—Os he hecho un flaco favor al traer a esta mujer y sus hijos a vuestro hogar —les dijo—. Soy consciente de ello. Pronto vendrán los soldados y si no os matan de inmediato, os llevarán al castillo de Nassassa; allí os torturarán para que habléis de asuntos que ignoráis.

Levet comprendió y su rostro reflejó el enfado que sentía, pero no dijo nada. Roop, por su parte, se limitó a agachar la cabeza.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

—Hay un mago eólico llamado Ced, procede de Midgard. Un mago arbóreo del sur de Mitherkame se encarga de su entrenamiento. El mago arbóreo no tiene nombre porque los árboles carecen de lenguaje. Le he preguntado si tiene alguna objeción a que alguien cultive los campos cercanos a su hogar y me ha contestado que no. Respetad los árboles y tendréis su amistad. Hasta vuestra primera cosecha, el mago os mostrará cómo obtener el alimento necesario de los árboles.

—Entonces, hemos de abandonar nuestro hogar —se lamentó Levet.

—De nuevo —dijo Roop.

—No es la primera vez que lo hacéis. Y en esta ocasión será a un lugar más cálido, con un suelo fértil y una época de siembra lo bastante prolongada como para que vuestras semillas crezcan hasta ofrecer sus frutos.

—¿Y cómo pagaremos al mago? —preguntó Levet.

—No habrá pago —dijo Pan—. Ni siquiera os pedirá la mano de vuestra hija.

Roop y Levet se alarmaron ante el comentario.

—Os digo que no será necesario —insistió Pan.

—¿Acaso hay personas que exigirían un pago así? —preguntó Roop.

—Los reyes lo exigen entre ellos de forma constante. Así fue como la reina Bexoi llegó a Iceway. Fue obligada a casarse con el rey Prayard.

Roop cogió de la mano a Eko.

—¿Tenemos que marcharnos?

—O permitir que vuestro hijos se conviertan en huérfanos. O contemplar como los torturan ante vuestros ojos. Lo harán si creen que podéis guiarlos a donde nos ocultamos esta mujer, sus hijos y yo.

—Es una idea terrible ser tu amigo —dijo Eko.

—Lo es —asintió Pan—. Pero considerad que no os abandono a vuestra suerte, sin importarme vuestro destino.

—Jamás harías eso —dijo Eko—. No eres esa clase de persona.

«No tienes ni idea de la clase de persona que soy», pensó Pan.

—Te conozco mejor de lo que crees —añadió Eko, como si adivinara los pensamientos del otro.

—¿Lo conoces porque viste cómo salió del árbol? —se burló Bokky, el hermano pequeño de Eko.

—No, sé la clase de persona que es porque trajo a esta gente aquí —dijo Eko—. Confía en nosotros.

—Ojalá no lo hubiera hecho —dijo Levet.

—No ha olvidado que le tratamos con amabilidad —dijo Eko—. Y cuando necesitó a alguien que tratara a esta mujer y sus hijos con hospitalidad, los trajo a nuestro lado.

—Sí —dijo Pan, corroborando las palabras de Eko.

—Si tuviera que casarme con alguien para salvar a mi familia, lo haría —aseguró Eko, dirigiéndose a Pan.

—Nunca te pediría algo así.

—¿Nos protegerás de cualquier peligro? —preguntó Eko.

—Os llevaré al lugar más seguro que conozco aquí en Westil. Pero yo no estaré con vosotros. Es todo lo que puedo hacer.

Al final, vieron que no tenían más opciones, así que recogieron sus escasas posesiones. Pan creó una puerta y la cruzaron de uno en uno.

Anonoei y sus hijos observaron como se teleportaban.

Pan se volvió hacia ella cuando el último miembro de la familia de Roop y Levet cruzó la puerta.

—Ahora ya sabes lo que es —le dijo.

—¿Te refieres a la puerta? —preguntó Anonoei—. Crucé la de mi encierro tantas veces que perdí la cuenta.

—Me refería a la confianza.

—No son magos —replicó Anonoei—. No tenían alternativa.

—Ignoro qué poderes tienen esos niños. Sé que el padre tiene empatía con las plantas y la madre con las serpientes. Pero tienen alternativas, las mismas que tú.

—Tienes razón, las mías son tan escasas como las tuyas —se rió Anonoei. Luego se puso seria—. Es posible que su debilidad resida en que se aman.

A Pan le sorprendió tanto su último comentario que no supo qué decir.

—Viví demasiado tiempo en la corte —dijo Anonoei—. He conocido a gente que manipula, coacciona y desea a otra gente, pero rara vez he visto el amor.

—Tú quieres a tus hijos —dijo Pan.

—Apenas conozco a mis desdichados hijos —dijo Anonoei, apoyando una mano sobre la cabeza de Enopp y la otra sobre el hombro de Eluik—. ¿No acompañas a la familia para presentarlos al mago arbóreo?

—Él sabrá quiénes son en cuanto los vea cruzar la puerta. Y la puerta los llevará ante él.

—¿Y si deciden volver a través de la puerta? —preguntó Anonoei.

—La puerta ya no existe. La he recogido. Cuido mucho de mis puertas —dijo Pan—. Me quedan muy pocas, el Ladrón de Puertas me arrebató casi todas las que

poseía.

—Me dijiste que tú eras... —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Yo fui el Ladrón de Puertas durante más de mil años —se anticipó Pan—. Robé demasiadas auras. He sido castigado por ello y el castigo es adecuado.

Pan se volvió hacia Eluik, que no lo miraba.

—Cualquier poder que tengas o llegues a poseer —le dijo— se verá incrementado si cruzas una Gran Puerta.

El niño no reaccionó al comentario.

—Sigue cantándose a sí mismo —dijo Enopp.

Pan y Anonoei aguardaron a que el niño se explicara.

—Estábamos solos en las cuevas, siempre cayendo —dijo Enopp—. Nos cantábamos.

Pan se preguntó si Enopp tenía algún nexo con su hermano que le permitía saber lo que estaba haciendo durante su encierro.

—¿Era eso lo que tú hacías? —preguntó Anonoei.

—Claro —asintió Enopp—. Cantaba todas las canciones que conocía. Ojalá me hubieras enseñado más.

—Me alegro de que no sigas cantándolas ahora —dijo Anonoei.

—Oh, sí que lo hago —dijo Enopp—. Están en mi cabeza. No les presto atención, pero Eluik sí que lo hace. Intenta comprender lo que dicen.

—Pero si el lenguaje de esas canciones es el común —se extrañó Anonoei.

—No me refiero a las letras de las canciones —se impacientó Enopp—. Hablo de las palabras que ocultan esas canciones.

—¿Qué palabras son ésas? —preguntó Pan.

—Yo tampoco las entendía al principio, porque era muy pequeño. Había muchas palabras que no entendía entonces.

«Las palabras ocultas tras las canciones». Pan pensó que él conocía el origen de esas palabras y quiénes las pronunciaban. Las puertas que empleó en las cuevas estaban conectadas a su yacimiento; el lugar donde había encerrado miles de puertas de otros magos. Siempre habían gritado en su interior, aunque Pan no les prestaba atención. Pero si esas voces viajaban con las puertas, una criatura aislada, sin estímulos que la distrajeran, podía captar esas voces. Sobre todo si ese niño tenía puertas en su propio yacimiento, que no podía usar porque todavía era demasiado joven. Pero las puertas aprisionadas por Pan habían gritado a Enopp. Si el niño era un mago teleportador en potencia, las habría percibido al igual que Pan, en la plenitud de sus poderes, había sido capaz de localizar una puerta y su dueño en cualquiera de los dos mundos.

—¿Te gustaría venir conmigo y tu madre? —le preguntó Pan a Enopp, cogiéndolo de la mano.

—Y mi hermano —dijo Enopp.

—Sí, claro —afirmó Pan.

—Sí, quiero ir —dijo Enopp—. Es bueno haber abandonado la cueva; Eluik es incluso más feliz que yo. Está deseando acompañarte.

Pan volvió a mirar a los hermanos; al más mayor no parecía importarle que su hermano hablara por él.

Enopp cogió a su hermano de la mano y Anonoei le cogió la otra. Pan pasó la boca de una puerta por encima de los tres y aparecieron en el círculo de piedra donde la Puerta Salvaje resplandecía con nitidez, lista para que ser empleada por cualquiera. Por fortuna, el lugar apenas estaba habitado, la gente lo evitaba. Los círculos de piedra habían dejado de ser santuarios desde que las Grandes Puertas desaparecieron; ahora eran lugares asociados a la mala fortuna y nadie quería acercarse a ellos. Pero eso no duraría siempre, alguien acabaría por advertir la presencia de la Gran Puerta.

—No os separéis de mí —advirtió Pan. Tras tomar aire, cruzaron la puerta.

La Gran Puerta los devoró a los cuatro y se encontraron en un establo lleno de vacas. Vieron a una mujer colocando las copas de una ordeñadora automática en las ubres de una de las reses.

—¿Les espera alguien? —preguntó la mujer con amabilidad.

Empleaba la antigua lengua de West Ylly Way. Pan la entendió, porque ya había empleado la misma lengua con Danny North y Ced. Anonoei no entendió una palabra.

—Yo no la esperaba a usted —respondió Enopp, imitando su acento.

Un síntoma más de que el niño poseía el germen de un mago teleportador: el dominio de las lenguas.

—He venido aquí para hablar con Danny North —dijo Pan.

—No está aquí —replicó, dándoles la espalda.

Irritado por el comportamiento de la mujer, Pan se teleportó a su lado. Antes de que pudiera proferir palabra, una vaca le dio una patada en la pierna. Lanzó un grito de dolor y cayó al suelo. Pero creó una puerta, la cruzó y quedó curado al instante.

—Sólo hay una manera de castigar a un mago teleportador —repuso la mujer— cogiéndolo por sorpresa.

—¿Castigarme por qué? —exclamó Pan.

—Sé quién eres, Ladrón de Puertas —dijo la mujer—. Le advertí a él que nunca te trajera a Midgard, pero aquí estás. ¿Crees que la presencia de esos niños encantadores impedirá que te ataque? Y uno de ellos es un discapacitado, es una vergüenza que lo emplees como escudo contra mí.

—No sabía que estabas aquí —dijo Pan—. Ni sé quién eres.

—Es mi mujer —dijo la voz de un hombre.

Y, a continuación, Pan cayó en una grieta que se abrió a sus pies, lo bastante

grande para engullirle por completo.

Pan se teleportó a la buhardilla del establo.

—Hacerme caer a un foso no acabará conmigo —declaró Pan.

—¿No te dijo mi mujer que nuestro hijastro no está aquí?

—Ya volverá —dijo Pan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la mujer.

—Porque su percepción se ha agudizado tras cruzar la Gran Puerta y ya sabe que estamos aquí.

En ese momento, Danny North entró por la puerta del establo.

CONFIANZA

Danny se estaba vistiendo para acudir a su entrenamiento matinal cuando lo percibió. Algo había ocurrido en la Puerta Salvaje. Se quedó inmóvil, con los pantalones de deporte a la altura de las rodillas. La sensación no se repitió. Intentó comprender lo que acababa de experimentar. Procedía de la porción de su aura que formaba parte de la Gran Puerta del establo de los Silverman.

Cuando Vivi o Hermia cruzaban sus puertas, sentía lo mismo; pero en esta ocasión la sensación había sido mucho más fuerte.

¿Por qué? ¿Porque era una Gran Puerta?

No, porque más de una persona acababa de cruzarla.

Recordó que sintió lo mismo cuando sus amigos cruzaron la primera Gran Puerta que creó. Entonces no se había detenido a analizar la sensación porque tuvo que luchar contra el Ladrón de Puertas.

Ahora fue capaz de recabar muchos más datos: eran cuatro personas y habían cruzado la Gran Puerta desde Westil a la Tierra.

Los viajeros habían llegado al establo de los Silverman. Era la hora de ordeñar las vacas y Leslie se encontraría allí.

Danny hasta sabía quién era unos de los viajeros. Aparte de sentir que alguien había usado la Gran Puerta, también notó la agitación de las puertas cautivas en su interior. Las puertas hablaban, no con palabras, era algo más profundo, y repetían una y otra vez la misma frase: «Él viene. Él viene». Y las puertas que habían pertenecido a Loki comenzaron a brillar con fuerza porque su dueño y creador estaba en el mismo mundo que ellas. «Queremos ir a casa», decían, mientras forcejeaban en su encierro dentro del yacimiento de Danny.

El Ladrón de Puertas había traído a tres acompañantes a través de la Puerta Salvaje.

Danny se quitó los pantalones cortos, se puso unos largos, camisa, calcetines, zapatos y una cazadora. Esa mañana no iba a acudir al entrenamiento.

Una vez vestido, cruzó la puerta que iba desde su casa hasta la planta de arriba de la casa de los Silverman. Desde allí, anduvo hasta el establo expuesto a la gélida mañana otoñal. Los árboles exhibían copas de mil colores y había restos de escarcha en la hierba.

En el interior del establo encontró a Leslie y a Marion. Tenían su atención puesta en la buhardilla del establo, donde estaban Loki, una mujer y dos niños.

—Has tardado lo tuyo —dijo Marion.

—Me he tenido que vestir —dijo Danny.

—Gracias por hacerlo —dijo Leslie.

—Danny North —dijo Loki.

—No quiero que estés aquí —dijo Danny en westiliano.

—Vengo en busca de tu ayuda —declaró Loki—. Pero es complicado mantener una conversación cuando tu amigo se empeña en que me trague la tierra.

—Sólo quiero que te trague, pero no que te mastique —dijo Marion en westiliano con su particular acento.

—Lo sé —dijo Loki—. Tu compasión ha evitado que te teleporte al fondo de un río o al interior de un árbol.

—No le has hecho daño porque me temes —dijo Danny.

—No le he hecho daño porque yo soy el intruso y él protege su hogar y a su amigo —le corrigió Loki.

—Y no te has marchado porque me esperabas a mí.

—Prometo no hacerle daño a nadie —dijo Loki—. No intentaré recuperar mis puertas o devorar otras. A cambio, espero que no intentes devorar las pocas que me quedan.

—¿Puedo invitarles a entrar en casa? —preguntó Danny a Leslie y Marion.

—Serán nuestros huéspedes y tendremos que tratarlos como tal —dijo Marion.

—Lo sé —admitió Danny.

—Y tú también tendrás que hacerlo —le recordó Leslie.

—Todos acataremos las leyes de la hospitalidad —dijo Danny—. ¿No queréis saber quiénes son la mujer y los niños?

—Anonoei, antigua amante del rey Prayard de Iceway —intervino Loki—. Y los hijos no reconocidos del rey, Eluik y Enopp. Pronto representarán un papel de suma importancia.

Danny los saludó con una pequeña reverencia. Era un saludo ritual que todos los niños aprendían desde muy pequeños y se empleaba en ocasiones solemnes. Cuando era un niño, Danny se doblaba por la cintura al hacer la reverencia. Ahora, su saludo era el que dirigía un regente a sus súbditos, el mismo que empleaba Baba cuando actuaba como Odín. Todos fueron conscientes de lo que había hecho Danny. La mujer y los niños correspondieron al saludo con una gran reverencia en reconocimiento a Danny; no fue una reverencia de sumisión total, pero sí de respeto. El saludo de Loki también fue de reconocimiento a la posición de Danny. La jerarquía había quedado establecida.

—¿Podemos pasar a vuestro hogar? —preguntó de nuevo Danny a los Silverman. Leslie suspiró.

—Telepórtame a la cocina, por favor, Danny.

Danny la complació.

—Me gustaría ir andando con nuestros invitados —dijo Marion.

Loki comprendió la intención de Marion y en lugar de teleportarse desde la buhardilla al suelo, bajó por la escalera de mano. Anonoei y sus hijos le siguieron. Marion se puso al lado de Loki y caminó hacia la casa junto al anciano mago teleportador, aunque su aspecto ocultaba la edad que tenía.

Danny sabía que Marion advertiría a Loki de las consecuencias que acarrearían cualquier intento de agresión. También sabía que Loki se mostraría de acuerdo, sabedor de que podía teleportarse en cualquier momento lejos de las amenazas de Marion.

Mientras tanto, Danny sonrió a la mujer.

—Eres madre. Yo también tuve madre.

—Espero que la quisieras.

—Con devoción —respondió Danny—. ¿Por qué no te adelantas con tu hijo mayor y me permites que hable con Enopp?

Anonoei tomó a Eluik de la mano y salió del establo siguiendo los pasos de Marion y Loki.

—¿Son vacas? —preguntó Enopp.

—Sí —respondió Danny.

—Son enormes.

—Es posible que las vacas aquí sean más grandes que las del lugar de donde procedes —dijo Danny—. Éstas en particular están muy bien alimentadas y gozan de gran salud. Leslie las mimas. Aunque creo que todavía no las han ordeñado hoy. ¿Quieres ayudarme a hacerlo?

El niño asintió.

—Soy pequeño —dijo—. Y no soy muy fuerte. He estado en prisión.

—Lamento oír eso —dijo Danny—. ¿Hiciste algo malo?

—No, pero soy peligroso porque hay gente que cree que mi hermano o yo deberíamos ser herederos del trono de nuestro padre, en lugar del hijo de la reina Bexoi. Ella nació en Gray y su hermano es enemigo de nuestro reino.

—Me alegro de que te hayan liberado, ya que no hiciste nada malo.

—Yo también me alegro —dijo Enopp, encogiéndose de hombros—. Pero es mi existencia la que me pone en peligro.

—Te comprendo muy bien. Yo era más mayor que tú cuando la gente decidió que mi existencia me condenaba a muerte.

—¿Te metieron en una cárcel?

—Soy un mago teleportador —dijo Danny—. No les serviría de nada. O me dejan en paz, o me matan.

—O matan a alguien a quien amas —añadió Enopp.

—Ah, veo que comprendes cómo piensan los que tienen poder o ambicionan

tenerlo.

—Soy hijo de un rey —dijo Enopp—. Y creo que también seré un mago teleportador.

Mientras hablaban, Danny había colocado la ordeñadora en la ubre de una vaca.

—¿Te has fijado en cómo se hace? —preguntó Danny, señalando a la vaca.

—¿Le hace daño a la vaca?

—Está diseñada para encajar en la ubre —explicó Danny—. A la vaca le gusta.

—¿Qué es lo que hace?

Danny dedicó los siguientes quince minutos a explicarle el funcionamiento de una ordeñadora. Luego, Enopp le ayudó en todo lo que pudo.

—¿Qué piensas de Loki? —preguntó Danny.

—¿Quién?

—El mago teleportador que os ha traído hasta aquí.

—Pan —dijo Enopp.

La respuesta del niño desconcertó a Danny.

—¿Tienes hambre?

—No. Es su nombre —aclaró Enopp—. Madre le llama así.

—Pan —repitió Danny—. No es un nombre muy digno.

—Era espía en el castillo. Se metía en todas partes, lo veía todo. Hull le dio su nombre. Ella era cocinera, se encargaba del pan. Está muerta, la mataron porque se negó a participar en una conspiración para asesinar a la reina. Ojalá lo hubiera hecho, la reina es una zorra perversa.

Danny sonrió ante el comentario de Enopp, sin duda repetía lo que había oído.

—¿Y Pan? —preguntó—. ¿Es malo o bueno?

—Nos mantuvo encerrados —dijo Enopp—. Pero cuando la reina Bexoi le pidió que nos matara, no lo hizo. Se esforzó por alimentarnos bien. El día en el que los soldados vinieron a matarnos en nuestras prisiones, él nos liberó.

—Tuvo que ser aterrador —dijo Danny.

—Lo fue —afirmó Enopp—. Eran los soldados de mi padre.

—¿Conocían vuestra identidad?

Enopp lo pensó antes de contestar.

—No lo sé. Pero sabían que éramos niños.

—Cierto —comentó Danny—. ¿Por qué os ha traído vuestra madre aquí?

—En Iceway corremos peligro. Cree que aquí estaremos a salvo.

—Este mundo es tan peligroso como el tuyo. La gente muere aquí igual que allí.

—Cuando sea un mago teleportador, me ocultaré en un sitio donde nadie pueda encontrarme.

—¿Estás seguro de que eres un teleportador? —preguntó Danny.

—Se me dan muy bien las lenguas —dijo Enopp—. Eso es propio de los magos

teleportadores.

—Lo es. ¿Te gusta hacer travesuras y tomarle el pelo a la gente?

Enopp pensó su respuesta más de lo que Danny esperaba.

—No lo sé —respondió al fin—. Sólo llevo unas semanas en libertad.

—Habrás que vigilarte, entonces —bromeó Danny—. No vayamos a sufrir alguna de tus jugarretas.

Siguieron ordeñando a las vacas y, al terminar, Danny le cogió de la mano y se dirigieron a la casa.

En la cocina, Leslie había preparado la mesa. Había dispuestos platos para cada uno y una fuente de pan tostado. Recipientes con mantequilla, miel y confituras rodeaban la fuente de tostadas. Todos comían. Enopp corrió al lado de su hermano y comenzó a hablar con él. Danny observó que Eluik no respondía, ni siquiera daba muestras de escuchar a su hermano. Pero Enopp no cejaba en su conversación. Y no es que la actitud de Eluik fuera pasiva, comía como todos, aunque no parecía disfrutar de la comida a pesar de que era excelente.

—¿Te ha aburrido mi hijo? —preguntó Anonoei—. Habla como si fuera un filósofo o un gran político, convencido de que el mundo está ansioso por escuchar sus palabras.

—Yo estaba en verdad ansioso —dijo Danny, empleando la lengua y los giros que había escuchado cuando espiaba las reuniones de los adultos en la biblioteca de la familia North—. Me sorprende la felicidad de tu hijo, considerando que ha estado preso tanto tiempo.

—Es un chico duro —dijo Anonoei.

Danny observó a Eluik, aunque enseguida apartó la vista y se centró en el Ladrón de Puertas.

—Has alcanzado tu primer objetivo —dijo Danny—. Has cruzado una Gran Puerta.

—Mi primer objetivo era que tal puerta jamás llegara a existir —dijo Loki—. Al fracasar en mi cometido, creí que no me vendría mal reforzar el escaso poder que me resta.

—Sabes más que yo sobre nuestros poderes —dijo Danny—. Nuestra potencia depende del número de puertas, pero la destreza depende de los conocimientos y de la experiencia. Yo cuento con la potencia, pero tú cuentas con la habilidad que te han dado los años de práctica.

—Una larga práctica seguida de un período aún más prolongado de inactividad —dijo Loki—. He pasado catorce siglos en el interior de un árbol, atento a la ocasional creación de puertas que me apresuraba a devorar.

—Pero abandonaste el árbol antes de que yo creara una Gran Puerta, ¿verdad?

—Sí, aunque antes ya habías creado una buena cantidad de puertas —dijo Loki

—. Unos cientos de ellas, si no me equivoco.

El Ladrón de Puertas acaba de reconocer que llevaba tiempo vigilando a Danny. Que había percibido, aunque de forma vaga, que era un gran mago en potencia.

—No era consciente de que creaba puertas —confesó Danny.

—Cuidado con lo que cuentas —le avisó Marion.

—Lo sabe todo —dijo Danny—. Me ha estado observando desde antes incluso de saber quién era yo.

—Qué manera de hablar —dijo Leslie—. Me recuerda a mis clases de westiliano.

—Los magos teleportadores y sus habilidades lingüísticas —comentó Marion en inglés.

—He procurado aprender un poco de vuestro inglés —dijo Loki. Habló con lentitud, aunque su acento de Ohio era casi perfecto.

—¿Cómo es posible? —quiso saber Leslie, hablando en inglés—. ¿Quién te ha enseñado en Westil? ¿O es que tienes espías aquí?

—Los tiene —dijo Danny, también en inglés.

Leslie se levantó y fue hasta el fregadero, donde se volvió adoptando una postura defensiva. Estaba asustada.

—Yo soy el espía —dijo Danny—. Mejor dicho, sus espías están en mi interior, son las puertas que le arrebaté. Miles de ellas. A través de ellas puede ver algo, pero, sobre todo, puede escuchar.

—¿Cuánto sabe? —exigió Marion.

—Lo ignoro —reconoció Danny—. Sus puertas sólo me reclaman que devore todas las posibles. Si él hubiera devorado las mías, sabría qué vínculo mantiene un mago teleportador con las puertas que le han arrebatado. Aunque confieso que, dado el coste, prefiero no saberlo.

—Si pudiera oír tanto como crees, mi dominio de vuestra lengua sería mejor —matizó Loki, volviendo al westiliano—. Apenas veo nada, me encuentro atrapado en el seno de la mente de Danny North. Pero allí es donde mora su conocimiento de lenguas y también su memoria. No puedo hurgar en su mente con libertad, pero oigo sus pensamientos cuando los convierte en habla. Veo sus recuerdos cuando se concentra en ellos. No soy un espía. Soy su prisionero y no tengo más alternativa que ver y oír lo que él me muestra.

Danny no le creyó. El problema es que no sabía en qué le engañaba. Era posible que oyera y viera más de lo que admitía o, también, que no hubiera captado nada en absoluto hasta que el paso por la Gran Puerta aumentó sus poderes.

—¿Para qué has venido aquí? —preguntó Danny—. Has venido acompañado, por lo que tus motivos van más allá del interés por aumentar tus poderes.

—Sus vidas están en peligro —replicó Loki—. Aquí estarán a salvo.

—Eso es absurdo —dijo Marion—. Todos los magos del mundo nos atacarán en

cuanto conozcan la existencia de la puerta salvaje en nuestro establo. Éste es el lugar más peligroso de la Tierra.

—¿Y quién se atreverá a hablar sobre la puerta salvaje? —soltó Loki. Luego levantó una mano—. Que nadie lo interprete como una amenaza.

Marion no aceptó la aclaración.

—¿Y cómo tenemos que interpretar esa frase?

—Como una observación —dijo Loki—. La Puerta Salvaje se creó hace varios días y nadie ha venido por aquí. Si conocieran vuestro secreto, os habrían asaltado.

—Temen nuestros poderes —arguyó Leslie—. Marion y yo hemos cruzado la Gran Puerta. Puede detener a cualquier mago de las bestias que lance a sus efigies contra nosotros. La tierra que nos rodea está bajo el control de Marion. Y Danny teleportará a cualquier intruso lejos de aquí, si nos derrotan a nosotros.

—¿Crees entonces que conocen la existencia de la puerta y que sólo aguardan al momento adecuado? —preguntó Loki.

—¿Qué buscas? —exigió Marion—. No creo que esta mujer esté aquí por su protección; percibo un gran poder en ella.

—También lo he percibido yo —dijo Leslie—. Es una maga y, al cruzar la Gran Puerta, se ha convertido en alguien muy peligroso.

—Es cierto —dijo Anonoei—. Pero desconfiáis de mí y eso demuestra que no he empleado mis poderes contra vosotros.

Marion no tardó en comprender las implicaciones del comentario. Se reunió con Leslie en el fregadero.

—Danny, es una maga mental —dijo Marion en inglés.

—Ya me he dado cuenta —dijo Danny—, pero tal y como ha dicho, no ha usado sus poderes.

—O es tan poderosa que jamás nos daríamos cuenta de que lo ha hecho.

—¿Y qué crees que gana despertando nuestras sospechas? —preguntó Danny.

—Si intentara usar su poder, yo mismo la teleportaría —afirmó Loki—. No gano nada con vuestra enemistad y ella tampoco. Nos enfrentamos a un enemigo mortal en Westil: una maestra del fuego, puede que una señora del fuego.

—La reina Bexoi —añadió Enopp—. La legítima esposa de nuestro padre.

Danny comprendió que Bexoi era el objetivo de Anonoei. La determinación en su rostro, la mano protectora sobre el cuello de Enopp, el gesto desafiante; todo indicaba que decía la verdad.

Con Loki era distinto. También afirmaba que Bexoi era su enemiga, pero Danny estaba convencido de que su objetivo era otro.

—Tú quieres que Anonoei triunfe —le dijo Danny—. Quieres que luche contra Bexoi, pero no es ése el motivo de tu viaje.

—Ced —aventuró Leslie—. El mago eólico que se quedó en Westil.

—Somos amigos —admitió Loki—. Conseguí que detuviera su afán destructor. Ahora estudia con un mago arbóreo para controlar sus poderes.

Danny adivinó que era cierto, pero que no contaba toda la verdad.

—¿Es necesario que hablemos a solas? —preguntó a Loki.

Loki observó a Danny antes de responder; mientras lo hizo, las puertas del Ladrón de Puertas en el interior de Danny se mostraron inquietas.

—Tienes algo que necesito —dijo Loki.

—Recupéralas si eres capaz —le desafió Danny—. Pero te advierto de que cuento con el poder y conocimiento necesario para arrebatarte las pocas puertas que conservas. —Danny decía la verdad, aunque ignoraba qué alcance tenían los poderes de Loki tras cruzar la Gran Puerta.

—Me has malinterpretado —dijo Loki—. Y no quiero ocultar nada a tus amigos. Todos pueden conocer lo que he venido a buscar, aquello que necesito con desesperación.

—Y si no son tus puertas, ¿qué es? —preguntó Danny.

—Tu confianza —respondió Loki.

Danny miró a Anonoei.

—Ahora lo comprendo, estás aquí para que confíe en él... usando tus poderes como maga mental.

—Imaginemos que es cierto, ¿está dando resultado? —preguntó Anonoei.

—No —respondió Danny.

—Por lo tanto, tendrás que admitir que ése no es el plan. No tengo ni idea de lo que busca, a mí no me ha contado nada.

—La confianza no es nada por si sola —dijo Danny—. ¿Por qué quieres que confíe en ti?

—Hay una guerra muy anterior a tu tiempo y también al mío —comenzó Loki—. Una guerra tan antigua como la humanidad entre los magos bel y los magos primigenios.

Danny aguardó en silencio a que Loki siguiera hablando.

—Necesito que te hagas cargo de mi labor —dijo Loki—. Sé que no confías en mí y el simple hecho de que lo mencione, hará que tu desconfianza aumente. Sin embargo, la guerra debe ser librada o se perderá. Carezco de las puertas necesarias para afrontar mi responsabilidad; a partir de ahora, tú nos protegerás de Bel.

Danny recordó las runas que había leído en la Biblioteca del Congreso: «Escuchad moradores de la tierra de Midgard, escuchadnos navegantes de los grandes barcos de Iceway, habitantes de las dunas errantes de Dapnu Dap, magos silenciosos del Bosque y ágiles jinetes de Wold».

Recitó las runas empleando la antigua lengua en que estaban escritas, una lengua que Loki debía conocer: Fistalk. La lengua nórdica tal y como se hablaba tras la

influencia de la lengua semítica hablada por los cartagineses.

—Eso es muy antiguo —murmuró Loki—. ¿Dónde lo has leído?

Danny siguió con la cita: «Nos hemos enfrentado a Bel y él ha conquistado el corazón de muchos. Los hombres valerosos huyeron igual que el ciervo ante el cazador, pero Loki no huyó».

—Yo no soy ese Loki —dijo Loki.

—¿Conoces el relato? —preguntó Danny—. ¿Es la guerra de la que me estás hablando?

—Él pensó que había ganado, lo mismo que yo. Pero nunca ganamos. No puede morir y derriba cualquier muro que alcemos para protegernos. Siempre vuelve.

—¿No fue arrojado al sol? —preguntó Danny—. ¿Cómo pudo sobrevivir?

—Su cuerpo murió —dijo Loki—. Su esencia, no. La esencia no puede morir; ni la suya, ni la nuestra.

—Pero nosotros sí morimos —dijo Danny.

—Mueren nuestros cuerpos —dijo Loki—. Pero sabes que nuestras auras pueden sobrevivirles; ahí tienes las puertas antiguas que mantuve cautivas durante tanto tiempo. Siguen vivas en la puerta salvaje.

—Pero carecen de esencia.

—No seas necio —espetó Loki—. No podrían vivir sin la esencia. El aura vive gracias a la esencia. La puerta salvaje rebosa cólera procedente de las esencias, están furiosas porque les arrebaté sus puertas.

—Entonces, la esencia de Bel no murió con su cuerpo.

—Tardó mil años en volver a Midgard y su cólera era infinita.

—¿Qué hizo? —preguntó Danny.

—Menos de lo que habría querido —dijo Loki—. Lo conquistó todo, hasta que cerré todas las puertas. No pudo poseer a ninguno de nuestros magos y seguirlos hasta Westil porque no había puertas. Nuestros magos lo derrotaron.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Danny—. Con la desaparición de las puertas, tú también te marchaste.

—Si no le hubiéramos detenido, no estaríamos aquí hablando. La lengua de Westil se habría extinguido en este mundo. No habría surgido un Gran Mago Teleportador en alguna de las Familias capaz de crear una Gran Puerta. Cuando apareciste tú, supe que había conseguido mantener a Bel preso en Midgard durante catorce siglos.

—¿Y ahora crees que se liberará e irá a Westil a través de mis puertas?

—Sé que lo hará —dijo Loki—. Yo no puedo detenerle y tú no sabes cómo hacerlo, por eso solicito tu confianza. Deja que te enseñe cosas que nadie dominaba antes de mí. Sólo tú puedes aprenderlas.

—Te refieres a devorar puertas —dijo Danny.

—No. En los versos que me has recitado, el Loki de ese tiempo ya devoraba puertas. Y también lo hacía el Gran Mago Teleportador persa al que capturó Bel y utilizó para sus propósitos.

—¿Y qué me quieres enseñar, entonces?

—No confíes en él —saltó Marion—. Te quiere embucar con la promesa de poder. Es igual que las tentaciones que sufrió Cristo.

—Sí, es lo mismo —aceptó Loki—. Pero el fin es muy distinto.

—¿Sabes quién era el dios cristiano? —se asombró Leslie.

—Abandoné Midgard en el año 632 —repuso Loki, con impaciencia—. El Imperio Romano había caído y los cristianos poblaban toda Europa. Bizancio gobernaba Oriente. Lo sé todo sobre los dioses semíticos. Estudié en Egipto, leí todos los evangelios, estaba al tanto de los conocimientos de los antiguos coptos ¿Qué crees que quiero enseñarle al chico?

—¿Cómo quieres que lo sepamos? —dijo Marion—. Se lo habríamos enseñado nosotros si lo supiéramos.

—Danny North, enseñarte es la tarea más peligrosa que emprenderé —dijo Loki—. Una vez hayas adquirido los conocimientos, si Bel te captura, todo estará perdido y Westil caerá.

—No me enseñes —sentenció Danny.

—Sólo tú tienes el poder para hacerle frente. ¡Mírame! ¡Piensa en todo lo que he hecho! Si hubiera tenido el poder para vencerle, ¿crees que habría huido tras devorar todas las puertas?

—Mi poder no es más grande que el tuyo.

—Tu poder es mil veces mayor que el mío —le corrigió Loki— y lo vas a necesitar. Junto con mi conocimiento. Pero has de confiar en mí y no sé cómo ganarme esa confianza, porque tú mejor que nadie sabes que los teleportadores somos embaucadores por naturaleza.

—Yo no miento siempre —dijo Danny.

—Sólo cuando hablas —le contradijo Loki.

—No soy como todos los magos teleportadores; yo he decidido no mentir.

—Mala decisión —dijo Loki—. El engaño es tu mejor arma, si no has practicado durante estos años, Bel te vencerá. Él es un maestro del engaño y tu única posibilidad es engañarlo.

—¡Hazlo tú! —gritó Danny.

—¡No podría aunque recuperara todas mis puertas! —gritó a su vez Loki—. Aunque devorara la puerta salvaje, no serviría de nada. Bel te pondrá trampas hasta que consiga atraparte, entonces te obligará a crear mil puertas, las cruzará y usará las de tu yacimiento para gobernar los dos mundos. No habrá quien le haga frente en mil, ni diez mil, ni cien millones de años.

Danny vacilaba entre creerle o echarse a reír.

—Algún día se acabará: la muerte térmica del Universo —bromeó.

—No tengo ni idea de lo que es eso —dijo Loki.

—Entropía —dijo Danny.

Loki hizo un gesto de extrañeza.

—El final de todo.

—Necio —dijo Loki—. Nada acaba nunca. Lo que tú llamas muerte o final sólo es una variación en la forma del todo. ¿Quién te ha contado esas tonterías? Sólo Bel obtendría beneficio de una mentira así.

Danny se apoyó en la mesa y se cubrió el rostro con las manos. A pesar de su aparente cansancio, permaneció alerta por si acaso Loki intentaba alguna trampa mientras él reflexionaba sobre lo que acababa de oír.

Y entonces, Loki atacó.

Danny lo percibió en su interior, en su yacimiento, el lugar en el que permanecían cautivas todas sus puertas, excepto ocho. Sintió una vibración en las más de cien mil puertas que componían el aura de Loki, porque ahora que las percibía con claridad, también supo cuántas eran: ciento cuarenta y tres mil novecientas noventa cuatro puertas; todas se desplazaron al unísono y se pusieron...

Al servicio de Danny.

El griterío cesó. Sólo se resistían las de los otros magos que Loki había apresado hacía tanto tiempo. Las puertas de Loki, las que formaban su aura, se sumieron en la quietud. No, no era eso; estaban alerta, atentas a la voluntad de Danny. Tan atentas como las suyas propias.

—Te las entrego —dijo Loki.

—¿Qué pretendes? —preguntó Danny.

—Son tuyas para que las emplees —explicó Loki—. Puedes trenzarlas, crear con ellas. No se rebelarán, no pueden hacerlo.

—No puedes darme algo que es parte de ti.

—Puedo y lo he hecho —dijo Loki—. Sólo así confiarás en mí.

—Pero siguen siendo parte de ti.

—Cierto —asintió Loki—. Las que permanecen en tu yacimiento me seguirán mostrando tus pensamientos y tus recuerdos; lo que ves y lo que oyes. No puedo evitarlo, así es cómo funcionan las cosas. Pero créeme, son tuyas. No las recuperaré salvo que tú me las entregues. Y espero que algún día lo hagas. Sin embargo, si decides no hacerlo, serán tuyas para siempre.

—O hasta que yo muera —señaló Danny.

—O hasta que Bel te posea y le pertenezcan a él —dijo Loki—. Es la única forma en que puedo ganarme tu confianza. Y también una muestra de cuánto confío en ti. La única razón por la que conservo las ocho puertas que me quedan es para ayudar a

Anonoei y a Ced en Westil. Vuelvo allí ahora, si me lo permites. Y ella volverá conmigo.

Enopp, que hasta ese instante había escuchado con atención, se sobresaltó.

—¿Te la llevas a ella?

—Sí —dijo Anonoei—. Y vosotros os quedáis aquí, donde estaréis a salvo, si es posible.

—¡No! —chilló Enopp, levantándose de un salto y echando la silla hacia atrás—. ¡No podéis dejarme aquí!

Entonces, para sorpresa de todos, Eluik agarró a su hermano del hombro y le obligó a sentarse de nuevo. El mayor de los niños no profirió palabra, pero Enopp irrumpió en lágrimas tras mirar a su hermano.

—Dice que me tengo que quedar —declaró entre sollozos—. Y él también.

—No ha dicho nada —dijo Anonoei.

—Es su aura —dijo Loki—. Ahora puedo verla. Se oculta en el interior de Enopp. Eluik envió su aura con su hermano mientras estaban encerrados. Lo hizo para consolarlo. Ha estado allí todo este tiempo.

Leslie se adelantó colocando su mano sobre la cabeza de Eluik.

—Tendría que haberme dado cuenta —declaró—. Es cierto, cabalga sobre su hermano como un mago de las bestias cabalga el animal con el que empatiza.

—¿Puedes romper el vínculo? —preguntó Marion.

—Jamás lo he intentado con un mago mental —confesó Leslie.

—¿Es un mago mental? —preguntó Anonoei.

—No lo sabemos —dijo Loki—. Es muy joven para que se manifiesten sus poderes.

—También es demasiado joven para proyectar su aura y lo ha hecho —argumentó Marion.

—Ignoraba lo que hacía —dijo Loki—. Es imposible que lo supiera. No es magia. Si los separas contra su voluntad...

—¿Cómo sabemos cuál es su voluntad? —saltó Anonoei—. Cuidaba de su hermano y quizá no sepa volver.

—Igual que un aura atrapada en una efigie a la que alguien hubiera capturado —dijo Danny, recordando lo que él le había hecho a sus primas tiempo atrás.

—Exacto —dijo Marion.

—Cuidó de su hermano —intervino Leslie—. Se olvidó de sí mismo para dedicarse a Enopp. Nunca había visto tanto amor.

—Has venido para que cuidemos de los niños —dijo Marion.

Loki no respondió.

—Quiere que alguien cuide de ellos —declaró Danny, al darse cuenta—. Anonoei y él se tienen que marchar y quieren que los niños estén a salvo. Pero no conocía

vuestra existencia, no podía haber pensado en vosotros —explicó, mirando a Leslie y a Marion.

Loki se volvió hacia Anonoei, que acababa de cubrirse el rostro con las manos.

—No quiero abandonarlos —declaró la ex amante de Prayard.

—Pero tampoco quieres que te acompañen —dijo Loki.

Danny dirigió su mirada a Leslie y Marion, que estaban de pie detrás de los dos niños.

—Os queréis hacer cargo de ellos, ¿verdad?

—Han practicado la magia demasiado pronto —dijo Marion—. No hay forma de saber cómo les habrá afectado.

—Es culpa mía —admitió Loki—. No me detuve a prever las consecuencias, aunque tampoco me importaban cuando los metí en las cuevas. Y ahora veo que siguen encerrados.

—Eluik se encuentra bien —declaró Enopp—. Quiere que lo dejéis en paz.

—Nadie va a hacerle daño —dijo Marion.

—Yo no pienso hacérselo —confirmó Leslie—. Creo que tenemos que enseñarle cómo recuperar su aura. —Se dirigió a Loki—: Está perdido, ¿verdad?

—No. No es tan sencillo. Su aura y su esencia no pueden separarse del todo. Es demasiado joven. Proyectó su aura antes de tiempo. Sigue ligada a su esencia. Su ka y el ba están en el interior de su hermano y el suyo a la vez. Si lo separamos de su hermano, es posible que Eluik muera. Y no sólo eso, su esencia también podría morir.

—No está perdido —intervino Enopp—. Dice que está donde quiere estar.

—Lo dice porque es joven y estúpido —dijo Loki—. Fue muy generoso, más aún, fue noble. Pero su cuerpo no aguantará en este estado. Su ka tiene que volver por completo a su cuerpo. Hay muchas posibilidades de que su cuerpo muera, Enopp; entonces, sólo vivirá en ti.

—Puede quedarse conmigo todo el tiempo que quiera.

—No funciona así. Por ahora no te ha poseído porque sigue conectado a su cuerpo. Si su cuerpo se destruye, los dos vais a luchar por el control del tuyo.

—No haríamos eso —negó Enopp con fuerza.

—¿Quién habla, Enopp? —preguntó Loki—. ¿Tú o tu hermano? ¿Quién está al mando?

Enopp se quedó en silencio, pensando.

—Exacto, no lo sabes —prosiguió Loki—. Eluik fue a ti para protegerte, para velar por ti. El problema es que si no vuelve a su parte física, el cuerpo fallecerá con el tiempo. Y cuando eso ocurra, Eluik será semejante a Bel: un ka conectado al cuerpo de otra persona.

—No paras de hablar sobre el ka y el ba —dijo Danny.

—Si confías en mí, puedo enseñarte todo lo que sé al respecto —replicó Loki—.

Mientras tanto, estos niños están unidos y no quieren que eso cambie. Es posible que Enopp le suplique a su hermano que permanezca con él, aunque no sea consciente de ello.

—No es verdad —dijo Enopp—. Puede marcharse cuando quiera, ya no tengo miedo.

—A lo mejor Eluik no te cree —dijo Loki—. O no sabe cómo marcharse. O su miedo es más grande que el tuyo, Enopp. Quizás él acudiera a ti en busca de consuelo. No lo sé. Tú tampoco lo sabes. Y creo que él no lo sabe. Pero Eluik tiene que recuperar su aura y volver a su cuerpo o las consecuencias serán terribles.

Enopp adoptó un gesto irritado. El mismo que se dibujó en la cara de Eluik. La única diferencia era que Enopp miraba a Loki y Eluik no miraba a nadie.

—Nadie te va a obligar a hacer nada, ¿verdad que no? —Loki miró al resto de adultos buscando su conformidad.

El gesto de Anonoei era una combinación de ansiedad y temor.

—No puedo dejarlos solos.

—No lo harás —le dijo Loki—. Se tienen el uno al otro. Su relación es más profunda que la que jamás tendrán con nadie. —Luego se dirigió a Marion y Leslie—: Danny confía en vosotros. Os quiere. Gracias a la parte de mi esencia que guarda en su interior, veo hasta que punto sois importantes para él. Os ve como buena gente, ¿lo sois de verdad? Quiero que seais honestos. Creo que nunca le haríais daño a estos niños.

—No permitiré que sufran daño alguno —aseguró Leslie.

Marion asintió ante las palabras de su mujer, aunque se veía que estaba preocupado.

Danny adivinó el motivo de su inquietud.

—No podéis cuidar de los niños y vigilar la puerta salvaje a la vez.

—Podemos vigilar todo lo que hay en la granja —respondió Marion—. El problema surgiría siuviésemos que luchar para mantener a alguien alejado de la puerta salvaje, eso podría afectar a la seguridad de los niños.

—Vuestra prioridad es vigilar la puerta —advirtió Loki.

—Que le den a la puerta —masculló Danny—. Proteged a los niños.

—No sabes lo que dices —le reprendió Loki.

—No es verdad, habla así porque es mejor persona que tú —dijo Anonoei.

—No pienso discutir eso —admitió Loki—. Pero Danny North no comprende la clase de monstruo al que nos enfrentamos, y no hablo de las Familias, hablo de Bel. Antes permitiré que los perros despedacen a estos niños a que Bel cruce la Gran Puerta. —Antes de que nadie reaccionara ante la despiadada afirmación, Loki alzó una mano—. Si supieráis lo que yo sé, estaríais de acuerdo conmigo. Nos enfrentamos a un enemigo terrible que, de vencer, regiría nuestros mundos por toda la

eternidad. ¿Comprendéis? Y lo conseguirá si posee a Danny. Para impedir que consiga ese poder, que el mal triunfe, si tenéis que morir, lo permitiré. Yo mismo entregaré mi vida si es necesario para detenerle.

Habló con tanta vehemencia que los demás permanecieron en silencio cuando terminó.

—Hablamos de hipótesis —dijo Danny por fin—. Quieres que los niños estén a salvo y quieres que la puerta esté a salvo. Y todos compartimos esos deseos. Pero no está en tu mano decidir lo que Papá y Mamá harán en el caso de que tengan que optar por una cosa u otra. Ellos deciden. Así que la pregunta es si vas a confiar en ellos o no.

Loki se llevó la mano a la cabeza.

—No puedo esperar que comprendáis lo que os cuento. Y aunque así fuera, sé que resulta difícil de creer. —Se puso de pie—. Anonoei, si yo acabo de entregar mis puertas a Danny North, tú bien puedes dejar a tus hijos en manos de esta buena gente.

—Él te arrebató las puertas.

—Sí —dijo Danny—, pero ahora me las ha entregado. No sé cómo lo ha hecho, pero sus puertas me obedecen.

—O dejas a tus hijos con Marion y Leslie o te quedas aquí con ellos —dijo Loki—. Yo vuelvo a Westil, contigo o sin ti.

—Si yo te lo permito —advirtió Danny.

—No podrías detenerme aunque quisieras —respondió Loki.

—¿Y si devoro la puerta salvaje?

—Ya lo habrías hecho si pudieras.

—¿Y tú? —preguntó Danny—. Si puedes, devórala.

—Tres cuartas partes de esa puerta son tuyas —explicó Loki—. No cuento con el poder necesario para devorar una de tus puertas. El problema es que el cuarto restante de la puerta no es tuyo y no sabes cómo separarlo del resto. Tampoco sabes cómo devorar una puerta activa que no te pertenece.

—Enséñame.

—No se enseña —dijo Loki—. Se aprende. No puedo mostrarte cómo lo haría yo porque no tengo bastante aura para crear una Gran Puerta; por no mencionar que jamás sería tan arrogante como para crear una Gran Puerta con auras cautivas y furiosas.

—En otras palabras —dijo Danny—, que a ti nunca se te ocurrió hacerlo y ahora quieres que me sienta estúpido por haberlo hecho.

Loki lo miró fijamente durante unos segundos.

—Todos los magos teleportadores se creen unos genios —musitó.

—Mira quién fue a hablar —replicó Danny.

Loki tendió la mano a Anonoei.

—¿Me acompañas o te quedas? He estado en el mismo mundo que Bel demasiado tiempo. Me conoce bien. No estoy en condiciones de enfrentarme a él. No quiero demorarme más.

Anonoei dirigió una mirada de angustia a sus hijos.

—Eluik. Enopp. Os quiero. Os prometo que volveré. Haced lo que os pida esta gente, por favor. Y, sobre todo, encontrad la forma de separaros.

—Ahora —ordenó Loki.

Anonoei aceptó su mano.

Al instante siguiente, ya no estaban.

Danny percibió la puerta que había creado Loki y cómo desaparecía de inmediato. Loki se había teleportado al establo y en cuanto llegaron allí, Danny sintió que cruzaban la puerta salvaje hacia Westil.

—¿Va a morir Madre? —preguntó Enopp.

—No —dijo Leslie.

—No empecemos con mentiras —sentenció Marion—. No sabemos lo que les ocurrirá a ella y a Loki, si las cosas les irán bien o no. Pero sí que es verdad que la intención de Anonoei es volver con vosotros.

—No mentía —se enfadó Leslie—. Estaba animando a los chicos.

—Loki es el mago más viejo y sabio de los dos mundos —dijo Danny—. Él cuidará de vuestra madre.

Enopp asintió, conforme con la explicación.

—¿Vas a enseñarme a ser un mago teleportador? —preguntó a Danny.

—Lo haré si es que acabas siendo un teleportador. Aún quedan unos años para estar seguros.

—¿Lo prometes? —insistió Enopp.

—Ahora mismo, te aseguro que es mi intención. Pero como ignoro lo que nos depara el futuro, no voy a prometer algo que quizás no pueda cumplir. —Danny dirigió su atención a Leslie y Marion—. Tengo que ir a clase. ¿Estáis bien?

—Nuestras vidas se han vuelto un poco más complicadas —rió Leslie—. Pero todo va a ir muy bien, ¿verdad? —Le dedicó una sonrisa cargada de sarcasmo.

—¿Ves? —dijo Danny—. Por eso te quiero.

Se teleportó de vuelta a casa. Al echar un vistazo a la cocina, comprendió lo tonto que era: no había cogido nada del pan que había preparado Leslie para desayunar.

LEALTAD

La lealtad de Quilla al rey era tan sólida como se pudiera desear, o al menos eso pensaba todo el mundo, excepto el propio Quilla. Él sabía que sólo la casualidad había propiciado esa imagen de súbdito leal.

Cuando era un veinteañero, la gente le llamaba Tablón porque había dirigido el acondicionamiento y reparación de los barcos del rey. Su propio padre le había enseñado el oficio porque Quilla era hijo de Tablón, que a su vez lo era de Tablón; tres generaciones de maestros en el cuidado de los barcos, capaces de reparar y poner a flote cualquier navío dañado.

A diferencia de su padre, que refunfuñaba y gruñía de manera constante, Quilla, cuando todavía era Tablón, jamás profirió una queja. Cuando Iceway perdió la guerra contra Gray y el tratado prohibió a los derrotados poseer más de seis pequeños navíos de guerra para protegerse contra los piratas, Tablón nunca criticó el tratado, ni maldijo al padre del rey Prayard por declarar una guerra que acabaría perdiendo.

En lugar de eso, se puso manos a la obra reparando todos los barcos que consiguieron volver a puerto tras la guerra. Cinco de los más pequeños y veloces los preparó para que volaran sobre las aguas en persecución de los piratas.

El resto de la armada —los grandes buques de guerra— los reconstruyó de tal manera que ni el más suspicaz de los inspectores de Gray halló nada reprochable en lo que ahora eran navíos comerciales, simples buques que navegaban de puerto en puerto con su carga.

Cuando Prayard subió al trono, fue en persona para ver lo que había hecho Tablón. Desde una torre que se alzaba sobre el puerto, observó los navíos comerciales que antaño habían sido el orgullo de la armada de Iceway. Se bamboleaban sin gracia amarrados en el puerto o navegaban con torpeza a favor de la corriente. Prayard no se mostró disgustado.

—Has mantenido la palabra dada por mi padre —le dijo a Tablón—. Los buenos siervos velan por el honor de su rey.

—Soy en verdad el siervo del rey —dijo Tablón—. Venga por la noche y comprobaré hasta dónde llega mi lealtad —añadió con suavidad.

Cinco días más tarde, Nudo, el hijo más joven de Tablón, le despertó.

—Un visitante sin nombre —anunció.

Y Tablón supo enseguida que era el rey.

No se pronunció una palabra durante el camino al puerto y sólo un mínimo haz de luz procedente de una lámpara velada iluminaba sus pasos. Tablón guió a su visitante

encapuchado hacia el navío comercial de aspecto más anodino. Indicó al guarda nocturno que se marchara y llevó al rey a las profundidades del barco, una cubierta por encima de la sentina.

Una vez allí, levantó una trampilla, entregó la lámpara al Rey y se dejó caer en el agua de la sentina.

—Iluminad aquí —susurró.

El rey alzó la tapa de la linterna y dirigió la luz a las manos de Tablón. Éste agarró una palanca oculta bajo una de las juntas de la cubierta y tiró de ella. Trazó un arco equivalente a un octavo de circunferencia. Ahora la palanca era visible.

—¿Qué función tiene? —preguntó el rey en voz baja.

—La palanca está conectada a un deflector bajo el casco. Cuando la palanca está en paralelo con el fondo del barco, el deflector se despliega. Atrapa el agua y entorpece el desplazamiento del barco. Se convierte en un criadero de lapas. Pero cuando se encuentra en alta mar, lejos de la costa —no fue necesario que añadiera «lejos de los ojos de los inspectores de Gray»—, entonces el capitán puede ordenar a un tripulante de su confianza que recorra la quilla y tire de esta palanca y otras ocultas de igual manera, para que recojan el deflector contra el casco del barco.

El Rey asintió. Era un mago marino. No hizo falta que le explicara que con esta maniobra el barco mejoraría su navegación. El deflector seguiría siendo una rémora para el buque, pero no entorpecería su maniobrabilidad.

—Sin embargo, el tripulante debe tener mucho cuidado —siguió Tablón—. Si tirara de las palancas en sentido contrario liberaría el deflector por completo y el casco quedaría libre. Eso sería una tragedia, porque en ese caso el barco se desplazaría con la ligereza de un buque de guerra y nos acusarían de haber violado el tratado.

—Un diseño intrincado —comentó el rey con suavidad—. ¿Qué hombre en su sano juicio habría pensado en algo así?

—Me temo que yo soy el autor de esta locura, señor. Me alegra saber que el rey jamás conocerá el fruto de mis desvaríos.

—Debes asegurarte de que todos los capitanes de los mercantes conocen el funcionamiento de las palancas —dijo el rey—. No queremos que un descuido nos proporcione una armada de cien barcos cuando el tratado limita nuestro potencial a cinco navíos de guerra.

—Seguiré su consejo, señor, y prepararé de forma adecuada a nuestros capitanes —dijo Tablón.

Cada vez que un barco llegaba a puerto, Tablón enviaba buzos a arreglar los deflectores y revisar el buen funcionamiento del mecanismo. Pero sólo esos buzos sabían cómo estaban fabricados los deflectores; y los capitanes eran los únicos que comprendían el funcionamiento de las palancas que los recogían.

El rey era quien tenía que decidir el tamaño de la tripulación de cada navío y la preparación militar con la que debía contar.

Dos años más tarde, cuando el supervisor de Tablón se jubiló, el puesto le fue ofrecido a él y no al hijo del supervisor jubilado, como era la costumbre.

—Me has servido con lealtad —dijo Prayard—. Has hecho aquello en lo que el rey no puede ni pensar.

Y, así, Tablón se convirtió en Quilla: señor de los astilleros, herrerías, armeros, constructores de carruajes y todos los gremios al servicio de la corona. Y Quilla hizo todo aquello que el rey esperaba, aunque no lo solicitara: que Iceway estuviera lista para la guerra cuando todos creían que su labor era garantizar la paz y que sólo un puñado de hombres bajo el mando de Quilla conociera el secreto.

Sin embargo, el secreto más grande que escondía Quilla era que su lealtad no era para el rey.

Quilla era leal a Iceway. No a las rocas y cañones, ni a los fértiles valles regados por las aguas heladas procedentes de las cumbres, ni a los grandes fiordos que se abrían paso a través de la costa ni las islas donde se refugiaban las aldeas de pescadores.

Quilla reservaba su lealtad para la gente del reino, para todos y cada uno de los habitantes de Iceway. Siempre que el rey sirviera a los intereses de los icewegianos, Quilla le obedecería y serviría. Pero si el rey traicionaba esos intereses, Quilla actuaría para salvaguardar la supervivencia y libertad de sus compatriotas.

Por ese motivo, Quilla no había mostrado las palancas al padre del rey Prayard, ya que había sido el hombre que perdió la guerra y traicionó a Iceway firmando un tratado humillante para el reino. Sin embargo, a Quilla le parecía que Prayard sí se preocupaba por sus súbditos y por eso le había mostrado el secreto de los buques, que supiera que podía contar con una flota de buques de guerra a su disposición.

Pero el rey Prayard no dispuso de la flota. Estaba agradecido y lo había demostrado promocionando Quilla a un puesto de mayor confianza y autoridad, al que acompañaron una posición social más elevada y un generoso incremento salarial. Pero el rey no usó la flota de guerra. Siguió casado con Bexoi, la pluma inútil procedente de Gray. Permitted que los hombres de dicha nación caminaran por las calles de Kamesham sin que nadie intentara matarlos y que el embajador y los espías del reino enemigo hicieran su voluntad en el castillo de Nassassa sin probar el veneno o la fría mordedura de una daga.

El rey Prayard no sospechaba que Quilla era el cabecilla de una conspiración para asesinar a la reina Bexoi y a todos los hombres de Gray que había en Iceway. Quilla era un estratega discreto y cauteloso. Nadie más que él conocía los pormenores de la conspiración. Cada conspirador sólo conocía los detalles de la parte que tenía que ejecutar.

El primer paso de su plan era el envenenamiento de Bexoi, pero la cocinera del turno de noche de esa época, una mujer llamada Hull, descubrió el intento de asesinato y lo frustró. Quilla dispuso la muerte de Hull esa misma noche y siguió con sus planes. Supo de una conspiración mucho más burda que la suya: los mismos hombres de Gray habían decidido acabar con la vida de la reina. A Quilla no le habría importado que tuvieran éxito, pero el intento también fracasó por motivos que nunca llegó a descubrir.

Al final, Quilla decidió que el rey Prayard también tenía que morir. Pero antes tenían que poner a salvo a su amante, Anonoei, y a sus dos hijos. Su intención era sacarlos de Nassassa y ocultarlos donde ningún espía de Gray pudiera encontrarlos.

Y entonces, cuando se preparaban para un viaje del que la amante de Prayard se había enterado esa misma mañana, Anonoei y sus hijos desaparecieron.

Quilla comprendió que sus meticulosos planes, que en teoría nadie conocía más que él, eran un libro abierto para alguien. Dedujo que había un mago mental en el castillo. Alguien que espiaba los pensamientos y las intenciones de los demás.

Cuando Anonoei y sus hijos desaparecieron, Quilla se mantuvo a la expectativa. No hizo más planes, sólo vigilaba con la intención de averiguar quién había raptado o asesinado a Anonoei y a sus hijos.

Fue testigo del nacimiento del primogénito de Bexoi, una criatura adorable a quien todos consideraban el heredero legítimo del trono, a pesar de que Bexoi no era una maga y que ese hijo suyo sería un drekka o, en el mejor de los casos, un mago con escaso poder. También presenció cómo Prayard se presentaba ante el pueblo con Bexoi a su lado y todos comenzaron a venerar a su reina en lugar de odiarla como correspondía a quien simbolizaba la opresión a la que Gray sometía a Iceway.

Celebró la muerte del niño, asfixiado bajo una almohada por accidente; la niñera que había desatendido a la criatura fue ejecutada. Quilla no lo lamentó, los necios merecen su destino, pero se alegró en secreto de su descuido.

Ese mismo día, la guardia real había mostrado una agitación inusual. Se comentaba que habían descendido por la pared del precipicio a los pies del castillo para dar desalojar a unos intrusos que habían ocupado algunas de las antiguas cuevas. Los infractores acabaron muertos. Nadie se explicaba cómo habían llegado hasta las cuevas ni cómo conseguían alimentos. Cuando Quilla quiso hacer sus averiguaciones, todos los soldados de la guardia real que habían participado en la incursión habían sido enviados a destinos lejos del castillo. Y todos en el mismo día. Una extraña decisión, sin explicación alguna; Quilla odiaba no saber lo que ocurría.

No mostró interés alguno por lo ocurrido. Tenía por norma no hacer preguntas sobre nada que fuera ajeno a su propio cometido. Era el siervo perfecto, el paradigma de lealtad hacia el rey. Pero con la reina Bexoi embarazada, hasta tal punto que parecía que iba a explotar, del que sería heredero del trono y un nuevo símbolo del

sometimiento de Iceway a Gray, Quilla decidió que había llegado la hora de actuar de nuevo y que en esta ocasión las sutilezas sobraban.

Lo único que lo detenía era la falta de datos. Aún no sabía por qué habían fracasado los anteriores intentos de asesinato. Y además, en los últimos días la reina ponía especial cuidado en no quedarse nunca a solas.

Prayard había asignado una guardia para protección de su mujer; una escolta que a Quilla se le antojó demasiado numerosa. Porque un hombre podía ser sobornado, otro podía ser alistado para la causa, pero embaucar a cinco o seis era casi imposible. Alguno acabaría por delatarle. Quilla tenía que encontrar otro medio para acabar con la vida de Bexoi.

Pensó que a lo mejor bastaba con matar al rey. ¿Qué iba a hacer entonces Bexoi con un hijo por nacer?

Pero había demasiadas incógnitas y Quilla no se sentía preparado para actuar. Demasiados cabos sueltos que podían dar al traste con sus objetivos. Si mataba al rey, era posible que Gray aprovechara la tesitura para hacerse con el poder de manera definitiva. La lucha de Quilla contra el reino rival sufriría una derrota anticipada e imprevista. No tenía sentido desatar el caos si no era capaz de utilizarlo para favorecer la creación de un nuevo orden que garantizara la libertad y el poder de Iceway.

Si Anonoei no hubiera desaparecido. Si tan sólo uno de sus hijos siguiera vivo. Necesitaba a alguien que hiciera de estandarte, que avivara y concentrara el patriotismo de los icewegianos. Quilla no pensaba asumir el papel de regente, pero depositaría ese cargo en alguien de su confianza. La propia Anonoei habría servido a sus propósitos. Al ser una mujer sumisa, sin poderes mágicos, sería sencillo manipularla para los planes de Quilla.

Pero Anonoei no estaba. Y sus hijos, tampoco. Corrían tiempos terribles para los que amaban a Iceway. ¡Ojalá el rey Prayard fuera mejor monarca y no el amante servil de Bexoi, la maga pluma!

Quilla tenía la habilidad de urdir sus planes mientras se hacía cargo de sus quehaceres diarios. No necesitaba exponerle sus pensamientos a nadie, ni dibujar mapas o tomar notas. A ojos de los demás, siempre estaba ocupado con las obligaciones propias de su cargo y nadie adivinaba lo que pensaba de verdad.

Acababa de finalizar un encuentro con los representantes de dos familias de comerciantes que mantenían una disputa; la necedad de ambos contendientes había despertado en Quilla el deseo de agarrarlos por los pelos y entrechocar sus cabezas. Eran jóvenes, demasiado para la responsabilidad que llevaban sobre los hombros. Sólo los hombres con la edad suficiente para controlar su genio eran dignos de dirigir los asuntos propios del comercio.

O de una revolución. O de una guerra. En ocasiones, Quilla se preguntaba si él no

sería demasiado joven para emprender el camino que había tomado.

Tampoco tenía mucha importancia. Ninguno de sus planes había tenido éxito, el tiempo pasaba y pronto alcanzaría la madurez necesaria, pensaba con ironía. Pensó también que a lo mejor su cautela era excesiva, que debía dejarse llevar por el impulso y no ser tan calculador.

Sin embargo, aquellos que se lanzaban a la acción sin pensar eran capturados y ejecutados. Si Quilla había llegado hasta allí sin levantar una sola sospecha, era merced a su cautela y discreción.

Prudencia de la que también hacía gala en esos instantes, en su pequeño despacho que daba al patio de armas. Fue a la ventana y observó la actividad que tenía lugar abajo. Conocía la función de cada hombre y mujer que cruzaba el patio, sabía lo que contenía cada carro y lo que se forjaba en cada fragua.

—No te vuelvas —dijo una voz a su espalda—. Que nadie sepa que estás acompañado.

Era la voz de una mujer. La reconoció de inmediato. Era Anonoei.

No se dio la vuelta. Si estaba viva, si se encontraba ahí, entonces algo crucial a la par que peligroso estaba en marcha.

No dijo nada. No se apartó de la ventana. Aguardó a que ella siguiera hablando.

—Y ahora, si alguien te observa, que piense que te has cansado de contemplar el trajín en el patio. Cierra las cortinas, viejo amigo.

Sin responder, no quería que alguien levantara la vista, le viera mover los labios y así delatar que estaba acompañado, cerró las cortinas y se volvió.

Allí estaba, con el mismo aspecto que tenía la mañana en que le dijo que preparase el equipaje para ella y sus hijos, que no se excediese, bastaría con una bolsa que llevara lo necesario para un par de días. Pero la mujer no había atendido a su consejo y se presentó con un baúl enorme. Alguien debió de verla y la delató; fue entonces cuando desapareció.

Seguía siendo hermosa. Capaz de provocar a cualquier hombre todo tipo de sensaciones con sólo una mirada. Igual que en el pasado, Quilla pensó que era comprensible que rey la amara.

Aunque era cierto que la había olvidado con rapidez después de su desaparición.

—Lamento no haberme puesto en contacto contigo antes —musitó ella.

—Temía que hubieras muerto.

—Y yo también —dijo Anonoei—. Y momentos hubo en que lo deseé. Pero ahora me alegro de estar viva y de conservar a mis amigos. ¿Sigues siendo mi amigo?

Quilla negó con la cabeza.

—Soy un siervo leal a...

—Vamos, mi querido y viejo amigo —le interrumpió Anonoei—, sé muy bien con quién está tu lealtad.

—¿Lo sabes?

—Hay quien dice que sólo eres leal a tu carrera. Otros, que estás dedicado en cuerpo y alma a los gremios que sirven al rey como antes lo estuviste a los astilleros. Y hay quien añade que sólo te guía el bienestar de tu familia. Y, por último, los hay que afirman que eres tan leal al rey como un perro faldero.

—Los perros se vuelven contra sus amos. Cuando el dueño fallece, el perro bebe su sangre y devora su carne.

—Tan alegre como siempre —rio Anonoei—. Yo sé que estás al servicio de una idea más importante que tu carrera, tu familia y el rey: tu lealtad está con Iceway.

—¿Vas a decir que compartes mi fidelidad? —preguntó Quilla.

—¿No vas a preguntarme dónde he estado? —preguntó a su vez Anonoei.

—No —respondió Quilla—. Si quieres decírmelo, lo harás; si no quieres y te pregunto, mentirás.

—Mi lealtad está con mis hijos —dijo Anonoei—. Gracias a un amigo en quien confío, están por fin a salvo, en un lugar donde nadie podrá dar con ellos y mucho menos hacerles daño.

—¿Me estás diciendo que están muertos?

—No. Están vivos y listos para heredar el trono si fuera necesario. Aunque confío en que no lo sea.

Quilla no supo cómo interpretar esas palabras. Dichas por otro, habría adivinado la verdad a través de la negación, pero había algo en ella que le hacía pensar que era sincera.

—¿Esperas que el fruto del vientre de la reina pluma reclame el trono?

—Tuve a mis hijos por amor, no por ambición. Serán más felices lejos de la corte, de aquellos que pretenden que sean reyes. Sin embargo, si no hubiera más remedio, quiero que sepas que están vivos y a salvo.

—Agradezco que hayas venido a decírmelo —respondió Quilla, y su tono sonó a despedida: «si eso es todo lo que querías decirme, ya te puedes marchar».

—Eres una persona asombrosa, Quilla. Una mujer a la que creías muerta se presenta ante ti y no pareces impresionado en lo más mínimo.

—Si mostrara mis emociones, la gente podría leer mi corazón.

—Yo sí puedo.

—Tu nuevo amigo es, sin duda, un mago teleportador —dijo Quilla, ignorando el comentario de ella—. Sólo así has podido entrar aquí sin ser vista. Ten cuidado, los teleportadores suelen acabar en manos del Ladrón de Puertas y perdiendo su poder. ¿Quieres acabar en algún lugar inaccesible sin posibilidad de volver? Sólo espero que tus hijos se hallen en un sitio del que puedan marcharse a pie cuando las puertas desaparezcan.

Anonoei le dirigió una sonrisa que expresaba confianza absoluta. Quilla era un

hombre inteligente, supo en seguida qué quería decir.

—Ese mentiroso te ha contado que era el Ladrón de Puertas, ¿verdad? ¿Ignoras acaso que los magos teleportadores nunca dicen la verdad? Va en contra de su naturaleza.

—Hablemos de lo que vamos a hacer —dijo Anonoei.

No hubo insinuación o provocación alguna en su tono y, sin embargo, la frase hizo pensar a Quilla en el camastro que tenía en un rincón de su despacho.

—Ahora no es el momento —dijo ella, como si pudiera leer sus pensamientos.

Algunas mujeres siempre sabían cuando los hombres pensaban en ciertas cosas. O quizás fuera que los hombres siempre pensaban en ciertas cosas, por lo que no era complicado adivinar esos pensamientos.

—Sé que planeas matar al rey, pero no quiero que lo hagas.

—No comprendo por qué me injurias así —replicó Quilla—. Jamás ha pasado esa idea por mi cabeza.

—Era el plan que tenías en mente cuando me ordenaste que preparara mi equipaje. Obedecí, pero hice evidente que me marchaba para que alguien avisara al rey e impidiera mi marcha.

—¿Lo hizo?

—Fue otro quien se encargó de ello al final —explicó Anonoei—. No permitiré que mates al rey.

Quilla se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que nunca he...

De pronto, se encontró al otro lado de la puerta de entrada a su despacho. Él no se había movido; mejor dicho, no había tenido intención de hacerlo. Sin embargo, estaba dentro del despacho y, al momento siguiente, estaba fuera.

La puerta del cuarto se abrió.

—Pasa —le dijo Anonoei a Quilla—. ¿Me crees ahora cuando te digo que no matarás a nadie que yo no quiera?

—Así que eres una maga —dedujo Quilla, pasando a su despacho.

—¿Lo soy?

—O es tu amigo el teleportador, que nos está espiando y obedece tus deseos de enviarme de un sitio para otro.

—Oh, mi querido Quilla, nadie le da órdenes a este mago. Tú posees la magia del hierro. Hace lo que le pides; tu maquinaria nunca precisa lubricantes y tu metal jamás se oxida. Ése es tu talento.

—Y ¿cuál es el tuyo? —preguntó Quilla.

Ella acarició su mano.

El hombre sintió el deseo de abrazarla.

Y entonces, ella retiró su mano dejándole con la certeza de que no merecía el

amor de esa mujer.

Anonoei tomó la mano de Quilla entre las suyas y todos los sentimientos se diluyeron, en su lugar floreció una profunda amistad. Compartían la amistad más importante de sus vidas.

—Maga mental —susurró él.

—No quiero que creas que carezco de poder o que mis hijos recibían herencia mágica de uno solo de sus progenitores.

—¿Y esperas que confíe en ti cuando puedes hacer que sienta lo que tú quieras en cada momento?

—Siempre has tomado tus decisiones dejando las emociones a un lado —dijo ella—. Sigue así. Si he acudido a ti, es por tu equilibrio y sensatez. Escogiste a qué querías ser leal y no has permitido que nada cambie esa decisión. Y no seré yo quién te haga cambiar, sólo quiero explicarte los motivos por los que esa lealtad ha de tomar otros derroteros.

—¿Otros derroteros? No he emprendido nada, por lo tanto, no hay nada que cambiar.

—No voy a forzarte —dijo Anonoei—, pero reflexiona y te darás cuenta de lo vano que es mentirme. Eres un hombre discreto, Quilla; sólo yo conozco tus secretos y están a salvo conmigo.

—No tengo secretos.

—La muerte del rey Prayard no acarreará nada bueno para Iceway. Sí, mis hijos están vivos, pero no pienso traerlos hasta que tengan edad suficiente para valerse por sí mismos. Son malos tiempos para que el trono se quede sin heredero o que el heredero sea un niño que aún no ha nacido. Habrá quienes insistan en coronar rey a un adulto y entonces la línea de sucesión quedaría rota. Y, sin embargo, no hay nadie preparado para ser rey, ni siquiera tú.

Quilla tuvo que reconocer que tenía razón.

—Quiero que el hijo de Bexoi viva —siguió Anonoei—. Conviene que en Gray crean que el próximo heredero del trono de Iceway es un niño de su sangre.

Él no tuvo que esforzarse para comprender lo que quería decir.

—¿Crees que el niño puede ser manipulado? —preguntó.

—Lo que creo es que la intención de la madre es asesinar al rey y gobernar Iceway a través de su hijo.

—¿Y así defiendes tu idea de que permita a esa perra vivir?

—Mi idea es apartarla del rey.

—Haré que la lleven a algún islote lejano y la abandonen. ¿Bastará con eso?

—Bexoi haría arder el barco que intentara llevarla a cualquier lugar contra su voluntad —dijo Anonoei.

—Es una maga del fuego —dedujo Quilla—. No es una pluma.

—Como poco, una maestra del fuego —dijo Anonoei—. Y tiene tanto poder que puede crear una efigie que sangra.

Entonces Quilla comprendió por qué Luvix había estado tan seguro de haber dado muerte a Bexoi.

—Debí imaginarlo —se reprendió.

—Nadie lo hubiera podido deducir —afirmó Anonoei.

—Excepto tú.

—Yo no necesito imaginar ni deducir nada —dijo Anonoei—. A partir de ahora, debes armarte de paciencia.

—¿Y si decido no seguir tu consejo?

—Buscaré a quien lo haga. Y podrás contemplar el sufrimiento del pueblo cuando tus planes destruyan Iceway. Ya te lo he dicho antes, mi lealtad no está con Iceway, pero si unimos fuerzas, los dos podemos alcanzar lo que ambicionamos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Quilla.

Al final, había optado por creerla, aunque no olvidaba que esa decisión podía haberla tomado ella por él, gracias a su poder.

—Necesito algo de tiempo —respondió Anonoei—. He de acudir a Gray para preparar mis planes. Quiero que el ambicioso heredero de Gray pierda la paciencia con su padre. Que sea Gray la que se sumerja en el caos, mientras Bexoi cuida y protege a su segundo hijo. Veremos si su amor maternal es más fuerte que su ambición. O se queda aquí y permanece a salvo o se marcha a Gray, abandonando a su hijo.

Quilla no expresó en voz alta las conclusiones a las que llegó tras el discurso de Anonoei. La idea de la antigua amante del rey era utilizar al hijo de Bexoi en el juego de la sucesión y mantener a sus propios hijos al margen. Si Bexoi abandonaba a su hijo, éste quedaría bajo el control de Quilla. Si la reina se llevaba a su vástago, el rey Prayard se quedaría sin heredero si algo le ocurría a Bexoi y al niño. Si la reina permanecía en Nassassa, bajo la protección de Prayard, entonces Anonoei y su amigo el mago teleportador tendrían libertad total para ejecutar los planes que tenían contra Gray.

Era un plan mucho mejor que cualquiera de los que había urdido Quilla.

—Tengo mis dudas sobre la sinceridad de mi aprobación a tus planes —dijo Quilla, aludiendo a los poderes de ella.

—No soy una maga mental tan poderosa —explicó Anonoei—. No puedo obligarte a querer lo que no quieres. No puedo hacerte temer lo que no temes. No puedo obligarte a pensar en aquello que no conoces ya.

—Y ¿qué es lo que puedes hacer?

—Puedo convencer a los indecisos de carácter débil; a los que no son lo bastante listos como para temer aquello que debieran. Y a los que creen saberlo todo, aunque

no sepan nada. Y ése es el punto débil de los magos mentales: nuestros siervos son débiles y mezquinos. No vengo a buscarte para que me sirvas, acudo en busca de tu amistad y apoyo.

Quilla recordó el deseo que ella había despertado en él con un simple roce de su mano. Ella debió adivinar por su gesto lo que pensaba, porque negó con la cabeza.

—No te he hecho sentir algo nuevo —le dijo—. Sólo he conseguido que seas consciente de un sentimiento que ya albergabas.

Él reconoció la verdad en sus palabras. Durante el tiempo en el que el rey había amado a Anonoei, él también la había deseado. El control que tenía sobre sí mismo era tan fuerte que nunca había reconocido su propio amor. Pero estaba ahí.

—Quiero dejar clara una cosa —apostilló Anonoei—. Sé lo que sientes, pero no haré uso de ello. Debes tener muy presente que, hagas lo que hagas, yo nunca seré tuya. Ya tengo todos los hijos que quiero, y también todos los maridos. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Esas palabras fueron un jarro de agua helada que recorrió las entrañas de Quilla.

—Nunca me dejes llevar por las emociones.

—Y por eso eres el hombre idóneo para llegar a un acuerdo —dijo ella—. Eres bueno en lo tuyo, tanto como yo en lo mío, con nuestras limitaciones. Si enfrentamos nuestros poderes a los de Bexoi, ella nos derrotará con facilidad. Pero no es nuestra intención luchar contra ella, al contrario: la protegeremos, a ella y a su hijo. Mientras sigan con vida, Gray sufrirá una lucha interna por el poder. Será ella misma la que, al final, se delate al mostrar su ambición.

—Tu plan va mucho más allá de lo que me has confiado.

—Seguro que tú tienes planes que no me confías. Pero te diré algo: yo mantendré mi palabra. Y no dudo de que tú mantendrás la tuya. Por lo tanto, estoy segura de que, si te alías conmigo, serás fiel a nuestro compromiso hasta que decidas que no quieres seguir, decisión que también me comunicarás.

—Sí —asintió Quilla—. Me conoces bien. Y me comprometo a respetar tu plan. No atentaré contra la vida del rey. Protegeré a Bexoi y a su bebé. Y te daré tiempo a que hagas lo que tengas que hacer en Gray.

—Siempre he sabido que en espíritu eras el rey de Iceway —sonrió Anonoei—. Sólo te mueve el bien común, no el personal o el de tu familia.

—No soy ambicioso.

—Tienes la ambición del patriota —le corrigió Anonoei. Le tomó de los hombros y besó en los labios; no fue un gesto de pasión, sino de amistad—. Confía en mí y yo confiaré en ti.

Y de pronto, sus manos ya no se apoyaban en sus hombros, ni sentía su aliento sobre la mejilla. No estaba en el cuarto, se había desvanecido. Su mago teleportador se la había llevado.

Y cuando Quilla se quedó a solas, su deseo se hizo más fuerte, el mismo anhelo que había ignorado durante tanto tiempo. Ahora sería capaz de morir o matar por ella. La quería más que a su esposa o a sus hijos, más que a su propia vida. Más de lo que amaba Iceway.

Ojalá ella empleara su poder para apartar ese afecto de su corazón.

Y, sin embargo, ¿qué sería de él sin ese sentimiento? ¿Qué quedaría en su corazón si ella dejaba de ocuparlo?

CORRER POR CORRER

No era un encuentro oficial. Estaba anunciado como una exhibición en la que tomaban parte dos institutos: el Rockbridge County y el Parry McCluer. El evento tenía lugar meses antes del comienzo de la temporada oficial. Era como si dos boxeadores quedaran para entrenar juntos. Como la pretemporada en fútbol. Un suceso sin mayor importancia.

Pero el entrenador Lieder no era de la misma opinión. Para él, el futuro de la humanidad dependía del resultado de esas carreras. Si ganaba un atleta de Parry McCluer, la humanidad estaría a salvo durante un año más. Si el ganador era un atleta de Lexington, la nave alienígena estaba un poco más cerca de aterrizar y conquistar la Tierra.

Ese día, Lieder no se enfadó con los perdedores, se puso trágico. Repitió varias veces que estaban condenados, a pesar de que su equipo llevaba una ligera ventaja sobre el rival.

Cuando el ayudante del equipo, un novato al que Danny apenas conocía, señaló esa ventaja, Lieder le dirigió una mirada cargada de lástima.

—Estupendo, no somos tan malos como Rockbridge. Es igual que salir con una tía fea y consolarse porque al menos respira.

Danny sospechaba que el ayudante no había tenido nunca una cita y que le habría valido la tía fea que respiraba. Pero el novato decidió callarse, lo que fue un acierto.

Danny venció en las carreras de 1500 y 3000 metros con facilidad, pero Lieder le acusó de que no se había aproximado a sus mejores tiempos ni de lejos.

—Se trataba de competir —dijo Danny—. Y he ganado las dos carreras.

—Pero no te has esforzado —insistió Lieder.

—No me hizo falta —dijo Danny, y de pronto se le ocurrió una idea—. ¿No querrá que muestre todo mi potencial tan pronto, verdad? Aún estamos en noviembre.

Lieder reflexionó unos instantes.

—¿Qué eres, nuestra arma secreta?

—Sólo llevo entrenando unas semanas —contestó Danny—. Si soy un arma secreta, está por ver.

Lieder le dio la espalda y se marchó. Un gesto que, en el entrenador, equivalía a una disculpa.

Pero tuvo la brillante idea de inscribir a Danny en la carrera de 200 metros, para la que no se había preparado.

—Estoy cansado —dijo Danny.

—Tú no te cansas.

—Claro que me canso.

—Ricken está cojeando como una nenaza, si te inscribo con él, se esforzará por hacerlo bien.

Danny estaba comprometido con el equipo y tenía que obedecer al entrenador, aunque estuviera exigiendo demasiado a sus atletas en un encuentro amistoso.

—De acuerdo —dijo, y fue hacia la salida.

Los doscientos son una prueba de velocidad, igual que correr un campo de fútbol de un extremo a otro y volver. Pero era la prueba estrella de Ricken, y Danny no pensaba humillar a su compañero. Éste le dedicó una mirada cargada de rabia en la línea de salida, como si la idea de participar hubiera partido del propio Danny.

Danny pasó una puerta por encima de Ricken, por si fuera cierto lo del tobillo lesionado. A continuación, y para ser justo con todos, pasó una puerta por encima del resto de corredores para eliminar lesiones, cansancio y contracturas que pudieran afectar a su rendimiento. «Que todos partan en igualdad de condiciones y den lo mejor de sí mismos», pensó Danny.

Al final, Ricken corrió mejor que Danny. Claro que el primero se esforzó al máximo y el mago estaba cansado. No se había pasado una puerta por encima, como a los demás, así que acumulaba el cansancio de las dos carreras previas. Ciertamente, era que podría haber ganado, pero Ricken necesitaba ese triunfo, era su carrera y Danny no quería portarse como un capullo con un compañero.

—Eh, capullo —dijo Ricken, aún jadeando—. Me has dejado ganar.

—¿Lo dices porque no te he empujado ni puesto la zancadilla? —se rio Danny.

—Lo digo porque no esprintaste.

—He corrido los 1500 y los 3000 metros hoy, no podía esprintar.

—¡Eh, cretino! —gritó Lieder, acercándose a ellos.

—¿Te habla a ti o a mí? —preguntó Danny.

—Seré yo, porque tú no eres un cretino, eres un capullo —dijo Ricken.

Pero cuando se apartó, le dio un puñetazo amistoso a Danny en el hombro. Los dos sabían que Lieder le chillaba a Danny.

—¡Si te digo que corras los doscientos, tienes que correr los doscientos!

—Ricken y yo hicimos morder el polvo a todos los de Rockbridge —dijo Danny—. Y Ricken no parecía lesionado.

—No quiero que motives a los demás —dijo Lieder—. Quiero que ganes.

Danny no respondió.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Aparte de que ya he ganado dos carreras?

—Sin esforzarte.

—Sin perder.

Se hizo el silencio de nuevo.

—¿Aún estás en pie de guerra conmigo? —preguntó el entrenador al final.

—No, señor —contestó Danny—. Los doscientos son la distancia de Ricken. Se entrena para correrlos. Es mejor que yo.

—Y una mierda —dijo Lieder.

Danny se acercó al entrenador.

—Le dije que no compito —le dijo en voz baja—. Odio competir. Ricken es competitivo. Le gusta.

—Quiero que te guste a ti.

—Si de verdad me importara mi carrera como atleta, ¿cree que estaría en Parry McCluer a las órdenes de un entrenador como usted?

Danny le dio la espalda y se marchó. No fue hacia las gradas. Ni a reunirse con el resto del equipo. Fue hacia la valla, la saltó y cruzó la carretera. El observador casual creería que Danny abandonaba el equipo. Pero él sólo pensaba que había terminado su participación y que lo mejor era marcharse.

Lieder debía compartir el punto de vista de Danny porque no le gritó que arrastrara su culo de vuelta con los demás.

O, a lo mejor, el motivo de que no le gritara era porque su hija, Nicki, estaba hablando con él. Tranquilizándole. O comentándole que le gustaba meterle la lengua en la boca a Danny y que dejara de joder al chaval.

Danny no fue al aparcamiento donde aguardaba el autobús del equipo. Optó por correr por la calle Greenhouse, alejándose de la autopista 11. Si alguien estaba mirando, vería a un chico desfogando su malestar a base de correr.

En realidad, seguía a las voces.

Había aprendido a ignorar el clamor de las puertas cautivas, no decían nada que Danny pudiera entender y en su tono había más añoranza que otra cosa. Las sentía lejanas, aunque su prolongado cuativerio despertaba en él un ligero malestar. Esa compasión fue la que le llevó a incluir a las más ansiosas en la Gran Puerta que había creado en el establo de los Silverman. Una decisión desafortunada.

Las voces de las puertas que habían pertenecido a Loki eran distintas. Al principio, su cántico constante era semejante a los latidos de un corazón gigantesco. «Puerta, puerta, puerta», repetían una y otra vez, y cuando creó la Gran Puerta el pánico las dominó. Pero Danny consiguió mantenerlas a raya e impidió que lo desconcentraran. Llegó a la conclusión de que debía ser como el constante zumbido de oídos que afectaba a algunas personas: al final, aprendes a ignorarlo.

Pero desde que Loki le había cedido sus puertas, todo había cambiado. La letanía «puerta, puerta, puerta» había desaparecido. Al principio, le pareció que el silencio había sustituido a las voces y la calma imperaba en su interior, a excepción de las otras puertas cautivas.

Sin embargo, no estaban en silencio. Era algo distinto. Las puertas que antaño se comportaban de una forma obsesiva, ahora estaban alerta y vigilantes. Danny se sentía observado. Pero la sensación no era igual que cuando te espía un extraño. Era como si a la parte más íntima de su mente, la que supervisaba sus pensamientos conscientes, se hubieran unido otros entes. No estaban ahí para juzgarle, pero sí para ofrecer sugerencias.

Le había llevado algún tiempo comprender lo que estaba ocurriendo. No se expresaban con palabras. Tampoco lo habían hecho cuando insistían con su cantinela de «puerta, puerta, puerta». Iba más allá del lenguaje. Comprendía el significado de lo que hablaban, pero era incapaz de definir el idioma en el que se comunicaban con él. Acabó por comprender que no era una lengua, el discurso era emocional. Y ahora le estaban hablando empleando el mismo medio.

Voces sin palabras. Sensaciones que él convertía en vocablos en cuanto las percibía. Términos que formaban parte de la lengua que Danny dominaba. El proceso era idéntico al que uno sigue cuando una idea surge en el inconsciente y toma forma al alcanzar nuestro consciente.

Cuando Loki entregó de forma voluntaria sus puertas a Danny, se habían convertido en sus amigas más íntimas. No eran una parte de él, pero estaban de su lado. Las sugerencias que le hacían buscaban el bien de su dueño.

A las puertas no les interesaba demasiado el entrenador Lieder porque al propio Danny tampoco le preocupaba. Al principio, había deseado matricularse en el instituto y, más tarde, decidió formar parte del equipo de atletismo. Pero las cosas habían cambiado desde que entró en el Parry McCluer, su vida había tomado un giro extraño y, en esos instantes, el sistema educativo americano le parecía irrelevante.

«¿Hacer deberes? ¿En serio? ¿Un equipo de atletismo? ¿Seguir las normas?».

Para Danny, lo único que tenía importancia en el instituto eran sus amigos. Valoraba la amistad y las puertas estaban de acuerdo con él. Le hacían sugerencias sobre ellos, aunque casi todas apoyaban los sentimientos del propio Danny.

«No permitas que Xena crea que sientes por ella lo que ella cree que siente por ti. Tus sentimientos por Pat, por otra parte, sí pueden ser reales; no la fastidies, no le hagas daño. En Hal puedes confiar, pero cuidado con Wheeler, es impulsivo e incapaz de mantener su palabra».

Mientras se alejaba corriendo de las pistas del instituto de Rockbridge en dirección a la parte alta de la calle Greenhouse y bajaba luego por la cuesta hacia la guardería del mismo nombre, fue consciente de que las puertas de Loki eran la melodía que daba sentido y ritmo a su carrera.

Ahora hablaban de educación. Aprendizaje. Decían que tenía que aprender. No se referían a las matemáticas o a las ciencias sociales. Había otros conocimientos que las puertas de Loki consideraban imprescindibles, y Danny no los tenía.

El mago les preguntó qué era aquello tan importante.

«Bel. El peligro que representa Bel. La amenaza que nos hizo cerrar todas las puertas, evitar que alguien creara una Gran Puerta. La amenaza de Bel».

La respuesta hizo que Danny recordara la inscripción en fistalk que había leído en el libro de la Biblioteca del Congreso:

Loki trenzó una nueva puerta hacia el cielo... Aquí relata como la ira de Odín aplastó a Cartago hasta que los supervivientes lloraron bañados en la sangre de sus hijos.

«Hechos horripilantes».

«Historia antigua, eso sí».

«Claro que Hitler, Stalin, Pol Pot y Osama Bin Laden no eran mucho mejores».

La última observación no procedía de las puertas de Loki, ¿qué podían saber ellas de la historia reciente? Había sido una reflexión del propio Danny. Al pensar que los sangrientos sucesos de Cartago habían ocurrido hacía mucho, se había rebatido a sí mismo con pruebas de que las cosas no habían cambiado.

De pronto, sintió que las puertas se agitaban. «Sí, sí, sí», decían. «Piensa en eso. Céntrate en eso».

«¿En qué?», preguntó. «¿A qué os referís?».

En eso se diferenciaban las puertas de Loki de su inconsciente: cuando la idea, la sensación, era suya, no tenía problemas para interpretarla, pero con las puertas no ocurría lo mismo.

«Sí, sí, sí,» insistieron. «Piensa en eso. Céntrate en eso».

Querían que siguiera examinando su interior mientras corría colina abajo, teniendo la precaución de permanecer a la derecha de la calzada, sobre todo en las curvas, por si venía algún coche de frente.

Las puertas querían que Danny reflexionara sobre la diferencia que existía entre su mente, inconsciente y consciente, y las puertas que Loki le había entregado y...

¿Dónde estaban sus propias puertas?

Sintió cómo las puertas de Loki aplaudían la pregunta.

Si las puertas de Loki me hablan, ¿por qué no lo hacen las mías?

Y entonces, obtuvo la respuesta (¿o fueron las puertas de Loki las que contestaron?): «Mis puertas no me hablan porque son yo mismo. Supongo que sí me hablan, pero es como si lo hiciera yo cuando...»

«No, no, no».

El intercambio de ideas le recordó a cuando jugaba a frío y caliente con sus primos. Los gritos de «Frío. Caliente. Te quemas. ¡Frío otra vez!» mientras buscaba aquello que habían escondido.

Rememorar su infancia le hizo preguntarse si aquel recuerdo de su infancia procedía de sus propias puertas.

«No, no, no».

—¿Y qué están haciendo mis puertas? —preguntó en voz alta.

Y obtuvo la respuesta cuando se detuvo al llegar a la intersección al final de la pendiente de la calle Furr's Mill, un sitio estrecho y peligroso que requería toda su atención.

«¿Quién ha controlado mi cuerpo mientras corría y yo estaba inmerso en mis pensamientos?

»No era mi yo profundo, esa parte de mi mente estaba ocupada. No conservo ningún recuerdo de lo que hacía mientras bajaba por la pendiente; las decisiones de por dónde correr, qué obstáculos evitar, no las tomaba yo. Ahora recuerdo que me he cruzado con varios coches, algunos venían de frente, otros por detrás, pero ninguno interrumpió mis reflexiones.

»Eran mis puertas las que controlaban mi cuerpo. Me mantenían dentro de la calzada. Mi tarea en esos momentos, sobrevivir, la asumieron ellas mientras mi consciente y mi inconsciente mantenían una conversación interna».

De pronto, lo comprendió todo. Durante su sueño de más de mil años en el interior de un árbol, Loki había enviado a sus puertas para que se hicieran cargo de una tarea sencilla, aunque vital: vigilar a los magos teleportadores. Y habían ejecutado su tarea igual que las puertas de Danny habían cuidado de él mientras corría.

«Pero Loki liberó a sus puertas de esa tarea y me las entregó. Ya no vigilaban, ahora... Error. Sí que vigilan el mundo. No han abandonado la tarea encomendada por Loki, la diferencia es que me informan a mí y no a él. Me están preparando para la batalla que se avecina».

Las voces confirmaron que estaba en lo cierto.

«Quieren que lo aprenda todo sobre Bel. Han vuelto las Grandes Puertas y hay un nuevo Gran Mago Teleportador en el mundo —yo mismo— y Bel querrá poseerme».

Recordó de nuevo las palabras de la cita:

Los hombres valerosos huyeron igual que el ciervo ante el cazador, pero Loki no huyó.

Este Loki no era el dueño de las puertas que Danny guardaba ahora en su yacimiento. Era un Loki mucho más antiguo, el que había derrotado a Bel en su día.

Loki halló la puerta oscura de Bel, a través de la cual su dios llenaba el mundo de terror y la misma por la que arrebatava los corazones a los bravos guerreros para devorarlos en su mesa de banquetes.

Intentó comprender el sentido del párrafo. ¿Lo que relatava no era justo lo que hacía el Ladrón de Puertas?

Recordó otra parte del libro y fue consciente de que eran las voces las que habían traído la cita a su memoria.

Las fauces de Bel se cerraron alrededor de su corazón para arrebatarlo. Loki se aferró a su corazón y siguió a las fauces de Bel a su destino.

¿No fue ese párrafo en el que Danny se había inspirado para derrotar al Ladrón de Puertas? ¿Significaba eso que Bel también era un ladrón de puertas?

Loki permitió que Bel creyera que era su cautivo, mas no lo era.
Su corazón sujetaba las fauces, no eran las fauces las que sujetaban el corazón.

¡Sí! ¡Es lo mismo que le hice al Ladrón de Puertas! ¡Así fue como lo derroté!

Y cuando halló la puerta de Bel, hizo que la boca cubriera el corazón del Sol.
¡Que Bel devore el corazón del Sol y lo arrastre a su sombría morada!
Ya no pertenece a Midgard.

Ése era el final de la cita. ¿Hay algo que se me escapa? Todo indica que Bel es un mago teleportador y no un mago mental.

Y entonces se dio cuenta: que la cita fuera antigua no quería decir que el autor supiera de lo que estaba hablando. ¿Acaso fue el Loki de esa época el que escribió esa historia? Danny lo dudaba. Fue escrito por alguien que oyó la historia más tarde. ¿Sería el propio Loki quien se la relató? Era posible. Pero eso carecía de importancia. Si el autor de esas letras no era un mago teleportador, ¿cómo interpretaría las palabras de un Gran Mago Teleportador cuando le contara su batalla contra Bel?

Había llegado al final de la subida de la calle Furrs Mill, a la intersección con la autopista 11. Danny giró a la derecha, hacia el puente, y siguió corriendo. El semáforo se puso en verde y los coches y camiones se pusieron en marcha; la calzada bajo los pies de Danny vibró con fuerza. Era algo habitual. Nada fuera de lo normal.

De nuevo, Danny fue consciente de que había llegado hasta allí sin darse cuenta. Su atención sólo se activaba cuando algo a su alrededor variaba, como el tráfico a sus espaldas.

«He recordado la antigua cita porque gracias a ella pude derrotar al Ladrón de Puertas. Pero Bel no es un mago teleportador, y la descripción de la batalla hacía pensar que había sido el enfrentamiento de dos magos teleportadores. Y el autor así lo creía. Pero Loki, ese Loki al que conozco, el que me ha cedido sus puertas, él sí sabía lo que es Bel.

»Si Bel fuera un Gran Mago Teleportador, no habría servido de nada cerrar todas las puertas y devorar las que se creaban después.

»Así que la antigua cita me enseñó cómo luchar contra el Ladrón de Puertas, pero no me ha enseñado nada sobre cómo luchar contra un mago mental.

»Y no es un mago mental cualquiera, es Bel».

«Mago Bel, mago Bel, mago Bel», repetían las voces.

«¿Quién puede enseñarme algo sobre el mago Bel?», se preguntó Danny.

«Nadie en el mundo contemporáneo», se respondió Danny. «Durante los últimos quince siglos, todos los magos teleportadores y magos mentales han sido asesinados. ¿Quién va a poder enseñarme algo?

»Loki».

«Sí, sí, sí».

«Pero no me ha dicho nada. Si es él quien me tiene que enseñar, ¿por qué no lo hace?».

«No lo hará. No lo hará».

«¿Cómo aprenderé? ¿Quién posee los conocimientos?».

Silencio.

«Vosotras sabéis cómo», dijo Danny a las puertas. «Vosotras lo sabéis. Loki no me lo dirá, pero vosotras tenéis sus conocimientos y ahora estáis a mi servicio. Me pertenecéis. Os ordeno que rompáis vuestro silencio; ya no le debéis obediencia a Loki. Vosotras vais a enseñarme lo que necesito saber».

Silencio.

«Enseñadme».

Llegó al final del puente y la vibración del asfalto bajo sus pies cesó. El suelo firme le pareció monótono.

Se detuvo y aguardó a que el tránsito de vehículos cesara para cruzar la peligrosa ruta 11. Quería llegar a McCorkle Drive, la calle era más segura para correr que la ruta 11.

«No vais a enseñarme», les dijo Danny a las voces.

Silencio.

«Pero queréis hacerlo».

Silencio.

Danny reflexionó sobre cómo había corrido de forma automática, cada paso controlado por una parte de él que había tomado el mando mientras hablaba con las voces. Y entonces, advirtió que habían sido las voces las que acababan de aportar ese pensamiento. Habían hecho surgir un recuerdo sobre algo en lo que no estaba pensando.

Pero el recuerdo no pertenecía a las voces, pertenecía a Danny. Ellas no tenían recuerdos, sólo podían empujar a Danny para que recordara lo que ya sabía.

¿Era ésa la clave?

En ese caso, era un callejón sin salida. Danny no podía recordar aquello que no sabía.

«Recuerda».

«¿Qué tengo que recordar? ¡No hay nada que recordar!».

«Recuerda... Nosotros. Re...»

No conseguía entenderlo. No era capaz de traducir el mensaje de las voces a

palabras que pudiera comprender.

«Sí que lo recuerdas. Recuerda».

«Pero no podéis decirme qué tengo que recordar», se quejó Danny.

«Casi. Caliente. Caliente».

Pensó de nuevo en su carrera hasta allí. Podía recordar los coches con los que se había encontrado. Vehículos que no había advertido de forma consciente y que no había recordado hasta que se concentró en hacerlo. Y la evocación había aflorado.

«Vosotras poseéis recuerdos», le dijo a las voces, «pero no sabéis cómo recuperarlos. Algo tiene que despertar vuestra memoria. Tenéis que restaurar la forma de recordar».

La reacción de las voces fue de un intenso alivio que compartieron con Danny. Había acertado.

Miró a su alrededor. Se encontraba en un extremo de la autopista 60, justo enfrente de la carretera que llegaba al McDonald's y a la gasolinera Citgo. No podía creerlo, no había estado corriendo tanto tiempo.

Pero era cierto. Hizo memoria y recordó cada curva de McCorkle Drive, cada pendiente y cada descenso. Pudo recordar lo que había estado pensando en cada tramo de la carrera. La distancia no guardaba relación con todo lo que había pensado.

Y recordó, también, que otros pensamientos le habían distraído con frecuencia. Se había recreado pensando en Pat y cómo sería acostarse con ella. También Xena ocupó su mente y se había dado cuenta de lo peligroso que sería dejarse llevar por el evidente magnetismo sexual de la chica. Y Nicki Lieder estuvo presente en sus pensamientos; se había preguntado a qué jugaba la chica y cómo había adivinado que él había hecho algo para curarla.

Y, sin embargo, junto a esos recuerdos, también había sido capaz de encadenar una serie de reflexiones sobre Bel y Loki. Sobre cómo las puertas habían suscitado pensamientos en su mente, preguntándose si ellas podían albergar recuerdos y...

«Era una demostración. Las puertas me estaban mostrando que eran capaces de mantener el curso de un razonamiento, aunque yo me distrajera pensando en chicas o mi cabreo con el entrenador Lieder. Era justo lo que pensaba cuando crucé la ruta 11: lo capullo que es Lieder por intentar que se la jugara a Ricken. Pensé en un montón de cosas, sin concentrarme en una sola.

»Pero algo me hacía volver una y otra vez a mi reflexión sobre Bel.

»Mis puertas no sólo cuidan de mí cuando estoy corriendo y tengo la mente ocupada. Hacen lo mismo con mis pensamientos. No cuentan con palabras para hablar, no pueden hablarme sobre sus recuerdos, pero pueden empujarme a pensar y recobrarlos...

»No obstante, sigue existiendo un obstáculo: no tengo los recuerdos de Loki, así que no sé cómo voy a recuperar algo que no tengo».

Silencio.

«Pero vosotras no me empujáis a que recupere mis recuerdos», dijo Danny, advirtiéndole algo que no había captado hasta entonces. «Soy yo quien os pide que recordéis cosas, como los detalles de mi carrera hasta aquí, y vosotras me habéis transmitido esas evocaciones. Y eso es lo que queréis que haga, que os empuje a transmitirme la memoria de Loki».

«Sí, sí».

¿Cómo?

Y de súbito, lo dominó una profunda torpeza mental. Se sintió confuso. Se quedó allí de pie, con la mirada perdida en la carretera; sin ver nada, sin pensar en nada. Un estupor paralizante.

Un coche patrulla se detuvo a su altura. La ventanilla del conductor descendió. Danny fue hacia el vehículo y se agachó para mirar al interior.

—¿Vas a cruzar o qué?

Danny advirtió que el «¿qué?» se refería a la sospecha de que pretendía arrojarlo bajo las ruedas de un camión.

—Intentaba decidir si me iba al McDonald's o me volvía corriendo a Buena Vista.

—¿Vas a correr hasta Buena Vista?

Danny señaló su indumentaria deportiva.

—Vengo del encuentro de atletismo de Rockbridge.

—El equipo tiene autobús.

—Me he cabreado con el entrenador Lieder, —dijo Danny.

El policía sonrió.

—Vale, comprendo. Sólo quiero que tengas cuidado si decides cruzar. Me dio la impresión de que ibas a cruzar y, de pronto, te has quedado parado. Inmóvil. Como cuando detienes una película en el DVD.

—No me he dado cuenta —respondió Danny—. Estaba manteniendo una discusión imaginaria con Lidtler.

—Más vale que recuerdes que nadie gana una discusión con su entrenador —se rio el policía.

Se despidió con la mano antes de marcharse mientras subía la ventanilla.

Un tipo agradable.

Danny se volvió hacia el sur. «Permanece en el lado izquierdo», se dijo. «No cruces la calle».

No corrió, se limitó a trotar. Correteaba, en realidad.

«¿Qué ha pasado?» preguntó a las voces. «¿Por qué me he sentido tan extraño?».

Había estado preguntando a las voces cómo las podía estimular para que le contaran cosas que sólo Loki podía recordar.

Y de pronto, lo vio claro. Habían respondido. Y la respuesta le había aislado de la

realidad. O habían desconectado las puertas de Danny o nublado su mente de una manera que no comprendía. Habían hecho algo que paralizó su cuerpo y se negó a seguir sus órdenes, al contrario de lo que habían hecho cuando seguían las instrucciones de Loki mientras éste dormía en el árbol. Igual que su cuerpo había seguido corriendo hasta ese preciso instante.

Repasó cómo había podido recobrar sus pensamientos durante la carrera a lo largo de McCorkle Drive. Había recreado el trayecto a nivel mental: el ascenso por una pendiente, un cambio de sentido, pasar frente a la entrada de un garaje, bajar por una pendiente, observar el carril de incorporación a la autopista, leer el cartel de McDonald's...

Recordaba todos los pasos que había dado.

No podía recordar los caminos que había seguido Loki en el pasado.

Pero podía localizarlos.

«¿Sabéis dónde aprendió Loki cuál es la naturaleza del mago Bel?».

Un leve asentimiento a modo de respuesta.

«No podéis decirme dónde».

«Sí, sí, sí».

«¿Podéis llevarme hasta allí?».

De nuevo, un leve asentimiento.

Danny trotó a lo largo del acceso a un aparcamiento, dejó atrás una finca de viviendas, fue hasta el aparcamiento, se ocultó tras unos arbustos al lado de un árbol y creó una puerta.

No tenía ni idea del destino al que le conduciría. Esa decisión la dejó en manos de las puertas de Loki.

«No me digáis adónde tengo que ir, sé que no lo sabéis. Sólo llevadme hasta allí. Por fin he averiguado cómo funciona vuestra memoria: no es fotográfica, ni oral; es cinética. Una vez recordáis el proceso de lo que hicisteis, recuperáis el resto de la información».

«Sí, sí, sí».

Tenía la puerta ante él; dio un paso hacia adelante.

Se encontró en un paraje desértico; era de noche y hacía frío. Pero gracias a la luna y a un cielo despejado, podía ver su entorno a la perfección.

Se preguntó si sería el desierto de Mojave o el valle de la Muerte.

Entonces recordó que América no había sido descubierta cuando Loki vivía en Midgard.

Y el desierto donde se encontraba era demasiado árido.

«Y, a ver, en el desierto de Mojave es tres horas más temprano que en Virginia, así que sería de día. Aquí es de noche».

Estaba en el lado nocturno de la Tierra.

Observó la posición de la luna. Las estrellas. No era un experto en el tema, pero podía calcular su posición si se lo proponía.

Y no sólo eso, también conocía el emplazamiento de todas sus puertas. Se encontraba en un punto situado al sur, en la misma latitud que las puertas de la casa de Vivi en Nápoles. En conclusión, si se desplazaba hacia el este y teniendo en cuenta la hora del día...

Estaba en algún punto del Sáhara.

Recordó la puerta que había creado en clase de educación física, la que había transportado a él y a todos sus compañeros a dos kilómetros de altura por encima del instituto. Quizá pudiera hacer lo mismo y, desde el cielo, adivinar el motivo por el que las puertas le habían llevado hasta allí.

Pero en lugar de crear una puerta, decidió subir a una duna que estaba al este. Cuando alcanzó la cima, distinguió un río que discurría por un profundo valle. Y luces más allá de la margen. Una ciudad y, al fijarse, vio que la población también se extendía al lado del río más cercano a él.

El curso del río iba de norte a sur. Él estaba en la margen occidental. Río arriba, a su derecha, había un lago. Y una presa enorme.

De pronto supo dónde estaba. Egipto. Cerca del Nilo, río abajo con respecto a la presa de Aswan. Enfrente de la isla de Kitchener. Con miles de personas circulando por todas partes. Y él era un turista sin papeles ni pasaporte y que no conocía una palabra de árabe.

Pero cuando Loki llegó a esa tierra, si es que lo hizo, nadie hablaba árabe. Ésa era la lengua de las tribus bárbaras más allá del mar Rojo. La lengua de la gente que habitaba entonces esas tierra era el copto, el griego culto. Y la religión era la cristiana.

«Y ahora ¿qué?», preguntó a las voces. Y luego habló en voz alta:

—¿Aún no recordáis nada? —Le reconfortó oír el sonido de su voz.

Y, sin embargo, sabía que su pregunta no obtendría respuesta. Tenía que transitar por el recuerdo. Tenía que ir en persona a los lugares adonde había ido Loki y permitir que los recuerdos surgieran. No sus recuerdos, sino los de Loki. Debía convertirse en Loki, interpretar ese papel y, entonces, podría recordar lo que había visto y oído Loki, al igual que había recordado cada paso de su carrera a lo largo de McCorkle Drive y todo lo que había pensado durante ella.

Era una especie de viaje en el tiempo.

«Esto no va a funcionar».

Sintió el impulso de crear una puerta y, asumiendo que eran las voces quienes lo sugerían, la creó y pasó por ella.

Apareció en el cauce seco de un antiguo arroyo. La arena había corrido por allí en lugar del agua, cubriéndolo todo. La había arrastrado el viento, no la lluvia. Y por eso

se había acumulado como la nieve en lugar de esparcirse.

Caminó por donde intuyó que tenía que hacerlo, intentaba dejarse llevar por el recuerdo y se perdió.

Porque algo fallaba, algo estaba mal.

Tenía que ir a un lugar que ya no existía.

Mas sí que existía. Estaba enterrado bajo la arena.

Necesitaba una pala.

Se teleportó de vuelta a Lexington, donde aún era por la tarde, aunque ya comenzaba a oscurecer. Apareció detrás del Lowe's, al otro lado del Walmart. Entró para comprar una pala y un pico. Entonces lo pensó mejor y volvió para comprar dos palas más.

Un par de minutos más tarde, interrumpió la partida que jugaban Hal y Wheeler con la Xbox en casa del último.

—¿No podías esperar un poco? —preguntó Wheeler.

—Tenemos que hacerlo de noche —respondió Danny.

—Aún faltan un par de horas para que oscurezca —dijo Hal.

—De noche en Egipto —puntualizó Danny.

Eran chicos listos, lo captaron enseguida.

Pero no les gustó.

—Ni siquiera me gusta cavar en la playa —comentó Hal, observando con reticencia el cauce cubierto de arena.

Danny comenzó a cavar.

—Ayudadme si queréis. Si preferís ir a casa, la puerta está ahí mismo.

Danny no se volvió hacia ellos, se limitó a seguir cavando.

No tardaron en unirse a él.

Si fueran arqueólogos, habrían actuado con cuidado, sin apresurarse. Pero no eran arqueólogos y lo más probable es que tampoco fuera un sitio que tuviera interés histórico. Porque conforme cavaban, Danny comenzó a recordar. No eran recuerdos suyos, claro. Pero sabía, aunque ignoraba cómo lo había averiguado, quién había vivido allí. Un monje. Un asceta cristiano. No de los que tenían discípulos, al contrario, era de los que evitaba tenerlos. Pero Loki había acudido a él.

Era una cueva. Mejor dicho, una simple oquedad en la pared rocosa. Desde luego no necesitaba refugiarse de la lluvia en el Sáhara. La cueva estaba orientada la sur, así que tampoco le preocupaba protegerse del sol.

De lo que quería protegerse era de la gente, ocultarse de aquellos que fueran a buscarle. No quería que nadie lo encontrara.

¿Acaso buscaba la muerte?

El suicidio es pecado. Y el monje era un hombre santo. No buscaba la muerte. Tenía un amigo que le llevaba agua. Y sí que se protegía del sol; protegía su rostro y

su cabeza, sin un solo pelo, colocándose bajo un pequeño saliente de la roca.

«Yo venía hasta aquí (Loki fue el que vino), traía agua y me sentaba. Día tras día. Sin proferir una sola palabra». Danny recordaba bien el silencio.

Tras unos cuantos días, un domingo, el ermitaño le habló en griego:

—Márchate.

Danny recordó que se había teleportado. Delante del hombre. Permitiendo que viera que era un mago teleportador.

Había sido Loki el que lo había hecho. Lo que Loki quería de este hombre dependía de que supiera lo que Loki era, de lo que podía hacer.

—Has dejado de cavar —dijo Hal—. ¿Hemos acabado?

Danny salió de su ensimismamiento. Abandonó el recuerdo. Había resultado muy vívido. A pesar de que era de noche en ese momento y pleno día cuando el ermitaño le ordenó a Loki que se marchara.

Iba a salir bien.

—Sí, hemos acabado de cavar.

—Genial —dijo Wheeler—. Ahora sólo tengo que explicarle a mi madre por qué estoy sudando y lleno de arena.

—Dúchate y ya está —le dijo Danny—. Puedo teleportarte a tu cuarto de baño, si quieres.

—Seguro que hay alguien dentro —dijo Wheeler—. Siempre hay alguien, de día y de noche.

—Ven a mi casa —sugirió Hal—. Puedes ducharte allí.

—¿Y qué pasa con la ropa? —preguntó Wheeler—. Dudo que tu ropa me sirva.

Danny se teleportó con ellos al dormitorio de Wheeler.

—Coge ropa limpia —le indicó.

—Estupendo —dijo Wheeler.

—No comprendo cómo puedes sudar tanto —dijo Hal—. Tampoco te has matado a trabajar.

—Me duele el culo de tanto cavar —se quejó Wheeler.

Hal se lo quedó mirando.

—No estoy acostumbrado —se disculpó Wheeler—. En cuanto hago un esfuerzo, me duele todo.

—Yo me vuelvo —dijo Danny—. Gracias. Me habéis ahorrado un par de horas de trabajar a solas.

—Ya. Y gracias por la visita a los monumentos —ironizó Hal.

—Iremos en otra ocasión —prometió Danny—. Cuando sea de día.

—Ni hablar —negó Hal—. No es más que desierto. Ya veré fotos en Google Earth. Paso de volver.

Danny se teleportó de vuelta a Egipto y se sentó delante de la cueva del ermitaño;

permitió que los recuerdos de Loki fluyeran a través de las puertas que le habían pertenecido.

FROSTINCH

Anonoei nunca había estado en Gray, a pesar de que la sombra de ese reino había marcado su vida. O era posible que la hubiera mejorado. Si Gray no hubiera derrotado a Iceway, su patria, e impuesto un tratado de paz con condiciones implacables —entre otras, obligar a Prayard a casarse con Bexoi, la hermana del conde de Gray— ella jamás habría llegado a ser la amante del rey de Iceway ni la madre de sus hijos.

No, claro que no. Se habría convertido en su esposa legítima.

En cuanto fue consciente de que su poder de seducción sobre los hombres era mayor que el del resto de mujeres, supo que podría conquistar el corazón de cualquiera y que él le sería siempre fiel. Prayard, guapo, elegante, inteligente, poderoso como mago y heredero del único reino que ella conocía, había sido su elección.

Pero ya pertenecía a Bexoi cuando Anonoei fue consciente de su poder. Así que la conclusión era obvia: Gray era culpable de que se hubiera convertido en la amante de Prayard en lugar de en su esposa.

El amor que ella había despertado en Prayard utilizando su poder era ilícito e incluso inmoral; pero el amor que ella sentía por él era auténtico, y aún lo amaba. Deseaba vengarse de Bexoi y ese anhelo era lo bastante grande como para aliarse con el que había sido su carcelero: Pan. Por otra parte, sólo deseaba lo mejor para Prayard, aunque el rey se hubiera enamorado de la zorra de Gray cuando se libró de la influencia que ejercía Anonoei sobre él.

Anonoei conocía a los hombres en general y a Prayard en particular; sabía que la felicidad del rey no estaba en la mujer que compartía su lecho o daba a luz a sus hijos. Prayard sería feliz cuando Iceway se librara del yugo de Gray.

Y como el deseo del rey coincidía con las intenciones de Anonoei para vengarse de Bexoi, la antigua amante real estaba contenta.

En pos de su venganza, Anonoei había utilizado las mirillas creadas por Pan para espiar al conde de Jarl y a su heredero, el hermoso Frostinch. El poder seductor de Anonoei no iba a funcionar con Frostinch, quien no mostraba interés alguno por el sexo, por ninguno de los dos. Anonoei era consciente de que su poder mental era más eficaz cuando lograba que la gente hiciera aquello por lo que ya mostraba un interés previo; un comportamiento anómalo haría que los demás sospecharan de la presencia de la magia.

Y Frostinch estaba interesado en el poder, lo deseaba por encima de todo; y

Anonoei planeaba utilizar el ansia de medrar del heredero de Gray para vengarse de Bexoi.

Ya estaba lista para ejecutar su plan. Sabía lo bastante sobre Frostinch para estimular sus deseos más profundos. Y tras pasar por la Gran Puerta, el poder de mental de Anonoei se había incrementado tanto que él cedería sin remedio.

Mientras el conde estaba sentado sobre su orinal en el excusado, uno de los escasos momentos del día en el que estaba a solas, Anonoei apareció ante él. Vestía con sencillez, sin opulencia ni provocación. Lucía una túnica basta sin teñir y llevaba el pelo recogido en un moño; era el hábito de las mujeres santas en Gray.

Tal y como esperaba, Frostinch aceptó su presencia sin mostrar sorpresa alguna. La única señal que delató su sobresalto fue la repentina descarga de sus intestinos, que impregnó el aire con el fétido olor de las heces.

—Hay una maga teleportadora en Westil —dijo con suavidad.

—Sí —confirmó Anonoei—. Pero es un mago, no soy yo.

—¿Y quién eres tú? ¿Mi verdugo?

—Si así fuera, habría aparecido a tu espalda o, mejor aún, te habría apuñalado a través de la puerta —dijo Anonoei, tuteándole a propósito—. Soy enemiga de tus enemigos más peligrosos.

—Sin embargo, tu acento te delata: eres de Iceway —dijo Frostinch—. Y Iceway es el peor de mis enemigos.

—Los dos sabemos muy bien que eso no es verdad. Iceway vive bajo el yugo que le impuso tu padre hace años; el reino de Iceway no representa una amenaza para Gray. Tus verdaderos enemigos, los más peligrosos, han nacido en Gray y pertenecen a la casa real.

—Mi padre no es mi enemigo y no hay nadie en Gray con poder suficiente para enfrentarse a mí.

—Haz el favor de escuchar —ordenó Anonoei con desprecio.

Usó su poder para transformar la irritación del hombre en respeto. Si la mujer le hablaba con desprecio, era posible que lo mereciera por no escucharla. Era muy sabia, algo que podría utilizar en su favor. Y si ella cometía el error de infravalorarle, podría usarlo más adelante en su contra.

Anonoei le permitió que se creyera superior, pero también que se preguntara si ella no sería más de lo que aparentaba. Así iba a prestar más atención a lo que quería decirle.

—No he dicho que tu enemigo resida en Gray; he dicho que ha nacido en Gray.

—Si te refieres a mi tía Bexoi —repuso Frostinch con una carcajada desdeñosa—, entonces tu mago teleportador ha elegido mal a su emisaria.

—Tu desdén es la prueba de tu estupidez —dijo Anonoei—, si no hubiera quedado ya probada. Todos tus planes quedarán en nada cuando ella ejecute los

suyos.

—¿Hablas de mi tía, la tonta de las aves? Ha conseguido que Prayard la deje embarazada, nada más. Una pequeña complicación, pero nada importante.

—Ha alejado a todos los espías de tu padre del entorno de Prayard, incluso a los que te servían en secreto.

—Eso es falso —respondió Frostinch mientras se lavaba el trasero. Su padre dejaba esa labor en manos de los sirvientes, pero Frostinch no permitía que nadie accediera a esa parte de su cuerpo—. Malgastas mi tiempo.

—No, eres tú quien malgasta el mío. Advertí a mi amigo de que eras demasiado arrogante y necio para merecer nuestra ayuda. «No atenderá a las razones de una mujer», le dije.

—No atiende a las razones de una necia.

—Ni siquiera conoces bien a tu tía; abandonó Gray cuando tú tenías quince años.

—Me contaba cuentos mientras daba de comer a los gorriones. No era capaz ni de que esos pájaros miserables la obedecieran.

—¿Y nunca se te ocurrió pensar que si los gorriones no la obedecían era porque su magia nada tenía que ver con las bestias?

—¿Y qué razones tendría para afirmar que cuenta con ese poder si...?

Dejó la frase inacabada. Acababa de darse cuenta de que en verdad había sido un necio. Frostinch se secó el trasero.

—¿Y por qué habría de querer engañar a un crío?

—Hablamos del heredero de Gray. Un crío despiadado y ambicioso que ya demostraba un afán desmedido de poder. No te ofendas.

Frostinch sonrió. Anonoei no había errado en su apreciación: llamarle «crío despiadado y ambicioso» constituía un halago para alguien como él.

—Estaba preparando el terreno para engañarme —comentó Frostinch.

—Y le salido bien. Hasta hoy mismo, pensabas que Bexoi era una herramienta más que podías utilizar en tus planes. Y que si había quedado fuera de tu alcance era por obra de Prayard y no decisión de ella.

—No tienes pruebas de que eso sea cierto.

—Necio —escupió Anonoei—. ¿Acaso no estoy aquí, contigo, tras espiarte durante días y elegir el momento adecuado? ¿No se te ha ocurrido pensar que también la he espiado a ella? ¿Que sé muy bien de lo que estoy hablando? ¿Que estoy al corriente de cómo consiguió eludir el intento de asesinato de tu agente, Luvix?

El aparente desinterés de Frostinch desapareció de golpe.

—¿Qué sabes tú de eso? —exigió conocer.

—Sé que tu tía posee el poder de crear una efigie tan real que cuando Luvix la apuñaló, sangró. Creyó que había conseguido su propósito.

—Nadie puede crear una efigie así... —Se ajustó los tirantes—. ¿Fuiste testigo de

lo que pasó?

—Mi amigo lo presencié todo. Antes, se había apoderado del veneno que iba a emplear Luvix contra Bexoi y se lo entregó a ella.

Anonoei observó cómo procesaba el hecho de que ella conociera la existencia del veneno.

—¿Y me has estado espiando? —preguntó él.

Ella reprodujo la conversación que Frostinch había mantenido el día anterior con una de sus agentes. El encuentro se había producido en un jardín y el heredero había disimulado, flirteando con la chica. Ignoraba que todos sabían muy bien que las mujeres no le interesaban en absoluto.

Escuchó con atención y asintió al final.

—Una de dos: o es cierto que me has estado espiando o mi querida y leal agente me ha traicionado.

—No te ha traicionado. Pero adelante, ordena su ejecución; prescindir de otro de tus aliados y serás cada vez más débil. Aguardaré paciente a que Bexoi te atrape en su red y te convierta en su pelele. Supongo que entonces querrás escucharme, el problema es que ya no me serás de ninguna utilidad. Y como te conozco, me delatarás a Bexoi con la vana esperanza de obtener algún favor. Pero se reirá de ti. Te dirá que Anonoei está muerta.

—¿Tú eres Anonoei? —se asombró Frostinch—. ¿La amante de Prayard?

—Y no estoy muerta, como creen todos.

—¿Y tus hijos?

—Vivos y fuera de tu alcance. Igual que yo.

Cuando lo dijo, sabía que él estaba a punto de emplear la daga que ocultaba en un bolsillo trasero del pantalón. Le lanzó una puñalada. Ella se limitó a retroceder, pasó por la puerta que Pan había creado para ella y reapareció a la espalda de Frostinch. Lo empujó con fuerza. Desequilibrado por el impulso de su ataque, cayó hacia adelante. Anonoei cogió el orinal y volcó su contenido sobre el heredero de Gray.

—No eres una amenaza para un mago con auténtico poder. Yo he cruzado una Gran Puerta.

—Imposible. El Ladrón de Puertas no permite que...

—¿No eres capaz de pensar? —se indignó Anonoei—. ¿No se te ha ocurrido que mi amigo es el Ladrón de Puertas?

Frostinch se puso de pie, soltó una risita nerviosa y buscó algo con lo que limpiarse. Al final, se despojó de su túnica y de sus pantalones, quedando desnudo ante ella. La miró con desdén.

—Puedo lavar mi cuerpo y ordenar que limpien mis ropas. Tus esfuerzos para humillarme son inútiles.

—Tan vanos como el tuyo por herirme —replicó Anonoei—. He venido para

ofrecerte mi ayuda contra tu tía, pero ya veo que eres demasiado estúpido para aceptar mi ofrecimiento.

—¿Ha cruzado Bexoi la Gran Puerta?

—Si lo hiciera, gobernaría Westil sin dificultad. Es la maga más poderosa de nuestro tiempo. Yo, que he cruzado una Gran Puerta, no sería rival para ella.

—Si su poder no es el de las aves, ¿cuál es? —preguntó Frostinch.

—¿Y por qué tendría que responder a un necio? —preguntó Anonoei—. Tú eres el pluma, el mago enclenque. ¿No eres consciente de que se ha burlado de tu patético poder?

—Soy un Gran Halcón.

—¿Un Gran Halcón? —se sorprendió Anonoei—. Algo había oído. Sin embargo, las aves que acuden a tu llamada, las que cabalgas y espían para ti, son cuervos.

—Los cuervos pasan inadvertidos —sonrió él con malicia—. Y roban todo lo que les ordeno. Y una bandada de cuervos puede despedazar a un enemigo en cuestión de minutos.

—No menosprecio las virtudes de los cuervos —dijo Anonoei—, lo que merece mi desprecio son aquellos que pretenden ser más de lo que son. No eres un Gran Halcón, eres un simple rapaz.

—He cabalgado halcones.

—Se resisten a tu poder e intentan suicidarse para librarse de ti.

Por primera vez, él se mostró colérico y humillado.

—¿Cómo sabes eso? Hace años que...

—Llevo espíandote desde hace días, pero el Ladrón de Puertas lo ha hecho durante años. Y ahora, piensa, si mueres, ¿quién será el heredero de Gray?

Su rostro palideció.

—¿Es eso lo que pretende mi tía?

—Tiene sus esperanzas depositadas en su hijo con Prayard. Tú y tu padre creéis que no hay nada que temer de ese niño porque no heredará poder alguno de su madre. Pero recuerda que ella podría llegar a gobernar como regente. Cuando mueras, no dudes que tu padre nombrará heredero al bebé que ella lleva en su seno. Y cuando ese niño nazca, tu padre y Prayard morirán. Sus muertes no serán iguales, pero sí ciertas. Y ella regirá los dos reinos en nombre del bebé. ¿Aún albergas dudas sobre la viabilidad del plan?

Frostinch mantenía la temperatura baja en el interior del excusado y las ventanas estaban abiertas. Para evitar que se acumulara el hedor. O para sentirse un hombre duro, fuerte; un guerrero en lugar del conspirador que era en realidad.

—¿Qué esperas de mí? —preguntó Frostinch—. Si Bexoi es tan poderosa, inteligente y letal, triunfará sin duda; no hay forma de impedirlo.

—Cierto —asintió Anonoei—. Ha desabaratado tus planes, pero todavía existe

una forma de detenerla.

—Intenté matarla —dijo Frostinch—, y eso que entonces no la temía.

—No, deseabas su muerte porque pensabas que tu padre estaba siendo demasiado condescendiente con Iceway. La muerte de Bexoi te permitiría declarar una nueva guerra, matar a Prayard y apropiarte de su corona.

—¿Por qué conformarme con ser conde cuando puedo ser nombrado rey?

—Es de necios preocuparse por los títulos —dijo Anonoei—. El poder es lo que importa. Los títulos son mera palabrería. Hasta que no seas capaz comprender la realidad, no conseguirás nada de lo que ambicionas.

—¿Y tú harás que yo vislumbre la verdad? —preguntó desafiante.

—Estás desnudo y al lado de la ventana —respondió Anonoei—. Puedo hacerte caer.

—Y entonces ya no te sería de ninguna utilidad.

—Exacto —enfaticó Anonoei—. Y si Bexoi no te ha matado todavía es porque va a tener un hijo con el que quiere ganarse el favor de tu padre, y no ganaría nada con tu muerte. Cuando consiga que el conde confíe en ella, que se sienta halagado por la lealtad de Prayard, entonces tu muerte servirá de algo. Y cuando se produzca la tragedia, tu padre nombrará heredero a su sobrino, el hijo de Bexoi.

—En ese caso, me queda tiempo.

—Sí, algo de tiempo tienes. Pero sólo te será útil si sabes emplearlo.

—¿Y qué planes tenéis tú y tu amigo, el Ladrón de Puertas, si es él de verdad, para el tiempo que me queda?

—¿Aún no lo has comprendido? Mata a tu padre y serás conde.

Sin añadir más, retrocedió hacia la puerta y volvió con Pan.

El Ladrón de Puertas negó con la cabeza.

—Solía ser listo, has hecho que se convierta en un necio.

—Le he hecho creer que es un necio —dijo Anonoei— y, después, le he enseñado a actuar con inteligencia. Apenas he necesitado mi poder para hacer eso; la gente hace cosas así todo el tiempo.

—Pero has empleado tu magia mental con él, prácticamente te adora.

—La mayor parte de los hombres son presas de mi poder, si yo lo deseo.

—¿Matará a su padre? —preguntó Pan.

—Lo intentará. Y como, en realidad, es una persona muy inteligente, triunfará en su empeño sin nuestra ayuda.

—Pero tu intención es ayudarlo.

—¿Para que mate al hombre que derrotó y humilló a Iceway? Sí, creo que sí, salvo que dejes de prestarme tus puertas.

—Recuerda que tengo muy pocas —dijo Pan.

—¿No conseguiste más al cruzar la Gran Puerta?

—Al cruzarla conseguí que mis puertas se hicieran más fuertes y duraderas; también ha mejorado mi habilidad para manipularlas y mi capacidad para percibir otras puertas y saber adónde conducen. Pero cruzar la Gran Puerta no ha incrementado el número de puertas.

—Tampoco consigue que la gente sea más lista.

—No parece que seamos más inteligentes —observó Pan—. Aunque es posible que ya contáramos con la inteligencia que necesitamos.

—Igual que Frostinch.

—Es posible, pero no ha intentado averiguar cuál era tu poder como maga.

—No le he permitido que pensara en ello —dijo Anonoei—. Es algo elemental cuando empleo mi poder. Cuando él notaba que mi persona despertaba su curiosidad, le distraía cambiando de tema. Apenas necesité usar mi poder para controlarlo.

—Cuando sea conde de Gray no será mucho más listo.

—Y nos conviene que sea así. No lo manipularé para derrotar a Bexoi, no da la talla. La magia mental no me permite añadir talento a quien carece de él. Será mi marioneta.

—¿Y quién da la talla contra Bexoi?

—Tú. Sin embargo, no espero que lo hagas, todavía estás enamorado de ella.

Pan reaccionó ante el comentario.

—¡Asesinó a mi hijo!

—El hijo que tuviste con ella. No olvides lo que soy, Pan. Por mucho que odies a Bexoi, aún la quieres lo bastante como para vacilar a la hora de la verdad y ella lo aprovechará para acabar contigo.

—En ese caso, ¿cómo piensas derrotarla? —preguntó Pan—. ¿Intentarás someterla utilizando tu poder mental?

—Ya lo verás. Cuando todo acabe, tú serás el único que sabrá lo que he hecho. Y comprobarás que mi victoria es completa y contundente. He urdido el castigo perfecto para Bexoi.

—¿Y no vas a contarme tu plan?

—Intentarías detenerme —dijo Anonoei—, aunque estés convencido de lo contrario. No te estoy controlando, pero sí necesito tu talento. Si no conoces los detalles de mi plan, me ayudarás, aunque sepas que no lo harías si descubrieras lo que pretendo.

—Eso es lo que crees —sonrió Pan.

—Piensas que aprobarías mi plan y por eso vas a ayudarme. No necesito usar mi poder con quienes se creen más listos de lo que son.

No era cierto. Empleaba su magia mental con todo el mundo. La usaba siempre. Pero parte de su poder consistía en hacer creer a sus víctimas que no estaban sometidas a su poder, que actuaban con total libertad. Era su venganza contra Pan por

los años de tormento en su cautiverio; por el daño que le había infligido a su hijo Eluik. Pero no olvidaba que también los había salvado, y por eso nunca le contaría cómo le había manipulado. No quería que sufriera. Ella obtendría su triunfo sobre él y disfrutaría al saber que ignoraba cómo lo había conseguido.

KA Y BA

¿Es posible aprender si tu cerebro está paralizado? Danny no tardó en darse cuenta de que no había otra forma de conseguirlo en el desierto egipcio. Las puertas de Loki no sabían nada ni recordaban nada; sólo poseían un dato relevante: se acordaban de dónde estaba Loki cuando descubrió los secretos sobre Bel y también lo que estaba haciendo.

Por lo tanto, Danny tenía que estar en el mismo sitio que Loki, hacer lo que él había hecho y permitir que los recuerdos acudieran a su mente. Pensamientos que no le pertenecían y sobre sucesos que él no había vivido. Y esa evocación era muda. Sólo abarcaba lo que Loki había descubierto, pero expresado en un nivel distinto al de cualquier lengua.

En cuanto Danny intentó dar sentido a los recuerdos, su mente consciente intervino e intentó verbalizarlos. Las palabras ahuyentaron los pensamientos mudos e incoherentes de Loki.

Danny no comprendía nada. Tenía que permitir que los recuerdos fluyeran por su mente. Entrar en una especie de trance. Su consciente tenía que alejarse, sin concentrarse en nada.

Es difícil concentrarse en no estar concentrado.

Al principio, los recuerdos llegaban a retazos. Se encendían y apagaban como los relámpagos en una tormenta. No había coherencia. Vio imágenes de un hombre, un egipcio, flaco, quemado por el sol, menudo y calvo; sus hombros estaban cubiertos por un paño blanco de hilo y un escueto taparrabos completaba su ropaje. La evocación incluía calor y frío y oscuridad.

El hombre estaba hablando, pero Danny no oía nada. Tampoco quería oír sus palabras, aunque ese hombre era el maestro, el ermitaño, al que había acudido Loki. Un hombre que conocía la antigua sabiduría de Egipto, un conocimiento más antiguo que la cristiandad, aunque él mismo era un asceta cristiano. Pero Danny sabía que no conseguiría escuchar su voz; su objetivo era recuperar el recuerdo que tenía Loki sobre las palabras del sabio. *Ka. Ba.* Pero en cuanto Danny intentó aferrarse a esos vocablos, su sentido dentro del contexto se diluyó.

Por fortuna, el recuerdo se repetía una y otra vez. Las puertas eran pacientes. Tampoco les quedaba otro remedio. Poco a poco, Danny se sumió en la meditación y el recuerdo comenzó de nuevo hasta que fue capaz de hacerlo suyo.

«Más tarde», se dijo a sí mismo. «Me acordaré de haber recuperado el recuerdo y habré conseguido lo que necesito. Ahora tengo que dejar que fluya a mi interior».

Perdió la noción del tiempo. Preso del recuerdo, ignoraba si era de día o de noche en el lugar donde estaba sentado frente al foso que había cavado con la ayuda de sus amigos. El tiempo lo marcaba el recuerdo de la conversación que discurría interminable.

En un par de ocasiones, el flujo se interrumpió y Danny se desesperaba. Loki había ordenado la información, que le había transmitido el ermitaño, dentro del contexto de su experiencia con las puertas y los magos de todas las clases, en un mundo donde la magia era algo habitual, donde los magos teleportadores aprendían la historia, los conocimientos y las habilidades de su familia. La ignorancia de Danny sobre esos temas era lo que interrumpía el recuerdo.

Decidió permitir que siguiera fluyendo.

«Que fluya».

Y entonces, una mano le tocó en el hombro.

¡Eso no había sucedido antes! ¿Quién había interrumpido a Loki?

Danny aguardó a que volviera el recuerdo; quería ver lo que había visto Loki, saber lo que él había aprendido.

La mano volvió a tocarle, con más fuerza en esta ocasión, y Danny supo que no pertenecía al recuerdo de Loki. Era algo que le estaba sucediendo a él.

—Por favor —susurró. Su voz apenas era un gemido—. Por favor, espera.

La mano lo agarró con fuerza y lo agitó. Con violencia. Estuvo a punto de caer.

Danny sintió ganas de llorar, sollozó brevemente y, al final, el intruso alcanzó su propósito: el trance se rompió, el recuerdo se desvaneció.

Sus propios recuerdos acudieron en tropel. Estaba en Egipto, un país para el que no tenía papeles ni pasaporte. Le habían atrapado.

Estuvo a punto de teleportarse, pero se dio cuenta de que la persona que estaba a su lado le hablaba. La luz del sol era cegadora, apenas pudo abrir los ojos. Y algo pasaba con sus oídos, porque el sonido iba y venía. Le hablaba en inglés. Conocía la voz. Entrecerró los ojos, se llevó una mano a la frente a modo de visera.

Un rostro bajó al nivel del suyo. Un rostro colérico. Hermia. Le había seguido hasta allí.

¡Estúpida, estúpida, estúpida! ¿Es que no veía que estaba haciendo algo de vital importancia? ¿Cómo se atrevía a interrumpirle?

—¡Bebe! —le gritaba ella.

Miró lo que tenía en la mano: era una botella de Evian. No le gustaba esa marca de agua.

Hermia abrió la botella y se la metió en la boca. Le dolió. Tenía los labios secos y cortados. Vio restos de sangre en la boca de la botella.

—Deshidratado —oyó decir a Hermia.

Abrió la boca, echó la cabeza hacia atrás y dejó que ella le diera de beber. Le

costó tragar, como si hubiera olvidado cómo hacer algo tan simple.

En realidad esperaba que el recuerdo cinético de Loki se activara. Que el hecho de beber despertara el recuerdo de Loki bebiendo. Pero Loki no había bebido nada.

La razón era que la conversación de Loki había durado una hora, pero el intento de Danny de recobrarla había llevado mucho más tiempo.

Consiguió tragar. El paso del agua por su garganta fue muy doloroso, el resultado de llevar mucho tiempo sin beber.

Hermia se había marchado. Pero le había dejado la botella de agua. Intentó llevársela a los labios. No conseguía recordar cómo se hacía. Se inclinó acercando los labios a la boca de plástico. El agua no subió a su encuentro. Pero la sostuvo entre los labios cuando se enderezó y consiguió que llegara a su boca. Hizo un esfuerzo para tragar el líquido. Le costó menos que la primera vez, pero se atragantó. Tosió. Dejó caer la botella. Palpó a su alrededor buscándola, mientras tosía. «¿Dónde está? ¿Por qué no la veo?» se preguntó. «Demasiada luz».

Las manos aparecieron de nuevo, manos que le cogían para ponerlo de pie. El acto de incorporarse resultó doloroso. Sus piernas no podían sostenerlo. No las sentía. ¿Cuánto tiempo había estado sentado sin moverse?

Hablaban entre ellos. Dos mujeres. Hermia. Y Vivi. Las otras magas teleportadoras. Sus amigas. Estaban enfadadas. Y preocupadas. Pero hablaban con palabras, y él quería evitar expresarse verbalmente. No quería emplear una lengua porque eso le distraería y...

No, no, el flujo de recuerdos se había interrumpido. Ya no estaba en trance. Era bueno poder usar las palabras. Necesitaba entender lo que le decían.

—No nos oye —dijo Vivi.

—Dime algo que no sepa —replicó Hermia.

—Tenemos que llevarlo a Nápoles.

—No hay puerta a... Oh, te refieres al Nápoles de Florida. Vamos a llevarlo hasta la casa adonde conduce la puerta que lo ha traído hasta aquí.

Danny se tambaleó. Comenzaba a sentir sus piernas de nuevo. Un éxtasis de dolor. Sus articulaciones aullaban, atormentadas.

—Intenta caminar —observó Hermia.

—¿Estaba aquí sentado delante de la cueva?

—Sí, como Narciso, obligado a contemplar el mismo lugar para siempre.

—Sólo que en el caso de Narciso era su propio reflejo.

—¿Cómo sabes lo que él veía?

«¿Qué he visto?», se preguntó Danny. «¿Seré capaz de recordarlo? ¿Lo habré asimilado, podré darle algún sentido?».

Lo ayudaron a bajar por la pendiente de arena hasta la puerta y, de pronto, estaban bajo techo. En el dormitorio de Hal. ¿Había partido desde allí al desierto? No tenía

importancia, lo relevante era que había una puerta en el dormitorio de Hal que conducía a la cueva en Egipto y Hermia la había encontrado. Luego había ido a pedirle ayuda a Vivi. Encadenando una puerta tras otra.

Encontraron a Hal en el cuarto. El chico soltó un improperio e intentó ayudarlas.

Danny tendría que haber recuperado la movilidad. Su paso por la puerta debería haberle curado. Pero, aunque el dolor había desaparecido y volvía a sentir las piernas, no podía caminar bien.

—Vamos a llevarlo a casa, cariño —le dijo Vivi a Hal—. Has sido de gran ayuda, pero a partir de aquí nosotras nos encargaremos de él.

—¿Estás seguro de que nadie le ha obligado a hacer esto? —preguntó Hermia.

—Se comportaba de forma normal —dijo Hal—. Normal para lo que es Danny, al menos. Tenía algo en mente, algo relacionado con Loki. Tenía que ir al desierto y nos vino a buscar para que le ayudáramos a cavar. No le encontré mucho sentido.

—¿Te dio la sensación de que alguien lo estaba manipulando? —preguntó Hermia.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —respondió Hal—. Alguien podría estar controlándote a ti y yo no lo sabría.

Estaba de pie, entre ellas y la puerta que conducía a casa de Danny.

—Eres un encanto —dijo Vivi—. No te preocupes, por favor. La puerta lo ha curado. El problema es que no ha recuperado la movilidad y no sabemos el motivo. Si lo llevamos a un hospital, no verán nada anómalo y tendremos que dar explicaciones que no queremos dar.

—Estoy bien —le dijo Danny a Hal—. Sólo tengo algún problema de... movilidad.

—Es como un mago de las bestias atrapado en el animal que está cabalgando —dijo Vivi.

—Viendo a Danny, parece que su montura sea un caracol borracho.

Hal se apartó de la puerta y las chicas cruzaron con Danny.

Una vez en casa, Danny se negó a ir a Nápoles.

—¿Para qué voy a ir? —se quejó.

—Hay que rehidratarte —dijo Vivi—. Cruzar una puerta no repone el agua que has perdido. Un día y medio al sol en el desierto, y también una noche. ¿Qué pretendías?

—Estaba investigando —respondió Danny.

—¿Experiencias cercanas a la muerte? —preguntó Hermia desde la cocina. Probó el agua con el que acababa de llenar un vaso—. ¿Tú bebes esto?

—La mejor de Buena Vista —dijo Danny. Ella le entregó el vaso y él se lo bebió de un trago.

—Increíble, tus quemaduras de tercer grado se han transformado en un bronceado

saludable —señaló Vivi—. Cuando pienso en todas las lociones que me he puesto y las horas que he pasado en cabinas bronceadoras... Todo lo que tenía que hacer era quemarme al sol y luego teleportarme.

—¿Te das cuenta del miedo que nos has hecho pasar? —le espetó Hermia—. De pronto, desapareces. Marion y Leslie no tienen ni idea de dónde estás. Nadie lo sabe. Menos mal que a Vivi se le ocurrió preguntar a tu club de fans del instituto.

—Son mis amigos —puntualizó Danny.

—Eres el único Gran Mago Teleportador del mundo —dijo Hermia—. No puedes desaparecer sin más.

—Mis amigos sabían dónde estaba. Mi idea era ausentarme unas horas.

—¿Treinta y seis horas? —preguntó Vivi.

—No creí que fuera a durar tanto.

—Podías haber muerto —dijo Hermia—. ¿Comprendes? ¿Qué te metiste?

—Nada de drogas —respondió Danny.

—No mientas —le advirtió Hermia—. Nos ha costado una eternidad romper el trance en el que estabas sumido. ¿Estabas alucinando?

—Ni de lejos —respondió Danny—. ¿Os cuento lo que hacía o vais a seguir cabreadas conmigo? Escuchadme en vez de gruñir tanto.

—¿Me estás echando la bronca? —se asombró Hermia—. Haces algo estúpido, irresponsable...

—Hermia —intervino Vivi—, ¿por qué no le dejamos que se explique antes de decidir si ha sido un estúpido?

—¿Te pones de su lado? —Hermia estaba cada vez más enfadada.

Danny y Vivi la observaron en silencio.

Hermia suspiró con fuerza, echó los hombros hacia atrás y acabó por dejarse caer en el sofá, al lado de Danny. Vivi acercó una silla de la cocina.

—La pobre anciana tiene que apañarse con el asiento más incómodo —comentó con una risita.

—Acabas de pasar por una puerta, así que estás en perfectas condiciones —le dijo Hermia.

—Ya sabéis que tengo las puertas de Loki en mi yacimiento —comenzó Danny.

—Se las arrebataste —dijo Hermia.

—Pero luego me las entregó y nos comunicamos.

—¿Loki y tú? —preguntó Vivi.

—Algo así. Es posible. Aunque creo que en realidad hablo con ellas. Ahora, me obedecen. Pero siguen siendo parte de él, así que es posible que esté al tanto de lo que hablamos, o no. No lo sé. Tampoco me importa. Hay cosas entre sus recuerdos que necesito saber y él no está aquí para preguntarle. Aparte de que dudo que me lo fuera a decir. No parece tener mucho interés en enseñarme.

—¿Hablas con las puertas?

—No sé cómo lo hago —dijo Danny—. ¿Habéis oído hablar de algún mago que entregara sus puertas a otro?

—Sería lo mismo que entregar tu aura —señaló Vivi.

—Yo sé de algún caso —dijo Hermia—. Una antigua leyenda familiar. Dos amigos tan entregados que se convirtieron en la cabalgadura el uno del otro.

—No es lo mismo —dijo Danny—. No soy su cabalgadura, ni él la mía. Él no me controla, no es un mago mental.

—¿Puedes manipular sus puertas? —preguntó Hermia.

—Después de lo que pasó con la puerta salvaje, no me atrevo a intentarlo. Pero, por favor, dejad que os cuente lo que he aprendido mientras soy capaz de recordarlo.

—¿Aprendido?

—Fui allí para activar la memoria cinética de Loki, un recuerdo sobre un secreto de vital importancia que le transmitió un ermitaño cristiano de Egipto. Empleaba la lengua de los coptos y era un gran sabio. Un recopilador del antiguo conocimiento egipcio. Un saber que no figura en los jeroglíficos. Tampoco está en los libros de los muertos. No hay nada escrito sobre esto en ninguna parte. Es algo que se sabe, y el ermitaño se lo contó a Loki. Las puertas no pueden contármelo a mí empleando el lenguaje, sólo pueden ayudarme a revivir el estado mental de Loki cuando él lo aprendió. ¿Lo entendéis?

—Me da la impresión de que eres tú quien no lo entiende, cariño —comentó Vivi.

—No, no lo entiendo —confirmó Danny—. Pero dejadme acabar. Lo estaba consiguiendo, después de repasar el recuerdo una y otra vez, estaba comenzando a entenderlo, hasta que vosotras me interrumpisteis.

—Perdona por salvarte la vida —dijo Hermia.

—Por favor, por favor, dejadme que acabe —gimió Danny, al borde las lágrimas.

—Quiere que cierres el pico, querida —dijo Vivi.

—Ya lo sé.

—Si no quieres escuchar —dijo Vivi con dulzura—, ¿te importaría marcharte para que me lo cuente a mí?

—Va a ser un lío —dijo Danny—. Se escurre como cuando intentas recordar un sueño. Trata sobre el ka y el ba. El ka es la esencia y el ba es el aura.

—Todo el mundo sabe eso —dijo Hermia.

—¡Yo no! —chilló Danny.

—Cierra el pico, por favor, Hermia —pidió Vivi. Su voz era tan dulce que delató lo furiosa que estaba con la otra.

—No es lo que nos han contado. Por eso me costaba tanto —dijo Danny—. Pensamos que el ka está atado al cuerpo, que forma parte de él. Y que es el ba lo que enviamos con las efigies, o las bestias que cabalgamos, o las puertas que creamos.

Pero ni el ka ni el ba son parte de nuestro cuerpo.

—Menuda tontería —dijo Hermia, y se llevó la mano a la boca nada más decirlo.

—Esa parte fue la que emocionó y asustó a Loki. Recuerdo lo que él sintió. Recuerdo cómo acabó comprendiendo que el ka y el ba están enlazados el uno al otro. Y esa unión es lo que somos cada uno de nosotros. El cuerpo es el recipiente. Una herramienta. Tiene vida propia, mente propia, pero no es lo que somos. Ninguno de nosotros. Ni los magos ni los mortales. Somos ka, somos ba, no somos los animales que sirven de recéptaculo.

—Sigue —dijo Vivi.

—Suenan muy gnósticos —dijo Hermia.

—No lo es —negó Danny—. No tiene nada que ver con el gnosticismo. Ni con los coptos. Pero sí que es el motivo por el que Loki cerró todas las puertas.

—Si el ka y el ba no forman parte de nuestro cuerpo, ¿de dónde proceden? —preguntó Vivi.

—Del mundo de los magos bel.

—En otras palabras, del Cielo —dijo Hermia.

—No, no. No contamines el recuerdo —suplicó Danny, tapándose los oídos—. Dejad que termine. No intentes adaptarlo a la mierda de creencias de los griegos, ¿vale? ¿Cerrasteis vosotros las puertas? No. Fue Loki. Así que cállate y déjame recordar por qué lo hizo.

—Lo siento.

—Proceden del mundo de los magos bel —repitió Danny—. Una puerta desde su mundo convirtió a los simios de este mundo en humanos. Y también fueron esos cuerpos los que les dieron los poderes que nosotros transformamos en magia.

—Yo creía que el poder procedía del ka y el ba —dijo Vivi.

—¡Ése es el tema! Todo el mundo tiene ka y ba; entra en el cuerpo cuando nacemos o... cuando sea. El caso es que entran. Durante el proceso, el cuerpo establece un contacto con el ka y el ba. Cuando entraron en mí... Mejor dicho, cuando entraron en Loki, porque esto forma parte del recuerdo que he recuperado, cuando el ka y el ba entraron en su cuerpo, su ba se fragmentó en puertas. Así se convirtió en mago teleportador. El cuerpo más el ka y el ba. ¿Lo entendéis? No hay magia sin cuerpo.

—Es todo tan impresionante que entiendo que te hayas jugado la vida para conseguir el recuerdo —dijo Hermia con sorna.

—Todavía no he llegado a la parte más importante —dijo Danny—. Está en el Libro de las Revelaciones: «Después hubo una gran batalla en el Cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el Cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llamaba diablo y Satanás, el cual engaña al

mundo entero; fue arrojado a la Tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él».

—Creía que estábamos hablando del conocimiento de los antiguos egipcios —dijo Hermia.

—A mí me suena a la versión de la Biblia del Rey Jaime —dijo Vivi.

—El diablo. Satán. Es Bel. Fue expulsado, es decir, fue teleportado a Midgard. Pero no le dieron un cuerpo. Él y sus ángeles eran sólo ka y ba.

Las chicas reflexionaron sobre las palabras de Danny.

—Estoy perdiendo la mayor parte de lo que Loki aprendió. Ahora mismo no sé cuánto de lo que os estoy contando forma parte de su recuerdo y cuánto son mis propias conclusiones.

—Sigue —le animó Vivi—. Estoy comenzando a captar la importancia que tiene todo esto.

—Pues yo no —dijo Hermia.

—Bel no es un mago mental. Los magos mentales existen y lo que él hace es similar a la magia mental, pero Bel no posee un cuerpo humano. No tiene un recipiente físico. Ahora piensa en lo que cuenta el Nuevo Testamento sobre el Diablo, lo relativo a la posesiones demoníacas. Son obra de él y el resto de demonios, sus ángeles. ¿Lo entiendes? Jesús siempre los estaba expulsando, exorcizaba a las víctimas.

—Tenía entendido que eran simples casos de esquizofrenia —dijo Hermia.

—O casos de personalidad múltiple —añadió Vivi.

—Sí, hoy en día es lo que más se parece a una posesión diabólica, tal y como se describe en la Biblia. Pero los kas y bas sin cuerpo existen. Y Bel es su jefe. El pez gordo. El Enemigo con mayúscula. Eso es en realidad lo que significa la palabra satán...

—No te molestes en explicarle a dos magas teleportadoras el significado de una palabra —le interrumpió Hermia.

—Bel nos odia porque nuestro ka está unido a un cuerpo y eso nos cambió. Nos dio los poderes que tenemos. Y podemos emplearlos si aprendemos a hacerlo. La habilidad para usar la magia es hereditaria, está vinculada al cuerpo. Y por eso quiere nuestros cuerpos, para conseguir el poder y el talento para emplearlo.

—Pero ellos no establecen el mismo nexo que nosotros con el cuerpo, ¿verdad? —preguntó Vivi.

—No. La magia que obtienen no les pertenece. Poseen el cuerpo y lo manipulan para emplear la magia de ese cuerpo. Es el peligro que suponen los magos bel: no envían su ba al interior de la gente, como hacen los magos mentales que buscan persuadirte para que actúes según sus deseos; los magos bel envían su ka y su ba. Te manejan igual que a una marioneta. Te obligan a que emplees tus poderes para sus propósitos. Pero si tú mueres, ellos no. De hecho, lo mejor para ellos es que tu ka

abandone el cuerpo, porque entonces es sólo para ellos.

—En ese caso, ¿por qué no te mata y posee el cuerpo desde el primer momento? —preguntó Vivi.

—Buena pregunta. Los antiguos egipcios creían que los dioses semíticos tenían el poder de reanimar los cadáveres. Por eso extraían el cerebro y los órganos internos de las personas poderosas cuando fallecían y los colocaban en vasijas. El cuerpo quedaba mutilado y no funcionaba. Bel y sus secuaces no podían resucitar el cadáver y aprovechar el poder del fallecido. El embalsamamiento no estaba relacionado con la vida eterna; al contrario, buscaban que los difuntos siguieran muertos para siempre.

—¿Pero pueden hacer algo así los magos bel? —preguntó Vivi—. ¿Estamos hablando de... zombies?

—No, no —negó Danny con vehemencia—. El ermitaño consideraba eso de los muertos vivientes pura superchería. Los magos bel no pueden controlar un cuerpo salvo que ya lo posean cuando el ka lo abandona. Bel necesita controlar un cuerpo vivo y busca a los más poderosos. Busca magos. Quiere su magia.

—¿Quieres decir que cuando posee a alguien, hay que matar a la persona poseída? —preguntó Vivi—. Suena bastante drástico.

—Y poco efectivo —añadió Danny—. No es posible matar a los magos bel. No puedes matar el ka o el ba. No mueren. Quiero decir que los cuerpos que poseen de verdad un ka y ba propio, sí mueren. Eso corta el vínculo con el cuerpo y también entre el ka y el ba. Por eso podemos interactuar con las puertas de magos que han fallecido hace más de un milenio. Es su ba que está separado de un ka que sigue vivo en alguna parte. Pero en el caso de los magos bel, como no tienen un cuerpo propio, la muerte física de la persona a la que han poseído no les afecta; sólo tienen que buscar otra.

—Lo que quiere decir que los magos bel son los únicos que de verdad pueden reencarnarse.

—No lo sé. Loki no trató ese aspecto con el ermitaño. No tengo ni idea de lo que le ocurre a la gente normal que sufre una muerte normal. Lo que vi era un recuerdo, no podía hacer preguntas —Danny hizo una pausa antes de seguir—. Y hay más. Los magos bel eran muy torpes al principio. Recordad que no son magos mentales. Mejor dicho, no son magos y punto. No obtienen los poderes como nosotros. Lo que sí que tienen es experiencia. Han estado poseyendo a la gente, manipulándola, durante más de diez mil años. Ni Loki ha vivido tanto tiempo. Y el más listo de todos, el mejor, es Bel. El Enemigo. El gran dragón. Es el más poderoso, sus habilidades son impresionantes. Conoce medios para poseer a la gente que ninguno de sus ángeles caídos sabe emplear.

—Y eso fue lo que averiguó Loki —dijo Hermia.

—Y lo que lo llevó a cerrar las puertas —añadió Vivi.

—Sí, supo que el dragón había aprendido a cabalgar a cualquiera y cruzar una puerta montado en esa persona.

—¡Qué horror! —exclamó Vivi.

—Un momento, no demos nada por sentado. Que te posea un mago bel es igual que sufrir una enfermedad. Cruzar una puerta elimina las enfermedades, te desharías del mago bel —dijo Danny.

—Pero si dos personas se cogen de la mano, pueden cruzar juntos una puerta —dijo Hermia.

—Cogidos de la mano. Dos personas con sus propios cuerpos. Pero el jinete, el que posee el cuerpo, sería expulsado. ¿Qué hacía Jesús? Curaba a la gente, expulsaba a los demonios.

—¿Estás diciendo que Jesús era un Gran Mago Teleportador? —preguntó Vivi.

—Es una idea. El ermitaño no dijo nada de eso; jamás diría nada que cuestionara la idea de que Jesús era Dios. Volvamos con el antiguo Loki. De alguna manera, se dio cuenta de que los magos bel habían aprendido a cabalgar cuerpos a través de las puertas sin ser expulsados. Y creo que a eso se refería el pasaje que leí en la Biblioteca del Congreso: Bel había poseído a un Gran Mago Teleportador. Pero el Loki de ese tiempo no vio lo que ocurría de verdad. Estaba convencido de que su enemigo era el mago teleportador. Pero el adversario se ocultaba en el cuerpo del mago: era Bel. Cuando el antiguo Loki luchó y mató al Gran Mago Teleportador, en realidad acabó con el mago y no con Bel. Bel nunca abandonó este mundo porque no podía cruzar una puerta él solo, sin el mago sobre el que cabalgaba. Podía utilizar el poder del Gran Mago Teleportador para crear puertas, pero él solo no podía cruzarlas. Al enviar Loki el cadáver del Gran Mago Teleportador a través de una puerta, Bel fue expulsado del cuerpo.

—¿Eso estaba en el recuerdo de Loki? —preguntó Hermia.

—No, pero tiene sentido. Y no recuerdo, mejor dicho, no sé cómo Loki supo del ardid de Bel para cruzar puertas, pero lo conocía. Es muy probable que el dragón cabalgara un Gran Mago Teleportador y que Loki devorara todas las puertas de ese mago, pero que no lo matara. No tenía por qué hacerlo. El Gran Mago Teleportador ya no le servía para nada al dragón, así que lo abandonó. Ya no tenía el poder que necesitaba. El problema es que a Bel le bastaba con buscar a otro mago teleportador, o poseer a cualquier otro mago con el que cruzar una Gran Puerta que incrementara sus poderes y por eso...

—Loki decidió devorar todas las puertas y siguió haciéndolo durante más de mil años —dijo Hermia—, hasta que llegamos nosotros y tuvimos la brillante idea de crear una Gran Puerta.

—Y una puerta salvaje —dijo Danny, compungido—. La he cagado bien.

—No, fue Loki quien la cagó —dijo Vivi—. Tenía que haber pensado que algún

día llegaría un Gran Mago Teleportador más poderoso que él y que devoraría todas sus puertas. Tenía que saberlo.

—A lo mejor por eso abandonó el árbol donde dormía, percibió mi existencia —aventuró Danny, luego negó con la cabeza—. No, no puedo especular. Hay que atenerse a lo que sabemos. Los hechos son que Loki averiguó que tenía que cerrar todas las puertas para impedir que el dragón y sus seguidores se hicieran con el poder.

—No acabo de entenderlo —dijo Vivi—. ¿Qué importancia tiene que puedan cruzar puertas?

—Yo sí que lo entiendo —intervino Hermia—. Cuando eran incapaces de cruzar una puerta, un cuerpo poseído sólo tenía que pasar por una puerta y adiós al demonio. Pero si eso ya no funciona, entonces sólo la muerte del cuerpo puede expulsarlos. Cuando poseen a un mago, lo poseen hasta el final. Y encima, el dragón o sus demonios, no mueren con el cuerpo y sólo tienen que buscar otro mago más poderoso al que poseer. Los seres humanos seríamos sus esclavos para siempre.

—Los seres humanos estaríamos acabados —puntualizó Danny—. Sólo los magos bel disfrutarían de la vida. Seríamos sus marionetas, meros espectadores de sus vidas.

—Así que a lo largo de todos estos años, mientras Loki evitaba la creación de Grandes Puertas, los magos bel han estado poseyendo a gente en la Tierra y, como no había puertas, no nos podíamos librar de ellos. —Vivi buscó la confirmación de Danny.

—Exacto —dijo éste—. Por eso había que impedir que se abrieran Grandes Puertas. Mientras Loki devoraba las puertas, consiguió que en Westil no hubiera magos bel. No podían ir hasta allí. Loki mantuvo Westil a salvo. E incluso aquí, al devorar las puertas, los magos estaban tan debilitados que los magos bel no podían poseer a nadie con poder de verdad. Es posible que los magos bel nos hayan dejado en paz y se hayan centrado en la gente que gobierna la Tierra, la que ostenta el poder.

—Stalin en lugar de Odín —apuntó Vivi.

—Hitler en lugar de Júpiter —dijo Hermia.

—Y ahora, imaginad un Hitler con el poder de un Gran Mago de las Borrascas o un Gran Mago Marino o un Gran Mago Pétreo, uno que hubiera cruzado una Gran Puerta. Y hay más, si a Hitler lo poseía un mago bel, entonces ese insignificante pintor austríaco no habría muerto en el búnquer de Berlín en 1945. Murió el cuerpo, pero el dragón se limitaría a buscar otro cuerpo al que poseer.

—Eso quiere decir que estamos luchando contra todos los monstruos que ha habido en la historia de la humanidad —dijo Vivi.

—No, era Loki el que luchaba contra ellos —dijo Danny—, hasta que yo la fastidié. Acabo de hacerle perder la guerra.

—No hay nada perdido todavía —dijo Vivi.

—Y yo diría más —dijo Hermia—, me parece que todo esto es una patochada. Danny la miró con perplejidad.

—¿Crees que no he comprendido los recuerdos de Loki?

—No, creo que los has comprendido muy bien —dijo Hermia—. Pero lo que has comprendido es lo que un viejo le dijo a otro viejo. Y uno de esos viejos era un ermitaño cristiano chiflado y el otro era Loki, nada menos. Por el amor de Dios, que ellos lo creyeran no quiere decir que sea cierto.

—Y que tú no lo creas no quiere decir que sea mentira.

—Piensa en cómo has conseguido esa información —dijo Hermia—. Entraste en un trance alucinógeno. Estabas sentado a pleno sol en Egipto, sin beber ni comer; inmóvil. Alucinando mientras mantenías una conversación con... ¿Con quién? ¡Con el aura del chiflado de Loki! ¿No te das cuenta de lo absurdo que es todo esto?

—No estoy de acuerdo —respondió Danny—. Loki es un tipo listo.

—Que sea listo no significa que no sea un chiflado también —replicó Hermia—. Tú eres listo y estás como una cabra.

—Eso no es verdad —negó Vivi.

—Acabamos de salvarle la vida porque se había quedado catatónico a pleno sol en el desierto. Ahora dime quién en su sano juicio hace eso.

Danny no supo qué contestar. Estaba convencido de que Hermia se equivocaba; lo que había aprendido de Loki era todo cierto, al menos esperaba que lo fuera.

Claro que quizás creía que lo era por el esfuerzo que había hecho para conseguir el recuerdo.

—Que no te haga dudar —dijo Vivi—. No tiene ni idea.

—La cuestión es que soy una persona pragmática —se defendió Hermia—. No quiero que te ofendas, Vivi, pero tú, por ejemplo, te has pasado toda la vida convencida de que eras una maga teleportadora y no tenías una sola prueba de que fuera cierto.

—Y, sin embargo, resulta que lo soy.

—Pero tu creencia no se basaba en los hechos —adujo Hermia—. No estás capacitada para juzgar un caso tan absurdo como éste. ¿Es que no lo entiendes? No niego que Danny esté en lo cierto sobre lo que aprendió de Loki; el problema es que es un chiflado escuchando a otro chiflado hablando sobre cosas absurdas. Y seremos dos chifladas más si nos lo tomamos en serio.

—De acuerdo, tú eres la experta en locuras —dijo Vivi—. ¿Qué hacemos?

—Creo que ha llegado el momento de permitir a las Familias usar la Gran Puerta —dijo Hermia—. No hay motivos para impedirselo. No hay kas ni bas poseyendo cuerpos. No hay un dragón al acecho. No existe. Todo eso sale en la parte más incongruente de la Biblia.

Danny se frotó los ojos con las manos.

—Estoy muy cansado —dijo.

—Acabas de torturarte hasta el borde la muerte —dijo Hermia—. No te vendrá mal echar una cabezada.

—He perdido un día completo de clase.

—Y gracias a eso supimos que algo iba mal —dijo Vivi—. Tus amigos se preocuparon y la chica del escote consiguió tu expediente y nos llamó.

—Creía que vosotras ya me estabais buscando antes de que ellos os avisaran —dijo Danny.

—Yo, sí —dijo Hermia—. El problema es que no sabía por dónde empezar.

—¿Y no se te pasó por la cabeza preguntarle a uno de mis amigos mortales? —preguntó Danny.

Hermia se encogió de hombros.

—Pues fueron ellos los que hicieron algo —comentó Danny—. *Ellos* me han salvado.

—¿Para qué vas al instituto, Danny? —preguntó Hermia—. ¿Por qué te obsesionas con los mortales? Ha llegado la hora de que las Familias crucen la Gran Puerta y restauren el orden natural en el mundo.

Danny la observó y sintió un ramalazo de desesperanza.

—No solías pensar así.

—A lo mejor me he dado cuenta de que al mundo no le iba tan mal cuando mandaban los dioses; en la época en la que empleaban su poder para ir y volver de Westil. Al menos no estaba peor que ahora, con los científicos e ingenieros creando armas de destrucción masiva para los mortales.

—Déjame que lo piense —dijo Danny.

—No quiero ser impertinente —se disculpó Hermia.

—Sí que quieres —dijo Vivi.

—No es cierto. Pero a veces la verdad resulta impertinente. Danny, has estado jugando en tu querido instituto. Te has encariñado con los mortales. Y fíjate en tus amigos, Danny: penosos seres humanos. Y ahora, te adoran. Te obedecen sin pensar. Una pandilla de adoradores patética, ¿no crees? ¿Es eso a lo que aspiras?

Danny estaba alcanzando el límite de su paciencia. Una parte de él se sentía furioso con ella por juzgar así a sus amigos. Y otra comprendía su punto de vista y se preguntaba si tendría razón, si él no sería como el resto de los magos, que sólo buscaba la adoración de los mortales. Si ella tenía razón, entonces no eran sus amigos, sólo eran... herramientas. Estaban a su servicio.

Recordó cómo había hecho que Hal y Wheeler cavaran con él en el desierto.

¿Tenía derecho a exigirles que fueran a Egipto para cavar en la arena porque era un Gran Mago Teleportador?

«No soy mejor que las Familias, soy igual de engreído y prepotente. Y todo lo he

hecho con la excusa de integrarme en el instituto. El primer día que llegué, empecé a crear puertas e hice que la gente las cruzara. Tomé decisiones que no me correspondían. Soy tan malo como cualquier miembro de las Familias».

Hermia lo observaba con una expresión entre satisfecha y preocupada.

«No es mi amiga», pensó Danny. «Pero Hal, Wheeler, Xena, Laurette, Sin y Pat sí que lo son. Aunque yo sea un amigo pésimo, ellos son buenos conmigo. Que se jodan las Familias. Que se jodan las Grandes Puertas. No sé si Loki tenía razón sobre el dragón, Bel o Satán, pero sé que acertó devorando las puertas y manteniéndolas cerradas durante mil años».

—¿Sabes qué, Hermia? —dijo Danny—. Me gustan mis amigos. No intentan que trate mal a la gente que no es tan poderosa como yo.

—No eres más que un vulgar mortal —dijo Hermia con desdén.

—Antes pensabas igual que yo —dijo Danny.

—He madurado.

—¿En las dos últimas semanas?

—Oh, ya veo adónde quieres ir a parar: crees que he sufrido un repentino cambio de personalidad. Crees que el dragón me ha poseído.

—Qué posibilidad tan interesante —dijo Vivi—. No se me había ocurrido, pero ahora que lo mencionas...

—Ahora crees que cualquiera que no esté de acuerdo contigo está poseído por Satanás, ¿verdad? Yo diría que es el primer paso hacia la demencia.

—Nunca he pensado que estés poseída —contestó Danny—. No por Bel. Lo que creo es que has estado hablando con tu Familia. Creo que te han encontrado a pesar de que te extirpamos los rastreadores. Creo que te han convencido de que pienses como ellos.

El silencio de Hermia, unido al rubor que cubrió sus mejillas, fue suficiente respuesta para Danny.

—Siento que te encontraran. Y siento que te hayas puesto de su lado.

Hermia le miró sin responder.

—Qué situación tan incómoda —dijo Vivi.

—No tanto —dijo Hermia—. Lo que Danny quiere decir es que si hubiera sabido que pensaba así cuando nos conocimos, no habría aceptado que me uniera a él.

Danny negó con la cabeza.

—No pensabas así, estoy seguro. Y tampoco he olvidado que me enseñaste a dominar mi poder.

—Pero ya no somos amigos —comentó Hermia.

—Somos amigos que no están de acuerdo en algo importante —señaló Danny.

—No, me temo que al menospreciar a tus amigos mortales he conseguido que tú los valores más a ellos y menos a mí.

Danny no dijo nada porque la afirmación se acercaba bastante a la verdad.

Hermia fue a la cocina y volvió a llenar el vaso de agua de Danny. Continuó hablando mientras lo hacía.

—Danny, tú odias a tu Familia. Vivi ni siquiera tiene. Pero yo quiero a la mía. No puedo darles la espalda. No puedo enfrentarme a ellos.

—Pero lo hiciste en el pasado —arguyó Danny.

—Porque encontrar las puertas resultó emocionante —explicó Hermia—. Ahora lo he superado. Soy la de siempre.

—Al servicio de tu Familia —dijo Danny.

—Lo que tú digas.

—Llegué a un acuerdo con todas las Familias —le recordó Danny.

—No, lo impusiste —dijo Hermia.

—Y tú estabas de acuerdo con lo que hice.

—Porque tú eres el Gran Mago Teleportador y yo no —dijo Hermia—. Pero siempre he creído que te equivocabas.

Vivi soltó una risita.

—Eres buena reinterpretando los hechos, niña.

—He pasado de «cariño» a «niña». Me parece que ya no pinto nada aquí, ¿verdad?

—Pienso respetar el acuerdo que alcancé con las Familias —anunció Danny.

—Crees que eres ecuánime, pero me tratas como un Gran Mago Teleportador trataría a un pestillo.

—Supongo que tienes razón. Pero te recuerdo que ése es el mundo por el que apuestas. Y partiendo de esa base, sí, yo soy el Gran Mago Teleportador y tú eres una pestillo.

De nuevo, lo contempló en silencio.

A continuación, le arrojó el agua del vaso a la cara. Luego utilizó la puerta que conducía a Washington D. C. y se marchó.

Danny se limpió el agua de los ojos.

—¿Ya estoy rehidratado? —le preguntó a Vivi.

—Cambiaré de opinión, Danny.

—No lo creo. Para ella, sólo soy un crío. Un crío de la Familia North. Los ilirios se creen mejor que los demás, en especial que los North. No creo que cambie de opinión y vuelva suplicando que volvamos a empezar.

—Vale, ¿qué más da? Tú puedes crear puertas y ella no.

Danny sintió ganas de llorar.

—Me gusta conservar a mis amigos.

—Tú mismo lo dijiste, cielo, nunca ha sido tu amiga.

—Sí que lo fue. Era una gran amiga. Pero ha cambiado.

—De acuerdo, pero «el amor no es el amor que se altera cuando alteración encuentra».

—Ése es uno de los versos más retorcidos que Shakespeare haya escrito jamás —dijo Danny.

—Lo sé, pero yo soy de las que lloran cada vez que leen *Sentido y sensibilidad*.

—Los animales atropellados en la carretera te hacen llorar.

—Te lo estás tomando con mucha tranquilidad.

—Porque no importa lo que diga Hermia, Vivi. Bel es real. Loki estaba en lo cierto, nuestra guerra es contra él. Toda esta mierda de discusión sobre si las Familias tienen que cruzar las puertas o no es una estupidez. Tengo que aprender a devorar las puertas igual que Loki. Tengo que llegar a Westil y recoger las puertas detrás de mí, igual que él.

—Por favor, no me digas que vas a volver a Egipto —suplicó Vivi—. Al menos deja que vaya alguien contigo para echarte agua por encima de vez en cuando.

—¿Sabes qué? Lo que voy a hacer es comerme un par de bocadillos de mantequilla de cacahuete y luego ir a correr. Quiero comprobar si mis piernas se han recuperado.

—¿Vas a seguir con el rollo del instituto?

—O voy al instituto o me comeré la cabeza intentando salvar el mundo y, sobre todo, decidiendo de quién o qué tengo que salvarlo.

—Me gusta que mates lo de qué o quién. Te expresas de maravilla.

—No sé nada —negó Danny—. No sé nada de nada.

En su interior, las puertas de Loki murmuraban. «Es todo cierto», le decían. «No lo dudes. Verdad, verdad, verdad. El dragón es real. El dragón quiere cruzar la Gran Puerta a Westil. Mantenlo alejado de la Gran Puerta».

—Lo que hago es defenderme lo mejor que sé —le dijo Danny a Vivi.

—Igual que todos —dijo Vivi.

RECUERDO DEL PASADO

Lo que nadie sabía sobre Pan, algo que él mismo ignoraba, era lo perdido que se encontraba. No se puede vivir un milenio en el interior de un árbol sin perder algo, y lo que Pan había dejado atrás era su propia historia.

Hubo un momento en el que tenía un objetivo, uno de tal importancia que le llevó a encerrarse en el interior de un árbol, alejado del resto de la humanidad. Y se dedicó a una única tarea: arrebatarse a todos los magos teleportadores de Westil y Midgard el poder que tenían para crear una Gran Puerta. Al hacerlo, todos perdieron gran parte de su poder, y los seres humanos quedaron expuestos al sufrimiento y a la muerte a causa de la pérdida de las propiedades curativas que tenían las puertas.

Cuando despertó y abandonó el árbol, reclamado por un propósito que no consiguió comprender, Pan vagó sin rumbo. Una chica le proporcionó ropa y alimentos para que no muriera de frío o de hambre. Una panadera lo acogió y vivió en un castillo donde se preocupó de los asuntos que ocupaban a los moradores de ese castillo: reyes y dinastías.

Se dejó llevar por sus impulsos, enamorándose de una mujer hermosa, despiadada y con un enorme poder. Poco a poco, descubrió que tenía principios y hubo cosas que no quiso hacer. No quiso segar la vida de la amante del rey Prayard ni la de sus hijos. Tampoco arrancar el bebé del seno de Bexoi para vengarse de ella por matar al niño que habían tenido juntos.

Todo ello indicaba que Pan había sido un hombre preocupado por el bien y el mal. Su comportamiento había diferido mucho del de los magos de su época. Había aprendido mucho sobre el poder y adquirió destrezas jamás conocidas en la magia de la teleportación.

Y por encima de todo, tenía fuerza de voluntad. Cuando se proponía algo, lo llevaba a cabo.

Y ahora se preguntaba si quedaba algo de aquel hombre en Pan. Y si era así, ¿cuál era su objetivo ahora? Anonoei tenía sus planes y Pan la estaba ayudando. En el pasado había hecho lo mismo por el rey Prayard y, más tarde, se dejó manipular por la reina Bexoi para que ella alcanzara sus fines.

Cuando Pan buscó a Danny North, lo hizo impulsado por el afán que guiaba al hombre que había sido antes. Pero Danny North había luchado contra él, devorando la mayor parte de sus puertas. Pan se había retirado, vencido por ese chico temerario que vivía en un lugar lejano y cuya vida ahora tenía más sentido que la suya propia.

No, Danny North no era temerario. El temerario era él. El chico había luchado por

aquello en lo que creía. Si había cometido errores era porque ignoraba muchas cosas. Ni siquiera Pan había podido prever el resultado de utilizar las puertas cautivas para crear una Gran Puerta. Pocos magos habían contado con puertas arrebatadas a otros magos; ninguno había creado una Gran Puerta con ellas.

Sí, Pan era el irresponsable.

No, no. Engañarse a sí mismo en un ejercicio de autocompasión también era un error. Sí que era reponsable. Cuando asumía la protección de alguien, se volcaba en su cometido, aunque fueran sus prisioneros, como en el caso de Anonoei y sus hijos. Y era leal a su propósito aun cuando sospechara que lo estaban utilizando; como antaño hizo Bexoi y, con toda probabilidad, hacía ahora Anonoei.

Pan asumía las consecuencias de sus errores. Incluso cuando había actuado de buena fe, ignorante de su equivocación, se reprochaba no haber hecho lo correcto.

Mientras observaba las maquinaciones de Anonoei, la forma en que manipulaba a todos los que tenían alguna relación con Bexoi, Pan comprendió que sus intenciones eran sombrías y destructivas. Su comportamiento justificaba los motivos por los que la temida magia mental había sido prohibida y la gente despedazaba a cualquier mago al que sorprendían usando ese tipo de poderes. Cuando los planes de Anonoei se cumplieran, Pan estaba convencido de que sufriría el mismo sentimiento de culpa que cuando conspiró junto a Bexoi. Y, sin embargo, carecía de la fuerza de voluntad necesaria para decirle que no seguiría adelante con su acuerdo, que ya había visto bastante.

¿Y si, por el contrario, la esencia de Pan era tan oscura y perversa como las de Bexoi y Anonoei? ¿Y si sólo buscaba justificarse permitiendo que ellas actuaran mientras él no hacía nada? No. A lo mejor era responsable en parte, pero él no era el autor de esos planes repletos de maldad y rencor.

Ésos eran los pensamientos que le asediaban cuando no se centraba en otros asuntos, e incluso también cuando estaba ocupado. En esos momentos, mientras observaba a Ced crear un pequeño remolino de polvo y convertirlo en una cuchilla capaz de horadar la piedra, no era capaz de olvidar sus problemas y errores del pasado y del presente.

«¿Quién puede enseñarme a utilizar mi poder de manera adecuada? ¿Cómo puedo aprender a saber quién merece mi confianza y mi apoyo?

»Ahora hasta dudo de las decisiones que tomé hace quince siglos. Y tampoco sé si debo continuar con la labor que inicié entonces o si, en realidad, cometí un enorme error».

Justo en ese momento, Danny North tomó las puertas que le había entregado Pan (¿por qué no habría de hacerlo? Eran suyas) y las empleó para buscar un recuerdo.

No tenía ni idea de lo que Danny North veía, sentía u oía, pero Pan percibió el suceso de una forma tan vívida que no se pudo sustraer a él. Perdió el contacto con la

realidad que lo rodeaba. Ya no veía a Ced y al anciano mago arbóreo que le enseñaba. Dejó de sentir el sol en su espalda y la hierba sobre la que estaba sentado.

Ante él había aparecido el viejo ermitaño Kawab, en la entrada a su cueva situada en la rocosa meseta al oeste del Nilo.

Pan lo reconoció al instante. Era el hombre al que buscó durante más de un año tras saber de su existencia. Había ido a su encuentro en busca de ayuda, de una respuesta para su pregunta.

¿Cuál era la pregunta?

Se escuchó a sí mismo en el recuerdo, contando los motivos de su presencia.

—Fue poseída por un mago bel y la hice cruzar una puerta para expulsarlo —Pan recordaba sus palabras—. La teleporté lejos de él para impedir que volviera a poseerla y la manipulara como a una efigie. Pero salió mal.

Pan rememoró el terror que sintió al darse cuenta de que no había sido capaz de expulsar al mago bel. Se había teleportado tras la garra griega que, en teoría, acababa de liberar y ésta se había reído de él.

—¡Necio! —le dijo—. ¡Necio! No tienes poder sobre mí.

—¿Qué tenía de especial ese mago bel? —le preguntaba Pan a Kawab en el recuerdo—. Tú eres el último de los Enemigos de Set, el único que me puede explicar por qué mi puerta no expulsó al mago bel.

Kawab no dijo nada; no hizo nada. Pero una solitaria lágrima surcó el polvo que manchaba sus mejillas.

—¿Qué pasa? —exigió Pan—. Tú sabes lo que esto significa, ¿verdad? Y te causa dolor.

—No era un mago bel —dijo al fin, Kawab—. No era ninguno de sus acólitos, los ángeles que fueron expulsados del Cielo junto con el dragón. Era el mismísimo Set, el dragón, el Enemigo de todas las almas, y tu historia me dice que ha obtenido el poder necesario para poseer un cuerpo sin que nadie pueda expulsarlo.

—¿Qué puedo hacer para vencerlo? ¿Cómo libero a esa mujer?

—Sólo podrás liberarla dándole muerte —dijo Kawab—. Y, sin embargo, no podrás herir al propio Set. No puede morir. Se limitará a buscar a otro hombre o mujer a quien poseer. Nada puede curar a esa mujer, nada puede expulsar a Set de su interior. Él es el demonio de los demonios.

—No me hables de las creencias de los cristianos —replicó, con impaciencia, Pan—. He venido en busca de la sabiduría de los Enemigos de Set.

—Es lo mismo —murmuró Kawab—. Piensa en lo que contaba Juan en el Apocalipsis: su guerra en el cielo es la batalla en el mundo de Duat; el triunfo de Miguel es el triunfo de Osiris. Todos hablan sobre la misma guerra. Set fue expulsado a la Tierra; el gran dragón, Satán, el diablo, Baal, Bel, el Enemigo. Sólo los necios creen que la verdad se desvanece ante la fe. Set es el enemigo, el verdugo de Osiris,

el conquistador de almas. Sus seguidores son criaturas patéticas y endebles. Puedes expulsarlas empleando tus puertas, puedes engañarlas y asustarlas. No tienen más poder que el que les da la gente. Pero Set y algunos de sus discípulos son diferentes; son los magos mentales más temibles que hayan existido jamás en la Tierra.

—No comprendo nada de lo que me dices —dijo Pan—. ¿Qué es Duat? ¿Quiénes son Miguel y Osiris, o como se llamen? ¿De qué guerra me estás hablando? ¿Y quién es este Set, el gran dragón, Satán y yo qué sé que más?

Pan revivía el recuerdo una vez tras otra, comenzando desde el principio cuando Danny North perdía el hilo y volvía a empezar. Allí, en el desierto egipcio de Midgard, Pan se escuchó a sí mismo formular la misma pregunta una y otra vez, pero sin obtener la ansiada respuesta. Danny North no podía llevarlo hasta el momento de la respuesta.

Pan, apenas consciente de su entorno en Westil, actuó. Contactó con sus puertas, las que había entregado a Danny, y las tranquilizó. Consiguió que mantuvieran la calma y las ligó al recuerdo. A continuación, las conectó con su esencia, no para recuperar el control sobre ellas, sino para que consiguieran un acceso más nítido y vivo a su recuerdo. Y a través de ellas, consiguió calmar y reconfortar al propio Danny North. Impedir que volviera a perder el hilo del recuerdo. Ayudarle a que lo siguiera hasta alcanzar la respuesta final.

Y lo logró. Kawab siguió hablando. En su tono suave, había urgencia.

—Todos somos criaturas de otro mundo.

«Sí, procedemos de Westil», pensó el Pan actual, mientras su antiguo yo escuchaba en el desierto.

—No, no procedemos del mundo al que llamas Westil o Mitherholm, ni del mundo al que llamas Midgard o Tierra Media. ¿De dónde crees que procede ese nombre? Es la tierra que está en el medio de dos mundos. Uno es el mundo de los magos, los que se llaman dioses a sí mismos. El otro es el mundo de las almas, Duat, de donde proceden todos los humanos.

—¿Cómo es posible que proceda de un lugar que no recuerdo? —preguntó el Pan del desierto.

—Porque estamos atados al cuerpo. El ka y el ba, las dos partes del alma, lo que tú llamas esencia y aura, están amarrados al cuerpo. Nos encerramos en este simio lampiño, el bípedo desplumado, el nómada recogedor de semillas, y en el momento en que ocurre, perdemos nuestra memoria ancestral. Sin embargo, sigues siendo el mismo, porque todas las decisiones que tomas son a través del ka. La mente, la esencia y el cuerpo han de obedecer al ka. La unión del simio, el ka y el ba crea nuevos recuerdos; da lugar a un nuevo ego, un alma completa. Por eso fuimos enviados a Midgard, para conseguir este cuerpo y aprender a controlarlo.

El Pan de antaño hizo una pregunta en la que también pensó el Pan del presente

mientras yacía inconsciente en una pradera de Westil.

—¿Y dónde está la magia? ¿Pertenece al cuerpo o a la esencia y al aura?

—A ambos —contestó Kawab—. Es el cuerpo el que moldea los poderes inherentes al ka y al ba. Mientras el ka está sujeto al cuerpo, el ba es libre para vagar y ejecutar la voluntad de la esencia. Merced al talento que heredaste de los cuerpos de tus padres, tu ka y tu ba plasmaron sus poderes a través de la magia teleportadora; tu ba está dividido en diez mil partes, más que el ba de cualquier otro hombre que yo haya conocido. Es como granos de arena. Gracias a eso puedes crear diez mil puertas o mil Grandes Puertas. Y también tienes el poder de devorar las puertas de cualquier mago porque puedes cogerlas en tu interior y superarlas sin problemas. Pero sin tu cuerpo, tu ka y tu ba son como los de cualquier otro.

—¿Y sin mi ka y mi ba? —preguntó el Pan de antaño.

—En ese caso, el cuerpo es un simple simio con el talento de fabricar herramientas —dijo Kawab—. El hombre al natural. Una bestia con labios capaz de pronunciar palabras, pero sin la inteligencia suficiente para comprender el significado pleno de lo que dice.

El Pan de antaño comprendió lo que le decían y así ocurrió también con el Pan del presente.

Ahora Kawab podía explicarle a Pan quién era ése al que no había podido expulsar del cuerpo de la maga de las bestias.

—En el mundo donde se originan todos los kas y los bas hubo una guerra. Set representaba el mal y persuadió a muchos para que lo siguieran. Pero perdieron la guerra y fueron expulsados de Duat, exiliados a la Tierra a través de una puerta que teleportaba en una única dirección.

—Pero acabas de decir que todos somos enviados a la Tierra desde Duat —dijo el Pan de antaño.

—No de la misma forma. Nosotros nacemos, uno a uno, como un cuerpo con ka y con el ba que sirve de lazo a esa unión. El ka se une con fuerza al simio. Nosotros nacemos. Esto no fue lo que ocurrió con Set y sus seguidores, los setitas, aquellos a quienes tú llamas los magos bel. No pueden formar parte del simio como nosotros.

—Y sin embargo, poseen los cuerpos —dijo el Pan de antaño—. Uno, diez o cien magos bel o setitas, no sé cuántos son necesarios para conseguirlo, fuerzan su entrada en el cuerpo y toman las riendas. Nosotros, los magos teleportadores, los expulsábamos hasta ahora que ha llegado este Set.

—Su posesión es como la de vuestros magos mentales: consiguen que el ka y el ba vean el mundo como ellos y, al final, que se dobleguen a su voluntad.

—¿No es lo mismo?

—No, no lo es —dijo Kawab—. No perciben el cuerpo, sólo pueden observar cómo lo percibimos nosotros. No son capaces de doblar un dedo o guiñar un ojo. No

saborean los alimentos que tomamos ni consiguen que las mandíbulas se muevan para masticar. Su único poder es conseguir nuestra obediencia.

—A excepción de Set.

—No, tampoco él —dijo Kawab—. Ni siquiera el gran Set puede. Cabalga la mente del simio como un hombre cabalga su montura, pero jamás se convierte en ella.

—¿Ni siquiera del modo en el que un mago de las bestias empatiza y cabalga su bestia? —preguntó el Pan de antaño.

—En ese caso, el ba entra en la bestia, pero ese ba pertenece a un mago que está ligado a un cuerpo de carne y hueso. El ba sabe lo que ha de hacer para formar parte de un cuerpo. El ba siente lo mismo que la bestia. Es más, el ba persuade a la bestia, no la manipula.

—La voluntad de un mago es más fuerte que la de la mayoría de las bestias —sentenció el Pan de antaño.

—Pero las bestias más fuertes pueden resistirse al ba, ¿verdad?

Era cierto, o eso le habían dicho algunos magos de las bestias a Pan.

—¿Quieres decir que por eso los setitas nunca se hacen con el cuerpo por completo? —preguntó el Pan de antaño—. ¿Ni siquiera Set puede afianzarse en el interior de un cuerpo humano?

—Exacto. Puede cabalgar a la mujer a través de la puerta y reírse de ti. Tiene el poder para quedarse en el interior de la maga, aunque cruce la puerta, pero no se convierte en la mujer. Ella sigue allí, un ka y un ba dentro del cuerpo, aunque sometidos a Set. Moverá sus miembros siguiendo la voluntad de Set, sentirá su boca pronunciando las palabras de él, impotente para detenerlo. Y sin embargo, ella es la dueña del cuerpo; Set es y siempre será un intruso. Por eso nos odia a todos y quiere destruirnos.

—Aún así, es todopoderoso —afirmó el Pan de antaño—. Posee a los magos más fuertes sin que ellos se puedan oponer. Quedan sometidos a la voluntad de Set y aunque ellos pueden morir, él jamás morirá.

—Yo no he dicho tal cosa —dijo Kawab—, porque no está probado que sea cierta. Lo que sí sabemos es lo siguiente: el ka y el ba de los setitas, las almas errantes, no pueden dividirse. Aunque posean un cuerpo como el tuyo, gracias al que tú pudiste dividir el ba en diez mil partes, el ka y el ba de ellos permanecerá indivisible.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó el Pan de antaño, exasperado por las oscuras explicaciones de Kawab.

—La tiene y mucha. Significa que Set sólo puede poseer a una persona a la vez. Y la mayoría de los setitas son tan endebles que no pueden poseer una persona solos; han de juntarse varios para culminar la posesión. En esos casos, la víctima enloquece

a causa del caos producido por las continuas discusiones en su interior. Aunque el ka del poseído se haya retirado, oculto en lo más profundo de su mente, y los intrusos cuenten con el control, no consiguen ponerse de acuerdo entre ellos. Ninguno se erige como dominador. En estos casos, pensamos que el poseído está loco porque sus acciones están dictadas por muchas voluntades.

El Pan de antaño había presenciado comportamientos así y pensaba que por fin iba comprendiendo.

—Sólo el propio Set, el gran dragón, puede gobernar a una persona sin ayuda.

—Él y los Grandes Setitas, los más poderosos. Llamamos a estos demonios con muchos nombres, pero ignoramos si alguno es el del señor de los setitas. Sólo los necios pronuncian el nombre de los más Grandes Setitas, porque cuando son convocados, la posesión es mucho más sencilla. Aquel que lo invoca cree que gobierna al setita, pero se confunde; es siempre el demonio quien impone su voluntad.

—¿Y los pentágonos que se trazan en el...?

—Simples adornos —afirmó Kawab—. Los estúpidos que se autoproclaman brujos y nigromantes carecen de poder. Los Magos Primigenios tenéis poder. Pero cuando un Gran Setita posee a un hombre, entonces reclama la presencia de muchos de los setitas menores. Éstos rinden obediencia al Gran Setita y obtienen poder merced a que su señor gobierna un cuerpo. Son capaces de influir en las mentes de muchas personas para que crean que el sujeto gobernado por el Gran Setita es un gran mago con enormes poderes. Todo mentira.

—No son tan poderosos como pensamos —reflexionó el Pan de antaño.

—Hasta ahora he hablado de los setitas que poseen a un hombre. Es diferente cuando poseen a un Mago Primigenio. El mago ha de obedecer al setita y sus poderes quedan a disposición del demonio.

—Hasta que un mago teleportador lo expulsa —dijo el Pan de antaño.

—Excepto si es el propio Set, por lo que tú mismo me has relatado. Si tiene el poder para resistirse a ti, no hay mago entre los teleportadores que pueda expulsarle.

—Y mientras posea al mago, poseerá el poder del mago —comentó el Pan de antaño.

—Y cuando te posea a ti —dijo Kawab—, se convertirá en el señor de todos. Porque sólo los que le rindan pleitesía podrán cruzar las Grandes Puertas y el resto se irá debilitando cada vez más. Gobernará ambos mundos, yendo de uno a otro. Convocará a diez mil, cien mil setitas para que acudan a Westil y allí poseerán a todos los magos. Considera que los que viven en Westil apenas son capaces de rechazar a los demonios. Los humanos de Midgard han desarrollado defensas en su cerebro simiesco y consiguen resistirse a la posesión; aquellos que lo consiguen, tienen mayores probabilidades de tener descendencia que aquellos que ceden a la

posesión. En Mitherholm, nadie presenta oposición alguna. Todo el poder de los Magos Primigenios en manos de los setitas quedará a disposición de Set, el señor de todos ellos. Entonces vendrán a la Tierra y la conquistarán. Y cuando su dominio sea completo, desafiarán a Duat. Pero aunque fracasaran en su desafío a Duat, seguirían poseyendo los cuerpos que estaban reservados a los ka y ba que acataron la ley y lucharon contra Set en la guerra de Duat. Yo diría que Set habrá alcanzado su victoria. El diablo habrá triunfado.

Estas palabras resonaron en los oídos del Pan del presente. Le habría gustado saltar de alegría, por fin había recuperado aquello que había perdido durante su largo sueño en el interior del árbol.

Pero Danny North no lo había comprendido; él no tenía recuerdos personales del encuentro con Kawab. Y la secuencia comenzó de nuevo, cada palabra se repitió una y otra vez. Pan yacía, indefenso, en la pradera de Mitherkame mientras Danny se deshidratava en el desierto de Egipto, revisando las imágenes sin descanso e intentando comprender su significado.

Por fin, se detuvo. Hermia despertó a Danny North en Egipto y Pan pudo abrir los ojos. Lloró de alivio al librar su mente del recuerdo.

—¿Quién te retenía? —exigió saber Anonoei.

—¿Cuándo has venido? —preguntó Pan.

—Has estado tumbado sobre la hierba toda una noche y un día. Ced vino a buscarme, a través de una puerta que creaste para mí, y volvimos los dos a través de otra.

Pan recordó en ese momento que Anonoei estaba visitando a uno de los aliados que tenía en el castillo de Nassassa en su conspiración contra Bexoi. La había enviado a través de una puerta y luego creó la puerta a través de la que podía volver. Las dos puertas se habían solapado a la perfección y eran abiertas, de manera que ella podía utilizarlas cuando quisiera. Así no tenía que vigilarla para comprobar cuándo quería volver. Estaba harto de verla coquetear con hombres convirtiéndolos en peleles.

Pero una puerta abierta lo es en las dos direcciones, salvo que Pan la hubiera cerrado, cosa que no había hecho. Ced debió de fijarse en Anonoei cuando la vio partir desde la pradera y cuando Pan cayó en trance a causa del recuerdo...

¿Qué había aprendido Danny North?

¿Sería bueno o malo que consiguiera comprender el significado del recuerdo?

Pan había conseguido por fin entender lo que antaño había vislumbrado, y eso sí era bueno. Porque ahora recordaba que había salido en busca de la maga de las bestias que no había podido salvar; aunque cuando la encontró, ella no se burló de él, sino que se arrodilló en señal de agradecimiento.

—¡Gracias, Loki! —exclamó en cuanto lo vio aparecer—. Me has salvado.

—Yo no te he salvado —le había dicho Pan.

—Pero él ya no está —dijo ella.

—Sí, se ha marchado, pero fue por voluntad propia. No fue mi poder el que lo expulsó. No quería que yo lo encontrara.

Era una buena señal. Eso quería decir que Bel —Set, como le llamaba Kawab— temía a Pan y lo evitaba. Set había liberado a la maga de las bestias para que Pan no pudiera encontrarlo.

Fue entonces cuando Pan comenzó a devorar puertas. Le costó un poco averiguar cómo hacerlo, pero recordaba que Kawab le había dicho que era posible.

Y funcionó. Pan devoró todas las puertas. Todas las Grandes Puertas excepto una. Cruzó esa última Gran Puerta, la devoró tras hacerlo, y entonces devoró todas las de Westil.

Pero no bastó con eso. Los otros magos teleportadores vieron lo que había ocurrido, que sus puertas estaban siendo devoradas, y se apresuraron a crear más para sustituirlas.

No bastaba con devorar las puertas existentes. Tenía que alcanzar el yacimiento de cada mago y devorar las que todavía no habían creado.

Le costó varios días aprender a hacerlo y durante ese tiempo apenas pudo dormir, porque sabía que los otros magos teleportadores lo estaban buscando. Y lo encontrarían porque Pan mantenía cautiva parte de su esencia. Los detenía devorando sus puertas tan pronto las creaban.

Fue entonces cuando entrenó a su ba para que vigilara la aparición de cualquier puerta y gritara con la fuerza suficiente para despertarlo, aunque su sueño fuera producto del agotamiento. «¡Puerta, puerta, puerta!», gritaban, y él despertaba para devorar la puerta con la que pretendían llegar hasta él.

Por fin pudo alcanzar el yacimiento de cada uno, su ba, y capturarlo. Cuanto más se resistía el mago, más sencillo resultaba desconectar el yacimiento. Le arrebatava todas las puertas que habría hecho y quedaban bajo su poder.

Y llegó el día en el que no quedaron puertas en el mundo, ni magos teleportadores que las creasen.

Fue entonces cuando Pan buscó al mago arbóreo, muerto hace mucho tiempo, aunque el que entrenaba a Ced era de su escuela, y ese anciano consiguió que un árbol permitiera a Pan cobijarse en su interior, que se alimentara de su savia mientras Pan lo mantenía vivo y lleno de energía para siempre.

Para siempre... Ése había sido el plan.

Pero el árbol lo había expulsado. O había sido él quien, de manera inconsciente, había abandonado su cobijo. O las dos cosas habían ocurrido a la vez. Y Pan no conocía el motivo. El plan funcionaba y de repente se había interrumpido.

Y si se había interrumpido, era porque él mismo, o el árbol o el espacio-tiempo,

sabía que no era rival para Danny North y que jamás podría arrebatarle ninguna puerta.

«Tenía que ocurrir tarde o temprano», pensó Pan. «Si juntas a dos magos, uno es más poderoso que el otro e, indefectiblemente, llegará un tercero que supere a los dos primeros». Pan era muy poderoso, pero alguien más fuerte tenía que llegar con el tiempo. Uno cuyas puertas no podían ser devoradas.

—Dime algo, por favor —suplicó Anonoei.

Ya fuera porque él se moría de ganas de hablar con alguien sobre lo que había recordado o porque ella estaba utilizando su magia mental para hacerle hablar, le contó todo lo que había sucedido.

—Salvaste el mundo —afirmó ella.

—Y Danny North cuenta con el poder necesario para condenarlo. Ahora hay una puerta abierta y si el dragón, Set, puede encontrar a un mago para cabalgar sobre él a través de la puerta, llegará hasta aquí con sus huestes y con ellos vendrá el fin del mundo.

—Ya veo que te disgusta esa posibilidad —dijo Anonoei.

—¿A ti no? —se sorprendió Pan.

—Era broma —dijo Anonoei—. Es lo peor que nos podría ocurrir. El poder de los Magos Primigenios estaría al servicio de esos monstruos. No puedo estar a favor de algo así.

—Me alegra oír eso.

Ced y su maestro habían estado escuchando el relato de Pan. Entonces, el mago arbóreo se volvió hacia su discípulo.

—Hora de volver al trabajo, Ced.

—¿Cómo conseguiré concentrarme tras lo que hemos oído? —preguntó Ced.

—Es ahora cuando has de demostrar tu capacidad para concentrarte. Quiero que crees un remolino lo bastante pequeño para transportar un único grano de arena y que con ese grano agujerees un trozo de madera. El orificio ha de tener el diámetro exacto del grano del arena.

—Imposible —dijo Ced.

—Dos granos de arena —propuso el mago arbóreo—. Mañana lo haremos con uno solo.

Los dos se marcharon a entrenar.

Anonoei sólo tenía una pregunta para Pan.

—Esos setitas, los magos bel, ¿son magos mentales?

—No.

—Pero actúan como tales. Lo que hace mi aura, contactar con una persona, seducirla, ¿es lo mismo que hacen ellos, pero empleando su ka completo?

—Kawab me dijo que no podían desligar su ka de su ba.

—¿Por qué no te limitas a contestar sí o no?

—Porque no acabo de comprender todas las implicaciones de lo que me contó Kawab. Él no es, o era, un mago, así que es complicado que él mismo las entendiera. Es una sabiduría que él aprendió y memorizó con la intención de transmitírsela a otros. A los discípulos de su orden. Pero en aquellos tiempos sufrían una implacable persecución, así que no había nadie con quien compartir esa sabiduría. O los habían matado, o habían huído, o Kawab les había ordenado que se ocultaran. No quedaba ninguno.

—Excepto tú —dijo Anonoei—. Y bastó contigo.

—Durante más de mil años —dijo Pan—. Hasta ahora.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Set sigue vivo en alguna parte. Esperando para hacerse con Danny North.

—Si puede.

—Danny posee una voluntad fuerte —admitió Pan—. Más que la mía. Quizá pueda resistir. Siempre que no cometa una estupidez, como invocar a Set.

—¿Cómo va a hacer algo así? —se sorprendió Anonoei.

Ahora que había revivido su recuerdo, Pan pudo repasar los conocimientos que adquirió sobre la posesión tiempo atrás.

—Con palabras. Convocar a Bel por su nombre, si es que lo tiene; aunque es posible que la denominación tampoco tenga importancia, lo crucial es llamarle.

—¿Existen otras formas de ser poseído?

—Un mago bel puede saltar de una persona a otra si entre ellas hay algún tipo de contacto físico.

—Sexo.

—O un beso apasionado. O si se unen dos heridas sangrantes. He oído hablar de gente tan débil de voluntad que bastaba una mirada para que el mago bel pasara de uno a otro. Pero pocos Magos Primigenios son tan débiles.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Anonoei—. A una persona endeble puedo dominarla con la voz. Si es algo más fuerte, tengo que conseguir que me mire a los ojos antes de enviar mi aura y doblegar su voluntad. Y si quiero cabalgar a esa persona, algo que después de pasar por la Gran Puerta puedo hacer, he de contar con su consentimiento; tiene que aceptar... un beso.

Pan comprendió lo que había tras el titubeo. No eran besos lo que había empleado con sus secuaces para poder cabalgarlos, sin duda se había acostado con ellos.

—Sugieres que son como los magos mentales.

—O los magos mentales son como los setitas.

—Como Set. El diablo y sus ángeles. Sí, supongo que sí.

—No me sorprende que todos nos teman y nos odien —lamentó Anonoei.

—Me pasa a mí —admitió Pan—. No es odio, es sólo miedo. Siempre me he

preguntado si has empleado tus poderes conmigo.

—No a propósito —dijo Anonoei—. Jamás he intentado convencerte de algo a sabiendas. Pero empleo mi poder por instinto. Estoy segura de que te he manipulado aunque no haya sido consciente de ello. Pero nunca he intentado controlarte. Tus decisiones siempre han sido tuyas.

—¿Quieres decir que el imperioso deseo que tengo de acostarme contigo no es obra de tus poderes?

—Creo que tiene más que ver con el, ¿cómo lo llamó Kawab?, el simio que cabalga mi ka y mi ba.

—En otras palabras, te deseo porque te encuentro atractiva.

—Eres un macho y yo una hembra —dijo Anonoei—. Crees que cualquier hembra dispuesta es hermosa.

—¿Estás dispuesta?

En lugar de contestar, Anonoei lo besó.

—¿Pero no resultará arriesgado acostarme contigo? —preguntó él, cuando dejaron de besarse.

—¿No depende eso de lo fuerte que sea tu voluntad? —preguntó ella a su vez.

—Es una tontería hacer algo así ahora —dijo Pan.

—Tienes razón —convino ella—. ¿Por qué no nos teleportas a algún sitio donde Ced y su profesor no nos puedan ver?

La idea le gustó a Pan. Desplazó el extremo de la puerta que ella acababa de usar y lo llevó a una habitación en Nassassa. Una habitación cerrada. Con una cama.

«Si ya me he acostado con una reina», pensó Pan, «¿por qué no hacerlo con la examante de un rey?».

«¿No debería resistirme a este deseo?», se reprochó sin mucha convicción.

«Es mi voluntad poseer a esta persona», se respondió a sí mismo con fuerza. «Ella está dispuesta. Así que a callar».

TRAICIÓN

«Esto es el instituto», se recordó Danny. «Es lo que querías».

En teoría estaba ayudando a Laurette a estudiar para un control de cálculo que tendrían en breve. Para Danny, el cálculo era un juego: en ocasiones tedioso, pero casi siempre divertido. Para Laurette, sin embargo, era un misterio insondable. Danny se lo explicaba de manera muy clara. Y le ponía ejemplos para reforzar las explicaciones.

Laurette se concentraba, repetía las palabras de Danny y seguía las operaciones que ponía como ejemplo, pero no conseguía entenderlo. En una ocasión consiguió resolver el problema, pero en lugar de alegrarse, estuvo a punto de romper a llorar.

—No sé lo que he hecho —se quejó.

—Hiciste las operaciones y llevaste a cabo los cálculos correctos en la calculadora; lo has hecho sola. Lo has hecho bien.

—¿Pero cómo lo he hecho? ¡Estaba convencida de que había hecho exactamente lo mismo en los problemas que me salieron mal!

—Laurette, ¿piensas estudiar alguna carrera que necesite las matemáticas?

—No me gusta ser tan tonta —dijo. Y entonces comenzó a sollozar.

—No eres tonta —la consoló él—. Las matemáticas no te interesan, nada más. — Le pasó un brazo por encima del hombro.

Ella se abrazó a él, llorando sobre su camisa.

—Lo que me interesa son las buenas notas —dijo—. Y con eso antes me bastaba.

De pronto Danny se dio cuenta de que ella no sólo se abrazaba a él, le acariciaba el pecho.

Y fue entonces cuando Danny decidió que odiaba el instituto. Nada era nunca lo que parecía. Hacía un momento Laurette estaba afectada por el hecho de que no entendía las matemáticas. Tanto que se había echado a llorar. Y acababa de convertir el momento de frustración en uno romántico. Danny se preguntó hasta qué punto sus lágrimas eran reales.

«Todas las chicas son magas mentales. Todas. Las muy puñeteras.

»No, Pat no lo es. Hay admitir que ella no va con juegucitos».

Danny cogió las manos de Laurette con suavidad y las colocó sobre la mesa en la que estaban trabajando.

—Inténtalo de nuevo. Haz el siguiente problema. Te estaré observando. Sigue los pasos. Puedes hacerlo bien siempre, Laurette. Sólo tienes que concentrarte en las operaciones, no en los números.

—Sé que te gusta Pat —dijo Laurette—. El problema es que no sé por qué.

—Por suerte —respondió Danny— no tienes por qué entenderlo.

Se levantó de la mesa y fue hacia el frigorífico.

—¿Hay algo que no se pueda coger del frigo? —preguntó.

—No se puede coger *nada* del frigo —respondió Laurette—. Mi madre hace micromenús. Tiene calculada la dieta de cada miembro de la familia al microgramo.

—Lo dudo. No creo que tu báscula pese hasta el microgramo.

—Puedes coger lo que quieras de la caja de galletas —dijo Laurette.

—Las galletas veganas sin trigo de tu madre no hay quien se las coma —dijo Danny—. ¿Sois alérgicos al gluten?

—No. Leyó en algún sitio que el trigo no es saludable. Es una fase por la que está pasando. Estoy segura de que ya se está hartando y come pan a escondidas. Acabará por sentirse culpable, nos lo contará todo y podremos volver a comer en condiciones.

—Es increíble que tú y tu familia no parezcáis prisioneros de un campo de concentración.

—Hacemos trampas. Todos. En mi caso, no es por el sabor o porque pase hambre. Lo hago por mi escote.

—Muy bien. —Comentó Danny.

—Ya no lo miras nunca.

—No suelo releer los libros que me sé de memoria —respondió Danny—. ¿No venía hoy Sin también?

—No.

—Dijo que iba a venir.

—Esta noche me tocaba a mí —explicó Laurette.

—Odio el instituto —dijo Danny.

—No busco acostarme contigo. Pero me gustaría que mostraras algún interés en tenerlo. Y sé que no eres gay por lo que contó Pat.

Danny se sintió decepcionado.

—¿Qué dijo Pat?

—Le pregunté: «¿Qué tal besa Danny?». Y ella contestó: «Me pregunto si vamos a ir a casa de mi abuela para el Día de Acción de Gracias o si mis padres decidirán a última hora que no vamos, como el año pasado».

—Oh —dijo Danny.

—Y entonces yo le dije: «¿Te has acostado con él, verdad?». Y ella respondió: «Mis padres siempre tienen grandes planes, pero sus empleos no son lo bastante grandes para llevar a cabo esos planes».

—Pat está muy frustrada con ellos —dijo Danny—. Pero la improvisación y la pereza no son los peores defectos que pueden tener unos padres.

—Me importan un bledo los padres de Pat, Danny —dijo Laurette—. Se supone

que los chicos sois unos salidos. Y los dioses mitológicos unos salidos de aúpa.

—Algunos lo son. La mayoría —admitió Danny.

—Y tú también, si la chica es lo bastante atractiva. —Estaba llorando de nuevo.

—¿De qué va esto? —preguntó Danny—. Somos amigos. Eres atractiva. Y agradable y simpática; me caes muy bien.

—Pero no me deseas.

—¿Y eso lo define todo? Mira, tienes que acabar tus deberes, así que mejor me voy.

—No, por favor —suplicó Laurette—. Por favor, ¿no puedes... besarme para ver si te gusta?

—Sé que me gustaría, me gustaría mucho. Y por eso no voy a hacerlo.

—No me creo que seas uno de esos cristianos reprimidos. ¿No puedes hacer algo sólo por divertirme?

—Hago muchas cosas que me divierten, pero no me gusta hacerle daño a la gente.

—¡No perteneces a Pat! No estás casado con ella.

—La verdad es que te he mentado. Sí que me gusta hacerle daño a la gente. Cuando era un crío me pasaba el día ideando travesuras y llevándolas a cabo. Cosas muy desagradables. Bromas pesadas que incluían caca de perro, olores repugnantes y herir a la gente. En ocasiones, provocaba daños físicos. Y no hablemos de las humillaciones. Pero lo hacía porque detestaba a toda mi familia y el sentimiento era mutuo. Y mis travesuras eran graciosas. No sería gracioso besarte cuando en realidad no me apetece. Y más cuando sé que se lo dirás a todo el mundo y le harás daño a Pat, por no hablar de Sin y Xena, porque a ellas no las besé.

—¿Y si prometo no contarlo? —propuso Laurette.

—Me voy.

—Ya lo dijiste antes y aquí estás. —Se levantó de la silla y le abrazó, apoyando su cabeza sobre el pecho de él—. Estás en forma. Un cuerpo saludable resulta muy atractivo.

—Ahora estás haciendo el imbécil —dijo Danny.

—Y, sin embargo, sigues aquí. —Bajó una mano por su espalda, hasta meterla por la cintura del pantalón.

—Ahí abajo sólo vas encontrar mi culo —dijo Danny—. Uno igual que el tuyo.

Ella usó la otra mano para cogerle por la muñeca y llevarle la mano a su trasero.

—Eso es un culo y tú no tienes uno igual. Y lo que estoy buscando es lo que mantiene tus pantalones en el sitio.

La cosa había ido demasiado lejos. Ella estaba al mando y él no acababa de comprender por qué actuaba así. Parecía un juego, pero también parecía que iba en serio.

Se teleportó hacia atrás.

Ella comenzó a llorar de nuevo.

—¡Soy repulsiva!

—Al contrario. Pero no me dejas en paz y estoy decidido a no ser esa clase de tío.

—¿Qué clase de tío?

—El tío que se cree un dios con derecho a fertilizar a todas las mujeres que le salen al paso.

—Tomo la píldora, si es lo que te preocupa. Y sé que no tienes el SIDA, así que no hace falta que te pongas un condón.

—¿Pero a ti qué te pasa?

Ella se adelantó y comenzó a tontear con su bragueta.

—Cuando digo que no, es que no —dijo él. Le apartó las manos.

—Esa frase es muy de los ochenta —dijo ella—. Ni siquiera había nacido entonces. Además, es algo que dicen las chicas, no los chicos.

No se le ocurrió nada ingenioso para responder porque en ese preciso instante percibió algo increíble.

Alguien estaba usando la puerta salvaje.

Sabía que era ésa porque docenas de sus puertas formaban parte de los dos sentidos, el de ida y el de vuelta. Podía percibirlas con nitidez.

Hermia y Vivi usaban sus puertas con frecuencia, así que conocía esa sensación. Formaba parte de su vida cotidiana y, desde que había cruzado la Gran Puerta, la percepción era mucho más fuerte. Pero lo que acababa de sentir era muy distinto. No conocía a la persona que usaba la puerta. Y a la primera le siguió otra, y otra más.

—Disculpa —le dijo Danny a Laurette—, está ocurriendo algo. Nada que ver contigo. Me tengo que marchar.

—¿Qué pasa? Se te ha puesto una cara que...

No llegó a oír el final de la frase; se acababa de teleportar al establo de los Silverman.

No había nadie allí.

Tampoco estaba la puerta salvaje. Alguien la había desplazado sin que él se diera cuenta.

No era cierto, sí que se había dado cuenta. Por eso sabía que la estaban usando. Alguien había desplazado la puerta y a continuación comenzaron a cruzarla.

¿Alguien? En el mundo sólo había dos magos teleportadores, aparte de Danny. A no ser que fuera el niño westiliano que Loki había dejado al cuidado de los Silverman.

Danny se teleportó hasta la casa. Los niños estaban sentados en el salón. El más pequeño jugaba con un videojuego. El mayor tenía la mirada perdida. Los dos estaban allí y seguían igual que cuando los dejó.

—Danny. —Era Leslie. Lo observaba desde la puerta que llevaba al vestíbulo de

la casa—. ¿Qué pasa?

—Alguien está usando la puerta. —No tuvo que especificar a qué puerta se refería.

—¡Imposible! —exclamó Leslie—. ¡No ha venido nadie por aquí!

—Alguien la ha desplazado —explicó Danny—. Ya no está en el establo.

—Hermia —dijo Leslie.

—No sabía que fuera capaz de hacer algo así; pero o ha sido ella o ha sido Vivi.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay gente cruzando la puerta ahora mismo. Su Familia, sin duda. Dudo que haya respetado la norma de dos personas por clan.

—No tienes mucho tiempo, Danny —dijo Leslie—. Acabamos de perder la ventaja de haber cruzado la Gran Puerta. Marion y yo no somos gran cosa y nos barrerán cuando vengan a por nosotros.

—Supongo que tienes razón, lo que están haciendo demuestra que no tienen buenas intenciones. No puedo creer que Hermia haya hecho esto.

—Pensó que podía deshacerse de los sentimientos que la unían a su familia y se equivocó. Ya hablarás con ella más tarde. Lo que tienes que decidir es lo que vas a hacer ahora.

—Lo primero es poneros a salvo a ti, a Papá y a los niños.

Leslie asintió, Danny vio que estaba llorando.

—Llamaré a Marion, está en la cantera.

—No, ya lo hago yo. —Fue hacia los niños y le retiró los auriculares a Enopp—. Dadme la mano —les dijo.

Enopp obedeció y con la otra cogió a su hermano. Danny tendió su mano libre a Leslie y, en cuanto ella la tomó, los teleportó a todos a la cantera, situada en el extremo norte de la granja, donde Marion extraía granito del lecho rocoso. La cantera no era muy profunda. Marion llevaba a cabo la extracción enviando su aura a la profundidad necesaria, allí cogía el mineral y lo llevaba hasta la superficie. Las paredes de la cantera eran lo bastante elevadas para impedir que cualquier observador casual o vecino viera cómo la piedra surgía flotando del suelo.

Marion captó la gravedad de la situación en cuanto Danny le informó de que Hermia había desplazado la puerta y la estaba usando.

Los teleportó a todos al ático que tenía Vivi en la playa. Pero ella no estaba en casa.

—Está en la playa —dijo Danny—. Vuelvo enseguida.

A los pocos instantes, había vuelto con una Vivi mojada y enfurecida.

—No puedo creer que la zorrilla griega nos la haya jugado.

—La Familia —dijo Leslie.

—Eso no es disculpa para comportarse como una zorra traidora —se revolvió

Vivi.

—Pero es el motivo —dijo Marion—. Y si lo piensas bien, ahora su Familia dejará de verla como una zorra traidora y pensará que ha recuperado la lealtad hacia los suyos.

—O han secuestrado a su perro para coaccionarla —bromeó Leslie.

—¿Qué pasa? —preguntó Enopp.

—Todos de la mano —ordenó Danny—. Nos vamos. Te lo explicaré cuando lleguemos —le dijo a Enopp.

Los teleportó a casa de Stone, en Washington.

—Hermia está dejando que usen la puerta salvaje. Resulta que cuando cruzó a Westil adquirió el poder de desplazar las puertas de otros magos teleportadores. Y lo ha hecho, ha desplazado el extremo de la puerta salvaje en Midgard.

—¿Y no la has detenido?

—No supe qué ocurría hasta que empezaron a cruzar —dijo Danny—. No sabía que se podía desplazar una Gran Puerta.

Stone agachó la cabeza, pensativo.

—¿Has recogido todas las puertas que ella conoce?

—Todas las que hice para ella. Todas las que comunican con nuestras casas. Lo hice casi por reflejo. Igual que contraes los músculos del culo cuando estás asustado.

—Menudos modales, Danny —le reprochó Leslie—. No hablamos de nuestros esfínteres delante de niños tan pequeños.

—Van a atacar al resto de Familias —dijo Danny—. E irán a por la mía la primera. Lo único que puedo hacer es crear una Gran Puerta y permitir que todas las Familias la usen. De lo contrario, los griegos dominarán el mundo.

—Sólo hay que leer algo de historia para saber que los dioses que se vuelven de pronto más poderosos recuerdan con mucha claridad quiénes son sus enemigos más odiados —dijo Stone.

—Somos todos bastante rencorosos —añadió Leslie.

—¿Qué vas a hacer con Hermia? —quiso saber Marion.

—Nada por el momento —respondió Danny—, salvo que me obligue. ¿Adónde queréis ir?

—Hermia no conoce la existencia de mi casa de Maine —dijo Stone.

—Tampoco la conocía yo —intervino Vivi.

Stone la ignoró.

—Ni siquiera tengo agua corriente, pero está situada entre dos lagos de agua fría y limpia. También tengo leña y una letrina en el exterior. Seguro que a estos críos no les importa, no creo que haya cuartos de baño como los nuestros en el lugar de donde vienen.

—Pero yo sí que tengo un cuarto de baño completito —comentó Vivi.

Leslie sonrió con idéntica dulzura.

—¿Puede un mago hacer sus cositas en el bosque? Por supuesto que sí.

—¿Hay algún mago hospedado contigo, Stone? —preguntó Danny.

—Los llamo enseguida.

Había tres, todas mujeres; una frisaba la cincuentena y las otras eran gemelas veinteañeras. No había tiempo para las presentaciones. Danny creó una puerta, la abrió y todos la cruzaron. Danny no los acompañó, se apañarían bien en el lago, pensaba reunirse con ellos más tarde. Recogió la puerta y se teleportó al territorio de la Familia North.

Apareció en la cocina de Mook y Lummy. Ellos no estaban.

Los encontró en el porche.

—Traed a todo el mundo —les ordenó.

—¿Qué pasa? —preguntó Tía Lummy con expresión asustada.

—Los griegos han cruzado una Gran Puerta; yo creía que no podían llegar a ella, pero me equivoqué. Están cruzándola ahora mismo y en cuanto acaben vendrán aquí.

Tío Mook ya corría hacia la antigua casa de los North.

—Os voy a llevar a un sitio seguro.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás escondernos? —preguntó Lummy.

—El tiempo suficiente para crear una Gran Puerta para todos.

Ella rompió a llorar.

—Sabía que nos perdonarías.

—Ni tú ni Tío Mook habéis hecho nada —dijo Danny—. Y no he perdonado a todo el mundo. Pero no pienso consentir que los griegos dominen el mundo.

—Ha sido la chica griega, ¿verdad? —dijo Tía Lummy—. Los griegos no son de fiar, ya lo dijo Homero.

—Fue Laocoonte quien lo dijo, Homero se limitó a citarlo —dijo Danny.

—En realidad, todo lo que decía Laocoonte era irreproducible. Homero lo adecentó por él.

La campana comenzó a repicar. Sólo ocurría cuando había guerra. Danny cogió a Tía Lummy de la mano y se teleportó al punto de encuentro de la Familia.

—¡Tú! —rugió Zog en cuanto lo vio.

Danny lo teleportó a la cocina de la casa grande.

—No tengo tiempo para estupideces —dijo—. Me han traicionado y los griegos están yendo a Westil en este preciso instante.

Todos los adultos comprendieron lo que quería decir y mandaron callar a los niños.

—Os voy a teleportar a un sitio donde pueda crear una Gran Puerta. Pero quiero que quede claro desde ya: voy a permitir que la use todo el mundo. No sólo la Familia North. Y si alguien tiene algo en contra, no cruzará. ¿Está claro?

—¿Qué quiere decir «todo el mundo»? —preguntó Tía Uck—. No me opongo, sólo quiero saberlo.

—Todos menos los griegos —respondió Danny—. Las Familias y los Huérfanos. Y no quiero jaleo en la nueva Gran Puerta; allí habrá una tregua. En cuanto Hermia sepa de la existencia de la puerta los griegos irán a por nosotros.

—En cuanto la crucemos, nosotros iremos a por ellos —sentenció el Abuelo Gyish.

Parecía feliz, exultante. Y perverso. Muy perverso. Eso recordó a Danny los motivos que tenía para odiar a algunos de los miembros de su Familia.

—Nunca habéis cruzado una Gran Puerta —dijo Danny—. Tardaréis un poco en averiguar de lo que sois capaces. Así que no habrá guerra si puedo evitarlo. Teleportaré a cualquiera que se aproxime a nosotros. Puedo hacerlo. Cuando vean que todo el mundo ha cruzado la Gran Puerta y que nadie tiene ventaja sobre el resto, podremos establecer una tregua.

—No seas absurdo —intervino Tío Poot—. No estabas aquí durante la última guerra. No habrá tregua.

—La habrá, aunque supongo que no durará mucho. ¿Dónde está mi padre?

—En la ciudad —respondió Thor—. Con tu madre, tu hermano y tu hermana.

—Una excursión familiar —comentó Danny—. ¡Qué tierno! Volveré a por ellos. El lugar al que vamos pertenece a un amigo mío. Un *amigo* mío, ¿está claro? Todos lo que están ahí ahora son amigos míos. El dueño de la casa se llama Stone, por lo tanto, él es quien manda.

En ese momento llegó Zog, enfurecido al máximo.

—Sucio drekka asqueroso, no pienso...

Danny lo teleportó al aparcamiento del Walmart de Lexington.

—Sé que es un hombre horrible, Danny —dijo Tía Lummy—, pero no puedes abandonarlo. Lo matarán. Lo odian más que a nadie.

—No pienso abandonarlo —dijo Danny—. Pero no tenemos tiempo para gilipolleces. Lo teleportaré con vosotros y os encargaréis de que no cometa ninguna estupidez.

Danny creó una puerta abierta, una grande.

—Antes de cruzar, quiero que todo el mundo me mire a la cara y se comprometa a hacer lo que diga Stone y a no hacerle daño a nadie.

—Tardaremos mucho —dijo Tío Mook.

—Basta con que me miréis y digáis «sí». Y os lo advierto, el que no cumpla, lo pagaré; no tendré piedad. ¿Ha quedado claro?

Todos dijeron «sí» y cruzaron la puerta.

Danny los siguió y recogió la puerta tras él.

La cabaña de Stone era demasiado pequeña para alojar a todo el mundo, y hacía

un frío intenso esa noche, pero no tenía demasiada importancia. No se hospedarían allí mucho tiempo. Danny ignoró las preguntas que todo el mundo comenzó a hacerle y se dirigió a la estrecha franja de tierra que separaba los dos lagos frente a la cabaña.

Ya no necesitaba una cuerda. Comenzó a girar sobre sí mismo. Las puertas surgieron de inmediato, entrelazándose. Eran sus puertas, no las de Loki y, desde luego, no las cautivas. Se tomó su tiempo y trenzó una puerta fuerte y segura.

Danny no sabía cómo orientarla para que no desembocara en el círculo de piedras de Westil adonde habían ido a parar las dos Grandes Puertas anteriores. Pero Loki sí conocía lugares en Westil, sitios antiguos y seguros.

Ante la petición de Danny, las puertas de Loki recurrieron a su memoria cinética para guiarlo cuando lanzó la Gran Puerta hacia arriba.

Percibió la aprobación del aura de Loki; le dijo que acababa de crear una Gran Puerta que duraría diez mil años. Danny no supo si alegrarse por haber creado algo que lo sobreviviría durante tanto tiempo, pero significaba que había hecho un buen trabajo y que funcionaría.

A continuación, tejió otra puerta, igual de fuerte que la primera, que conducía a un punto detrás de la cabaña.

—Stone. Vivi —Danny les indicó que se acercaran—. Sois los primeros.

—Ya hemos cruzado una Gran Puerta —dijo Vivi.

—No has cruzado una como ésta —dijo Danny—. Id y volved. Vivi verá la entrada a la puerta de retorno. Y, Vivi, quiero que te quedes allí para indicarle a todo el mundo por dónde ha de volver. Si alguien de Westil intenta interferir, cierra la puerta. Y si aparece Loki, explícale la situación, aunque es posible que esté al corriente. Creo que sabe todo lo que saben sus puertas.

Danny sintió que los griegos habían dejado de usar la puerta salvaje.

—Han terminado —anunció—. Eso quiere decir que están de camino. Hermia sabe dónde está la puerta que acabo de crear. Es posible que intente detenernos. Tengo que concentrarme para vigilar y proteger este lugar. Stone, cuando vuelvas, estarás al mando.

Una vez dicho eso, Danny se marchó al desván de la cabaña.

Los dos niños westilianos lo siguieron.

—Podéis mirar —les dijo Danny—. Pero en silencio.

En el caso del mayor de los hermanos, la advertencia era innecesaria. En cuanto al pequeño, si de verdad era un mago teleportador, comprendería lo que iba a hacer Danny.

Danny buscó a Hermia, aunque no empleó los ojos para hacerlo. Fue sencillo. El aura de la griega, su ba, estaba dividido en pocas porciones, pero después de su paso por la puerta salvaje, brillaba con tanta fuerza que no tuvo problemas para localizarla.

Intentaba cerrar la puerta salvaje.

«Necia», pensó Danny. «Tenías que haberla cerrado antes de que cruzara tu familia».

Danny comenzó a separar sus puertas de la puerta salvaje. Sabía que cuando acabara, sólo quedarían las antiguas puertas cautivas y ya no podría percibir si alguien cruzaba la puerta. Pero ésta quedaría debilitada sin el ba de Danny enlazado en ella. Y como la puerta de retorno desde Westil era sólo suya, se limitó a recuperarla. Si alguien cruzaba la puerta salvaje, no podría volver. Hermia ya se habría dado cuenta de sus intenciones, pero a Danny no le importó.

En el momento en el que había notado, en casa de Laurette, que alguien cruzaba la puerta salvaje, pensó en hacer lo que estaba iniciando en ese momento, pero desistió porque ignoraba lo que una puerta incompleta le haría a quien la estuviera cruzando. Danny no estaba preparado para matar y era posible que ése fuera el resultado de su acción.

En cuanto a la puerta de retorno, podría haberla cerrado en cualquier momento. Pero entonces habría un montón de magos griegos en Westil, exiliados, muy enfadados y con un poder muy superior al de cualquier mago de allí. No habría estado bien. Mejor permitirles volver, debilitar después la puerta de salida y cerrar la de retorno.

Hermia estaría furiosa. «Pobre niña. ¿Qué esperabas? ¿Comprensión? ¿Que me sentara a ver lo bien que lo hacías?».

Sí, estaba cabreada. Intentaba agarrar el extremo de la puerta de salida por la que estaban pasando los North.

Danny no se molestó en luchar contra ella. La habría vencido con facilidad, pero ella contrataría tras cada derrota.

Le arrebató sus puertas.

En su calidad de pestillo, su ba sólo estaba dividido en tres puertas. Las había enviado para controlar la de Danny. Antes de cruzar la Gran Puerta no contaba con poder para llegar tan lejos, pero ahora dos de sus tres puertas, estaban allí, intentando desplazar la Gran Puerta.

Danny las devoró.

Luego siguió su rastro hasta el yacimiento de Hermia y devoró la puerta restante. Ahora todo lo que ella poseía estaba en el yacimiento de Danny. Pudo sentir su terror. Pero no había ira. Hermia no estaba enfadada. Estaba asustada porque sabía que acababa de recibir su merecido. Era consciente de que Danny podía matarla con facilidad, teleportarla al fondo del océano y librarse de ella. Su traición justificaba tal castigo. Había desatado una guerra que no podía ganar.

Pero no iba a matarla. Hermia conocía a Danny y sabía que era incapaz. A pesar de todo, la griega no dejaría de advertir que el castigo de arrebatarle sus puertas y dejarla sin su poder para ver puertas ajenas era un simple toque de atención

comparado con lo que le podría haber hecho en tiempos de guerra.

También era posible que su intento de desplazar la Gran Puerta fuera un acto de sumisión. Ella sabía que Danny la detectaría y le había ofrecido la posibilidad de castigarla sin ensañarse con ella. Sí, el castigo era terrible, pero quizás algún día le devolviera sus puertas.

Danny pensó que existía esa posibilidad, pero a ella no le iba a resultar sencillo recuperar su confianza.

El clan North era muy inferior en número al de los griegos, así que no tardaron en cruzar todos y volver. Los Huérfanos también la cruzaron.

—Quiero que vosotros también crucéis la Gran Puerta —dijo Danny a los niños—. Y que volváis aquí. Ésta es una puerta mejor que la anterior, os hará mucho más fuertes de lo que sois. ¿Lo haréis?

—Sí —respondió Enopp—. ¿A quién acabas de devorar?

—A una amiga que me traicionó —respondió Danny.

—Pero no la has teleportado a otro sitio —dijo Enopp—. Pan teleporta a la gente. Me mantuvo encerrado durante más de un año.

—No soy... Pan —dijo Danny—. Soy una persona distinta y utilizo mi magia de una forma distinta.

—¿Eres débil? —preguntó Enopp—. Eluik cree que eres débil porque no quieres hacerle daño a la gente.

—La muerte de alguien es irreparable —dijo Danny—. Y si le hago mucho daño a alguien, jamás conseguiré que confíe en mí.

—Eres débil —afirmó Enopp—. Es lo que dice Eluik.

—Cuando decida volver a su cuerpo y hablar por sí mismo, le prestaré atención —dijo Danny—. Ahora, responde: ¿Estás dispuesto a cruzar la Gran Puerta y volver luego aquí?

—Sí —respondió Enopp.

Eluik asintió con la cabeza.

Danny los teleportó al istmo entre los dos lagos donde estaba la puerta de salida. Stone se encargaría de que cruzaran.

A continuación, Danny se teleportó a Lexington al encuentro de Zog. El viejo estaba encolerizado, pero le habló con suavidad. En tono sumiso.

—El señor Danny ha sometido a este viejo y perverso pájaro —dijo Zog—. Me someto a aquel que ostenta el poder.

—No habrá violencia en el lugar donde he creado la Gran Puerta —le advirtió Danny con frialdad—. Mi amigo Stone es el dueño de la casa. Le obedecerás en todo lo que te diga o te lo haré pagar caro.

—Comprendo y acepto la compasión del señor Danny.

—Para ti soy Loki.

Zog se mostró indignado.

—¿Deseas emplear ese nombre tan vil?

—He conocido al Loki que devoró las puertas. Actuó con sabiduría y valor. Y yo apruebo lo que hizo. Está enfrascado en una guerra más terrible que cualquiera de las que habéis librado vosotros.

—¿Qué sabrás tú de la guerra? —preguntó Zog con desprecio.

—Sé que perdiste todas las que libraste, —respondió Danny—. Sé que si me obedeces y tratas con respeto, te ganarás el derecho a incrementar tus poderes. Imagino que ya has sanado de todas tus enfermedades y heridas, ¿verdad?

Zog asintió.

—Considéralo un regalo, aunque te lo hiciera al teleportarte lejos de mí para no malgastar mi tiempo con tu despecho.

—El señor Loki es generoso. —Pronunció «Loki» como si escupiera una cucaracha.

Danny lo teleportó a Maine.

Encontró a sus padres en el piso superior de un restaurante ubicado en una espléndida casa antigua. Les acompañaban los hijos que habían tenido en sus primeros matrimonios: Pipo, hijo de Padre y nueve años más mayor que Danny; y Leonora, hija de Madre, que acababa de cumplir los veinte. La madre de Pipo y el padre de Leonora murieron durante la última guerra, pero tampoco habría cambiado nada que siguieran vivos. Una vez se tomó la decisión de que Padre y Madre debían casarse para engendrar a Danny, sus antiguos matrimonios no habrían sido tenidos en cuenta. Las Familias toman la decisión y la gente obedece. No importa que seas el cabeza de esa Familia, debes obedecer.

Madre parecía feliz de verlo; fue una reacción espontánea y lo conmovió un poco. Padre, por su parte, sabía que la presencia de Danny se debía a algún motivo grave y su reacción fue de temor. Pero no temía a Danny. Confiaba en él lo bastante como para saber que no los iba a atacar.

En cuanto a Pipo y Leonora, nunca se habían portado demasiado mal con él, aunque tampoco habían movido un dedo por ayudarlo. No significaban nada para Danny ni él para ellos. Sin embargo, su relación era bastante mejor que la que mantenía con el resto de la Familia.

Danny se sentó y les soltó sin preámbulos el motivo de su presencia.

—Yo me encargo de la cuenta —dijo, y los teleportó a Maine.

Cuando el camarero acudió a la mesa, Danny le pagó. Que los dioses estuviesen a punto de desatar una guerra no era razón para fastidiarle la noche a un camarero mortal.

Con la cuenta abonada, y con una buena propina, Danny salió fuera. Se detuvo en el callejón entre dos edificios y se teleportó.

Esa noche la dedicó a visitar a las Familias de todo el mundo; las teleportó a Maine para que Stone y Vivi les facilitaran el acceso a la Gran Puerta.

Había gente por todas partes en el exterior de la cabaña y comenzaba a hacer frío, a pesar de que un par de magos del fuego habían caldeado la casa y los magos eólicos mantenían el aire en calma.

Padre intentó hablar con Danny, pero éste lo interrumpió.

—Stone tiene una furgoneta al otro lado del lago. Ahora que habéis estado en Westil, probad vuestros poderes. Ahora que se ha equilibrado el poder entre las Familias y con los North en minoría, sólo contáis con la ventaja de tu poder sobre la tecnología de los mortales. ¿Quién sabe de lo que serás capaz ahora?

Padre asintió.

—¿Estás con la Familia? —le preguntó.

—No —respondió Danny—. Pero si tienes dos dedos de frente, te olvidarás de mí e intentarás aliarte con los Huérfanos. No hay suficientes North para librar la guerra con éxito y los Huérfanos también necesitarán ayuda para sobrevivir en un mundo dominado por dioses pletóricos de poder.

—Es un buen consejo —admitió Padre.

—No, Padre —replicó Danny—, es una orden. Voy a buscar todos los Huérfanos que pueda y los traeré aquí. Stone tiene que acompañarme porque no sé ni quiénes son ni dónde están. Quiero que seas tú quien los reciba y envíe a través de la Gran Puerta. Que Thor se encargue de organizar nuestra defensa por si los griegos vienen a por nosotros, aunque estoy empezando a creer que Hermia no les ha dicho dónde está mi Gran Puerta. No obstante, puedo estar equivocado. Trata a los Huérfanos con respeto y como tus iguales. Eso quiere decir que tendrás que mantener a Zog y a Gyish a raya.

Padre asintió.

—Es un buen plan. Y es nuestra mejor opción. Aceptaré a todos los Huérfanos en la Familia y...

—No —lo interrumpió Danny—. No quiero que los adoptéis. No quiero que estén bajo tu mando. Vas a tener que hacer algo mucho más difícil: considerarlos tus aliados. Trátalos como tus iguales. Que sean ellos quienes acepten la alianza y que sean los North quienes lideren la batalla, pero no quiero que la Familia se imponga. ¿Me has entendido? Quiero que conserven su independencia.

—Mi intención no era gobernarlos —protestó Padre—, sólo asumía que ellos querían...

—No asumas nada —sentenció Danny—. Trátalos como iguales. Y ahora tengo trabajo que hacer.

—¿Nunca dejarás de odiarnos? —preguntó Padre.

—En estos momentos, no odio a nadie excepto a uno, y no es un North.

—¿A quién? ¿A la chica griega?

—Al dragón. Set. No sabes quién es.

Padre le dirigió una mirada perpleja.

—Ésa es la guerra que importa. La lucha entre los dioses será terrible y temo las consecuencias que tendrán que sufrir los mortales a causa de vuestra arrogancia. Pero tengo que encontrar a Set y mantenerlo alejado de los dos mundos, y me temo que ni siquiera Loki sabe cómo conseguirlo.

—Zog nos ha dicho que deseas que te llamemos Loki a partir de ahora.

—No, Zog es el que tiene que llamarme Loki. Para los demás sigo siendo Danny North. Loki sigue siendo el Ladrón de Puertas, aunque en Westil usa otro nombre.

—Creía que Loki era el enemigo de todos los magos teleportadores.

—Todos lo creíamos, pero no es verdad. El Ladrón de Puertas ha mantenido Westil a salvo durante siglos al cerrar todas las puertas. Ha mantenido a Set aislado en Midgard, limitando su poder. Pero ahora que se han vuelto a abrir las Grandes Puertas, la amenaza ha vuelto a surgir y toda vuestra magia es inútil contra él. Ahora, quiero que te pongas manos a la obra, Odín. Tráeme a Stone. Y te deseo lo mejor en la guerra que se avecina.

Padre se marchó.

Stone se unió a Danny y dedicaron el día a visitar a todos los Huérfanos a los que éste conocía. Hubo unos cuantos que se negaron a acompañarlos. Varios de los que consintieron en ir hasta la Gran Puerta no quisieron participar en la batalla de forma directa; prefirieron marcharse a casa, desde donde se defenderían si el conflicto llegaba hasta ellos. El resto aceptó unir sus fuerzas a los North. Estaban dispuestos a entrenarse con ellos y a luchar, si al final estallaba la guerra contra los griegos.

Las demás Familias no consideraron la posibilidad de una alianza con los North, pero respetaron la tregua acordada mientras estuvieran en los dominios de Stone. Danny los fue teleportando a sus hogares, donde se prepararían para la batalla. Porque habría guerra. Danny había perdido la esperanza de que se pudiera evitar el conflicto. No estallaría hasta que consiguieran dominar sus nuevos poderes, aunque las redes de espionaje se pondrían en marcha de inmediato. Las escaramuzas vendrían a continuación y culminarían en una lucha abierta. Mucha gente moriría.

Anocheecía cuando Danny y Stone volvieron a la cabaña. El frío intenso había cedido un poco. Danny comprobó que Padre se estaba esforzando por cumplir con las indicaciones que había recibido: él y Madre estaban hablando con varios Huérfanos, y otros estaban practicando sus poderes con la ayuda de varios miembros de los North. El resultado del entrenamiento era espectacular. Las aguas del lago se agitaban con vida propia. Desde un precipicio próximo caían grandes rocas al vacío y se detenían antes de impactar en el suelo para volver a su sitio. Los torbellinos de aire se multiplicaban por toda la zona. Y todos, North y Huérfanos, se trataban con el

máximo respeto.

Danny no vio a Zog ni a Gyish.

Fue en busca de Thor.

—¿Con cuántos Magos Primigenios cuentas en tu red de información? —preguntó Danny.

—Los que son magos ya los has traído aquí. El resto son mortales.

—¿Qué posibilidades tiene la Familia de sobrevivir a la guerra?

—Creo que muchas —contestó Thor—, siempre que tengamos al Gran Mago Teleportador más poderoso de la historia de nuestro lado.

—No cuentes con ello.

—En ese caso, nuestras posibilidades se reducen bastante.

—Comprueba qué pueden hacer Padre y Madre con la maquinaria bélica.

Thor lo miró sin comprender.

—Tanques, aviones de combate, Thor —le aclaró Danny—. Dudo que las otras Familias cuenten con magos que puedan hacer lo que Padre con la tecnología o Madre con la electricidad. Es vuestro as en la manga. Si juegas bien tu baza, tendréis una ventaja importante.

—Te preocupas por nosotros —sonrió Thor.

—Sois mi puñetera familia —replicó Danny—. Aunque nunca me hayáis dado una alegría.

Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Qué vas a hacer tú, Danny?

—Voy a crear una puerta pública para que volváis a casa. Será una puerta unidireccional. No quiero que regreséis aquí. No permitiré que os acerquéis a la Gran Puerta, pero sí que habrá otras para quienes me desobedezcan, y conducirán a lugares muy desagradables. ¿Me explico?

—¿Tienes idea de lo que es una guerra, Danny? —preguntó Thor—. ¿Eres consciente de que acabarás matando a alguien?

—Provoqué el fallecimiento de un hombre hace tiempo —dijo Danny—. Y he visto la muerte.

—¿Cuándo? —quiso saber Thor.

—He vivido lo mío desde que me marché de casa —respondió Danny. Hizo una pausa—. Aquí tenéis la puerta al territorio North. Llévate a la gente antes de que acaben con las provisiones de Stone.

Danny se teleportó a Buena Vista. Había perdido un día entero de clase. Estaba agotado, pero aún tenía que asegurarse de que Hermia no iba a intentar atacar a sus amigos. Los Magos Primigenios estaban preparados para defenderse después de cruzar la Gran Puerta, pero los amigos de Danny no eran rivales para los griegos. Por el momento estaban a salvo, lo había comprobado varias veces a lo largo del día.

Estaba cansado y necesitaba dormir. Si se quedaba en la cabaña de Stone, estaría protegido y, además, la Gran Puerta estaría mejor vigilada. En Buena Vista quedaba expuesto al ataque de cualquier enemigo. Y eso era lo que quería. Que lo buscaran. Que dejaran a sus amigos en paz. Danny podía defenderse. No iba a permitir que le pasara algo a Pat. Ni a ella ni a los demás.

INQUIETUD

—El chico y yo diferimos en muchos aspectos —comentó Pan.

Anonoei se cepillaba el pelo frente al espejo.

—¿Te refieres a que es más alto? ¿O a que es un amante patético?

—Es más alto que yo —dijo Pan—. En cuanto a sus aptitudes como amante, es posible que nunca las conozcamos, porque parece decidido a no disfrutar de los placeres del sexo.

—¿Estás espiándole?

—Sí. No sabe que al entregarle mis puertas, que él ya tenía, abrí una ventana a su mente; me sorprende que no se haya dado cuenta. Siento lo que él siente.

—¡Qué vergüenza! —rió Anonoei—. Te estás aprovechando de la ignorancia de un crío.

—Sabe que puede acceder a mis recuerdos a través de mis puertas, pero no se le ha ocurrido que yo también las puedo emplear para ver lo que hace.

—Quizá no tenga nada que ocultar.

—Nadie admite que tenga algo que ocultar —dijo Pan. Tras unos instantes, añadió—: Es posible que tengas razón, este Danny North es justo lo que aparenta.

—A diferencia de Pan, el pinche de cocina —dijo Anonoei.

—Y a diferencia de Anonoei, la amante *mortal* del rey Prayard —dijo Pan.

—Los magos mentales tenemos que ocultar nuestra condición —se defendió Anonoei—. Por fortuna, contamos con nuestro poder para hacerlo. Por eso nos sentencian a muerte si nos descubren; si descubres a un mago mental, has de actuar con rapidez o no tendrás una segunda oportunidad.

—No estoy de acuerdo. Creo que la pena de muerte es un mero pretexto para justificar el asesinato. Gente que dice haber sentido extraños impulsos cuando se acercaba a cierta persona, por lo que *sin duda* era un mago mental, y así justifican la muerte de esa persona.

—Yo siento extraños impulsos a tu lado —dijo Anonoei, sonriente.

—No son tan extraños. Es la clase de impulsos que tiene todo el mundo.

—Pero pocos los tienen hacia ti.

—Porque tú sabes quién soy —dijo Pan—. El poder de los dioses es un potente afrodisíaco.

—No eres más que la sombra del mago que fuiste.

—Pero con el poder de teleportarte allá donde desees ir —dijo Pan—. Lo que me pregunto es hasta qué punto mis deseos de agradarte son propios o el efecto de tu

magia.

Anonoei se detuvo a mitad de cepillado.

—A ver, ya lo hemos hablado. Estamos de acuerdo en que si eres capaz de cuestionar tus impulsos, los sentimientos agradables y desagradables que despierto en ti, entonces conservas tu voluntad.

—Y, sin embargo, esa sensación de seguridad puede no ser propia. Reconozco que no has necesitado tu poder para convencerme de que te ayude en tu venganza contra Bexoi, tengo mis propios motivos.

—Y no olvides tu sentimiento de culpa por mantenerme encerrada junto a mis hijos —dijo Anonoei.

—Sí, y es un sentimiento que tampoco has despertado con magia. Me sentía culpable antes de que tú supieras quién era tu carcelero.

—Y aunque lo hubiera sabido, en aquel tiempo mi poder sólo era efectivo si estaba delante de la persona sobre la que quería influir.

—¿Y ahora que has pasado por la Gran Puerta? —preguntó Pan.

—Puedo dividir mi aura igual que tú. Es posible que antes también pudiera. El caso es que ahora soy capaz de dejar una parte de mi esencia dentro de la gente; mi influencia sobre ellos es más nítida y fuerte, y puedo sentir lo que ellos sienten.

—¿No te distrae? A mí me cuesta un gran esfuerzo estar pendiente de Danny North.

—Tú no eres un mago mental —dijo Anonoei—. En mi caso, es un acto casi reflejo, como si mi mente navegara dentro de ellos.

—¿Navega tu mente en mi interior?

—¿Crees que te lo diría si así fuera?

—Depende de lo que pretendas —repuso Pan—. ¿Y si buscaras mi felicidad y bienestar y eso te llevara a dejar una parte de tu ba dentro de mí, para estar segura de que estoy bien?

Anonoei se incorporó y fue hacia la ventana.

—¿Y qué hay de malo en que use mis poderes mientras hago el amor?

—No he dicho que esté mal —respondió Pan—. Pero creo que aciertas con tanta precisión con lo que me agrada que me cuesta creer que no estés empleando tus poderes conmigo.

—¿Te estás quejando?

—Estoy preguntando —dijo Pan—. Cuando acabamos de hacer el amor, ¿qué queda de ti en mi interior?

—Hay más de ti dentro de mí que de mí en ti ahora mismo —rio Anonoei.

—No has contestado a mi pregunta.

—Si quisiera controlarte, lo negaría y te forzaría a que me creyeras. ¿Qué sentido tiene que te responda?

—Que quiero oír tu respuesta.

Anonoei suspiró.

—Deposito una parte de mi ba en tu interior al igual que hago con los demás. Me resulta difícil no hacerlo. Me preocupo por ti. Te necesito y dependo de ti. Es importante saber lo que sientes por mí, lo que quieres, lo que temes.

Pan no pudo evitar sonreír.

—La sinceridad: la más cruel de las mentiras.

—Sabes que no te estoy mintiendo.

—O estás alardeando de sinceridad mientras ocultas que usas tu poder para que me sienta bien al escucharte.

—¿Puedes llevarme con Quilla? —pidió Anonoei—. Tengo que tranquilizarle, tiene miedo de que lo descubran: está convencido de que Bexoi ha ordenado que lo espíen.

—Lo haré, pero antes dime: ¿alguna vez has puesto tu ba en el interior de Bexoi?

—Nunca he estado con ella en persona —respondió Anonoei—. Tanto Prayard como yo nos cuidamos de que no me viera.

—No tienes acceso a la persona que más te interesa.

—Pero tú sí, a través de tus mirillas.

—Sólo veo lo que ella quiere que vea —dijo Pan—. Creo que siempre actúa como si yo estuviera observándola. Se viste y se desviste como lo haría en público. Conoce bien mis poderes.

—¿Tanto control tiene sobre sí misma? ¿Todo lo que hace está calculado?

—Todo —afirmó Pan—. Interpreta su papel de manera constante, tanto cuando está despierta como cuando está dormida.

—¡Dormida! —se burló Anonoei.

—Creo que hasta sus sueños se ajustan al papel que interpreta. Pienso que se cree sus propias mentiras conforme las cuenta y que las vive como ciertas.

—Si tan convencida está, ¿siguen siendo mentiras? —preguntó Anonoei.

—Esa es una pregunta que le planteé en una ocasión al papa Bonifacio IV —dijo Pan—. Estaba dedicado en cuerpo y alma a la conversión de los templos paganos de Roma en templos cristianos. Intenté explicarle el malestar que había entre las Familias de los romanos y los griegos por lo que hacía, y me dijo que esos dioses no existían. Como soy una prueba viviente de lo contrario, le demostré que estaba equivocado. Nos teleporté a ambos a los Alpes, una cordillera de Midgard. Nos encontrábamos allí, expuestos al aire gélido del invierno alpino, y su respuesta, a pesar de que se estaba congelando, fue que yo no existía. Que le estaba tentando al igual que hizo Satanás con Cristo.

—No entiendo lo que me estás explicando.

—Me di cuenta de que él creía con firmeza que todo lo que sentía, el viento

gélido de la montaña, la visión de las rocas y la nieve a nuestro alrededor, era una ilusión; una visión que yo había creado para engañarlo. Le dije que la nieve, las montañas y el viento eran reales, que se estaba engañando a sí mismo, y que yo ni siquiera procedía del mismo planeta que la persona a la que él llamaba «Satanás». Él replicó que era yo quien mentía. Le contesté que era imposible que estuviera mintiendo porque estaba convencido de mi verdad, mientras que él, que podía sentir el frío, lo negaba. Por lo tanto, quien mentía era él.

—Un círculo vicioso dialéctico.

—Su respuesta fue que lo único que eso probaba era que yo mentía mejor que él. Admitió que sentía el frío, lo que demostraba que mi ilusión era muy potente. Que yo temblara de frío no cambiaba el hecho de que fuera todo una gran mentira. «Si te engañas a ti mismo, sigue siendo una mentira», me dijo él. «No importa que tus engaños sean tan buenos que hasta tú creas en ellos». Para ser un papa, era un hombre muy sabio.

—Entiendo que ese «papa» del que hablas era como un rey.

—Más o menos. Puedo encontrarme con quien yo quiera. Los guardas y funcionarios no son un obstáculo para alguien como yo.

—Volviendo al tema de antes —dijo Anonoei—, estoy preocupada por Quilla. Está muy asustado.

—Lo que puede interpretarse como una excelente razón para no acudir a su encuentro.

—No dejes de vigilarme, mi pequeño entrometido, y sácame de ahí si el peligro es real.

Sin embargo, en ese preciso instante, Pan percibió que alguien llegaba a Westil a través de la puerta salvaje. Eran varios. Cada vez más. Y no parecía que Danny North estuviera al tanto. Él, desde luego, no era quien los enviaba.

—Ahora mismo es un mal momento para teleportarte, en especial a un lugar peligroso —dijo Pan—. Hay gente entrando por la puerta salvaje.

—¿Qué le pasa a ese crío? ¿No le quedó claro el peligro que suponía que Set pudiera llegar a Westil amagado en el interior de algún viajero?

—No es cosa de Danny North... Ah, se acaba de dar cuenta de lo que ocurre. Una de sus amigas ha desplazado la puerta. —Pan estaba impresionado—. Es una chica lista, esa Hermia. Resulta muy complicado desplazar la puerta de otro mago sin que éste se dé cuenta.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que ir a vigilar este lado de la puerta. Mientras todos los que lleguen se vuelvan a Midgard, no hay peligro. Pero si alguien intenta quedarse aquí...

—El joven mago eólico sigue aquí.

Pan abandonó la cama y comenzó a vestirse.

—Cuando gracias a Danny North recordé quién es nuestro enemigo real y de lo que es capaz, Ced ya estaba aquí. Lo conozco lo suficiente para estar casi seguro de que no está poseído.

—¿Cómo sabrás si alguno de los recién llegados está poseído por Set?

—No lo sabré. Si alguien intenta quedarse, lo obligaré a volver a la puerta y a que la cruce de nuevo.

—¿No temes que te posea a ti si te acercas a él?

—Cuando digo «obligar», no lo digo de forma literal —dijo Pan—. En cuanto detecte que alguien quiere quedarse, lo teleportaré a un punto en el que caerá dentro de la Gran Puerta sin remedio. No pienso acercarme. Además, Set no puede saltar de una persona a otra con tanta facilidad, en especial si a la que quiere poseer tiene una esencia poderosa, un ka que no se apartará porque sí.

—Te tienes en alta estima —dijo Anonoei.

—Es posible. Pero Set no actúa igual que tú, él salta al interior de una persona con su ka al completo. Como nunca ha contado con un cuerpo propio, uno que fuera él mismo, tiene que pelear para entrar. Así que creo que podría mantenerlo a raya.

Anonoei hizo un gesto ambiguo.

—Llévame con Quilla, por favor —le pidió a Pan.

—Demasiado arriesgado —contestó Pan. Había acabado de vestirse—. Voy a estar ocupado, vigilando a todo el que entre por la puerta; tengo que fijarme en ellos por si alguno se escabulle, para reconocerlo cuando lo busque más tarde.

—Estaré bien —lo quiso tranquilizar Anonoei.

—¿Es Quilla un hombre apocado y asustadizo?

—Al contrario, es osado y valeroso.

—Por lo tanto, su temor estará más que justificado; el peligro es real.

—Pero mi adorado Pan, yo soy yo. Nadie es capaz de albergar malas intenciones contra mí, puedo moldear las mentes de las personas. Te necesito para que me teleportes, no para que me salves. Te ruego que respetes mi talento tal y como yo respeto el tuyo. Hace mucho que dejé de ser tu prisionera.

—Me estás manipulando sin recato —acusó Pan.

—Si estuviera empleando mi magia para manipularte, no necesitaría recurrir a tu sentido de culpa para convencerte.

—Salvo que estés manipulando toda mi conciencia.

—Pero no hago tal cosa —negó Anonoei—. Hay veces en las que me gustaría apagar tu conciencia como se apaga una vela que arde mal. —Comenzó a dar vueltas sobre sí misma—. Por favor, envíame al despacho de Quilla. Nunca hay nadie allí a estas horas.

Pan todavía tenía reticencias, pero ella estaba en lo cierto: podía cuidar de sí misma. No se iba a enfrentar a alguien con la fortaleza de Bexoi o la del propio Pan.

La envió mientras seguía girando sobre sí misma como una niña bailando. Si se caía al llegar, sólo sería culpa suya.

En cuanto ella se marchó, Pan hizo lo mismo y acudió al círculo de piedras donde desembocaba la puerta salvaje. Allí distinguió a un grupo de personas dando vueltas, aunque ninguno había salido del círculo. El problema es que muchos se dedicaban a contemplar los alrededores en lugar de marcharse de inmediato. E incluso los había que intentaban poner a prueba sus poderes. ¡En el interior de un círculo al lado de una puerta activa! ¿Tan ignorantes eran?

Era obvio que sí. Y, por lo visto, la chica griega que había robado la boca de la puerta salvaje no se había tomado la molestia de acudir en persona para que la gente volviera a Midgard.

Pan recobró la puerta que acababa de usar Anonoei, la convirtió en una puerta abierta de gran tamaño y la colocó delante de la entrada a Westil para que condujera a los visitantes que iban llegando a la puerta de retorno de inmediato. Todo eso le costó cuatro de sus ocho puertas. Usó otra para enviar a los rezagados dentro del círculo a la Gran Puerta de retorno.

No quería que quedasen cabos sueltos.

Por fortuna, nadie en Midgard tenía experiencia con las puertas. Pensarían que lo que pasaba era parte del proceso y, si albergaban alguna sospecha de que alguien los obligaba a volver sin dejarles echar un vistazo, culparían a la chica griega; si se enfadaban con ella, lo tendría merecido.

Si Pan hubiera conservado una mínima fracción de su yacimiento original, habría devorado la puerta salvaje y terminado con el problema de una vez por todas. Pero no contaba ya con ese poder, y Danny, que sí lo tenía, carecía de los conocimientos y la habilidad necesarios para imponerse a las antiguas puertas cautivas que se habían rebelado contra él. Tampoco estaba Pan interesado en que el muchacho aprendiera tanto. Ya era bastante peligroso, tal y como era.

Durante todo el proceso, no dejó de pensar en Anonoei; estaba preocupado por ella y la intranquilidad iba en aumento. «Eres un imbécil», se dijo a sí mismo. «Puede cuidar muy bien de sí misma».

Cuando comprobó que el flujo de magos que cruzaban la puerta había terminado, se le ocurrió que no era propio de él obsesionarse tanto con el bienestar de otra persona. Nunca su preocupación le había provocado tal ansiedad.

Si Anonoei le estuviera pidiendo socorro y fuera cierto que había dejado parte de su ba en la esencia de Pan, ¿no sería ésa la sensación que tendría? ¿Y si su preocupación obsesiva fuera en realidad el grito de socorro de Anonoei?

Sin embargo, la sensación opresiva había desaparecido, lo que quería decir que ella había resuelto el problema y estaba a salvo.

Se teleportó de vuelta al cuarto donde habían dormido, en una casa cuyo dueño se

había ausentado durante una temporada. Cuando avivaba el fuego del hogar, le asaltó una idea que lo dejó paralizado: existía otro motivo que habría interrumpido la llamada de auxilio.

El intenso temor que lo inundó no tenía comparación con la sensación que lo había obsesionado antes, mientras vigilaba el trasiego de magos en la puerta salvaje. Ahora resultaba evidente que su preocupación no había partido de él, había sido Anonoei chillando para que la sacara de donde estaba.

Pan abrió una puerta hacia el despacho de Quilla y estuvo a punto de cruzarla de inmediato. Pero se detuvo al recordar que eso mismo había hecho Anonoei, confiada en su poder para solucionar cualquier amenaza que aguardara al otro lado.

Encogió los extremos de la puerta hasta convertirla en una mirilla y se la llevó al ojo.

La habitación estaba vacía.

Examinó el cuarto un par de veces hasta que se le ocurrió dirigir la mirilla al suelo.

La túnica que llevaba puesta Anonoei cuando se marchó estaba ahí tirada.

No sólo tirada, estaba sucia.

No, no era suciedad. Estaba empapada en ceniza y fluidos corporales, una mezcla que se extendía por los sitios que debían haber ocupado la cabeza, las manos y los pies.

La habían quemado viva. Abrasada. Y no por un fuego externo, porque el vestido no estaba ni chamuscado. Cuando vivía en Midgard, antes de cerrar las puertas, Pan había sido testigo de los efectos provocados por un Señor del Fuego cuando hacía hervir un cuerpo desde su interior hasta que se consumía por completo. El vestido de Anonoei reposaba sobre los restos de su cadáver.

Quilla estaba en lo cierto cuando sospechó que lo estaban vigilando. Cuando Anonoei fue a su encuentro, no era un simple espía quien aguardaba su llegada. Era la reina Bexoi en persona. Bexoi, la Señora del Fuego.

INTIMIDAD

Danny no ignoraba que sus padres esperaban que, en cuanto todo el mundo volviera de su viaje relámpago a Westil, él volvería al territorio de los North. Una guerra estaba a punto de estallar y la magia representaría un papel de tal calibre como no se había visto en Midgard desde el siglo VII.

Pero Danny no tenía intención alguna de participar en la guerra, no de la forma en la que ellos esperaban. Los North mantendrían reuniones y elaborarían estrategias. Pondrían a prueba sus nuevos poderes para comprobar su alcance. Él no estaría a su lado.

Danny también sabía que no podía irse al instituto y aislarse hasta que hubiera acabado todo. Tendría que tomar parte, quisiera o no.

Pero, con guerra o sin ella, no iba a abandonar sus clases.

Llevaba treinta y cuatro horas sin dormir cuando regresó al Parry McCluer, a la hora de la salida. Nadie se fijó en él, todos tenían prisa por llegar a los autobuses o al aparcamiento o, simplemente, por largarse lo antes posible. Sí que repararon en él para apartarlo de su camino, pero pocos se dieron cuenta, cuando lo vieron en el vestíbulo, de que había estado ausente todo el día. Su reacción al verle fue la normal: un saludo apresurado; un gesto con la cabeza; ignorarlo.

No vio a ninguno de sus amigos. ¿Tampoco ellos habían venido a clase? ¿Les habría pasado algo?

—Danny —dijo una chica. Alguien le tocó en la espalda.

Danny se dio la vuelta. Era Nicki Lieder.

—Papá está muy preocupado, no has venido al entrenamiento de esta mañana y luego no has aparecido por clase y no has contestado al teléfono.

—Lo siento —dijo Danny—. Un asunto familiar.

—Estaba segura de que había pasado algo.

Había colocado su mano sobre la cintura de él con tanta suavidad que casi no lo había notado. Pero el gesto era íntimo, un aviso para todo el que pasaba: «Es mío. Tengo derecho a hacer esto».

Él no quiso herir sus sentimientos retirando la mano. Al final, se giró a un lado y luego retrocedió, rompiendo el contacto.

—Supongo que tendría que haber llamado.

—Es comprensible que no lo hicieras; papá lo entenderá. Sé que es muy brusco, pero la gente no entiende lo mucho que se preocupa por sus atletas.

«Sí, y también es un auténtico capullo con todos los que no forman parte de su

equipo». Pero Danny se reservó el comentario.

Nicki volvió a colocar su mano en la cintura de Danny. Como estaba de espaldas a ella, le estaba tocando justo encima de la bragueta y había metido el pulgar por la cintura del pantalón. El contacto lo sorprendió por su intimidad. Quizá se debiera a que siempre llevaba los pantalones caídos, pero siempre los había llevado así. Acostumbraba a vestir pantalones de segunda mano que o le venían grandes o pequeños. Si eran pequeños, los llevaba bajos para que no le apretaran en la entrepierna; si eran grandes, siempre estaban a punto de caerse. Los llevaba así por comodidad y ahora, la posición de la mano de Nicki le impidió pensar en otra cosa que no fuera el contacto con la chica.

Se quedaron callados, y entonces Danny adivinó las intenciones de ella.

La inocente Nicki no lo era tanto. El impulso que la había llevado a besarle seguía empujando a la chica hacia Danny. Se estaba ofreciendo a él sin tapujos.

¿O estaba exigiendo?

No se parecía en nada a la chica que conoció aquel día en la cocina de Lieder, cuando la curó y dio un giro radical a su vida. Tan radical que la había prolongado al curarla de su enfermedad mortal, dándole fuerza, salud y tratándola como a una chica normal y no como a una inválida. Todo sumado había causado una gran impresión en ella.

Podía haber retirado la mano y listo, pero que la hubiera colocado tan cerca de su ingle y de una manera tan evidente, lo impulsó a hablar.

—Sólo hay una chica con derecho a tocarme ahí —dijo—, y no eres tú.

Ella no hizo intención de retirar la mano. ¿Qué chica mantendría un contacto así después de que un tío le dijera eso?

—¿Y quién, si se puede saber? —se limitó a preguntar.

—Mi esposa.

—Pero tú no estás casado.

Danny acabó por cogerle la mano por la muñeca. No se explicaba por qué le costaba tanto romper el contacto. O por qué, en cuanto cogió su muñeca, habría preferido llevar la mano a su entrepierna, que es donde de verdad quería que lo tocara.

No lo hizo.

Apartó la mano con más brusquedad de la debida, quizá porque no quería hacerlo.

—No estoy casado —dijo—, y ése es el tema.

Y se marchó. Le costó mucho. Tenía que ajustarse la entrepierna y no quería hacerlo en mitad de un pasillo abarrotado.

Consiguió colarse en un aula vacía y, sin importarle que ella lo estuviera siguiendo, se teleportó a la colina donde se solía reunir con sus amigos.

Y estaban todos ahí.

—Eh, hola —dijo Laurette—. ¿Dónde te has metido todo el día?

—¿Y quién es ella? —preguntó Sin.

—¿Quién es quién? —intervino Xena.

Sin enarcó las cejas, miró con descaro la abultada entrepierna de Danny y comenzó a reírse. Xena siguió la mirada de Sin y también se echó a reír.

Danny se sentó con rapidez.

—Sois unas retorcidas —les dijo.

—¿Quién es? —exigió Sin—. Contesta o te la cortamos.

—Iba por los pasillos del instituto —dijo Danny.

—Un lugar peligrosísimo —dijo Hal, quien no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—Y me encontré con Nicki Lieder —siguió Danny.

—Fue un encuentro muy largo —se rió Sin.

—¿La hija del entrenador? —dijo Wheeler—. ¿Qué pasa con ella?

—Parece bastante aburrida, nunca hace nada —dijo Hal.

—Ha estado al borde de la muerte cuando, de pronto, mejoró —le explicó Laurette—. Necesitará tiempo para volver a conectar con el mundo.

—Yo diría que con Danny ya ha conectado —dijo Sin.

Danny cerró los ojos.

—Llevo toda la noche sin dormir. —Y para evitar el inminente comentario de Sin, les contó lo que había ocurrido. Y lo que se avecinaba. La guerra.

Todas las Familias sabían de sobra que Danny había creado las puertas que habían usado para ir a Westil; también sabían que si molestaban a Danny, él los teleportaría a donde quisiera.

Así había ocurrido siempre en las guerras en las que participaban los magos teleportadores.

—Somos como los pateadores en el fútbol americano —le explicó Danny a sus amigos—. Vestimos el mismo uniforme que los demás, pero no somos parte del equipo. Nuestro juego es distinto al del resto.

—Pero cuidado con incordiar al pateador —dijo Hal.

—No creo que sepas nada del juego —se burló Laurette.

—La gente se cree que porque parezco uno de los postes de la portería no entiendo las jugadas. Lo cual es absurdo —dijo Hal.

Pat decidió que ya estaba bien de tonterías.

—Danny, ¿cómo se te ocurre venir por el instituto cuando estamos hablando de una guerra que cambiará el mundo?

—Tienes razón —dijo Danny—. Pero no tengo muchas opciones. Si vuelvo con mi Familia, me pedirán que transporte a los enemigos, cosa que no pienso hacer.

—¿Por qué no? —preguntó Sin—. Quiero decir, es tu Familia.

—Para mí, vosotros sois mi familia —dijo Danny—. No os habéis dedicado a joderme la niñez, despreciándome y amenazándome de muerte por no ser capaz de crear una efigie.

—La cuestión no es si tú quieres luchar en la guerra —dijo Wheeler—. Va a suceder, y te va a afectar, quieras o no.

—¿Por qué? —preguntó Xena—. ¿Por qué tiene que participar? ¿Por qué no puede estudiar para los exámenes finales, como todo el mundo?

—En primer lugar —dijo Hal—, Danny nunca estudia, no necesita hacerlo. Todos asintieron.

—Sí que estudio —protestó Danny.

—Ni de coña —negó Laurette.

—He estudiado. Durante mi periodo de escolarización en casa. Y sigo por delante del temario que están dando en clase ahora.

—Segundo —siguió Hal.

—He aquí la prueba de que Hal puede contar hasta dos —dijo Sin.

—Segundo —repitió Hal—, y más importante: cuando la gente comience a sufrir, Danny se verá metido en la guerra de cabeza. Es el único médico de campaña que existe.

Danny recordó cómo la Familia siempre evitaba hablar de por qué las bajas en las guerras posteriores al año 632 eran muy superiores a las de conflictos anteriores. Era cierto que los poderes habían disminuido, pero también que no había magos teleportadores para curar a la gente. Hasta que llegó Danny. Y la Familia North esperaba que cuando llegara el momento, él se pondría del lado de los buenos.

—Por eso no quiero estar con mi Familia —dijo Danny—. Porque no tardarán en averiguar que pienso curar a todo el mundo.

—A los dos bandos —dijo Pat, para confirmar que Danny hablaba en serio.

—O a los tres bandos —dijo Danny—. Porque cuando hay una guerra entre los dioses, siempre acaban usando a los mortales como representantes en el campo de batalla. Los combates de mago contra mago son excepcionales y muy destructivos. Así que van a hacer que los dánaos ataquen a los troyanos.

—«Dánaos» es como se llamaban los griegos entre ellos; está en la Ilíada —le explicó Wheeler a Xena.

—¿Y tú como sabes eso? —preguntó Xena.

—Por un juego de rol —le contestó Wheeler.

—Estoy muerto de cansancio —declaró Danny—. Y eso es algo que las puertas no pueden curar. Estoy en forma, soy capaz de correr kilómetro tras kilómetro sin cansarme, pero mi cerebro necesita descansar. Seguro que si salgo a correr, me duermo mientras lo hago.

—¿Qué harán estos tíos, ahora que son todos tan poderosos? —preguntó Wheeler.

—¿Va a ser como en las carreras de NASCAR? —preguntó Hal—. ¿Vais a elegir a vuestra Familia favorita y apostar por ella en las finales de la Guerra Mágica?

—Durante toda mi vida, cuando he querido algo de magia, he jugado a la videoconsola, o a algún juego de rol —dijo Wheeler—. Llega Danny y viajamos por todo el mundo. Y de forma instantánea. Y eso mola mucho. Me recuerda a los hechizos de desplazamiento de los juegos: pero quiero más, quiero ver a dos magos lanzándose hechizos en un combate real.

—No hay hechizos —dijo Danny—. Sólo empatía.

—Vale, pues quiero ver a un mago eólico empatizar con un tornado —dijo Wheeler con entusiasmo—. Y las efigies; quiero ver a un mago pétreo crear un coloso de piedra, como si fuera el Increíble Hulk.

—Un tornado es terrorífico siempre, no hace falta que lo cree un mago —dijo Danny—. Y tu coloso de piedra aplastaría a cualquiera que se cruzara en su camino.

—Ya lo sé —asintió Wheeler—. Y me horroriza, me repugna, me encanta...

—Y tú nos aburres —le interrumpió Hal.

—Y te ignoramos —añadió Laurette.

—Yo no soy el que ha traído la magia al mundo —protestó Wheeler—. Me parece emocionante, de lo más guay. Estamos en la misma situación que los extras de las pelis: los que huyen de Godzilla o saludan como idiotas hasta que los aliens los vuelan en pedazos en *Independence Day*. Los aplastan, los trituran, los abrasan, pero estaban *ahí*. Y eso es lo que mola.

—Tú por estar ahí, harías lo que fuera —comentó Sin en tono despectivo.

—Sí, en efecto. Por lo menos una vez en la vida.

Danny suspiró.

—Yo sólo quiero volver a clase.

—¿Por qué? —se sorprendió Laurette—. A ver, yo me alegro de que estés aquí con nosotros, pero ¿quién quiere dedicar su tiempo a algo así?

—¿A sentarse en medio del bosque? —preguntó Pat.

—Hablo de ir a clase —gruñó Laurette.

—Venga ya, Rette, pero si tú lo tienes todo controlado —dijo Xena—. Tienes a los profesores y al director en el bolsillo. El personal de administración te adora. Sacas buenas notas y estás buena. No tienes motivos para odiar el instituto.

—Sí que los tengo; si pudiera elegir, no pasaría el tiempo yendo a clase.

—Pero Danny sí que puede elegir —dijo Pat.

Danny pensó que si Laurette perteneciera a alguna de las Familias, la considerarían una maga mental por su habilidad para caer bien a todo el mundo. Pat acababa de decirle algo, pero estaba tan cansado que le costaba seguir el hilo de la conversación.

—El instituto es aburrido —declaró Danny—. El programa se puede cubrir en un

año, si se quiere. Pero interesa alargarlo porque así tardáis más en saturar el mercado laboral y también evita que os convirtáis en delincuentes juveniles. Pero os juro que parecía un lugar genial en las novelas para jóvenes que leía antes de venir.

—Las novelas para jóvenes están tan alejadas de la realidad como los videojuegos de Wheeler. —Pat sonrió al aludido.

Wheeler se rió.

—La realidad está sobrevalorada. Vamos de catástrofe en catástrofe y, entre medias, caemos en un aburrimiento soporífero. La gente no se cansa de repetir idioteces como «Es imposible que ocurra una cosa así»; hasta que ocurre. O «Las cosas no funcionan de esa manera», hasta que va y resulta que sí.

—O «Las chicas no se enamoran de un dios», hasta que lo hacen —terció Xena.

—Las chicas siempre se enamoran de dioses —dijo Pat—. Hasta que un día se despiertan, descubren que están embarazadas y que el dios se ha marchado; su lugar lo ocupa un capullo.

Todos rieron la ocurrencia de Pat, incluso Danny, agotado como estaba.

—«¿Quién es el padre de tu hijo?». «¡Papi, te juro que es un dios!». —Tras tomar aire, Pat continuó con su charada—. «¿Y cómo es ese dios?». «Mami, lo que pasa es que no me permitió encender la luz para ver su rostro». A nadie le gusta admitir que se ha acostado con un gilipollas. Cada bastardo que hay en el mundo es el hijo de un dios.

—Sí, pero también ha habido muchos casos reales —comentó Danny—. Los Magos Primigenios tienen un montón de descendientes repartidos por el mundo. De hecho, estoy seguro de que todo ser humano vivo cuenta con un antepasado westiliano.

—¿Y por qué no despertó mi magia la Gran Puerta? —quiso saber Hal.

—¿Quién te dice que no lo ha hecho? —dijo Danny—. Lleva tiempo reconocer tu afinidad y aplicar la magia que conlleva.

En ese momento un pequeño remolino de polvo surgió justo delante de ellos. En cuanto advirtieron su presencia, desapareció.

—Vale, ¿quién ha sido? —preguntó Danny.

Nadie respondió.

—Empezamos a hablar sobre las afinidades —dijo Danny— y de pronto uno de vosotros muestra el poder de un mago eólico.

El remolino reapareció y se lanzó sobre Wheeler al que lanzó polvo y hojas de los árboles. Se levantó de un salto sacudiéndose la ropa.

—Los ataques a traición van contra las reglas —refunfuñó.

—¿No querías que te persiguiera un monstruo? —se rió Hal.

—En serio, ¿quién ha sido? —repitió Danny.

Todos adoptaron una expresión inocente; se miraron entre sí con curiosidad, pero

nadie confesó.

—¿Qué sentido tiene ocultarlo? —preguntó Danny—. Es algo bueno. Un remolino que actúa así es algo que se estudia en el segundo curso de magia. Me refiero a que ha lanzado el polvo y las hojas a Wheeler; si ha sido a propósito, demuestra un nivel avanzado.

Danny los observó, confiando en que una expresión de orgullo delataría al creador del remolino. Pero nadie mostró nada, lo que hizo sospechar a Danny de que la autora era Pat; sólo ella era capaz de ocultar lo que sentía sin que sus gestos la traicionaran.

Pero Danny decidió que si ella no quería que se supiera, él respetaría su decisión.

—Ya sé por qué estás en el instituto, Danny —saltó de pronto Sin—. Es tu identidad secreta.

—Clark Kent en el *Daily Planet* —dijo Laurette.

—Sin gafas —dijo Sin.

—Tampoco necesita una cabina de teléfonos para cambiarse —añadió Hal.

—No lleva un traje de superhéroe, ¿para qué va a quererla? —dijo Laurette—. Tampoco necesita una batcueva donde guardar el coche. No necesita nada.

—Pero sigue siendo su identidad secreta.

—«De día es una estrella del equipo de atletismo» —dijo Laurette, presentando a Danny como si fuera un superhéroe—. «Y de noche... ¡Loki! ¡Mercurio! ¡Thoth! ¡Más rápido que una bala!».

—¡Más poderoso que un escupitajo! —añadió Hal.

—¡Capaz de subir a las aceras de un solo salto! —aportó Pat.

—¡Y espiar el interior del váter de las chicas! —exclamó Wheeler.

—¡Puag! ¿Para qué iba a hacer una cosa así? Es pis y caca, igual que los chicos —dijo Xena.

—No, igual no —dijo Wheeler—. Para nada.

—¿Se puede saber cómo hemos acabado hablando de pis y caca? —preguntó Pat.

—No espío a la gente sin un buen motivo —dijo Danny.

—Sí, como saber si tiran las braguitas sucias al suelo o al cesto de la ropa sucia —dijo Laurette.

Danny se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Despertadme cuando hayáis acabado.

—Ya está —sentenció Pat—. Todos acabamos de madurar. En este preciso instante. Declaro que nuestra pubertad ha finalizado.

—Espero que no —saltó Wheeler—. Conservo la esperanza de que me salga más vello corporal en ciertos sitios.

—Debería de estar entrenando —dijo Danny—, pero me voy a casa a dormir. Hace frío y eso que todavía es de día.

—Dicen que habrá tormenta esta noche —anunció Xena.

—¿No será de nieve? —preguntó Laurette.

—No, sólo agua —dijo Xena—. Para que las cosas menudas puedan crecer.

—A Xena le gusta hacer crecer las cosas pequeñas —rió Hal.

—Siempre que estén pegadas a Danny North —añadió Laurette.

Xena se volvió hacia Hal enfurecida.

—¡Hal! —le gruñó.

Antes de que pudiera seguir o tirarle algo, Hal se apartó.

—¿Por qué la tomas conmigo? Ha sido Laurette quien ha...

—Las chicas pueden decirse cosas así entre ellas —le aclaró Pat.

—Tengo que hablar con mis padres —dijo Danny—. Y pedirle a Vivi un justificante por mi ausencia de hoy.

—Duerme antes, te hace falta —dijo Pat.

—¿Crees que los dioses harán igual que Zog en *Superman II*, cuando el presidente tuvo que arrodillarse ante él en el despacho oval? —preguntó Wheeler.

—Si se les ocurre y les interesa, pueden hacerlo —dijo Danny encogiéndose de hombros. Luego añadió—: No le pedirán a nadie que se arrodille, pero querrán controlar el Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea. No somos inmortales y saber dónde están las armas evitará que alguien los vuele en pedazos o les corte la cabeza mientras manejan su efígie. Desde que Loki cerró las puertas en el 632, el armamento de los mortales se ha vuelto muy poderoso y capaz de coger por sorpresa a cualquiera, incluso a un dios.

—Lo de la guerra va en serio —dijo Hal.

—Sí —replicó Wheeler con una gran sonrisa.

—Danny, llévame a casa contigo, será sólo un minuto —pidió Pat.

Los demás silbaron y aullaron.

—Sólo quiero hablar contigo, es importante —dijo Pat, frunciendo el ceño.

—«Por favor, hazme un bebé» —soltó Hal poniendo voz de chica.

—Vamos a largarnos, así podrán cotillear sobre nosotros —dijo Danny mientras le tendía la mano a Pat.

Se teleportó a la sala de estar de su casa y en cuanto ella reconoció el lugar, se agarró a él, apretando su cuerpo contra el suyo. Ansiosa. Aterrorizada.

—Es la guerra —dijo Pat—. Has tenido que abrir esa Gran Puerta para que la crucen todos los magos porque esa zorra griega... —Se calló de golpe—. No, si tú no estás enfadado, yo tampoco.

—Sí que estoy enfadado —dijo Danny—. Pero cabrearme y provocarme una úlcera no me aporta nada.

—Morirá gente —dijo ella—. Tú mismo puedes morir. Si alguien te hace volar por los aires, ¿quién te pasará por una puerta para curarte?

—Poco probable, pero posible —comentó Danny—. Además, el enemigo que me preocupa es otro. Uno que posee cuerpos humanos y los maneja a su antojo.

Pat lo miró a la cara sin dejar de abrazarlo.

—¿Estás hablando de posesiones demoníacas?

—¿Quién iba a pensar que eran reales? —dijo Danny—. Pero lo son. Y lo peor es que dudo que alguien se dé cuenta si me poseen a mí.

—Yo lo sabría —afirmó Pat.

—¿Tú crees? Me preocupa no saberlo yo mismo.

—¿Con alguien dentro de ti obligándote a hacer cosas contra tu voluntad? —Pat negó con la cabeza—. Lo sabrías. Y yo también porque te pondría a prueba. Te haría una pregunta y, si no supieras qué contestar, sabría que no eres tú. —Lo cogió por la cabeza y lo besó en los labios. Después le lamió la punta de la nariz—. Si tengo dudas, te preguntaré qué hice después de besarte.

—¿Y qué pasa si también posee mis recuerdos? —preguntó Danny—. ¿Y si contestara a todas tus preguntas?

—No importa, lo sabría —dijo Pat. Lo besó otra vez, esta vez fue un beso más largo y apasionado. Lo abrazó por la espalda y se apretó contra él.

Danny se echó hacia atrás.

—No —dijo.

—No estoy jugando, Danny. No soy como las otras que quieren acostarse con un dios para contarle por ahí. Te quiero, Danny North. No soy tan joven como para no saber lo que es eso. En otros tiempos, las chicas se casaban con mi edad y más jóvenes aún. Julieta se casó con trece años.

—Julieta era un personaje de ficción y la cosa tampoco acabó muy bien.

—Te vas a la guerra. Cuando nos contaste lo que habías estado haciendo toda la noche, me puse a pensar en lo que habría pasado si Hermia te hubiera engañado o encerrado en algún sitio. ¿Y si jamás volviéramos a estar juntos? Y en lugar de llorar cuando lo he pensado, me he llevado las manos a la barriga. A mi útero vacío. Es instintivo, Danny. Si nuestro hombre se va a la guerra, queremos que nos deje preñadas.

—No van a nacer bastardos por mi culpa —dijo Danny—. Nunca. Y se acabó la discusión. Por otra parte, ¿crees que tus padres van a permitir que te cases con un compañero del instituto que vive en una choza como ésta?

—Me trae sin cuidado el matrimonio —dijo Pat—. A la gente ya no le importan esas cosas.

—A la gente lista sí que le importan —dijo Danny—. La gente que cree en la familia y no sólo en quedarse preñada.

Pat había metido sus manos en la cintura del pantalón de Danny y tiraba hacia abajo. Danny pensó en su primer encuentro con Lana en casa de Stone en

Washington. Su cuerpo había respondido igual que ahora, con la diferencia de que en esta ocasión no estaba ni asustado ni sorprendido, como la primera vez. Deseaba a Pat tanto o más de lo que ella lo deseaba a él.

—Yo también te quiero a ti —declaró Danny—, pero no soy uno de esos dioses.

Y justo cuando ella había conseguido bajarle los pantalones hasta los muslos, la teleportó a su dormitorio, en casa de sus padres.

Sintió unas ganas terribles de cruzar esa puerta tras ella.

En lugar de eso, devoró la puerta para que Hermia no fuera a casa de Pat, en el caso de que decidiera atacar a sus amigos. A continuación, demasiado cansado para quitarse los pantalones del todo, o volver a subírselos, se teleportó a su cama y se quedó dormido de inmediato.

Soñó con ella. Más tarde recordaría haber soñado con otras cosas, extrañas, olvidadas, pero el recuerdo era vago, evasivo. En su sueño, ella estaba desnuda a su lado, se apretaba contra él y le susurraba al oído que lo amaba.

En su sueño, le devolvía el abrazo y acariciaba su cuerpo. Intentó besarla, pero ella apartó los labios. Él se rió e intentó cogerla por el mentón, pero ella se resistía, apartando el rostro. Su deseo por ella se acrecentó. Ella no quería besos, quería un hijo suyo, y él sólo deseaba complacerla.

En su sueño, su cuerpo estaba encima del de ella. Ella intentaba acercar su cintura a la suya. Entonces la besó por sorpresa.

No era Pat.

Abrió los ojos.

Era Nicki Liedler, la hija del entrenador.

—Venía a hacerte una visita, la puerta no estaba cerrada —le susurró—, y aquí estabas, listo para recibirme.

Aún parecía un sueño. Pero era real. Real, pero con la sensación nebulosa de un sueño. Nicki Liedler. No era Pat. Él no quería a Nicki. Pero ella estaba desnuda debajo de él y lo deseaba con fuerza; y en esos momentos, lo único en lo que podía pensar era en cuánto la deseaba él también. No a ella en concreto, deseaba a una mujer, a la mujer que compartía su cama. La mujer que había acudido a su sueño.

«No es un sueño», le dijo una voz en su interior. «No es un sueño, es obra de alguien con el poder de nublar tu mente».

—Me quieres dentro de ti —dijo Nicki.

—Sí —respondió Danny.

La voz comenzó a chillarle: «¡Fíjate en lo que te ha dicho, que quiere estar dentro de ti y tú has consentido. No eres tú dentro de ella, es ella dentro de ti. Es algo que quiere entrar en tu cuerpo y has aceptado. Estúpido. Estúpido...!».

Y en el momento de éxtasis, pudo notar como algo penetraba en su cuerpo y tomaba el control. Intentó resistirse, apartarse, pero no pudo. Estaba poseído.

Sintió su cuerpo apartándose del de la chica. La vio allí tumbada, jadeante y confusa. Y aliviada. Comenzó a llorar.

—Se acabó, Nicki —se oyó decir, aunque no era él quien hablaba. Sólo podía escuchar lo que pronunciaban sus labios—. Me he marchado. Te devuelvo tu cuerpo, el mismo que Danny North tuvo la bondad de curar. A lo mejor te ha dejado embarazada. Eso te gustaría, ¿verdad? Ahora, sé una buena chica, vístete y márchate a casa.

El cuerpo de Danny se incorporó y la observó mientras ella se vestía sin dejar de llorar.

—He disfrutado de mi estancia en tu interior —dijo la boca de Danny—. Eres un niña muy dulce, verás como con el tiempo todo esto te parecerá un mal sueño, más adelante será un buen sueño y al final, acabarás por echarme de menos; ya lo verás. Todos me echan de menos. Los que me sobreviven.

«Lleva semanas aquí», pensó Danny. «Hace semanas que me localizó. Me pregunto si ya la había poseído cuando fui a casa de Lieder y la curé. ¿O la encontró después de que yo la liberase del cáncer?». En otras condiciones, Danny habría luchado contra él, pero en esos momentos, adormilado, al borde del agotamiento, con la sensación de estar dentro de un sueño, cuando el dragón le pidió a través de Nicki que lo dejara entrar, Danny había aceptado sin pensar.

«No era consciente de lo que hacía», pensó Danny. «Creía que era sólo sexo. Y era sexo en el sueño, nada era real. No era real...»

No era justo.

Pero estaba en guerra. Lo que parecía amor se había transformado en un campo de batalla crucial para el devenir del conflicto. El enemigo había ocupado una plaza esencial, estaba donde nunca debería haber estado.

Ahora posee a un mago teleportador.

«No, no me posee», pensó Danny. «Todavía puedo pensar, todavía puedo...»

Danny intentó crear una puerta, quería cruzarla para librarse de la criatura, como se habría curado de una herida.

—De eso nada —dijo su boca—. Crearemos una puerta para tu novia y la enviaremos a casa.

Entonces Danny averiguó varias cosas esenciales. La primera, que el dragón no sabía que Danny ya había teleportado a su novia a casa, su auténtica novia, no la chica con la que acababa de acostarse. En segundo lugar, que el dragón tenía que usar la voz de Danny para comunicarse con él, no podía colocar sus pensamientos en la mente de Danny. Conclusión: su control no era absoluto, había partes que le seguían perteneciendo. Controlaba sus movimientos y el habla, pero eso era sólo muscular.

Claro que también podía impedirle que creara la puerta que deseaba. ¿Podía obligarle a crear una que él no quisiera?

Error. Ésa no era la cuestión en absoluto.

Desde el interior del yacimiento de Danny, las puertas de Loki habían intentado avisarlo del peligro. Le habían gritado con todas sus fuerzas.

Loki lo había visto venir. Loki nunca había sido poseído, por lo tanto, su aura no podía recordar una posesión de Set. Eso quería decir que Loki lo vigilaba desde fuera. Desde otro planeta situado a quién sabe cuántos años luz. Loki había advertido el peligro, había franqueado el ofuscamiento de la mente de Danny, fue consciente de que no era un sueño erótico lo que estaba viviendo el chico.

Había algo que las puertas de Loki sí recordaban: las habían entregado. Sabían que un Gran Mago Teleportador podía entregar la lealtad de sus puertas a otro mago teleportador.

Danny estimuló la memoria cinética de las puertas y, con su consentimiento, las puertas de Loki le obedecieron mostrándole cómo podía entregarlas de vuelta a Loki.

El acto de devolver las puertas no las desplazó. Eso habría sido similar a un movimiento físico y el dragón lo habría detectado y detenido a Danny. Pero era improbable que el dragón hubiera poseído alguna vez a un mago teleportador que entregara sus puertas a otro. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Danny sintió que su control sobre las puertas de Loki se desvanecía.

Y ahora sabía cómo entregar puertas.

Repitió el proceso. Sin desplazarlas ni hacer nada con ellas, dejándolas donde se encontraban, Danny entregó sus propias puertas a Loki.

Y ya no estaban bajo su control. Podía percibir las. Seguían estando donde siempre, pero ya no le pertenecían. Su dueño había dejado de ser Danny North.

Nicki había terminado de vestirse. Danny notó que el dragón daba la orden para crear una puerta que la llevara de vuelta a su casa. Notó que el dragón sabía cómo crearla y dónde colocar la boca y la cola de la puerta.

Pero la puerta no surgió del yacimiento. No consiguió crear una puerta.

Danny sintió que se le nublaba la vista. No, era rabia y... ¿miedo? No era una emoción que Danny reconociera como propia, parecía más bien la traslación de una emoción del dragón y la consiguiente respuesta del cuerpo de Danny. El ritmo cardíaco se aceleró, la sangre fluyó con rapidez y sus mejillas se ruborizaron.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Nicki, asustada.

El cuerpo de Danny se puso de pie, con los pantalones alrededor de los tobillos. Ya no estaba excitado, al menos no como antes. Ahora la rabia y el terror dominaban el cuerpo y comenzó a chillar.

Nicki chilló también y echó a correr. Danny oyó el portazo cuando Nicki dejó la casa.

—¿Qué has hecho? —exigió saber el dragón con la voz de Danny, usando su boca, su garganta, sus pulmones, su lengua y sus dientes.

«No he hecho nada», dijo Danny en su mente. «Sólo le he hecho un regalo a un amigo».

—Las puertas siguen ahí, puedo percibir las —dijo el dragón.

Usó el cuerpo de Danny para bailar alrededor de la habitación, saltando arriba y abajo, como si agitara un frasco que quería abrir.

—Eres un Gran Mago Teleportador, te he poseído. ¿Por qué no puedo tocar tus puertas?

Corrió a la cocina y Danny adivinó que su cuerpo buscaba un cuchillo. Era su mente animal la que buscaba, por primera vez en su vida Danny pudo distinguir entre el impulso del instinto y su propia voluntad, su ka. El instinto animal no respondía a su voluntad en esos momentos. El cuerpo estaba fuera de su control. Pero él seguía dentro, atado a él, receptivo a todas sus sensaciones.

Su mano sujetaba un cuchillo.

Descendió hasta clavarse en el muslo de Danny. Una vez. Otra. Y otra.

El dolor era insoportable. El dragón también lo sentía, gimió a causa de la agonía.

—Cúrate —ordenó su voz—. Crea una puerta.

Pero Danny ya no era dueño de ninguna puerta.

El cuchillo descendió una vez más.

—¿Sabes que vas a morir desangrado salvo que te cures ya?

«Lo sé», pensó Danny. «Sé que moriré. ¿Y qué pasará si muero contigo en mi interior?».

«Nada», pensó enseguida Danny. «Nada porque Set no está ligado a mi cuerpo de la forma en que mi ka lo está. Cuando muera mi cuerpo, mi ka se marchará. Pero Set permanecerá».

—Puedo mantener tu cuerpo en marcha después de que mueras —dijo la boca de Danny—. No mucho tiempo, pero el suficiente para buscar y poseer a otro. A algún conocido tuyo.

Set intentaba acceder a sus recuerdos y Danny pensó en Hermia.

Que fuera a por Hermia. Que la poseyera a ella.

—¡No me interesan tus enemigos, quiero a tus malditos amigos! Quiero que presencias cómo acabo con ellos. Sin prisas. ¡Primero los violaré y después los mataré! ¡Acabaré con toda la gente a la que quieres si no me dejas usar tus puertas! ¡Después vendrán a por ti, te arrestarán, te juzgarán y te ejecutarán! ¡Morirás y seguiré vivo!

Lo que decía no tenía sentido. Dejaré que te desangres hasta la muerte. Luego mantendré tu cuerpo en marcha y al final te mato otra vez... No, Set había perdido los estribos. La rabia nublaba su mente.

Porque la mente que controlaba era humana.

El cerebro, mejor dicho, porque la mente seguía perteneciendo a Danny. Era

capaz de elaborar sus propios pensamientos. Pensó en Hermia. Pensó en su cuerpo como nunca lo había hecho antes. Sintió deseo, lujuria por poseerla. No importaba que en realidad fuera otro cuerpo el que había despertado esas sensaciones, en su mente, el rostro de la imagen deseada era el de Hermia.

El cuchillo volvió a clavarse en la pierna. Otro fogonazo de dolor. Aunque cada vez dolía menos. No, el dolor seguía siendo el mismo, pero Danny no lo percibía igual que al principio.

«Me estoy aislando. Mi ka huye del sufrimiento. De la amenaza de muerte. No puedo permitirlo. No puedo dejar que Set me expulse de mi cuerpo. He entregado mi ba, mi aura, todas mis puertas, pero no puedo entregar mi cuerpo; eso sería el final. La muerte».

De pronto, pensó que así averiguaría lo que le ocurre al ka cuando abandona el cuerpo. «Sabré si vuelvo a Duat, tal y como dijo el ermitaño del desierto, o si voy a otro sitio, o me quedo vagando como una fantasma aquí mismo, o si me disuelvo como una voluta de humo».

Descartó la línea de pensamiento y se obligó a concentrarse en el dolor, quería sentirlo en toda su intensidad. «No vas a conseguir expulsarme de mi cuerpo».

El dragón percibió la lucha de su ka por aferrarse al cuerpo y lanzó un grito de cólera y frustración.

—¡Cabrón! —rugió—. ¡No eres rival para mí! ¡Ríndete! ¡Nadie me niega lo que deseo!

«Mentira. Si fuera cierto, no lo diría».

Pero el dolor en su pierna era un precio demasiado elevado por la satisfacción de frustrar al dragón. Danny notaba como la sangre escapaba de su cuerpo. En esta ocasión, el dragón había clavado el cuchillo hasta cortar la arteria femoral.

«Voy a morir. Dictaminarán que ha sido un suicidio. Que me he matado yo mismo. Y será cierto, y también falso».

Entonces recordó las otras puertas. Las cautivas. Las que no pertenecían ni a Loki ni a Danny.

Danny hizo el amago de coger una puerta para utilizarla y el Dragón se lo permitió porque acababa de percibir la existencia de las puertas cautivas. La boca de Danny lanzó un grito de victoria cuando el mago activó una de las puertas cautivas. Luego se pasó la puerta por encima, se curó la herida y a continuación... liberó la puerta.

Y la puerta ya no estaba.

Pero Danny se había curado. El dolor, la herida, la sangre habían desaparecido.

Las otras puertas cautivas sintieron lo que había ocurrido y el antiguo clamor resurgió con fuerza. La petición era nueva: «¡Libérame! ¡Libérame!», gritó cada una de las puertas.

—Cabrón —murmuró el dragón con la voz de Danny.

Se lanzó hacia adelante e hizo impactar la cabeza del muchacho contra una esquina de la barra de la cocina. El golpe fue tan fuerte que Danny cayó inconsciente.

Se despertó horas más tarde tirado en el suelo. Solo y a oscuras.

Intentó utilizar otra de las puertas cautivas.

—No —susurró su boca.

¿Que había estado haciendo mientras estaba inconsciente? ¿Set también había estado inconsciente? No, él no está tan ligado al cuerpo como yo. Estaba consciente e indefenso, a solas con el dolor. ¿O el dolor cedía con la inconsciencia?

«No conseguirás que abandone mi cuerpo con el dolor», pensó Danny. «Si me niegas el uso de una puerta para curarme, los dos sufriremos y por mí está bien. Puedo soportarlo. O puedo morir. Tú decides. Lo que no conseguirás es una puerta que dure lo bastante para que puedas usarla en tu beneficio».

Al final, Set cedió y permitió que Danny usara la puerta. Danny volvió a tomar una de las puertas cautivas, se la pasó por encima, se curó y luego, la liberó.

—¿Qué haces? —clamó su propia voz—. No sé qué estás haciendo. ¿Dónde ha ido la puerta?

«Mi cabeza está mucho mejor», pensó Danny.

—Hasta que te sometas a mí, haré que tu vida sea un infierno —dijo la boca de Danny.

«Ya lo sé», pensó Danny. «Pero no puedes crear puertas si yo no quiero. Y cuando se agoten las puertas cautivas, estarás acabado, porque ya no poseo puertas propias y por eso, no podrás utilizarlas jamás».

LA REINA

Cuando Anonoei llegó al despacho de Quilla, él no estaba. No había nadie. Sin embargo, percibía que Quilla estaba cerca y su pánico era tan grande que hizo que ella sintiera náuseas. El hombre temía por su vida. ¿Dónde estaba?

Alzó la vista.

Pendía bocabajo de las vigas del alto techo. Tenía los brazos atados como las alas de un pollo asado.

—¿Verdad que cuando arda, su aroma será delicioso? —preguntó una voz de mujer.

Anonoei se volvió hacia la puerta de donde procedía la voz. Era una mujer vestida con sencillez, al modo de las campesinas. Estaba embarazada de bastantes meses. Podía estar a punto de dar a luz, o quizá le faltaran algunas semanas para el parto. La mujer le sonrió, era muy hermosa.

Anonoei la reconoció, a pesar del embarazo, las ropas y el tiempo transcurrido desde que la viera desde lejos.

—Mi reina —la saludó.

Utilizó su poder para calmar a la reina, pero Bexoi ya estaba calmada. No parecía alterada en lo más mínimo.

Al menos Anonoei no percibió nada.

—Sé quién eres —dijo Bexoi—. Tampoco has intentado ocultarte. Ha sido sencillo deducir que sólo una maga mental podía ejercer su influencia sobre tantos de mis amigos; sin acostarse con ellos, quiero decir. Y ahora veo que la maga eres tú. Alguien me dijo quién eras hace mucho tiempo, cuando compartías cama con mi marido, lecho que me estaba vedado. Tu nombre es Anonoei, ¿verdad?

—Lo es —respondió.

Intentó influir de nuevo en los sentimientos de la reina, pero en vano. Le vino a la cabeza la idea de que la reina carecía de sentimientos, que el asesinato y la tortura como medios para lograr sus fines no la afectaban para nada. Ni siquiera parecía enfadada.

—He estudiado mucho la magia mental. Una vez descubrí mis propios poderes, me di cuenta de que sólo dos tipos de magos podían rivalizar conmigo. Unos eran los magos teleportadores, pero el Ladrón de Puertas ya se estaba ocupando de ellos. Y los otros eran los magos mentales, su poder podía imponerse a mi voluntad. Así que decidí estudiar todo lo que había escrito sobre la magia mental, en especial lo que ocurrió durante la gran guerra de Dapnu Dap, cuando los magos arenisca

transformaron la estepa en un desierto para destruir a los mentales del extremo sur. Conocer la historia es vital si quieres derrotar a enemigos a los que jamás has visto.

—Admiro tus conocimientos —dijo Anonoei.

Mientras hablaba, usó la parte de su aura que residía en Pan para llamarlo con urgencia. Le pedía que la sacara de allí, que la teleportara de inmediato. Pero Pan estaba demasiado ocupado, tanto como para ignorar la alteración que sin duda le causaba la súplica de ella. No hubo respuesta. «¡Ven tú, si no me quieres llevar!». De nuevo, nada.

—Tu querido mago teleportador no viene a por ti —dijo la reina—. ¿Qué le habrá pasado?

Era imposible que Bexoi tuviera algo que ver con el asunto de la Gran Puerta que ocupaba a Pan en esos momentos, pero su intención era que Anonoei pensara lo contrario.

—Estamos solas —dijo Anonoei—. Cara a cara.

—Mi nariz contra tu preciosa naricilla —sonrió Bexoi, fue una sonrisa vacía—. Ninguna de las dos es hermosa de verdad, pero hemos aprendido a parecerlo. Algo sencillo para una maga mental como tú. Para mí, supuso un esfuerzo enorme que los demás me vieran guapa. Aprender qué gesto era el adecuado, qué perfil era mejor, cómo sonreír. La ambición es la mejor motivación, pero la esperanza es lo que la sustenta. He pasado horas sentada frente al espejo de mi estudio, practicando sin descanso porque tenía esperanza.

—He oído que eres una señora del fuego —dijo Anonoei.

—No me va mal en los tiempos de decadencia que nos ha tocado vivir —respondió Bexoi.

—Y tus efigies son tan perfectas que hasta pueden sangrar.

—Una simple ilusión que impresionó mucho a Pan.

Anonoei no conseguía llegar al interior de la mujer. No tenía emociones.

—No tengo emociones —dijo Bexoi—. Puedo percibir tu frustración. ¿No te he dicho lo que aprendí con mis estudios? Cuando los magos mentales envían el aura hacia su víctima, prefieren hacerlo a través de los sentimientos más bajos, los más profundos. Si quieres defenderte, tienes que anular tus emociones. No sentir nada. No me resultó muy complicado y me sirvió de gran ayuda durante los años en los que mi marido sólo te deseaba a ti, mientras a mí me daba de lado.

Anonoei no conocía otro camino para influir en alguien más que el de las emociones. Pero por sus palabras, era evidente que la reina había aprendido que existían otros medios. «Debería haber estudiado», pensó Anonoei. «Pero Bexoi podía acceder a las bibliotecas reales, mucho mejores que las de mi padre y sus amigos. Es posible que en Gray contaran con libros que no se encontraban en Iceway».

Pensó en lo que Pan le había contado sobre su recuerdo acerca de Set, el dragón.

La manera en la que poseía a la gente por completo enviando su ka para que se introdujera en el cuerpo del otro, mucho más agresivo que el ba, su aura.

—Y seguimos sin saber nada de tu salvador —dijo Bexoi—. Estaba convencida de que apenas podría pronunciar unas palabras antes de que te desvanecieras. O de que Pan, mi antiguo amante, lo sabías, ¿no?, me teleportara a mí. Pero nada. Sé que te ha enviado hasta aquí, pero debe estar ocupado, ¿verdad?

—Han abierto una Gran Puerta entre los mundos —dijo Anonoei—. Muy pronto Westil estará lleno de magos mucho más poderosos que tú.

El rostro de Bexoi se iluminó ante la noticia, pero la emoción desapareció antes de que Anonoei pudiera utilizarla.

—La Gran Puerta transforma una aguja en una lanza, aunque la primera sea mucho más sutil y penetrante. Me enfrentaré a quien traiga ante mí. Pero ya no es el Ladrón de Puertas, ¿verdad? Ahora crea Grandes Puertas.

Anonoei no respondió. Que pensara que Pan todavía era capaz de crear una Gran Puerta. Que Bexoi temiera a Pan, aunque no a Anonoei.

—Y sin embargo, el Ladrón de Puertas no acude en tu busca. ¿No será que te ha enviado como prueba de su amor? «Aquí tienes a tu enemiga, Bexoi. Te la entrego para que tu hijo pueda venir al mundo en paz». ¿No creerías que te amaba? Él no es capaz de amar a nadie.

Era posible que Bexoi disfrutase con sus burlas, pero Anonoei seguía sin percibir emoción alguna en ella.

—Pero cuanto más demore el momento, mayores son las probabilidades de que Pan cambie de opinión y acuda a rescatarte. Te mataré ahora. Usaré tu calor corporal para prender fuego a la madera de este edificio. Quilla comprobará cómo ardes indefensa antes de que las llamas lo alcancen a él. Apostaría a que seguirá vivo cuando el fuego queme la cuerda y se precipite al suelo. No querría que se perdiese el espectáculo. Cuando los siervos escogen el amo equivocado, deben asumir las consecuencias de su error. Claro que reconozco que Quilla no tenía elección. Los magos mentales imponen su voluntad. Ya estoy hablando de más otra vez, pero quiero que comprendas cómo he conseguido engañarte al traerte hasta aquí para acabar contigo.

La jactancia de Bexoi advirtió a Anonoei de que debía de haber alguna emoción en el tablero. Intentó localizarlas. No halló nada. El orgullo y la ambición eran emociones propias del ka y se regían por reglas distintas. Pero era una oportunidad que Anonoei tenía que aprovechar.

Envió su aura para convertir la vanidad de Bexoi en satisfacción y su satisfacción en descuido.

Pero no funcionó, Bexoi la miró con los ojos muy abiertos.

—¿No respetas lo sagrado? —dijo—. ¿Acaso ya no hay vínculos entre las

mujeres?

Anonoei empujó con todas sus fuerzas; Bexoi sintió miedo, pánico. La emoción recorrió su cuerpo. «Ahora la tengo», pensó Anonoei. «La victoria es mía».

Su cuerpo comenzó a caldearse. Una fiebre como nunca había sentido antes.

—El truco —jadeó Bexoi—, es caldear todo el cuerpo excepto la cabeza, así sentirás tu cuerpo arder hasta el final.

Bexoi aceleró el proceso, subiendo la temperatura con rapidez para evitar que Anonoei siguiera persiguiendo sus emociones. Y le estaba saliendo bien: Anonoei apenas podía concentrarse en su aura. Su esencia estaba chillando, aterrorizada ante la proximidad de la muerte.

En ese momento de desesperación, pensó en Set, el mago mental que no puede morir porque su ka no está ligado a la carne. Pero eso era porque jamás había establecido un vínculo permanente con un cuerpo. «Yo sí lo he hecho. Con este cuerpo que se consume entre las llamas».

El fuego comenzó a surgir a través de su piel. Pero aún podía ver. Los músculos respondían a sus órdenes. Se lanzó hacia adelante, hacia Bexoi. Y la abrazó.

—¿Ignoras que las llamas no pueden tocarme? —preguntó Bexoi con desprecio—. Muere, puta.

La repentina ola de calor destruyó el cuerpo de Anonoei en un instante.

Pero en ese mismo instante, Anonoei siguió el camino que había hallado hacia la mente de Bexoi y desde allí pasó a su cuerpo. «No estoy muerta», pensó, aunque no pudo pronunciar una palabra porque ya no tenía boca. «Estoy dentro de ti, reina Bexoi. No soy una invitada, no soy un mago de las bestias que empatiza con su bestia, soy un ka que conoce la forma de poseer un cuerpo de carne y hueso».

Anonoei sintió la piel fresca de su nuevo cuerpo, el de la reina. Y pudo ver de nuevo a través de los ojos de Bexoi, que ahora eran suyos. Quiso moverse y lo hizo.

Y en cuanto se movió, se apoderó del cuerpo. Podía sentir a Bexoi en su interior, luchando por recuperar el control y fracasando.

El cadáver de Anonoei brillaba a causa del intenso calor, y sus huesos, aún enteros, lo mantenían erguido. Los brazos seguían abrazados a Bexoi. Pero Anonoei no era una maga del fuego, y Bexoi no controlaba ya su poder.

El fuego pasó del cuerpo abrasado de Anonoei al de Bexoi; las dos mujeres sintieron el dolor.

Anonoei gritó y apartó el cuerpo incandescente, pero ya era tarde. Sus ropas habían ardido de inmediato y las llamas se cebaban en la piel de su nuevo cuerpo. La maga mental no sabía cómo apagar las llamas. Bexoi sí habría podido hacerlo, pero si Anonoei le permitía asumir el control, la expulsaría del cuerpo.

La elección era morir ahora expulsada del cuerpo por su perversa dueña o más tarde a causa de las quemaduras. Nadie podía quemarse así y sobrevivir.

Y entonces, pensó: «tírate al suelo, sofoca el fuego».

Lo consiguió, pero apenas sirvió de nada. Su carne estaba abrasada. Los fluidos corporales escapaban por las heridas abiertas de su pecho. El dolor era tan intenso que Anonoei supo que iba a desmayarse.

Pero no podía perder el conocimiento, si lo hacía, Bexoi retomaría el control del cuerpo.

Lo que ocurrió a continuación cogió a Anonoei por sorpresa: la esencia de Bexoi huía, se desvanecía abandonando el cuerpo quemado. La rendición de Bexoi fue algo inesperado. Tenía que ser un truco.

No. No era un ardid. Era la muerte. El cuerpo de Bexoi, el simio que había controlado hasta entonces su ka, se moría, y Bexoi era consciente de esa muerte. Pero el reconocimiento no era racional, era algo más profundo que procedía de su esencia. El reconocimiento de que era hora de abandonar el cuerpo. Bexoi no era una maga mental, ignoraba cómo aferrarse al cuerpo, pero Anonoei sí era capaz de hacerlo.

«Estaré sola aquí dentro».

Durante un momento, se sintió victoriosa. Al momento siguiente, supo que había fracasado.

Sólo obtendría el poder sobre el fuego de Bexoi si la reina permanecía en el cuerpo; por no hablar de su papel como monarca, el amor de Prayard y...

El bebé.

«El bebé», pensó Anonoei. «¡El bebé!», chilló Anonoei en su mente.

Si Bexoi oyó el grito, no respondió. Siguió retrocediendo, muriendo.

«¡Quédate!». Era la voluntad de Anonoei que exigía a la reina que no muriera.

«Toma», pensó Anonoei, «te entrego un lugar donde puedes quedarte. Mira, aquí están las manos, los pies, la boca, los ojos, el seno con el bebé en su interior. ¿Lo ves? Te invito a que vuelvas. No, no me marcharé, hay sitio para las dos. Entre las dos podemos controlar este cuerpo torturado y moribundo».

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, Anonoei atrajo el ka de Bexoi con firmeza introduciéndolo en el cuerpo moribundo. «Te quedarás hasta el final», le dijo Anonoei. «Igual que tú querías hacer conmigo al mantenerme consciente mientras moría quemada; te quedarás en este cuerpo hasta que muera».

Pero Anonoei albergaba otras intenciones. Su desesperada resignación era fingida. El cuerpo no estaba apagado, todavía, y no iba a morir. La porción de ba que había dejado en el interior de Pan seguía llamándolo. Si respondía a su llamada, crearía una puerta para que la cruzara y se salvarían ella y el bebé.

Entonces notó una leve vibración en el suelo. Había alguien con ella. La puerta no se había abierto. Nadie había acudido atraído por los gritos, o no los habían oído o preferían no intervenir. Por lo tanto, era evidente quién era la persona que la observaba allí de pie. Pero Anonoei no tenía fuerzas para levantar la cabeza, tampoco

encontraba la voz para hablar; se sentía impotente.

—La has matado y has ardidado tú también. Se ha hecho justicia. —La voz de Pan era tranquila, pero su tono destilaba rabia y dolor—. Me has arrebatado todo lo que he amado.

Era cierto que la amaba; acostarse con ella no había sido una simple necesidad física.

Y de pronto, fue consciente de que él sólo veía el cuerpo moribundo de Bexoi en el suelo. A nadie más. No iba a curarla. Iba a contemplar su muerte.

«¡Sálvala!», chilló Anonoei a través de la porción de ba que moraba en la mente de Pan. No intentó controlarlo, si perdía concentración, Bexoi moriría o, peor aún, recuperaría el mando del cuerpo.

Percibió el conflicto en la mente de Pan mientras luchaba contra el impulso que ella le enviaba.

«¡Soy Anonoei!». ¿Había alguna forma de que su ba, incapaz de pronunciar una palabra, transmitiera su mensaje a la mente de Pan? El ba sólo entendía de emociones y recuerdos cinéticos.

Eso era, tenía que enviarle una emoción, no un mensaje. Su amor por él.

El problema era que no lo amaba. Mejor dicho, sí lo amaba; lo bastante para acostarse con él, pero no podía olvidar que había torturado a sus hijos. Había conseguido guardar su cólera, ocultarla en su interior, hasta que llegara el momento adecuado en el que le fuera útil. Pero eso significaba que el impulso de amor que quería enviarle no era lo bastante fuerte para que él reaccionara. Tampoco podía controlarlo para que recordara su amor por ella, porque sabía que él tampoco la amaba tanto.

Pero ella amaba a sus hijos. Y recordó que él también había amado al suyo. Y había una criatura viva en el seno de Bexoi. Una criatura que no merecía morir a pesar de los crímenes de su madre.

El amor por un hijo. El amor de Anonoei por Eluik y Enopp. Ella buscó los recuerdos de él con su hijo, Treta, cuando jugaba con él, las conversaciones que habían mantenido, y los reavivó. También dirigió su atención a la barriga de la mujer tirada en el suelo del despacho de Quilla.

A modo de respuesta, él pasó una puerta por el cuerpo de Anonoei; sí, el cuerpo era suyo y también de Bexoi. La puerta no expulsó a Anonoei del cuerpo y Bexoi ya no se resignaba a la muerte.

—He salvado al bebé, no a ti —dijo Pan.

¿Le hablaba a Anonoei? No, claro que no. Hablaba con Bexoi.

—Soy Anonoei —le dijo, o quiso hacerlo, porque de su boca no salió un sonido. Ni uno solo.

El ka de Bexoi estaba tan presente dentro del cuerpo como el de Anonoei, y la

reina no pensaba permitir que la maga mental diera a conocer su presencia a Pan.

Bexoi quería que se marchara. Ser la única dentro del que era su cuerpo, y no pensaba negociar ningún otro acuerdo.

«Debí dejar que muriera».

«Pero si lo hubiera hecho no sé si habría podido mantener el cuerpo vivo. ¿Necesito a Bexoi para mantenerme viva? Tampoco importa, ella está aquí y la ocasión de permitir su muerte se ha desvanecido ahora que el cuerpo se ha curado. ¿No me deja hablar? Entonces yo tampoco la dejaré a ella».

—Bastaría con que me dieras las gracias —dijo Pan—. O que me maldijeras, si quieres, no temo tus maldiciones. ¿O intentas reunir la fuerza suficiente para hacerme arder como has hecho con Anonoei? Ella era mucho mejor que tú. Mucho mejor madre, y no lo digo sólo porque tú acabarás con la vida de tu primer hijo. Intenta quemarme si puedes. Verás lo que pasa.

Y entonces, rompió a llorar.

Era posible que Anonoei amara más a ese hombre de lo que había pensado.

Anonoei quería mirarlo. Usar sus ojos para contemplarlo, tender sus manos para acariciarlo. Pero Bexoi se lo impidió.

Pan dejó de llorar.

—Sabes que no soy capaz de matar a tu hijo, a pesar de que tú mataste al mío —susurró—. Sabes que hay límites que nunca cruzaré. Pero cuando nazca el niño, cualquiera puede cuidar de él. ¿Entiendes a qué me refiero?

Anonoei lo entendió, y Bexoi también. Si no cejaban en su lucha por dominar el cuerpo, cuando naciera el bebé, ella moriría. Las *dos* morirían.

Pero todavía faltaba algo de tiempo para que se produjera el parto.

Pan empujó el cuerpo hasta que estuvo bocarriba. Levantó uno de los párpados cerrados. El ojo estaba controlado por el cerebro del simio, no por los dos kas que habitaban el cuerpo; Bexoi no pudo evitar que Anonoei usara el ojo para ver a Quilla colgado de las vigas del techo y todavía vivo.

«Mira hacia arriba», le dijo a Pan, y le transmitió el recuerdo cinético de levantar la mirada.

Pan lo hizo.

—Quilla —dijo.

Tardó apenas un instante en teleportarse a la viga y Anonoei, a través del ojo abierto, vio a Pan desatar al hombre, cogerlo cuando ya caía y teleportarse de vuelta al suelo.

«No estoy del todo indefensa en este cuerpo», pensó Anonoei. «Sigo siendo una maga mental. Puedo comunicarme con él a través de la porción de mi ba que hay en su interior».

Otras porciones de su aura la conectaban con Enopp y Eluik, y con la pareja de

Midgard que cuidaba de ellos. Sus conexiones con el Gran Mago Teleportador, Danny North, el sobrino de Bexoi, Frostinch, el rey Prayard, seguían existiendo, junto a los enlaces que estableció con los enemigos de Bexoi. La reina impediría que estableciera nuevos contactos, pero no podía interferir con los antiguos. Formaban parte de la esencia de Anonoei, de su ka y ba, y Bexoi era del todo ajena a esa parte de la maga mental.

Mientras Bexoi permanecía atrapada e impotente en el cuerpo inmóvil, Anonoei podía ejercer su influencia sobre docenas de personas, intervenir en lo que ocurría, aunque fuera con una fracción de su antiguo poder.

Era una justa compensación, pequeña, pero gratificante.

DESENLACE

Quilla le contó a Pan que la reina Bexoi y dos soldados le habían llevado arrestado a su despacho, donde lo habían colgado de la viga. No le dieron explicación alguna ni lo amenazaron. Quilla no abrió la boca, aguardando a que ella lo interrogara o acusara de algún crimen, pero Bexoi no dijo nada hasta que llegó Anonoei.

—Me costó mucho comprender lo que decían —dijo Quilla—. La reina acusó a Anonoei de ser una maga mental, lo cual es cierto. Dudo que la reina supiera que Anonoei era la maga mental que había estado influyendo en la gente como yo hasta que ella apareció aquí. Bexoi le dijo que había estudiado magia mental porque los magos mentales y los teleportadores eran los únicos que podían rivalizar con ella. Bexoi esperaba tu llegada, creo que usaba a Anonoei como cebo.

—Estaba ocupado —dijo Pan—. No fui consciente de que Anonoei me llamaba hasta que fue muy tarde.

—Bexoi es una maga del fuego.

—Lo sé —dijo Pan.

—Quemó a Anonoei de una manera tan...

Quilla no era capaz de encontrar una palabra que describiera lo ocurrido. Y entonces, comenzó a llorar.

—Creía que iba a morir.

—¿Por qué ardió Bexoi? Sus llamas jamás le habían hecho daño antes.

—Anonoei se arrojó sobre ella en el último momento y la abrazó con fuerza —dijo Quilla—. Eso fue lo que vi desde ahí arriba.

—Eso no importa —declaró Pan—. Bexoi podría entrar en un horno donde se derritiera el granito y el calor no la afectaría en lo más mínimo.

—Entonces, Bexoi no ha ardido —replicó Quilla con sorna.

—El sarcasmo demuestra que te has recuperado —observó Pan.

—Eres el pinche de cocina. El chico de los recados de Hull.

—Ese soy yo —confirmó Pan.

—Y en realidad siempre has sido un mago teleportador.

—Así hacía mejor mis recados.

—¿Por qué no ha devorado el Ladrón de Puertas tus puertas?

—¿De verdad quieres saber cosas que me obligarán a matarte? —preguntó Pan.

—Si no mataste a la reina Bexoi cuando su vida estaba en tus manos, tampoco me matarás a mí.

—No tienes ni idea de cuáles son mis intenciones.

—Es posible, pero si eres amigo de la reina Bexoi, seré yo quien te mate a ti —dijo Quilla.

—No soy amigo de la reina.

—Le contó a Anonoei que el mago teleportador había sido su amante. ¿Hablabas de ti?

—La dejé embarazada en una ocasión —dijo Pan—. El niño llamado Lealtad era mi hijo.

Quilla se puso a temblar, pero en esta ocasión de risa.

—Pobre Prayard, engañado por un pinche de cocina.

—Más bien un espía al que él mismo recurría con frecuencia.

—¿Te conoce? —preguntó Quilla.

—Y confié en mí en el pasado. La pregunta ahora es qué voy a hacer contigo.

—Soy un enemigo declarado de la reina y ella lo sabe. Si ella sobrevive, puedo considerarme cadáver. Ignoro por qué no ha acabado con nosotros todavía, pero, aunque haya decidido posponerlo, soy hombre muerto. No existe sitio donde me pueda ocultar, ella acabará encontrándome o enviará un asesino en mi busca. Mi intención es matarla a ella antes. Y ahora, quiero saber si eso nos convierte en amigos o enemigos.

—No harás nada hasta que nazca el niño —le advirtió Pan.

Quilla asintió.

—Sí, he oído que se lo decías a ella. Le perdonaste la vida por el bebé que lleva en su seno.

—Y tú también lo harás.

Quilla volvió a asentir.

—Siempre que no venga a por mí. Si lo hace, me defenderé.

—No sé qué la mantiene en silencio —dijo Pan—, pero no significa que esté sorda. Creo que nos oye y nos entiende, aunque no lo demuestre. Es posible que el orgullo ate su lengua. Pero quiero que sepa, y tú eres testigo, que si te hace daño a ti o a los hijos de Anonoei, olvidaré mi promesa de no agredir a su hijo nonato.

—Gracias —dijo Quilla—. Lo que no entiendo es por qué no siento dolor después de las horas que he pasado colgado.

—La puerta ha restaurado tu cuerpo; ahora cuentas con una salud perfecta, la que corresponde a un hombre de tu edad y condición física.

—No lo sabía —dijo Quilla—. Así que los magos teleportadores sois sanadores. Sí, algo me parece haber oído. Hay leyendas, historias antiguas que hablan sobre eso.

—Quilla, necesito tu ayuda.

—Dudo que sea un barco lo que quieres, puedes ir adonde desees al instante.

—Tenemos el cuerpo de la reina sumido en algún tipo de trance y está aquí, en tu despacho. No creo que sea el sitio donde queremos que la encuentren.

Quilla pensó unos segundos.

—¿Y si la llevas de vuelta a sus aposentos en Nassassa?

—¿Y que la encuentren allí? El problema es que su ropa está quemada.

—No hay mujer en mi casa que tenga ropa adecuada para una reina —dijo Quilla.

—En ese caso, creo que lo mejor es que la encuentren en un lugar inusual para una reina y que esté desnuda. Y tienen que encontrarla pronto o con este frío no tardaría en morir.

—Quieres que sea yo quien la encuentre —dijo Quilla.

—Dime dónde la llevo para que tú o un trabajador la encuentre, pero que nadie sospeche.

—En el agua —dijo Quilla—. Si está flotando en el río, algún pescador la encontrará. Cuando la encuentren allí desnuda, nadie sabrá dónde la tiraron al agua.

—¿La atamos de pies y manos? —preguntó Pan.

—No. Levantaría sospechas que no se hubiera ahogado. Mejor que piensen que intentó luchar contra la corriente hasta que la venció el frío.

—Y el frío justificaría esta especie de coma si continúa así. Corremos el peligro de que en cuanto se encuentre lejos de nosotros, comience a hablar. La mantendré vigilada. Si habla con alguien, te avisaré. Te teleportaré adonde quieras, a ti y a quién desees llevar contigo.

—Resultaría más sencillo matarla —comentó Quilla.

—Para haber estado a punto de ser asesinado, eres bastante implacable.

—No lo entiendes —dijo Quilla—. Ha matado a Anonoei, una mujer a la que respetaba, admiraba y había entregado mi lealtad. Sé que despertó esos sentimientos con su magia mental, pero no por eso son menos reales. El asesinato fue terrible. No pienso permitir que este monstruo siga con vida. Si me voy al exilio, no podré matarla.

—Si comienza a hablar —dijo Pan—, la teleportaré a tu presencia y tendrás un cuchillo en la mano.

—Ojalá hubiera sabido tiempo atrás que eras algo más que el correveidile de la corte —dijo Quilla.

—Si lo hubieras sabido, es posible que no te hubiera dejado vivir para disfrutar de este gran día.

—Este gran día —repitió Quilla con amargura. Se acercó a las ropas quemadas, a las cenizas que habían sido Anonoei, y se arrodilló—. Me utilizó, pero me gustaba. Me manipulaba, aunque no habría hecho falta; conspirar contra la reina es algo que yo habría hecho por mí mismo, pero con menos osadía. ¿Puedo llevarme estas ropas y cenizas, y darles sepultura adecuada en el río?

—Hazlo, pero que nadie sepa quién era, yo también quiero que se la honre de la mejor manera posible. Hubo un tiempo en el que le causé mucho dolor, ya no podré

enmendar esa falta. Pero sus hijos siguen bajo mi protección y honraré la memoria de su madre protegiéndolos y haciendo lo posible para que sean felices, si es eso lo que desean.

—¿Somos amigos, entonces? —preguntó Quilla—. No estoy en condiciones de ofrecer nada a un mago como tú. Mis poderes son insignificantes en comparación con los tuyos.

—No es la magia la que hace a un hombre, sino lo que él hace con ella y con las oportunidades que le ofrece la vida —respondió Pan.

—Lo has recitado como si fuera un refrán, pero jamás lo había escuchado.

—Lo aprendí de niño, hace más de catorce siglos, y en una lengua distinta a ésta.

Quilla asimiló la información sobre Pan con calma.

—Imagino que hay un buen número de historias que podrás contarme algún día. Por ejemplo, cómo es posible que un hombre viva tanto tiempo. O cómo es posible que el Ladrón de Puertas no arrebatara las tuyas cuando robó las del resto de magos. Y también qué daño le infligiste a Anonoei y cómo llegaste a ser el amante de la reina.

—Hay cosas que podría contarte y que no creerías; y las cosas que sí creerías, prefiero no contarlas —dijo Pan—. Pero conozco el gran servicio que has prestado a tu patria y si se declarara la guerra contra Gray, sé que Iceway contará con una flota poderosa gracias a ti y a tu mente brillante. Y eso es lo que aportas a nuestra amistad: lealtad, amor por tu tierra, inteligencia, ingenio y una profunda bondad que Anonoei admiraba.

Quilla ahogó otro sollozo, pero consiguió controlarse con rapidez.

—Pocos sabrán, a excepción de nosotros, lo grande que era el corazón de Anonoei y con cuánta lealtad sirvió al rey Prayard y al pueblo de Iceway.

—Todos lo sabrán si conseguimos que uno de sus hijos llegue al trono —dijo Pan—. Pero ha llegado el momento de que vayas al río. Dime dónde quieres que se produzca el hallazgo del cuerpo de Bexoi y yo te teleportaré hasta allí. O puedes ir por tu cuenta para que los testigos afirmen que estabas allí por asuntos de trabajo y que los pescadores te entreguen el cuerpo casi ahogado de la reina Bexoi por casualidad.

Quilla le indicó un lugar en los muelles a donde había enviado un equipo de obreros para preparar un barco que iba a emprender un largo viaje.

—Tardaré diez minutos en llegar hasta allí —dijo Quilla—. Y me podré entretener diez minutos más supervisando los trabajos.

—Asegúrate de que haya un barco pesquero entrando o saliendo del puerto —le indicó Pan—. Haré que la reina golpee el lateral del barco.

—Habrá al menos un pesquero, lo normal es que haya hasta una docena, cerca del puerto.

—Entonces recoge los restos de Anonoei —dijo Pan—; mientras, yo desnudaré a la reina.

Quilla tardó muy poco en recoger las cenizas de Anonoei junto con las ropas quemadas; lo colocó todo dentro de un tarro en el que guardaba frutos secos, que ahora reposaban sobre su escritorio. Pan no le quitó la ropa interior a la reina hasta que el otro hombre se marchó. Seguía siendo la reina y hubo un tiempo en el que la había amado. Cuando colocó las manos sobre su cuerpo inmóvil, sintió el calor y los recuerdos de su antiguo romance resurgieron. La había amado con la intensidad del primer amor, porque había sido el primero después de su larga amnesia en el interior del árbol. Tras abandonar su encierro voluntario, volvió a ser un niño, aunque los recuerdos volvieron al poco tiempo, con lo que pudo satisfacer a la mujer con suficiencia. Comenzó a acariciarla como hacía antaño, pero se detuvo cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Ya no era la mujer de la que se había enamorado. Era la mujer que había asesinado a su hijo, el niño al que ella llamó Lealtad y él Treta; ahora ya no la amaba. Sin embargo, el conflicto sentimental era tan grande que comenzó a recorrer el cuarto de un lado a otro dando grandes zancadas hasta que juzgó que Quilla ya habría llegado a los muelles.

Creó una mirilla y lo comprobó. Sí, ya estaba allí. Lo vio enfrascado en una conversación con el encargado y dos de los obreros. Pan miró hacia el agua y eligió un barco que llegaba a puerto en esos momentos. La tripulación parecía alerta y remaba con brío hacia el amarre.

—No respires —le ordenó a la reina Bexoi— y estarás bien. Y si no puedes aguantar la respiración, tranquila, porque estoy seguro de que los pescadores sabrán cómo reanimarte. Confía en mí: después de salvarte del fuego, no pienso dejar que te ahogues o mueras de frío. Hagan lo que hagan los marineros para reanimarte y conseguir que entres en calor, será efectivo. Tienes mi palabra.

La teleportó al agua, justo debajo de la superficie para que saliera a flote entre los remos de babor. Observó cómo los marineros detectaban su presencia y la subían al barco. Lo satisfizo verla toser y atragantarse mientras luchaba por recuperar el aliento; eso quería decir que no estaba paralizada. Pero cuando los marineros la interrogaron, no respondió. La llevaron hasta la orilla, donde Quilla simuló sorpresa al reconocerla. El hombre la cubrió y la llevó a Nassassa, donde el rey Prayard recompensó a los marineros, y también a Quilla, por salvar a su esposa y al hijo que llevaba en su seno.

A continuación, Pan observó que Danny North enviaba a todos los otros magos de Midgard a Westil, asegurándose de que volvían de inmediato. El chico aprendía rápido. Era cuidadoso. Si el destino había querido que un Gran Mago Teleportador más poderoso que él le arrebatara sus puertas, dio gracias de que fuera un chico responsable, inteligente e íntegro como Danny North.

A lo largo del día, Pan vigiló a Bexoi con frecuencia, pero no dijo ni hizo nada por propia voluntad aunque, respiraba y aceptaba la comida que le ofrecían. Si estaba disimulando, su interpretación era admirable; alguien con menos talento habría fingido un coma y no habrían tardado en descubrir la farsa. Al simular que estaba sumida en un estado catatónico, podía mantener los ojos abiertos para observar lo que ocurría y nadie se sorprendería al ver que su respiración reaccionaba a lo que pasaba a su alrededor.

También cabía la posibilidad de que su parálisis fuera cierta. Aunque con Bexoi nada era nunca lo que parecía.

Al final del día, Pan se permitió echar una cabezada. La súbita inquietud de su aura lo despertó de golpe. Eran las puertas que le había entregado a Danny North. Ya no lo obedecían, pero seguían siendo parte de él, y su agitación y su pánico lo aterrorizaron. Intentó averiguar qué era lo que percibían en la mente de Danny.

El chico pensaba que estaba soñando, pero no era así. Había una mujer en su cama, una mujer a la que ni amaba ni deseaba. Sabía que no la quería, pero su cuerpo sí anhelaba tenerla, y siguió convencido de que era un sueño, o se engañaba a sí mismo para creerlo.

Pero fue el supuesto sueño lo que había alertado del peligro al aura de Pan. Había sido testigo de muchas posesiones y su ba lo recordaba. Una docena de demonios menores entraron y salieron de Danny North, su presencia apenas lo afectó, sólo buscaban tranquilizarlo. «No pasa nada», le decían sin palabras. «No hay nada malo en que lo hagas. Es un sueño. Nada de esto es real».

Pan se unió a sus puertas para advertir al chico del peligro. Alguien con la voluntad de Danny North no tendría problemas en rechazar a los demonios menores. Jamás podrían poseerle. ¿Qué pretendían al animarlo para que mantuviera relaciones con la chica? ¿Y qué hacía ella allí, cuando nadie la había invitado?

Pan no tardó en llegar a la conclusión de que había algo dentro de la chica, algo que quería que su cuerpo intimara con Danny North. Algo que buscaba un puente entre los dos cuerpos.

Era Set, el dragón, en su primer ataque al Gran Mago Teleportador más poderoso de la historia. Y tenía el triunfo a su alcance, porque Danny era un adolescente al que resultaba sencillo excitar; además, estaba agotado, acababa de despertarse y conocía a la chica, no tenía motivos para temerla. Y, aunque Pan sabía que Danny percibía el pánico de las puertas y el suyo propio, el chico siguió adelante.

No sólo copuló con la chica, cuando ella le pidió permiso para entrar en él, consintió.

«Necio. Necio».

No se refería a Danny; en su estado, su comportamiento era el que habría tenido cualquier chico de su edad.

El necio era Pan. Cuando Danny exploró el recuerdo de Pan, éste lo había comprendió todo a la perfección, pero el chico no había sido capaz de entender ni la mitad del mensaje. Pan debería haber usado la Gran Puerta para acudir a su lado y aclarar sus dudas; le habría explicado la conversación con Kawab para que Danny North lo comprendiera todo con la claridad debida.

«Mi obligación era prepararlo para este preciso momento. Pero mi arrogancia y ansias de soledad me hicieron pensar que bastaba con que yo lo supiera. ¿Cómo pude pensar eso? Yo estoy en Westil, Danny era el que corría peligro, el que necesitaba conocer qué forma tomaba la amenaza de Set. Lo he traicionado con mi silencio, con mi negligencia.

»Todo está perdido. Está en manos de Set y ahora creará todas las Grandes Puertas que desee, miles de ellas. Inundará Westil, el mundo de Mitherholm, con sus demonios y la gente no estará preparada para enfrentarse a ellos. El poder de los Magos Primigenios estará en sus manos, un poder que se mantendrá pasando de un mundo a otro tantas veces como sea necesario.

»Todo aquello por lo que luché se ha perdido. ¿Qué más da que retrasara este día catorce siglos? Durante ese tiempo, los mortales han creado armas aterradoras que caerán en manos de los magos con el poder necesario para apoderarse de ellas y utilizarlas, o inducir a los ejércitos de los mortales para que las empleen. ¿Cuánto tardarán esas armas terribles en llegar a Mitherholm? ¿Cuánto tardarían en arrasarse Mitherholm y Midgard? Entonces Set triunfaría en Duat al destruir los otros dos mundos.

Inmerso en su desesperación, Pan fue inundado por una intensa sensación de poder que lo dejó paralizado.

Nunca había sentido algo así porque jamás había entregado sus puertas antes de hacerlo con Danny North. Tardó un momento en advertir de que la sensación de poder procedía de las puertas que volvían a ser suyas.

No las tenía, continuaban en el yacimiento de Danny North, pero Pan las poseía, era su amo. Lo obedecerían a él. Si Set, a través de Danny, intentaba crear puertas con ellas, no podría, simplemente volverían a Pan. Ignoraba si esa era la intención del muchacho. Con toda probabilidad, Danny sólo sabía que al no ser ya sus puertas, las había puesto fuera del alcance de Set.

El chico era más valiente de lo que Pan había pensado. Danny debía de ser consciente de que había perdido su batalla con el enemigo, pero no se rendía. Dentro de su cuerpo, que ahora controlaba Set, Danny North era todavía él mismo, capaz de hacer cosas que Bel no podía evitar.

Pero como Danny no poseía el poder de liberar las puertas cautivas que mantenía en su yacimiento, su regalo a Pan sólo sería un pequeño obstáculo para Set. En realidad, el gesto había sido inútil.

Pan no tardó en comprender que no había sido tan inútil como creía. Él sabía hacer cosas que precisaban de una enorme cantidad de puertas en su ejecución, y en su yacimiento contaba con un impresionante número de ellas, hasta que conoció a Danny North. El yacimiento del chico dejaba muy atrás al de Pan. Quizá no tuviera las puertas en su interior, ni pudiera convertirlas en puertas, pero le pertenecían. Y gracias a ellas, podía devorar las puertas de otros magos y lo fortalecerían. Si Pan actuaba con inteligencia y astucia, hallaría un modo para enfrentarse a Set. Por lo menos conseguiría ralentizar su avance.

Por un lado, Pan contaría con el poder necesario para devorar las puertas rebeldes enlazadas en la puerta salvaje que la chica griega había apartado de Danny. Por desgracia, la mitad de la Gran Puerta de salida y toda la de retorno estaban formadas por puertas de Danny y estaban fuera del alcance de Pan.

Pan seguía pensando en cómo utilizar su recién recobrado poder cuando recibió el impacto de una fuerza tan grande que su cuerpo apenas pudo aguantar el embate. Cayó al suelo, jadeando, gimiendo a causa de una sensación tan potente que no era capaz de distinguir si era placer o dolor.

Tardó poco en comprender lo que acababa de ocurrir.

Danny North le había entregado sus puertas. La cantidad casi infinita de puertas de Danny estaba al servicio de Pan. Él era su único dueño.

Danny seguía conectado a ellas, seguían siendo parte de su ba. Pero su conexión con Pan era casi igual que la de Danny. Formaban parte de su poder.

Al recuperar sus puertas, Pan había recuperado el poder para devorar las de cualquier mago, excepto las de Danny North; Danny era el Sol, mientras que Pan era la Luna.

Pero con las puertas de Danny, Pan contaba con el poder para devorar lo que quisiera.

Aún no podía abrir más que las ocho puertas que Danny North le había dejado tras su primera batalla, pero eso iba a cambiar. Crear puertas a partir de las que Danny albergaba en su yacimiento estaba fuera de su alcance porque Set lo obligaba a mantener esas puertas en su interior. Pero existían puertas fuera del cuerpo de Danny, las puertas que creó antes de que Set lo poseyera; Pan podía tomarlas. Gracias al poder de Danny que ahora estaba bajo su control, Pan devoraría todas las puertas sin dificultades.

Y lo hizo.

Comenzó devorando la puerta salvaje que había desplazado Hermia, tanto las de Danny como las cautivas rebeldes. Una vez más, se hallaban en el yacimiento de Pan. Desesperaron al comprobar que su breve periodo de libertad había finalizado y acallaron sus voces casi de inmediato.

A continuación, Pan devoró el resto de puertas, una por una. Pero como sabía que

ésas las había creado Danny North para sus amigos, Pan las rehizo de inmediato, pero ahora eran creadas por él, aunque Danny siguiera siendo su dueño.

El cambio era mínimo, apenas perceptible, pero sus consecuencias iban a tener una enorme trascendencia. Si Set hubiera previsto esas consecuencias, habría recogido todas las puertas creadas por Danny, pero Bel no había poseído a muchos magos teleportadores y sólo contaba con sus conocimientos. Su experiencia con un Gran Mago Teleportador tan poderoso era nula.

Ahora bien, aunque las puertas ya no las hubiera creado Danny, seguían siendo suyas. La diferencia era que Danny ya no podía recoger esas puertas. No le obedecerían. Y como su yacimiento estaba vacío, ni siquiera podía desplazar las puertas de otros magos, como había hecho Hermia.

Pan sintió una mezcla de asombro y admiración hacia lo que Danny North había hecho. Puertas ligadas a amuletos para que sus amigos pudieran huir con rapidez en caso de peligro. Puertas que unían distintos lugares, pero que sólo podían utilizar quienes supieran dónde estaba la boca de cada puerta. Pan advirtió que Danny había dispuesto rutas de escape para sus amigos en el caso de que las Familias fueran a por ellos. El chico tenía un afecto por los mortales que Pan nunca había observado en un mago, incluido él mismo. Y eso que Pan se consideraba más cercano a los mortales que la mayoría de magos.

Las Grandes Puertas fueron una tarea más complicada. Deshacerlas y volver a rehacerlas por completo no era posible. Dedicó varias horas a desenlazar cada hebra de la Gran Puerta, devorarla y volver a crearla para colocarla en el mismo punto donde estaba antes. Le costó todo su poder de concentración mantenerla en su sitio mientras destejía y tejía de nuevo, pero al final lo consiguió. Ahora las Grandes Puertas ya no estaban bajo el control de Danny North y, por lo tanto, Set no podía utilizarlas.

«Que ironía», pensó Pan. «Al final todo habría acabado igual que si hubiera derrotado a Danny North en nuestro primer encuentro. Su yacimiento está lleno de puertas, es cierto, casi todas las suyas y la mayor parte de las mías. Pero no hay puerta en el mundo que lo obedezca. Está tan indefenso como si hubiera devorado todas sus puertas. Sólo las cautivas permanecen en su interior. No me las puede entregar; pero si Set intenta crear una Gran Puerta con ellas, será una puerta del todo salvaje».

Y entonces, mientras Pan contemplaba a Danny desde su interior, vio algo en lo que él no habría pensado, o, de haberlo hecho, dudaba que hubiera tenido el valor para ejecutarlo. El dragón torturaba a Danny para que le permitiera crear puertas; cosa que Danny North no podía hacer. La amenaza era muy simple: el dragón mataría a Danny e iría en busca de otro cuerpo si él no le entregaba lo que quería.

Cuando el dragón comprendió que Danny lo había engañado, las heridas del

cuerpo de Danny eran lo bastante graves como para provocar su muerte, salvo que cruzara una puerta. Era probable que el dragón quisiera dejarlo morir como castigo por su engaño, pero entonces, se dio cuenta de que no había otra persona cerca para escapar. Sin conexión con un cuerpo humano, Set se debilitaría de nuevo y no podría poseer a alguien que se resistiera a su entrada en el cuerpo.

Si el cuerpo de Danny fallecía, Set tendría que dedicar días, incluso semanas o meses, para encontrar un cuerpo que mereciera la pena poseer.

Además, Danny contaba con una inmensa cantidad de puertas, las suyas propias, las cautivas y las de Pan. A pesar de que Set no tenía el poder para usarlas en ese momento, si Danny moría, las perdería para siempre.

Si el dragón seguía dentro del cuerpo de Danny, conservaría la esperanza de convencerlo para que colaborase con él y si al final fracasaba, utilizaría el cuerpo del chico para acercarse a otra persona y poseerla.

Siempre tendría tiempo para matar a Danny.

Por todo ello, acabó por crear una de las puertas que aún seguían bajo el control de Danny, las cautivas. Y cuando la creó, la pasó por encima de Danny para curar sus heridas. No iba a morir.

Entonces Danny hizo algo que Pan no creía posible: entregó la puerta cautiva a su propia esencia. El ka al que había estado vinculada la puerta había muerto hace mucho, se había trasladado al lugar donde los kas de los magos teleportadores muertos iban. Pero el ba seguía formando parte de esa esencia y aunque Danny no sabía dónde estaba ese ka, dedujo que el ba sí lo sabría. Y, así, entregó el ba a su esencia y, a través de ella, a su legítimo dueño, aunque ya hubiera fallecido.

Y el ba se marchó. Desapareció. Danny no había deshecho la puerta, Set se habría dado cuenta y habría intentado detenerlo. Pero Set no tenía ni idea de lo que ocurría cuando Danny entregaba sus puertas. En la experiencia de Pan, él había sido el primero en ceder una puerta propia a otro mago; si alguien lo había hecho en el pasado, era algo que Pan ignoraba. Y Danny había aprendido la nueva técnica para darle un uso con el que Pan jamás habría soñado.

El cuerpo de Danny había sanado y Set estaba alerta. Sólo contaba con las puertas cautivas y comprendió que sólo podría usar cada puerta una vez, porque luego desaparecerían. Danny la liberaba, permitía que muriera. Y a pesar de que había cientos de ellas, si Set las usaba sin control, se acabarían pronto.

Si el espacio-tiempo, el gran bromista universal, quiso jugársela al mundo con la presencia de Danny North, había triunfado. Porque, aunque procuraba comportarse lo mejor posible, su corazón era el de un embaucador y en esta ocasión había dado con la víctima perfecta. Set creyó que al poseer a Danny él estaría al mando, y lo estaba. Pero Danny le había arrebatado la posibilidad de dominar el inmenso poder de su yacimiento delante de sus narices, aunque eso significara que Danny se quedaría sin

poderes cuando Set abandonara su cuerpo. Si Bel le permitía vivir, Danny sería un mago teleportador impotente, como todos a los que Pan había vaciado a lo largo de los siglos.

Pan sabía muy bien lo difícil que era para un mago hacer semejante sacrificio. Lo habitual, cuando un mago era poseído, era que se sometiese al demonio y alcanzase un acuerdo tácito donde el mago obedecía, pero a cambio gozaba al contemplar cómo su poder era empleado sin piedad.

Danny North podía haber elegido hacer lo mismo. Set habría empleado sus puertas para convertirse en el mago más poderoso de la historia, sometiendo a los demás a su voluntad. Entonces sí que sería el Gran Dragón, el amo de dos mundos, dueño de la humanidad, tanto de los magos como de los mortales. El mago entre magos. Dios entre dioses, al menos a los ojos de los mortales.

Mujeres, dinero, poder sobre todo el mundo. Cualquiera a quien Danny odiase, sería castigado. Set no albergaba escrúpulos a la hora de segar una vida, o tantas como le viniese en gana.

Sin embargo, Danny había rechazado esa posibilidad y para ello había prescindido de su poder sin esperanza alguna de recuperarlo, para que Set no pudiera utilizarlo. Westil estaba a salvo. La tarea de Pan no había sido en vano.

«Danny North, admiro tu coraje, respeto tu astucia y lamento tu pérdida. Porque aunque Set abandone tu cuerpo para poseer a otro, aunque no te mate por engañarlo, no pienses que voy a devolverte tus puertas. No soy, ni pretendo ser, tan noble como tú. Durante un tiempo, fuiste más grande que yo. Pero ahora soy el Gran Mago Teleportador más poderoso de la historia y tú no eres nada. Y no pienso renunciar a este poder. Soy el Ladrón de Puertas y, a causa de tu nobleza, la victoria final es mía».

EPÍLOGO

Aquellos que esperan encontrar en este epílogo más datos sobre la novela, se llevarán una decepción. Mi intención es hablar sobre los obstáculos que suelen afectar a los escritores de ficción.

La segunda entrega de los Magos Primigenios sufrió un retraso de seis meses, pero hubo razones de peso que justifican esa demora. Si yo fuera el joven escritor que escribió *El maestro Cantor y Traición*, o incluso el de Santos y *El juego de Ender*, aunque ya no era tan joven, habría entregado este libro a tiempo. Eso sí, el contenido habría sido muy distinto.

En los años que han transcurrido desde que escribí esas obras, he aprendido algunas cosas sobre cómo estructurar una novela. Por eso mismo, cuando comencé a escribir el libro con tiempo suficiente para cumplir con el plazo de entrega, me di cuenta de que estaba mal estructurado. Mi primera intención era centrarme en las guerras que libraban entre sí los Magos Primigenios una vez recuperaban la plenitud de sus poderes. El argumento iba a combinar el mundo de los dioses beligerantes descritos en la *Ilíada* y la *Odisea* con nuestro concepto actual de la guerra.

Entonces, me di cuenta de que no podía centrarme en la guerra y apartar el conflicto con Set hasta el final. Es más, el enfrentamiento con Set tenía que ser el clímax de la historia; si lo relegaba al final, quedaría como un añadido sin relación alguna con el resto de la trama. Tal y como digo a mis alumnos en los cursos de escritura, hay que ser coherente con el desenlace de tus historias. El desenlace de esta serie de novelas es la lucha con Set. Al igual que los Magos Primigenios y sus conflictos se impondrán frente a las guerras y la política de los mortales, la guerra con Set debe estar por encima de cualquier otra consideración para aquellos personajes de la novela que saben de su existencia.

Cuando fui consciente del error estructural que había cometido, también lo fui de que no estaba preparado para desarrollar la trama correcta. Todo mi esfuerzo se había centrado en el mundo de los Magos Primigenios, pero la magia de los teleportadores y los mentales no había estado entre mis prioridades y sólo tenía una vaga idea de cómo tratar ese aspecto. Y con el nuevo enfoque de la historia tenía que describir con claridad todos los pormenores que concernían a ambas clases de magos. Contestar preguntas como: ¿qué hace en realidad un mago mental? ¿Y un mago teleportador?

Así las cosas, resultó que cuando pensaba que iba a recibir el libro, el editor se encontró con que mi propósito era empezar a escribirlo, lo que no deja de ser frustrante para alguien que ha confiado en que cumplirías con la fecha de entrega. Sin embargo, Beth Meacham, mi editora durante la mayor parte de mi carrera, comprendió que la espera valdría la pena, ya que la obra resultante sería mucho mejor que lo que le habría entregado en la fecha inicialmente establecida. Su paciencia es

extraordinaria, porque el aguante de los editores no consiste en sentarse a esperar sin más. Para empezar, tienen que bregar con el personal de marketing, que insistirá en saber cuándo aparecerá la obra prometida, e incluso si aparecerá en algún momento. También ha de tomar decisiones con respecto al costoso cambio del calendario de edición, si lo modifica o no. Por fortuna, su jefe, Tom Doherty, comparte su punto de vista literario y está de acuerdo en que es más importante la calidad de una obra que su plazo de entrega, cuando estos dos factores entran en conflicto. Entonces asumí la responsabilidad de demostrarles que, en efecto, la demora valdría la pena.

Por aquella época, dio la casualidad de que seguía una serie sobre el antiguo Egipto. Fue allí donde descubrí las semejanzas que había entre Thoth, Mercurio y Hermes, poder curativo incluido, y me di cuenta de que podía adaptar el antiguo conocimiento de los egipcios a mis dioses indoeuropeos. El ka y el ba se correspondían con mis conceptos de esencia y aura descritos en la obra sobre los Magos Primigenios. Así pude tomar el nombre de Bel tal cual figuraba en la tradición bíblica y semítica. Set era el enemigo ideal, atractivo y peligroso. Conforme recreaba al personaje y su contexto, estableciendo una relación entre Set y el dragón que aparece en el libro de las Revelaciones, las connotaciones de la magia mental cobraron forma, acercándose bastante a las que ya había desarrollado para la teleportación. En otras palabras, se complementaron en un todo que, en mi opinión, equivale a una visión metafórica del mundo real.

Una vez alcanzado el objetivo de crear el mundo que buscaba, tenía que hallar la clave para que el lector lo comprendiera igual que yo. El mayor obstáculo fue la intención de que la comunicación entre el ka y el ba se produjera a niveles pre o subverbales. Cuando hablamos con nosotros mismos no empleamos un lenguaje oral; por lo tanto, cuando el ba de Pan / Loki intentaba compartir sus recuerdos con el ka de Danny North, la comunicación tenía que producirse a un nivel no verbal. Sin embargo, los libros emplean la palabra escrita y hallar el medio de expresar un lenguaje no verbal mediante la escritura resultó muy complicado. Confío en haber alcanzado mi propósito y que la mayoría de mis lectores haya comprendido lo que pretendía.

Conforme avanzaba en mi conocimiento sobre los magos mentales, el personaje de Anonoei cobró mayor importancia. Cuando comencé a escribir, no tenía una idea clara de su relevancia, pero el personaje se empeñó en asumir un papel decisivo, junto a sus hijos, y en el tercer volumen los tres estarán en primera fila.

El segundo obstáculo con el que tuve que bregar fue que el mundo «real», nuestro mundo, y las vivencias de Danny en el mismo no quedaran en segundo plano ante la magia y sus consecuencias. Estaba empeñado en que los amigos de Danny se convirtieran en personajes importantes y que nuestro protagonista viviera una auténtica historia de amor. No quería que los chicos del instituto fueran meros

comparsas a través de los que Danny pudiera hacer llegar sus reflexiones al lector. En la novela, los compañeros de Danny nos representan a nosotros: los mortales que vivimos marcados por el temor a los dioses, si creemos en ellos. Lo cierto es que he conocido a poca gente que no tenga su propia idea de lo que es un dios, aunque no le den ese nombre. La pregunta que me planteé fue cómo reaccionarían unos adolescentes cuando averiguaran que el chico nuevo era el equivalente de Hermes, Mercurio, Loki y Thoth.

Un tema recurrente en la mitología es la asombrosa fecundidad de los dioses; parece que la mitad de la población mundial la componen bastardos «divinos». Hay un buen número de esas interacciones sexuales que son raptos, aunque eso no significa que su culminación fuera necesariamente una violación. Pero también es cierto que hay mujeres que sienten una irresistible atracción por los machos alfa. Como ya dijo Henry Kissinger, el poder es el mejor afrodisíaco. No todas las mujeres se dejan arrastrar por el poder, ni todos los hombres poderosos aprovechan su posición con ese fin. Lo que sí es evidente es que Danny North no necesita ser un George Clooney o un Robert Redford para atraer la atención y el deseo de unas cuantas jovencitas. Su poder, inteligencia e innata bondad lo convierten en un objeto de deseo para muchas chicas, cada una llevada por sus propias motivaciones.

Al final, la idea original que había preparado se convirtió en un hilo argumental secundario que culminará en el tercer volumen; por el contrario, la trama principal de esta segunda entrega ni siquiera figuraba en ese planteamiento previo.

Si aplicas la coherencia a lo que estás escribiendo, la historia surgirá conforme avanzas y habrá personajes y situaciones salidos de la nada, como una inesperada veta de oro, cuya importancia será trascendental para el argumento. Mi capacidad para explotar esas vetas de metal precioso es un tema aparte, pero creo que en este caso sí que he sido capaz de enriquecer esta obra más allá de mis expectativas iniciales.

Claro que tampoco tenemos la certeza de que sea cierto. No llegué a escribir una sola palabra de esa primera versión. Existió en mi mente, por lo tanto pienso en ella como algo real, pero nadie podrá jamás comparar ambas versiones porque este libro es el único que ha llegado al papel, lo único que llegué a escribir.

¿Cómo se escribe una historia para que cautive el interés de unos lectores que al principio del libro no saben casi nada sobre la trama, pero que al final deben saberlo todo? Yo diría que la esencia de una estructura argumental reside en haber presentado todas las claves de la trama antes de alcanzar el clímax; así, llegado el momento, el lector comprenderá lo que ocurre y sus causas. Eso significa que la exposición de los hechos debe ir al principio del libro, pero los lectores no aceptarán de buen grado (ni tienen por qué hacerlo) una historia que comienza con muchas explicaciones y aclaraciones. Un buen recurso reside en que el protagonista sepa poco más que el

lector. Conforme el personaje vaya averiguando cosas, también lo hará el lector.

Pero ¿y si el aprendizaje de ese personaje es demasiado ambiguo y subjetivo? ¿Cuánta información adicional hay que incluir en cada situación? Si erramos, el lector puede aburrirse o tener la sensación de que se ha perdido; en ese caso, cerrará el libro y no volverá a abrirlo nunca. El objetivo es compaginar la exposición de lo que ocurre con una buena trama, de forma que el lector vaya descubriendo los detalles cruciales y, a la vez, disfrute con la historia. No estoy hablando de engatusarlo: «Mira, he incluido acción de la buena para que las explicaciones aburridas entren mejor». Al contrario, las explicaciones son necesarias para las partes más dinámicas, pero han de ser incluidas de manera que no entorpezcan el desarrollo, obligando a pegar un frenazo en seco. Esta parte de la escritura es como preparar la coreografía de una complicada danza y la mayoría de autores fracasan cuando llegan a este punto. Casi todos los que escribimos somos conscientes de que nunca daremos con la clave para escribir la historia perfecta; es probable que sea imposible. Lo que hacemos es bailar lo más deprisa que podemos con la esperanza de que el lector nos acompañe, que siga nuestros pasos adentrándose en nuestro mundo de ficción, sabiendo en cada momento dónde está, lo que ocurre y decida quedarse hasta el final.

Si ejecutar esta coreografía es complicado cuando tu historia se desarrolla en el mundo «real», las dificultades se extreman cuando tienes que presentar un mundo imaginario. Algunos autores ofrecen un boceto de esa realidad inventada, basándose en los estereotipos desarrollados por escritores que los precedieron. Otros detallarán la creación de su universo de manera minuciosa, sin que les importe que tenga o no relación con el argumento, como si consideraran que el lector tiene que aprenderse *El Silmarillion* antes de ser digno de leer *El Señor de los Anillos*. Dicho con otras palabras: cuanto más completa la descripción del génesis de tu mundo, más árida será su lectura. Y aún hay más, tu creación podría ser tan rica y completa que la historia que se desarrolle en ella jamás estará a la altura.

En tu esfuerzo por crear una historia que esté a la altura de tu mundo, es posible que le dediques mucho tiempo, pero eso no significa que el resultado vaya a ser mejor. Escribí mi novela más popular de un tirón, en menos tiempo del que creía posible. Pero la rapidez tampoco garantiza un buen resultado. En resumen, cada historia cuenta con sus propios obstáculos. El caso es que las dificultades técnicas y creativas que yo encontré al abordar esta novela han sido las más arduas de toda mi carrera.

Y diría que todo lo anterior es consecuencia de la edad y la experiencia. Decisiones que me habrían parecido más que adecuadas cuando tenía treinta años, ahora, con sesenta y uno, me parecen recursos demasiado fáciles. Escribo mejor que antes, pero eso supone que tengo que trabajar más, esforzarme más y hallar soluciones para problemas de los que antes no era consciente. Y ése es el motivo de

que los escritores no se jubilen. Si estamos haciendo bien nuestro trabajo, no dejamos de preguntarnos cuáles son las claves de ese acierto y nunca dejaremos de ser novatos que luchan por aferrarse a los asideros que nos conducen al éxito.



ORSON SCOTT CARD. Es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de ciencia ficción, con las que ha logrado grandes éxitos como *El juego de Ender* o *La voz de los muertos*. Card estudió en la Universidad de Utah y profesa la religión mormona, debido a lo cual vivió dos años en Brasil como parte de su formación. La iglesia fue importante en los inicios literarios de Card ya que fue en la revista mormona *Ensign* donde publicó sus primeros trabajos en 1977.

El salto a la ciencia ficción llegó con *El juego de Ender*, que pasó de novela corta a novela en 1977 y con la que consiguió el premio más prestigioso del género, el *Hugo*, algo que también conseguiría con su continuación, *La voz de los muertos*. A partir de ese momento, la prolífica carrera de Card se dispara con varias continuaciones de Ender y la creación de las sagas de Alvin Maker o La saga del retorno. Además, Card se ha dedicado a dar clases de Escritura Creativa, con la intención de aplicar nuevas técnicas de enseñanza.

A lo largo de su carrera, Card, además de varios Premios Hugo, ha sido merecedor de galardones como el Nebula, el John W. Campbell o el Locus.

Notas

[1] Derviches danzantes o giróvagos: los discípulos del sufismo islámico bailaban girando alrededor de si mismos y su maestro, representando la traslación de los planetas alrededor del Sol. (*N. del t.*) <<

[2] Kuzu: una de las cincuenta hierbas tradicionales usadas en la medicina china. Planta invasiva de rápida proliferación. (*N. del t.*) <<